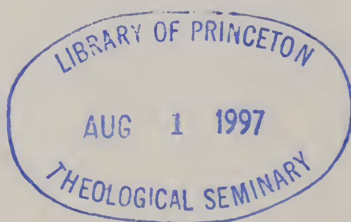

LIBRARY OF PRINCETON
AUG 1 1997
THEOLOGICAL SEMINARY

Biblioteca de Autores Colombianos

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN

AFECTOS ESPIRITUALES

TOMO I



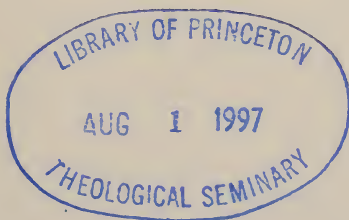
Ministerio de Educación Nacional
Ediciones de la Revista
BOLIVAR

Biblioteca de Autores Colombianos

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN

AFECTOS ESPIRITUALES

TOMO I



BOGOTA, 1956

Publicación del Ministerio de Educación Nacional, bajo la dirección de la Revista "Bolívar".

Imprimió Editorial A B C — 1956

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCIÓN

AFECTOS ESPIRITUALES

de la venerable madre y observante religiosa Francisca Josefa de la Concepción, en el siglo doña Francisca Josefa de Castillo y Toledo, Guevara, Niño y Roxas.

Escritos por ella misma, de mandado de sus confesores según primera copia hecha por don Antonio María de Castillo y Alarcón, en Santa Fe de Bogotá, año de 1896.

TOMO I

BIBLIOTECA DE AUTORES COLOMBIANOS

ESTUDIO LIMINAR

II

ESQUEMA DIDÁCTICO PARA UBICAR LA OBRA DE SOR FRANCISCA EN EL CUADRO GENERAL DE LA LITERATURA RELIGIOSA

Santa Teresa al escribir su obra en romance, no ocultaba sus escrúpulos y temores de haberlo hecho sin tener un dominio completo de la terminología teológica para darle el nombre cabal y exacto a sus complejos estados de alma y experiencias personales en el intenso decurso de su vida mística. De ahí su resistencia inicial a escribir Las Moradas, *respondiendo al P. Jerónimo Gracián, cuando la instaba a que lo hiciese sin dilaciones: "¿Para qué quieren que escriba? Escriban los letrados que han estudiado, que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo, pondré un vocablo por otro, con que haré daño." Si esto decía quien siglos más tarde merecería ser declarada Doctora de la Iglesia por Pío X, ¿qué diremos nosotros, legos en la materia, cuando al intentar reducir a esquema los más arcanos procesos de su experiencia mística, nos han de salir al paso dificultades sin cuento en la elección de los vocablos adecuados, y en la cual muy seguramente incurriremos en no pocos errores y hasta en desatinos de mayor cuantía, a pesar de*

servirnos de guía en esta simple faena de síntesis, la doctísima autoridad del catedrático español de literatura, don Miguel Herrera García, cuyo erudito trabajo sobre la literatura religiosa española utilizaremos, siguiéndolo ceñidamente en forma casi literal, a través de sus diferentes secciones y capítulos. Al tratar de compendiar un estudio tan maduro y laboriosamente concebido y tan admirablemente escrito, y tratándose además de materia tan delicada, casos habrá, como el de las definiciones de los distintos períodos de la vida ascética y mística, en que va a ser imposible sustituir por otras las palabras del original.

El benévolo lector disculpe, pues, nuestros yerros, teniendo en cuenta que este esquema sólo tiene una finalidad didáctica, en ningún caso doctrinal, y menos aún teológica. Se trata sencillamente de que el lector poco familiarizado con la materia, un tanto compleja, de que trata éste que bien pudiera llamarse nuevo capítulo de la Historia de la Literatura Española, puesto que en los manuales corrientes, e incluso en los más autorizados sobre la materia, se le venía tratando de modo harto superficial y en forma poco o nada sistemática, se forme una idea de conjunto de lo que fue y ha sido la literatura mística española, en sus distintas manifestaciones, y se entere, así sea en forma aproximativa y profana, de lo que constituye su objeto y materia. Esto, en líneas generales, porque en un sentido más particular y concreto, el redicho esquema pretente inducir al lector de las obras de sor Francisca Josefa de la Concepción a que él mismo, de acuerdo con su juicio y criterio personales, las

ubique, después de haberlas leído, en la categoría que les corresponde dentro del cuadro de clasificación general de la literatura religiosa que se le propone a continuación.

Entonces sí, el lector, con base en este esquema y en el juicio que se forme, podrá decir si tales obras pertenecen a la literatura ascética o a la literatura mística como especies filiales del género literatura religiosa hispanoamericana; y podrá decirlo, no a humo de pajas, sino con base en razones concretas, en conceptos precisos y en datos fehacientes. El valor de una obra literaria no puede tasarse exactamente, si se la considera aislada e independientemente del sistema orgánico literario a que pertenece, el cual implica, naturalmente, los factores de tiempo, circunstancia, lugar, modo y relación. Singularmente relación con las obras literarias de su época o de un período anterior para precisar posibles influencias, estilo, escuelas o tendencias, modismos de lenguaje, etc. Y esto, precisamente, es lo que no se ha hecho con la obra literaria de sor Francisca. Desde el siglo XIX, *los pocos escritores que se han ocupado de ella, la sitúan vagamente en el territorio de la literatura mística, sin exponer las razones que los indujeran a darle esa ubicación. La simple y escueta afirmación dogmática no basta, ciertamente, a constituir un elemento de juicio valedero ni para clasificar una obra dentro de un género literario cualquiera, ni menos aún para analizarla en sus distintos aspectos, conforme a las normas de la crítica.*

A alguien, acaso a don José María Vergara y Vergara, se le ocurrió un buen día acuñar tan ligero juicio crítico, y acuñado, lo lanzó al torrente circulatorio de los lugares comunes, llegando así —intacto— hasta nuestros días, y creemos que ya ha llegado la hora de revisarlo. Para este fin nos será de suma utilidad el resumen que ahora vamos a intentar de la historia de la literatura religiosa española, en el triple aspecto de la catequesis, la ascética y la mística.

LITERATURA RELIGIOSA

Las relaciones entre el hombre y Dios, expresadas natural o artísticamente, constituyen el objeto de la literatura religiosa.

El aporte de la literatura cristiana a la literatura religiosa en general consiste en una fuerte estructuración dogmática, en una literatura de sabia y soberana majestad, en una ascética varia y sutil y en "una mística o conocimiento experimental y sobrenatural de Dios".

La época de la edad áurea de la literatura española coincide con la época de mayor esplendor de España en los diversos campos de la historia: el social, el político, el económico y el cultural. En el cuadro general de las literaturas hispánicas, la mística llegó a ocupar un peraltado lugar, conjugándose así, por modo admirable, la expresión literaria del poderío material de un pueblo con la de su predominio espiritual, o más exactamente, religioso. Conviene anotar aquí que por una defectuosa apreciación del cuadro total de la literatura religiosa española, nacida

de una parcializada acomodación visual de quienes, en la Península y fuera de ella, han observado y estudiado su origen y evolución, se han clasificado hoy cual exponentes de la literatura mística hispana, obras que en realidad no lo son y que más bien pudieran ser alineadas en una categoría menos egregia, como lo es la que comprende los tratados de ascética o de simple catequesis.

Literatura catequística

Para una cabal comprensión de lo susodicho, recordemos aquí algunas nociones fundamentales. A la literatura catequística pertenecen las obras cuya finalidad es la de exponer lo que todo cristiano debe creer (la doctrina de la Revelación), lo que debe obrar (mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia) y lo que debe pedir (la adquisición de la gracia por medio de la práctica de los sacramentos).

Doble es la forma de la literatura catequística: didáctica, *si tiende a ilustrar el entendimiento; y* oratoria, *si a conmover la voluntad. Son ejemplos de la primera:* los Comentarios sobre el catecismo de la doctrina cristiana, *escritos por fray Bartolomé Carranza de Miranda, obra que acarreó a su autor un peligroso pleito con la Inquisición; el* Compendio y explicación de la doctrina cristiana *por fray Luis de Granada, escrito originalmente en portugués y traducido al español por el padre Enrique Almeyda; el* Libro de la Verdad, *de Pedro de Medina;* Aprecio y estima de la divina gracia, *del padre Eusebio Nieremberg, cuyas ideas fundamentales sirven de eje a la ulterior lite-*

ratura ascética y mística española; La perfección cristiana *y el* Directorio Espiritual *del jesuíta castellano Luis de la Fuente, cuyos sentimientos leyó sor Francisca a instancia de uno de sus confesores (Trozo Aislado, p. 40, nota 2, AFECTOS, volumen I, ed. 1942); la* Introducción de sacerdotes, *escrita por fray Antonio de Molina, "indigno monje de la Cartuja de Miraflores", como a sí mismo se llamaba. Una de las obras de este ex agustino fue lectura favorita de sor Francisca, cuando aún era adolescente según lo refiere en el capítulo IV p. 12 de su VIDA, y el* Norte de los estados *de fray Francisco de Osuna, otro de los autores predilectos de la religiosa tunjana (VIDA, capítulo XXII, p. 71).*

Entre las obras de catequesis oratoria, *rama de la literatura catequística que se funda en el* Fides ex auditu *de san Pablo, citamos las de mayor éxito en su tiempo (siglos XVI y XVII):* Consideraciones sobre todos los evangelios de Cuaresma *(Córdoba, 1601) por fray Alonso de Carrera, predicador de Felipe II;* Espejo de sacerdotes *(1611) por fray Baltasar Pacheco;* Discursos evangélicos y espirituales, *de fray Alonso de la Cruz;* Cuaresma *(1605), colección de sermones de fray Basilio Ponce de León, sobrino de fray Luis de León;* Discursos predicables *(1614) por el dominico fray Baltasar Arias;* Ejercicios espirituales para todos los días de Cuaresma *(1603) por fray Pedro de Valderrama y* Oraciones Evangélicas o discursos panegíricos y morales, *de fray Hortensio Félix Paravicino, el predicador culterano por excelencia.*

LITERATURA ASCÉTICA

La literatura ascética comprende dos géneros de obras: las que exponen teóricamente la evolución de la vida sobrenatural, de acuerdo con las normas de la gracia santificante, y aquellas en que se nos da la experiencia biográfica o histórica de dicha evolución, a través de un alma. Las primeras hacen de la ascética una ciencia y comprenden los tratados de vida espiritual, *y las segundas, una práctica, cuyo prototipo son las vidas de los santos.*

Los tratados de vida espiritual, si diversos por su estilo, teniendo en cuenta las diferencias del temperamento y personalidad de sus autores, son idénticos por la doctrina que exponen. Esta comunidad de doctrina puede compendiarse así: La evolución de la vida sobrenatural es la perfección espiritual, que consiste en la unión del alma con Dios mediante la caridad, entendida como amor. El ejercicio de las virtudes es la vía para llegar a este hito de la perfección, camino genérico que tiene dos especies fundamentales: la ascética y la mística, que, aunque unimismadas por el fin a que tienden, se diferencian, sin embargo, por los medios de que se sirven para alcanzarlo. En efecto: la ascética es la práctica de las virtudes realizada por el alma con el auxilio de la gracia de Dios ordinaria, y la mística es esa misma práctica o ejercicio de las virtudes por parte del alma, pero con el auxilio de las gracias extraordinarias de Dios. La escética no implica necesariamente la mística, pero no hay mística sin ascética.

La ascética es la vía ordinaria, y en cierto modo obligatoria, por donde transitan las almas que tienden a la perfección. La mística, en cambio, es una vía extraordinaria cuya elección no depende de nosotros, sino exclusivamente de Dios.

En el ascenso o tensión del alma hacia Dios se dan tres grados o estados de vida espiritual, que hoy se conocen con los nombres de período de purificación, período de iluminación *y* período de unión, *caracterizado el primero por los esfuerzos del alma para desasirse de sus afectos y apetitos desordenados y de sus imperfecciones naturales; el segundo, por el progresivo arraigo de la gracia, dones y virtudes del Espíritu Santo en el alma, que la van aproximando y asemejando a Dios, más y más; el tercero, por la caridad en grado perfecto, que transforma al alma, sublimándola y uniéndola inmediatamente con Dios.*

Período de purificación

En el cuadro general de la literatura ascética, las obras que tienen por tema general el período de purificación o vía purgativa, se clasifican de acuerdo con el medio o medios que ellas proponen para purificar el alma, a saber: penitencia del cuerpo y del espíritu, lectura espiritual, meditación, dirección espiritual, etc.

Sobre el primer medio —penitencia corporal y espiritual— la obra de literatura ascética representativa son, sin duda alguna, los Discursos de la paciencia cristiana *(Alcalá, 1592), del agustino y catedrático de la Universidad de Osuna, fray Hernando de Zárate.*

Sobre el segundo medio —lectura espiritual— versa la obra —cimera dentro de esta clasificación—, intitulada Ejercicios de perfección y virtudes cristianas *(1609), del jesuíta vallisoletano P. Alfonso Rodríguez.* *Los* Ejercicios Espirituales *(Roma, 1548), de san Ignacio de Loyola, tienen como tema central la meditación o ejercicio de las tres potencias, otro de los medios para alcanzar el estado o período de purificación. Los* Ejercicios *de san Ignacio fue libro que constantemente traía entre manos sor Francisca (*Vida*, capítulo* III, *9 y* IV, *12).*

*Por haber sido también lectura predilecta de sor Francisca la obra del cartujo don Antonio de Molina (*Vida*, capítulo* IV, *p. 12), conviene incluirla aquí, y por versar ella, asimismo, sobre el tema de la meditación. Según el ya citado profesor español Miguel Herrera García esta obra "consta de una larga introducción sobre la excelencia, provecho y necesidad de la oración. Luego suceden dos partes: la primera, que trata de la oración común, de la oración particular y de la meditación por ejercicio de las potencias; la segunda, tras un proemio sobre las disposiciones adecuadas a la oración, explana una serie de meditaciones divididas en cuatro etapas: la de los Novísimos, la de la Vida de Cristo, la Sagrada Pasión y la Resurrección, Ascensión, Pentecostés y la Asunción de María... La principal guía del padre Molina en esta parte es santa Teresa, aunque también se apoya en Blosio, Tomás de Aquino, san Bernardo y Ricardo de San Víctor. Otras notas características suyas son: el ahinco que pone en recomendar el ejercicio vivo de las po-*

tencias..., y segundo, la recomendación explícita de no incluir la Santa humanidad de Cristo entre las imágenes corporales de que el alma se ha de desocupar en la meditación, ya que admita la conveniencia de preferir las consideraciones intelectuales a las imaginativas" *(1).*

Muy de tenerse en cuenta es lo aquí subrayado por nosotros, para el estudio de las influencias literarias en la obra de la V. M. de Castillo.

PERÍODO DE ILUMINACIÓN

Esta vía se distingue o caracteriza —como se dijo— por el progresivo arraigo de la gracia, y virtudes y dones del Espíritu Santo en el alma humana.

La iluminación consiste en que la sustancia del alma, mediante un proceso de actos y esfuerzos suyos, se va compenetrando gradualmente con la gracia, al paso que de sus actos de orden natural se van adueñando progresivamente las virtudes y dones del Espíritu Santo, hasta el punto de que todas las mociones del alma procedan de aquellas potencias o principios sobrenaturales, y se ajusten a las mismas fácil y connaturalmente. El remate de este proceso es la supeditación del orden natural al sobrenatural, porque la fuerza de éste ha sido aumentada paulatinamente y porque las potencias han ido adquiriendo la predisposición necesaria para que el hábito sobrenatural las informe, hasta tal grado que ambos principios de ope-

---

(1) Historia General de las Literaturas Hispánicas, *publicada bajo de la dirección de don Guillermo Díaz Plāja, ed. Berna, Barcelona, 1953, vol. III, 35-36.*

ración se identifiquen: el sobrenatural y el divino. La iluminación en el alma proviene de las virtudes infusas, tanto teologales como morales.

El Tratado del amor de Dios, *de fray Cristóbal de Fonseca, religioso agustino, pertenece al ciclo literario que tiene como tema esencial las virtudes teologales; y representante egregio del que tiene como asunto las virtudes morales, es el* Vergel de Virginidad y edificio de caridad *(1539), obra de autor anónimo de la orden franciscana.*

ORACIÓN AFECTIVA.—*En la segunda jornada del viaje ascensional del alma hacia Dios, o período iluminativo, la oración afectiva, que es una oración más pura y sublime que la meditación, es el medio para mantener y perfeccionar la práctica de las virtudes. En este género de oración priman los afectos sobre el discurso, a medida que el alma va calando más hondo en la consideración de los misterios divinos. El asunto o materia esencial de la oración afectiva es la meditación y consideración de todo cuanto atañe a la humanidad de Cristo, a su vida, pasión y muerte, a su madre, la Virgen María, y a los santos como imitadores suyos.*

Para el estudio de la obra de sor Francisca Josefa de la Concepción, singularmente de sus AFECTOS ESPIRITUALES, *conviene tener en cuenta los libros ascéticos que versan sobre la oración afectiva, cuyo prototipo son* Los trabajos de Jesús, *escritos por el fraile agustino Tomás de Jesús, autor bilingüe de muy nobles y relevantes ejecutorias. Otra obra del mismo género es la* Vita Christi, *del cartujo Landolfo de Sajo-*

nia, traducida al castellano, a instancia de los Reyes Católicos, por fray Ambrosio de Montesinos, en 1503. Este libro del Cartujano ejerció notoria influencia en la vida espiritual de Santa Teresa de Jesús, según propia confesión. Dados los temas que expone esta Vida de Cristo, *principalmente los relacionados con la Pasión del Señor, no sería extraño que sor Francisca hubiera frecuentado su lectura y le hubiera servido de alimento espiritual y de preciosa guía para escribir algunos de sus* AFECTOS, *principalmente aquellos en que medita y considera los misterios de la Pasión de Jesús. A este subgénero de la literatura ascética pertenecen también* Los diálogos de los nombres de Cristo, *de fray Luis de León.*

LA COMUNIÓN SACRAMENTAL.—*En el período ascético de la* vía iluminativa, *el sacramento de la Eucaristía es medio de excepcional valor para el alma que transita ese camino. La literatura eucarística hispana es copiosa y varia. Nueve años antes de que Francisca Josefa de Castillo viniera al mundo, se había editado ya el tan combatido libro del padre Antonio Velásquez Ponto, de la religión de los Clérigos Menores, intitulado* Tesoro de los cristianos que para cada día les dejó Cristo en el verdadero maná sacramental, *en el cual su autor propugnaba la licitud, provecho y conveniencia de la comunión diaria, de acuerdo con la Escritura, la Patrística, la autoridad pontificia, la Teología y la tradición de la iglesia católica.*

Conviene recordar aquí cómo muchos de los AFECTOS *de sor Francisca le fueron inspirados en el momento o después de recibir la comunión sacramen-*

tal, dejando puntual constancia de ello al escribirlos, y cómo su alma le exigía la comunión diaria, a pesar de los consejos en contrario de algunos de sus confesores.

Período de unión

La jornada final de la vida ascética es la llamada vía unitiva *o período de unión, o sea la perfecta conformidad del entendimiento, de la voluntad y de los sentimientos o afectos del alma con Dios, lograda mediante los beneficios de la gracia, dones y frutos del Espíritu Santo, y el ejercicio de las virtudes. Esta unión del alma con Dios es, pues, la etapa final de la vida ascética, término de la normal evolución de la gracia e indispensable resultado del perfeccionamiento de las virtudes y los dones; de donde proviene que unión y perfección se identifiquen.*

En este supremo grado de la vida ascética la materia más conveniente a la oración es Dios mismo en toda su infinita perfección y como dispensador de divinos beneficios al hombre. Este género de oración es más perfecto que el de la sencillamente afectiva y en él se compenetran íntimamente el discurso y los afectos espirituales, excitados éstos por la influencia divina, mediante una intervención sobrenatural.

En el campo de la literatura ascética, las obras representativas de esta especie de teodicea literaria son: Tratado de la Hermosura de Dios, *del padre Eusebio Nieremberg; las* Cien Meditaciones devotísimas del amor de Dios, *del franciscano fray Diego de Estella y*

los Sermones *y* Opúsculos *de santo Tomás de Villanueva.*

Forman el libro de fray Diego de Estella cien diálogos del alma con Dios, que son al mismo tiempo monólogos del alma consigo misma, en los que ella se propone los motivos o razones para amar a Dios, bajo la forma de súplica, reproches, apóstrofes, quejas y exclamaciones. Como en los AFECTOS ESPIRITUALES *de sor Francisca, se trenzan en la obra del padre Estella, el discurso y los sentimientos espirituales tan íntimamente, que forman una especie de oración afectiva.*

En el dominio de la literatura religiosa de los siglos XVI *y* XVII *no abundan ciertamente los libros que versan sobre* la oración contemplativa adquirida, *que es hacia donde derivan muchas veces la oración afectiva y la meditación. Esta escasez se debió acaso a la intervención de la Iglesia para sofrenar el quietismo y los iluminados, que con sus doctrinas y teorías erróneas pretendieron invadir este peligroso territorio de la literatura ascética, tornando cautelosos a los escritos espirituales de la época en cuestiones atañederas a tan espinosa materia. Sobre la contemplación y el modo de practicarla, trae eficaces enseñanzas el libro de los* Ejercicios Espirituales *de san Ignacio de Loyola, que, en nuestro sentir, fue de gran provecho a sor Francisca Josefa de la Concepción al escribir sus* AFECTOS ESPIRITUALES, *principalmente aquellos cuyo asunto consiste en traer a los sentidos la presencia viva y animada de algunos pasos de la Pasión de Cristo y de ciertos pasajes evangélicos.*

Al mismo género de literatura contemplativa pertenece el Libro de la Oración y contemplación *de la beata sor María de Santo Domingo, recientemente descubierto, que contiene enseñanzas claras y muy prácticas sobre el ejercicio de la contemplación.*

Cuando el alma llega a la vía unitiva en el período de ascesis, además de la contemplación intuitiva, practica la llamada oración de recogimiento, *que es una especie de suspensión de los sentidos y del discurso para dar paso a la fe viva y cierta de que Dios la penetra íntimamente, de que su luz indeficiente la ilumina en lo más recóndito de su ser.*

La obra magistral que adoctrina en este género de oración, es el Tercer abecedario espiritual *(Toledo, 1527), del religioso franciscano Francisco de Osuna, en cuyas páginas hallaron sabroso y nutricio alimento espiritual santa Teresa de Jesús* (Vida, *cap. IV, p. 41, ed. Aguilar, Madrid, 1945) y sor Francisca Josefa de la Concepción (SU VIDA, cap. XXII, p. 71). A la misma familia de la literatura ascética pertenecen las obras de fray Juan de los Angeles (1536-1610?), franciscano descalzo y predicador de la emperatriz doña María, hermana de Felipe II, quien vivía en el Convento de las Descalzas Reales de Madrid. Sus obras principales son los* Triunfos del amor de Dios *(Medina, 1590); los* Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios *(Madrid, 1600), que es una refundición y ampliación del primero de los libros citados; el* Tratado de los Sacratísimos Misterios de la Misa *(1604); el* Tratado de la presencia de Dios y declaración espiritual de los Cantares *(1607); el* Manual

de vida perfecta *(1608) y el* Vergel espiritual del ánima religiosa *(1608).*

Menéndez y Pelayo, refiriéndose a fray Juan de los Angeles, le llama "uno de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel" (Historia de las ideas estéticcas, *2ª ed., 1896, pp. 131-6). La crítica posterior se ha encargado de demostrar que no hay tal estilo lácteo y suave, que tanto fascinó al ilustre polígrafo santanderino; al contrario, la forma literaria de fray Juan es áspera y adusta en ocasiones, y libros suyos hay como el de las declaraciones sobre el Cantar de los Cantares de Salomón, que es una simple taracea o mosaico de textos en latín, que da "'la impresión de que más que obra acabada, son apuntes para escribirla" (1) A pesar de todo, a este fecundo escritor franciscano se le debe el haber asumido la defensa, después de fray Francisco de Osuna, de la oración de recogimiento, en una época en que hacerlo presuponía correr la contingencia de graves riesgos y peligros.*

Las obras hasta aquí enumeradas forman parte de la literatura religiosa española que consideró a la ascética como una teoría o ciencia. Paralelamente a esta corriente, surgió la literatura sobre las ascética como práctica y vida, es decir: la hagiografía. *La bibliografía hagiográfica hispana es abundante, casi torrencial; pero son muy escasos los libros de auténtico valor literario. Entre éstos se cuentan: el* Tratado de la conversión de la Magdalena *(1592), de fray Pedro Malón de Chaide; la* Vida de san Jerónimo *(1595), de fray*

(1) Miguel Herrera García, Op. cit., vol. III, p. 55.

José de Sigüenza; la Vida de santa Teresa de Jesús *del fraile Jerónimo Diego de Yepes (1615), la de fray Francisco de Rivera y la de Pablo Verdugo de la Cueva, cura de San Vicente de Avila, la* Vida de san Ignacio, *de Pedro de Rivadeneyra, etc.*

Sor Francisca fue muy dada a la lectura de vidas de santos, como lo dice en un pasaje de su autobiografía, y no sería extraño que entre esos libros de su predilección, se contaran algunos de los anteriormente citados, quizás el de Malón de Chaide, en cuyas páginas intercaló éste, poesías, traducciones de los salmos y otros temas muy del gusto y afición de nuestra monja del Real Convento de Santa Clara, de Tunja.

La literatura mística

Quedan enunciadas sucintamente las diversas obras representativas de las distintas tendencias filiales de la ascética como género adscrito a la literatura religiosa española, durante los siglos XVI y XVII, con la venial intención de que algún día pueda este esquema servir de guía al curioso o al osado que intente explorar la densa selva de la literatura mística-ascética, en busca de las obras que en realidad influyeron en la mente y en la sensibilidad de sor Francisca Josefa de la Concepción, para escribir las suyas. Esto, por una parte, y por otra, que diputamos de no menor importancia, que tal esbozo pueda contribuir a hacer viable la empresa de clasificar exactamente aquellas obras en el cuadro de la literatura religiosa hispanoamericana. Es decir: comprobar si las obras de la madre de Castillo pertenecen a la literatura ascé-

tica o a la mística, y a cuál de sus órdenes o subórdenes filiales, asunto en el cual no se ha detenido, siquiera pasajeramente, la atención de nuestra crítica literaria.

Pasamos ahora, guiados siempre por la docta experiencia del profesor Herrera García, a tantear y explorar el aún más intrincado territorio de la mística considerada como género literario.

En la vida mística, Dios infunde, por medio de la gracia, a los sentidos corporales y a las potencias del alma sensaciones y afectos extraordinarios de orden angélico o divino. De esta manera la función normal de la vida intelectual y afectiva se ve inhibida transitoriamente, no para caer en la inactividad, sino para entrar en una etapa de actividades, extraordinaria y sobrenatural.

Los estados contemplativos suelen venir acompañados de fenómenos cuya esencia escapa a la comprensión humana, tales como raptos, deliquios, levitaciones, éxtasis, etc., en modo alguno esenciales a la mística ni explicables siempre como efectos del estado místico, ya que ellos pueden producirse con el sencillo ejercicio intensivo de las virtudes y los dones divinos.

Lo que un místico siente y conoce es, substancialmente, la misma vida integral de la gracia que se da en la ascética, pero potenciada por un conocimiento experimental, *en lo cual radica esencialmente el misticismo.*

Dos observaciones fundamentales se imponen sobre el particular: la primera, que las intervenciones extra-

ordinarias de la divinidad no constituyen por sí solas la vía mística, sino que se precisa el fundamento integral de la vida ascética, y, por consiguiente, el ejercicio de la gracia, de las virtudes y dones del Espíritu Santo. Sin estos supuestos, la mística no puede existir, ni el alma —beneficiada con carismas místicos— puede prescindir de ellos, ya que los carismas no son dones permanentes o habituales, sino transitorios y casi siempre exclusivos de la oración. La segunda: que para determinar la mística no basta que una o varias gracias infusas actúen en el alma en forma intermitente e incoordinada sino de un modo que, sin ser habitual, sea constante, reiterado y coordinado.

De lo antedicho se deduce que la mística no es un camino abierto a todas las almas, porque siendo como es, un carisma que Dios dispensa a las criaturas de su elección, conforme a los inescrutables designios de su voluntad, y en el grado de perfección que El quiera, no puede el hombre forzar a la divinidad a que le abra esa vía mística, porque ella ni se puede merecer ni procurar. Aún más, no es bueno apetecerla.

La diferencia entre ascética y mística reside en que en la primera, el alma, sostenida por la gracia, se esfuerza en elevarse a Dios, y en la segunda, es Dios quien invade el alma, sin que ésta tenga que hacer otra cosa que recibir y gozar del don divino.

Unidad de la mística

Don Marcelino Menéndez y Pelayo clasificó la literatura ascética y mística española por escuelas: la dominica, la franciscana, la carmelita, la agustina y la

jesuita, pero la crítica posterior sostiene que tal clasificación es inadmisible teóricamente, y por ser históricamente contraria a los hechos. En efecto, la concepción mística ortodoxa, por una parte, dada su íntima y vigorosa unidad, excluye de la literatura mística cualquier diversidad en el modo de concebir generalmente la vida cristiana; y por otra parte, la descripción de estados místicos es casi uniforme, dada la limitación de los medios humanos de lenguaje. Además, los medios de la vida interior aceptados generalmente por los escritores místicos son los mismos: la literatura espiritual, la meditación y la oración. No caben, pues, los distingos establecidos por Menéndez y Pelayo para hacer su clasificación arbitraria, según la cual, predominan los elementos intelectuales en la escuela dominicana, los de orden afectivo en la franciscana, etc.

En la literatura, la mística, lo mismo que la ascética, se presenta bajo la forma de ciencia o teoría y bajo la forma de experiencia. En el primer caso, ofrece una serie de tratados teológicos, cuyo fin es explicar, en la medida de lo posible, las experiencias de la mística, sometiéndolas a un sistema y trazándoles una pauta de evolución. En el segundo caso, o sea en el de la mística como experiencia, la literatura del género nos brinda aquellas obras, comunmente de carácter autobiográfico, en las cuales los místicos exponen los estados de su alma y los contenidos de su conciencia.

En el desarrollo de la mística —ya como ciencia o como experiencia— se dan los mismos tres grados de

ascensión que se anotaron al hablar de la ascética, a saber: el de purificación, el de iluminación y el de unión. Aunque identificados nominalmente, dichos estados o períodos difieren un tanto en su modo, porque la catarsis o purificación mística se inicia cuando la ascética tiende a su culminación. Por otra parte, los períodos ascéticos se caracterizan por una continuidad de que carecen los puramente místicos, los cuales ordinariamente se contraen al tiempo de oración y a los actos que la acompañan. Fuera de este tiempo, el alma transita por los caminos del ascetismo.

La mística como experiencia vital

Las obras de santa Teresa de Jesús constituyen el paradigma literario de la mística como experiencia. A través de ellas, exceptuando el Libro de su Vida *en cuanto tiene de episódico y accidental, puede trazarse claramente el esquema vivo de los tres ciclos de la vida mística: el purificativo, el iluminativo y el unitivo.*

Purificación mística

Tomemos el libro de Las Moradas *de la doctora de Avila y penetramos con ella a la cuarta morada de su simbólico castillo interior. Allí vemos cómo el alma da su primer paso en el camino de lo sobrenatural mediante la contemplación infusa, que es "una influencia especial de Dios en el alma".*

El concepto de la contemplación infusa lleva implícitos: una causa, que es la influencia especial de Dios, y dos efectos, que son el conocimiento intuitivo y el amor pasivo.

Tres son las propiedades de la contemplación infusa: ser gratuita, inefable y santificante. *Su objeto o materia son, de preferencia, la humanidad de Cristo y los misterios de la fe. Breve es su duración, máxime cuando asume el carácter de éxtasis o arrobamiento.*

Los grados de la contemplación infusa son múltiples, pero pueden reducirse a tres:

Contemplación purgativa,
contemplación iluminativa y
contemplación unitiva.

Cada uno de esos grados es susceptible de dividirse y subdividirse en muchos. El primer grado de contemplación infusa implica tres experiencias distintas: la oración de recogimiento infuso, la oración de quietud infusa y el sueño de las potencias.

La actitud y conducta del alma en los primeros grados de la oración infusa debe tender a evitar la suspensión súbita e integral lo mismo que el exceso del ejercicio activo de sus potencias. El alma no debe hacerlo todo sino que debe permitir, sin esfuerzo, que la obra o intervención divina sea cada vez más intensa. En el grado culminante de la unión del alma con Dios, cuando éste le suspende al alma sus potencias, debe ella limitar toda su actividad a la recepción pasiva de la influencia divina. Llaman los maestros de la mística a esta operación pasiva el haberse el alma pasivamente. *Tal* pasividad *no elimina los actos que la divina infusión provoca, sino sólo aquellos que son afecto de las potencias del alma. En esto se diferencia de* la pasividad *preconizada por los iluminados y quietistas.*

La duración *de la purificación pasiva varía según las condiciones del sujeto: mayor o menor perfección de su vida activa espiritual, y según los designios de la voluntad divina de elevar a cada uno al grado de unión mística que ella estime necesario.*

Iluminación mística

Al igual que la purificativa, la contemplación iluminativa implica diversas maneras y subgrados, característicos del segundo período místico. Santa Teresa de Jesús experimentó, en su orden, los siguientes:

Unión plena, *grado en el que no sólo quedan suspensas todas las potencias del alma, cual acontece en el período purgativo, sino también la imaginación. Extasis, arrobamientos, visiones, etc., forman el cortejo frecuente de este grado de contemplación o* unión plena. *Fuera del éxtasis, que siempre y seguramente es obra de Dios, los demás pueden también producirse por intervención del demonio. En las "Sextas Moradas" (capítulos* III *y* IV*), santa Teresa trae avisos para saber distinguir las "hablas" de Dios de aquellas que puede hacer escuchar el demonio, ya en la oración, ya en sueños.*

Subsiguiente a las dádivas y comunicaciones extraordinarias antes mencionadas, es el estado de unión extática o de desposorio espiritual, *que es el grado de unión mística "en el cual Dios se comunica al alma en una inteligencia y amor que implican la promesa del matrimonio espiritual y que, enriqueciéndola con virtudes, causan en el espíritu satisfacción, deleite y paz" (1).*

---

(1) Miguel Herrera García, Op. cit., p. 65.

Este desposorio espiritual tiene lugar durante un éxtasis, ordinariamente de muy breve duración, al cual sigue una inefable sensación de paz espiritual. He aquí cómo describe santa Teresa esta duración y esos soberanos efectos indecibles: "Esto dura poco espacio, digo para estar en un ser; porque, quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí y alienta, para tornarse a morir, y dar mayor vida al alma, y con todo, no dura mucho este gran éxtasis. Mas acaece, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado, y durar así día, y aún días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura." (1).

UNIÓN MÍSTICA

Conviene aclarar aquí algo de suma importancia, con el fin de evitar equívocos lamentables. Esencialmente, toda la vía mística es unión con Dios. *Cada una de sus jornadas se define por los diferentes grados de intensidad de esta unión. En la última etapa de este camino, el alma se transforma íntegramente en Dios, por lo cual se le da el nombre de vía unitiva. El primer descanso de esta sublime jornada pudiera llamarse unión incipiente; el segundo, unión plena, y el tercero, unión transformante. A esta etapa*

(1) Santa Teresa de Jesús. Obras Completas, *Moradas Sextas, cap. IV, p. 438, ed. M. Aguilar, Madrid, 1945.*

culminante denomínanla los místicos Matrimonio Espiritual.

La supremacía de este grado sobre los anteriores reside en el modo, o sea la comunicación directa de ideas a la inteligencia; en el objeto, o sea la comunicación al alma de los sublimes misterios de la divinidad en sí misma, y de ésta en relación al hombre en el orden natural; y finalmente, en los efectos, o sea que al alma se le hace partícipe de las divinas propiedades por ella contempladas; es la auténtica transformación del alma en Dios, a la cual sigue un estado de paz y sosiego inefables. Cesan los arrobos, los éxtasis, las locuciones divinas, todas las manifestaciones externas del misticismo para dar paso a las obras heroicas y fructuosas.

La faena del prologuista se ha limitado hasta ahora a un simple acarreo de materiales con el propósito de que éstos puedan servir de fundamento a quien o a quienes posteriormente intentaren un estudio más a fondo y de carácter crítico-analítico de las obras de sor Francisca Josefa de la Concepción, sobre las cuales hasta ahora se han pronunciado juicios de notoria vaguedad y que apenas son el desarrollo de fórmulas tradicionales, que tienen mucho de lugares comunes y en las cuales no apunta siquiera el destello de un concepto analítico o de un juicio crítico profundo, concienzudo, sagaz y original. Así que por muy bien servidos nos daremos si este acopio de materiales en bruto pudiera algún día servir de punto de partida a quien ose aventurarse por las escolleras de la obra literaria de la venerable madre Josefa de Castillo.

Darío Achury Valenzuela

AFECTOS ESPIRITUALES

DE

SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCION

AFECTO 1º

EL ALMA ATRIBULADA BUSCA EL CONSUELO, Y LO INVOCA (1)

Olvideme de comer mi pan de dolor (2), y mi virtud se secó como teja, a las fauces se pegó mi lengua, y fui reducida a polvo de muerte. Subí al cielo estribando en pies de barro, y dando en ellos tu verdad, descendí hasta el abismo de mi confusión y

---

(1) "Los títulos puesto a los *Afectos* (que integran el tomo 1), no son obra de la autora, sino de varios, especialmente del R. P. fray Francisco Antonio Merchán, del orden seráfico, predicador general y definidor, actual visitador gneral, presidente de Capítulo y comisario de la Tercera Orden de Penitencia." (Nota del primer editor, señor Antonio María de Castillo y Alarcón.)

(2) Ps., 101, 5.

miseria. El Señor deduce al infierno (1) y saca de él cuando humilla al alma que se ensalza, para ensalzarla después que se conozca, porque ve su humildad y su trabajo, y considera su trabajo y su dolor para traerla en sus manos. Desamparado está el hombre, pero el Señor es ayudador del huérfano (2); por eso es bueno para mí que me humillaras (3), porque en esto me consuela tu palabra, que llama a los sedientos, y dice: bebed de la doctrina de mi vida y ejemplo, *quia mitis sum et humilis corde* (4). Y así, de vuestras entrañas, secas y sin jugo de devoción, manarán aquellas fuentes de devoción viva y eficaz, que cuanto más profundare en el abismo de tu miseria y tierra, más saltarán hasta la vida eterna. En la amargura amarguísima tendré paz (5), y en la amargura moraré; haré de ella un nido de descanso, y en este nido propio mío, moriré a mí para vivir y revivir con tu calor, que a ninguno se niega, que mira lo humilde, y resucita del estiércol al pobre; y el desprecio que antes no quería tocar, porque a mi alma era manjar sin gusto, desabrido y sin sal, ya por la angustia que sentí, padece cuando vanamente se quiere ensalzar. Porque la otra era angustia del sentido engañoso; pero esta angustia de mi alma, que la penetra y divide, tendrá al desprecio y la humillación, la pobreza y oprobios por dulce y sabroso manjar.

¿Qué madre amorosa y tierna, dejó llegar a su mano ilesa el rigor del cauterio por quitar el temor al niño pequeño que lo necesita? Copiosa fue, Señor, mi redención, pues no sólo con vuestra muerte ganásteis mi vida, si también me redimísteis del temor de mis enemigos; enviaste las saetas de vuestras pa-

---

(1) I. Reg., 2, 6. — (2) Ps., 10 juxta Hæb., v, 11. — (3) Ps., 118, 71 — (4) Matth., 11, 29. — (5) Isaiæ, 38, 17.

labras, y los disipaste (1); multiplicaste la luz de tus ejemplos, y los conturbaste; y cuando por tus hijos no dudaste subir al tormento de la cruz, tomando en tu inocencia los oprobios y afrentas, quitaste el temor y asombro que pudiera causar en mi alma el recibirlos. Con dejar escurecer tu hermosura y majestad, diste luz a mi alma; y cuando multiplicaste tu luz, en tempestad de penas y asombro de la naturaleza, careciendo del refrigerio a tu sed, aparecieron las fuentes de las aguas en la doctrina y ejemplo de tu desamparo, humildad, y pobreza. Entonces se halla reprendida la tierra, y descubre sus fundamentos, cuando te ve, Dios altísimo, que caminas sobre las plumas de los vientos, humillado al improperio de la Cruz; esta es la inspiración del espíritu de tu ira contra la elación y soberbia. La voz del Señor sobre muchas aguas (2) resonará, y se oirá en virtud y en magnificencia, y siendo para los humildes, que te aman y temen, luz, camino y guía que les manifieste: ¿quién como Dios en poder y grandeza?; ¿quién como Dios, que ha de vivir eterno?, etc., será para tus enemigos terror, espanto y confusión; y a la voz de tu trueno tendrán temor y espanto formidable. Tu voz quebrantará los cedros (3) que más se levantan, tanto con mayor furor, cuanto más resistiere su soberbia; tú los confundirás, y poniendo tu voz como nube que los sigue, irán de abismo en abismo, porque tu ciencia infinita, a aquel se opone que no ve su ignorancia. ¡Oh Dios infinito, que sólo en los clarísimos ojos de tu ciencia no hay engaño ni sombra que pueda oscurecer tu vista, envía tus saetas que claven con tu temor mis apetitos de carne, para que así tenga el principio de tu sabiduría! Multiplica tus relámpagos, para que creciendo con tu temor la luz, vea ella los fundamentos de la tierra estéril de mi malicia y miserable ser, y no pueda decir: ¡Oh

---

(1) Ps., 17, 15. — (2) Ps., 28, 3. — (3) Ibid., 5.

padre amado, que la parte de tierra que me diste (1) no tiene regadío; porque aunque esto sea por mi naturaleza, estando mi alma delante de ti como tierra sin agua, tu gracia me enseñará, y traerá las fuentes de las aguas, y en ellas hallaré el espíritu de tu amor!

Llama mi alma al desierto del corazón, muéstrale el campo (2) adonde conozca los huesos áridos en que se resuelve todo el ser de la carne, cuya carrera, aun antes de acabarse, se corrompe. Dame que conozca ser más tuya, que mía, mi alma, porque tú quitarás el espíritu de ellos, y descaecerán, y se reducirán a polvo. Dame que mire como tuya mi alma, pues me la has de quitar cuando quisieres. Dame que no la haga servir en los convites de mi naturaleza y pecado, porque cuando la pidas, no la halles profanada, y la quiebres. Dame que la aborrezca, no permitiéndole la embriaguez y maldad, porque no me pierda, y la pierda con odio eterno. No gane, ni quiera para ella, lo grande y levantado del mundo, porque al rebelarse los fundamentos de la tierra, no padezca en tus saetas, y voz, su detrimento.

AFECTO 2º

ASPIRACIONES FUNDADAS EN LA FE DEL SACRAMENTO.—PIDE ESTE PAN A LA VIRGEN SANTISIMA, DISCURRIENDO POR LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

Se me representó a los ojos de mi alma todo este mundo como un diluvio de penas y culpas; deseaba entrar y que entráramos todos en esta arca de Nuestro Señor Sacramentado, fabricada siempre por el amor del que es nuestro verdadero descanso. "Yo soy

(1) Judic., 1, 15. — (2) Ezech., 37, 1.

puerta, el que entrare por mí, hallará un campo florido y abundante en que se apaciente." ¡Oh, alma mía!, si el Señor te rige, ¿qué te faltará? Colocada en este lugar de pastos dulces, suaves, sobresustanciales, pan de vida y de entendimiento, cogerás aguas con gozo de las fuentes del Salvador. *Super aquam refectionis educavit me, et aqua sapientiæ salutaris potavit illum* (1). Este es, alma mía, el cielo nuevo, y la tierra nueva, que te ofrece tu divino amante. ¿Qué puedes buscar en el cielo, ni en la tierra, que no lo halles aquí? Esta casa edificó la sabiduría para sí. *Gloria et divitiæ in domo ejus* (2). ¿Qué puedes desear o querer? Entra sus atrios en confesión: míra esta casa fundada sobre la firme piedra del desierto, de donde vino este Cordero al monte de la hija de Sión. ¡Oh, alma mía, si fueras tan dichosa que merecieras seguir a este Cordero a dondequiera que vaya! En caminos de justicia anda, en sus pastos serás apacentada, si lo siguieres en sus caminos. No vino a ser servido, sino a servir; fue obediente hasta la muerte de cruz (3); no respondió en sus injurias, como Cordero sufrió sus oprobios. "Yo así como sordo no oía, y como mudo no abría mis labios". No entró por sus oídos, a su dulce y abrasado corazón, alteración en sus injurias, así como que no las oyera. Como hombre que no oía, no tuvo en su boca respuesta; todo se ofreció a sí mismo como Cordero llevado al sacrificio, su purísima piel en la columna; todo en la cruz abrasado en amor y dolor; como fuego y llamas alumbró su caridad. Cordero enviado a dominar pacífico (4); Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, en quien tiene el Padre toda su complacencia. Vara es de su virtud, enviada a Sión; vara florida, en quien descansa el espíritu de su

---

(1) Ps., 22, 2. — (2) Ps., 111, 3. — (3) Ad Philipp., 2, 9. (4) Isaiæ. 16, 1.

amor, espíritu de ciencia y fortaleza, etc. Vara que a los que reinan en la tierra, a los pueblos de vanidad y mentira, contrarios a Ti en sus consejos, es vara de hierro que *tanquam vas figuli confringes eos* (1). ¡Oh, cómo te cantan, Señor, todas tus obras misericordia y juicio! Báculo en que sustentada el alma, sólo puede subir; báculo amado, vara que la corriges y la enseñas; tu vara y tu báculo ¡oh mesa y Cordero, oh piedra y panal! *ipsa me consolata sunt* (2).

¡Oh dulce, claro y suave laberinto de amor, prado florido, casa de la sabiduría, tesoro de las riquezas de Dios! ¿Cómo acierta el alma a salir cuando entra en Ti? Oh, cómo yerra saliendo de la vida, sólo hallará la muerte. Una sola cosa codicia el alma (3), esta sola juzga necesaria, esta sola, oh dulce amor, te pide: que habite en esta casa todos los días de mi vida, no sólo exteriormente. *Cor meum et caro mea.* ¡Oh Dios escondido, si el alma te hallara! Todo lo que no es Cristo reputaré por estiércol. Sin Dios, ¿qué puedo desear ni qué puedo apetecer? Sin Dios, ¿qué puedo querer, fuera de Dios, qué he de hallar? Algunas veces pienso que está mi vida tan pendiente de Nuestro Señor Sacramentado, que si El se acabara, se acabara ella. Esto no sé cómo es, porque en esto tiene vista el amor: siente sin conocer.

De este pan son sustentados con satisfacción los hijos que lo son de la luz; mas, preparados a recibirla, ¿qué será su dulzura y sustancia? Si las migajas de él, repartidas a los párvulos, dan refección a las entrañas de los pobrecitos; si mi alma, hecha como el animalito pequeño en las lluvias, huyendo de ellas con sus pocas o ningunas fuerzas, con sus pequeñas y casi ningunas obras (como con las manos de la lagartija) (4), asiéndose de las tuyas, uniéndolas con ellas, procura introducirse a los atrios de tu palacio,

---

(1) Ps., 2, 9. — (2) Ps., 22, 4. — (3) Ps., 26, 4. (4) Prov., 30, 28.

¡Rey de gloria! Codiciándolo, desfallece, Señor, porque a la entrada halla tanta salud, y en Ti, Jesús, miel a la garganta, júbilos al corazón, suave cántico a los oídos, néctar celeste al paladar, fragancia de todos los olores, gloria de todos los sentidos, dulzura inefable. ¿Descaece en tu salud mi alma? ¿Qué será lo que sobre todo espera en tu palabra? ¿Qué hallarán los que entran, o Tú, mi bien, los entras al retiro de tu amor, a la celda de tus vinos? (1). ¿Qué hay para mí en el Cielo, y qué puedo querer fuera de Ti en la tierra, Jesús Sacramentado? Todas las cosas llevo conmigo cuando en mí te llevo.

Mi amado para mí es, y todo deseable: ¿quién es tu amado, oh alma? ¿Quién es este amado? Dios y hombre, Cordero candidísimo, teñido en su sangre, abrasado en el fuego de amor; y todo se te da, ¡alma mía! ¡Oh, qué locura es desear otra cosa, pues fuera de El sólo hay males y muerte, y todo te das, Señor mío, centro de mi corazón! ¿A quién te das? Apártate, Señor, de mí, que soy mentira y pecado (2). Todo te me das Cielo y tierra, pero ¿qué no hay en Ti?, no habrá muerte, ni llanto, ni clamor; no habrá dolor que primero lo pasaste por mí, y dices ya asentado en tu trono (3): *Ecce nova facio omnia,* porque tu amor hace maravillas, y nuevos cánticos te canta la tierra del corazón humano, cuando conviertes sus espinas en flores, y ella tiene por bienaventuranza andar en tu temor santo los caminos de tu cruz. Bienaventurados todos los que temen al Señor y andan en sus caminos (4), comerán de la labor de sus manos y les irá bien, desposados con la caridad, que como vid los adorna y sustenta en los lados de su casa, dando ser y vida a las obras exteriores y interiores, respecto de Dios y de las criaturas. y estas obras son como hijos renuevos de la oliva de la gracia y misericordia en el circuito de esta mesa suya (5). *Visitasti terram, el inebriasti eam.* Entonces co-

---

(1) Cant., 2, 4. — (2) Lucæ, 5, 8. — (3) Apocalyp., 21, 5.
(4) Ps., 127, 1. — (5) Ps., 64, 10.

nocí ser las obras como los renuevos de las olivas, llenas de paz y hermosura, y deseaba esta unión de caridad, porque sin ella está el alma como tierra sin agua, estéril, que sólo lleva espinas de dolor. Alma mía, así es bendito el que teme a Dios, dándole el rocío del cielo para que la tierra dé su fruto. Dénte bendición y alabanza, himnos y loores en Sión, a Ti, que hiciste el cielo y la tierra.

Hallé consuelo y que se recogía mi pensamiento, y se alentaba el corazón en tiempo de trabajo. Pidiéndole a la Virgen Santísima este pan, le decía: Madre de misericordia, mirad que desfallece mi alma de cansancio y hambre en el camino de esta vida; dadme de aquel pan de vida de vuestras entrañas, que creció con vuestra leche. Por el fruto dulcísimo de vuestro vientre, dad, piadosísima Señora mía, de comer al hambriento, compadeceos de mi necesidad y miseria. Mirad, Señora, que mi alma sedienta está a vuestras puertas velando, y pidiéndoos de aquella fuente de vida que estuvo en vuestras entrañas, y os subió hasta la vida eterna; dad, amorosísima Madre, de beber al sediento. Mirad, Señora, mi desnudez, con las manchas de mis culpas he afeado las vestiduras de mi alma; dadme que me vista de Cristo, y de su caridad, para que con ella se borre y quite la multitud de mis pecados, etc. Así discurría por las obras de misericordia, pidiendo la usase conmigo.

AFECTO 3º

EN ESTA VIDA SE HA DE PADECER

Acompañando la consideración a la fe, en todo halla el alma refugio, y sin ella no alumbra multiplicar palabras; por eso, alma mía, está a la puerta clamando, y si no puedes clamar, está a la puerta, que ya sanó Jesús, amor divino, al mundo sordo y ciego,

al paralítico y al endemoniado, al que nunca vido y al que vio en un tiempo.

Post tenebras spero lucem (1). Cuanto más penosa te fuere la noche, más dulce y amable gozarás el día; más larga parece la noche al que más desea que se pase. Sufre pues los tormentos, arrójate al padecer, tén por lecho las penas, tierra y podre eres; culpas cometiste por lo cual mereciste el infierno; aunque el Señor te mate, espera en El; pero esta esperanza sea reposada en tu seno, y reposa con ella.

Muchos bienes, y grandes, he perdido, por no sufrir y padecer; el padecer es limitado, y perdida la ocasión que Dios me da, justamente me negará las otras, y mayor gracia para llevarlas. En el cielo no se podrá padecer; ni en esta vida quieras, alma mía, gozar; atiende, mira, no trueques las manos; advierte a la eterna penitencia que hacen casi infinitos por un corto gozar; trocaron las manos, cayeron a la siniestra, y allí estarán para siempre.

AFECTO 4º

AFECTOS A JESUS SACRAMENTADO, DEDUCIDOS DE VARIOS SALMOS DE DAVID

Oh Señor mío Sacramentado, cuando el alma te halla, ¿qué puede desear, sino es tenerte y no dejarte? No te busque en lo estrecho de la tierra, no en las plazas del cielo, no en los espíritus veladores de la ciudad santa, pues sólo es de Ti participada su hermosura. ¿Qué busca en el cielo el alma que tiene fe de que estás en el Sacramento? Pida todo lo que quisiere, que en Ti lo recibirá; busque todo lo que quisiere, que en Ti lo hallará; lláme, pues, eres casa de la sabiduría, puerta para entrar al Padre, lla-

(1) Job., 17, 12.

ve que sólo abres lo que otro ninguno (1). ¡Cuán amables son tus moradas (2), Señor de las virtudes! Mi alma las codicia, pero aun en sus atrios descaece; Tú le darás la mano, y con tu voluntad la llevarás, y la recibirás con gloria.

Conocí ser nuestro Señor la escala que teniendo su principio en los resplandores del pecho de su Padre, el espíritu de su amor y comunicación hizo bajar a la tierra y humanarse. Bajó cubriendo su gloria con la naturaleza humana, no con las pasiones brutales de ella, sí como ángel del gran consejo, para que los hombres dormidos en la sombra de la muerte recibieran la salud, teniendo hombre que los enseñara a subir como ángeles.

!Oh casa de la sabiduría, cuán hermosos son tus pasos! ¡Oh humanidad santísima! ¡Oh verdad eterna, camino, y vida, cuán suave es tu voz a los oídos de tu Padre!, cuán hermoso tu rostro, aunque entre sombras! Arca de refugio en quien están todas las cosas con un modo dulce, nuevo, y escondido; casa de tu Padre en quien hay muchas mansiones (3); no desprecias al pobrecito, no confundes ni te confundes con el ignorante. En Ti hallan guarida las aves del cielo, los animales de la tierra; no das una mesma morada a las águilas reales, y a las avecicas pequeñas, ni deja de hallar en Ti la tórtola su nido, el pájaro su casa. El león fuerte y el cordero simple, hallan en Ti morada igual, aunque distinta. El ciervo ligero, el jumento paciente, hallan en Ti lugar sin confundirse. La paloma serena, el erizo afligido; al uno eres reposo, al otro eres refugio; a éste le das descanso en el refugio, al otro das defensa en el descanso. Padre nuéstro, en Ti todos se alegran. *Lætabuntur in cubilibus suis* (4). Pero, ¡oh Dios, cuantos fueron los perdidos, no entraron en Ti, no te buscaron, por esto hallaron tribulación

---

(1) Apoc., 3, 7. — (2) Ps., 83. — (3) Juan, 14, 2. (4) Ps., 149, 5.

y dolor; no buscaron la vida, y los halló la muerte, la tribulación y angustia! Tengan pues, los que te hallaron, *exaltationes Dei in gutture eorum,* como sustento para ellos cerca de la boca para llamar a los otros, no en la boca sola y sin tiempo, ni sólo en el corazón con avaricia o pereza; en la garganta, como quien dice lo que come y come lo que dice. Inclina mi corazón a tus testimonios, no a la avaricia sólo de saber, ni de mostrar que sé. En esto he tenido muchos conocimientos, que no apunto, por parecerme no son para mí; en especial en lo que dije de aquellos árboles dorados, me parecía ser los sermones, cuando no se atrae el espíritu, abriéndose para eso sólo los labios, se sube con trabajo, y su fin es el aire.

Alma, en el mar de este mundo, en el diluvio de la vida humana, sólo hallarás seguridad en esta arca, sólo podrás pasar en esta nave que trajo el pan del cielo. Si vas con tu Dios, no temas; si llevas a tu amor, no te entristezcas. El dominará el mar. Si durmiere, dále voces (1), que sosiegue la tempestad. Su corazón vela cuando El duerme (2). Tu Jesús, es guarda de Israel. Si caminares en medio de la tribulación, El te vivificará. Sobre la ira de tus enemigos extenderá su mano, su diestra te hará salva. No temas la horrible fiereza del dragón de este mar, que El lo formó *ad illudendum ei.* ¡Oh, mi Jesús querido, pónme junto a Ti, y la mano de cualquiera pelee contra mí!

AFECTO 5º

EXTRAORDINARIOS TRANSPORTES AMOROSOS

Estando afligida, porque me faltó el consuelo de ver a mi confesor cuando lo esperaba, entendí esto.

(1) Lucæ., 8, 24. — (2) Cant., 5, 2.

Alma: *cur fles? et quare non comedis?* (1); ¿por qué está afligido tu corazón? *Nunquid non ego melior tibi sum quam decem filii?* ¡Oh gloria mía, Padre mío y Señor mío, amor, descanso, centro y vida de mi alma, hermoso Nazareno, lumbre de mis ojos (no sé qué iba diciendo), mira, gloria mía, ya no quiero cielo, ¿qué hay para mí en él? Tú eres mi alma y mi vida. No quiero corazón ya, no quiero ojos, ciérralos, Rey eterno, que fuéra de Ti cuanto miro es vanidad; mejor eres que todos los hijos de los hombres, escogido entre millares; hermosa tu presencia, gracioso sobre todos (2); tu habla infunde gracia, tu mirar vida, y todo te me das. ¿Qué te daré, Señor mío? Por ventura, ¿podré criar un cielo empíreo para Ti? ¿Me pondré en una cruz por darte vida? ¿Podré acrecentar tu hermosura o hacer a mi alma hermosa a tus ojos? No, Señor, ni un cabello de mi cabeza podré hacer crecer, ni llamarte Jesús, ni respirar. ¿Pues, qué haré? ¿Estás mi Dios enfermo, para que te cure? ¿Tienes hambre o sed, estás desnudo, te falta alguna cosa, de qué careces? ¿Estás triste, para qué me quieres, para qué me buscas? ¡Oh prodigio de amor! ¿Qué te faltará si me pierdo? ¿Qué te importará si no te gano? ¿Qué viste en el alma, querido Señor mío: no es villana y traidora, no es engañosa y vil, no quiso ella perderse? ¿Por qué la buscas, para qué la llamas? ¡Oh prodigio de amor! Asómbrese el cielo, estremézcase la tierra, y todas las criaturas le den voces al alma. "Conócete, que gran tesoro tienes en vaso de barro; capaz eres de que Dios te ame para poner en ti hermosura que codicie el Rey eterno" (3); pero, ¡oh, con cuántos riesgos en ti misma!

(1) I. Reg., 1, 8. — (2) Ps., 44, 3. — (3) Ps., 44, 12.

AFECTO 6º

IMAGEN ALEGORICA DE LA MORTIFICACION, Y AFECTOS AL SACRAMENTO

Esto conocí con la semejanza de una persona que con hábito de religión caminaba por el mar sobre una cruz hecha de dos espadas. Entonces pensé iría sólo en la obediencia segura; y ahora conozco significarse en las espadas las dos pasiones y principio de todas, que creo llaman *irascible* o *concupiscible*, hechas cruz para la mortificación, navega el alma en la cruz, que abrazándolas fueran muerte y perdición. ¡Oh Jesús mío! ¿Quién podrá librar en tantos riesgos? Tú solo, que reposas en la cruz como en navecica pequeña; no hay riesgo donde Tú estás, gloria del cielo; pequeña es la fe del que duda podrás librar de la tempestad, dar bonanza y llevar al puerto. Si el alma camina en fe, la harás semejante a Ti, la que harás que te imite; sobre la firme piedra edificaste tu casa, la Iglesia; sobre la firme fe que te confiesa Cristo, Hijo de Dios vivo, Dios y hombre. Esta es la casa en que el alma se resiste, fuerte en la fe, a sus enemigos (1); esta es la torre con muchos escudos y segura defensa (2).

¿Qué me pueden decir todas las criaturas? ¿Qué revelación hay para el alma, tan tierna y regalada, como creer, mi Dios, que Tú estás en el Sacramento? ¿Qué cosa más cierta y dulce que creer que entras en mi pecho, que te haces una cosa con el que te recibe? En sabiendo esto, callen todos mis deseos, y sólo desee disponerme para recibirte. Si el alma desde lo alto del mundo viere todas las riquezas, segura las despreciará cuando diga: a mi Dios y Señor adoraré, a Él solo serviré (3); a mi Dios que se da en sustento para que viva el hombre con la palabra que procede de Dios.

---

(1) I. Petri, 5, 9. — (2) Ps., 60, 4. (3) Matt., 4, 10.

Sin ninguna consideración, sólo con ver a Nuestro Señor Sacramentado, se halla el alma tan llena de gozo, de satisfacción y consuelo, como los polluelos debajo de las alas de su madre; o más propio, como los gusanos, a quienes después del agua y frío, baña piadoso el Sol.

Todo mi consuelo es haber ofrecido una vida sola que tengo, alma, y cuerpo, por esclava de Nuestro Señor Sacramentado; éste fue mi intento el día que profesé. Mi consuelo en la clausura es decirle: no las cadenas de fierro, Señor mío, sí las de Cristo. En la obediencia pienso que es su voz la que oigo, y con esto se alienta mi tibieza y flojedad. Algunas veces esta consideración trae estos afectos: deseo de obedecer, no sólo a los superiores e iguales, sino a los inferiores; y si pudiera, hasta a las criaturas irracionales, no sólo en lo que mandan, sino en lo que se juzga que quieren; y esto da deseo de hacerlo lo mejor que se pueda, y se hace con gusto, con facilidad y suavidad.

Me parece, según lo que debo a mi Señor y el conocimiento que da, si fuera un serafín con la hermosura y pureza de todos juntos, y hubiera de estar hasta el fin del mundo clavada en una cruz por su amor, y por darle gusto, no haría nada. Míre ¿qué hará quien en el todo es tan despreciable, y ve que no hace nada, ni puede, ni tiene, ni es? Apenas he experimentado deseo, consuelo, conocimiento o luz, que no proceda de Nuestro Señor Sacramentado, o refiriéndose a Su Majestad o teniendo allí su principio, o rezando en su presencia el oficio divino, o comulgando, o viéndolo descubierto.

AFECTO 7º

ELOGIOS DE LA FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Representábase a los ojos de mi alma la fe como un campo de incomprehensible grandeza y hermosura, de cuyas flores, frutos, pastos, aguas purísimas, aires

suaves que dan vida, me parecía ser participados los sentimientos, luz, y afectos que digo. Conocía estar Nuestro Señor allí como pastor apacentando a las almas, ya en el valle de la humildad, ya en lo alto de la contemplación, ya a la sombra del que deseaban, ya al sol del medio día, ya llamándolas con su dulce silbo, ya ocultándose a su vista, ya mostrándose afable y amoroso. Después de las tinieblas esperan la luz; mas en la luz no dejan de aguardar la sombra, porque sólo en el cielo será perpetua la luz. Conocí estar tan cercado este campo, que el demonio lo que podía era dar vueltas buscando a quien tragar (1), acechando, llamando, y levantando polvaredas para hacer presa en la ovejita que dejando a su dueño saliere de su casa. Conocí que cada alma es juntamente oveja y pastor de sus afectos; que dejando de velar sobre ellos, saldrían de Dios, y llevarían al alma a la boca del león. Acordéme de lo que dijo Nuestro Señor: *si me amas, apacienta mis ovejas.* Es verdad que conocí ser grande el trabajo que dan al alma, cuando se alborotan, las pasiones; mas como está a cuidado de otra guarda superior, fiada de El, y velando, se resiste fuerte en la fe, que al mayor aprieto su majestad acude, y está con ella en la tribulación; que ha estado como escondido, gustando de ver trabajar por su amor y fe, al alma, su querida. Cuánta lástima es ver, Señor Jesús, que alguno va ya a vencer, y faltando poco para la victoria, se deje ser vencido, y se entregue. Mayor trabajo halla, que el que le parece que excusa; por ventura, Señor, faltaba poco para que Tú acudieras a su socorro, y le dieras el descanso en tu pecho, como a ovejuela tuya, herida y fatigada.

¿Qué hacen mis ojos, Señor, cuando no lloran? Grandes son las lástimas que no vemos. ¡Ay de mí, miserable! Justo eres en tus disposiciones, y miseri-

(1) I. Petri, 5, 8.

cordioso en tus justicias; todavía si te oyere, aunque el lobo la trague, la sacarás de su boca. ¡Oh apacible Jesús, hijo de David, Nazareno fuerte en tus pensamientos, Sansón en las peleas! Conocí que como los pastores con particular cuidado y amor cuidan, miran y guardan al corderito sin madre; así al desamparado y pobrecito, que no busca ni tiene amparos de la tierra. Escogí ser despreciado en la casa de mi Dios, porque ¿a quién miran sus ojos, sino al pobrecito y huérfano? Ahora (sin dilatarlo para luégo), me levantaré (1), (dice el Señor). Oh, si el alma entendiera esta palabra: *dice el Señor*. Sin levantarte, Señor, lo dijiste, y fueron hechos los cielos, y fueron criadas todas las cosas; y ahora te levantas por las miserias del pobre, ¿tánto te mueven sus gemidos? ¿Tan de cera es tu corazón a sus voces? ¿Tan suave y blando a sus quejas, que puede ser herido, y queda traspasado con un cabello? Con más amor que su madre lo regalas, ¡que tienen que ver cariños de Dios!

Estas almas cobran , y tienen más fuerte, más tierno y regalado amor a Nuestro Señor, como quien no tuvo otra madre; comió el pan de su boca, recibió el calor de su pecho; envidien los serafines esta dicha; no sé qué digo, que ellos allá te tienen, y por eso son y viven; envídienla los poderosos del mundo, que escogen por parte (2) el cáliz de Babilonia, cuyos espíritus, como las olas del mar, son lazo y tormento. Envídienla las almas que todavía peregrinan en la vida mortal, con santa emulación, deseando y pretendiendo cada una ser la más despreciada, para ser la más favorecida. Olvide y aborrezca la naturaleza su madre, la casa de su padre, con el pueblo de sus pasiones y quereres, etc., para que pueda decir: uno solo es mi Padre que está en el cielo, sea

(1) Ps., 6. — (2) Apoc., 17, 4.

hecha extraña a sus hermanos (1), peregrina a los hijos de su madre, para tenerte por compañero y hermano, hijo de Dios vivo; hágala el amor que se despose con tu imitación, hijo de la Virgen, sin padre en lo terreno, en cuanto hombre, sin madre en cuanto Dios. Envidie yo, miserable, la dicha del alma que así te busca, cuando, conociendo tu camino, me voy por el de la culpa y miseria, escogiendo por mi parte la tierra, como hija de ella, viviendo contenta en el lodo como animal inmundo.

Conozco que si todo el mundo estuviera sembrado de espinas, y en noche oscura hubiera el alma de rodearlo todo, por llegar a tus pies, fuera corto trabajo, comparado con el premio. Miserable de mí, que me parece que escribo mi juicio en esto, pues lo conozco, y vivo en mis pasiones. Cuando vengas a juzgar no me condenes, no hagas conmigo juicio, si usa en él de misericordia; no desampares a mi alma, porque como triste Babilonia no quiso sanar (2); quema, abrasa, castiga en esta vida, mi Dios; cuando me arrojares a un muladar, y se acabare para mí todo, dáme que conozca que es tu dedo el que me toca, y te bendiga por que lo haces con misericordia.

En Nuestro Señor Sacramentado registro y veo que no tengo ninguna virtud, ni el ejercicio de ellas. De la fe, que o no la tengo, o soy más insensible que las piedras, y peor que los demonios, que ellos tiemblan delante de la incomprensible majestad de Dios; y ellos, aunque forzados, lo obedecen, y todas las criaturas reconocen a su Criador (3). Yo me acuerdo que con alguna luz que dio Nuestro Señor de su presencia en el Sacramento, faltaron los sentidos, cayendo desmayada la persona que la recibió. Pues, ¿cómo yo no lloro mi poca fe? Verdaderamente, alma mía, ¿no es este el hijo de David cuanto apacible y amable, terrible y poderoso en las batallas? No es

(1) Ps., 68, 9. — (2) Jerem., 51, 9. (3) Jacob., 2, 19.

éste el hijo de David, *de quo canebant in choro dicentes: Saul percussit mille, et David decem millia?* (1). ¿No es de quien los salmos cuentan tantas maravillas? Oh, Señor, haga yo en tu presencia memoria de tus maravillas; alumbra mis ojos para que no duerman en la oscuridad y sombra de muerte; tiemble en la presencia que hace temblar las columnas del cielo. Si tuviera fe, tuviera firme en Ti mi esperanza, conociendo en mi visita mi salud, y las cosas que son para mí paz. O si yo te preguntara y entendiera: *Quis es tu qui venisti ad me curare vulnera mea?* ¡Oh, cómo en nada dudara, oh, como te bendijera y diera gracias, Padre de mi señor Jesucristo, que no ya por tu Apóstol, sí por tu mesmo hijo, igual a Ti, Dios mío, te dignaras curar mis enfermedades! ¡Oh alma mía, ten fe y sanarás! *Tu fe te hizo salva,* hecha está tu salud y tu remedio. Aprende de la hormiga: antes que vengan las lluvias, busca el grano con que te sustentes; ¿por qué agravas tu corazón? Busca a tu Dios, dilata tus labios pidiéndole misericordias, pues ya tiene prometido que los llenará. ¡Oh, si lo oyeras: (2) *non erit in te deus recens, neque adorabis deum alienum!* Mira que los ídolos en quien confías son sin oídos para oírte, sin manos para favorecerte, sin pies para levantarse en tu favor, sin voz para llamarte; y así eres tú cuando confías en ellos, sin ojos, sin oídos, sin pies, sin manos, teniéndolas como estatua cuando vuelves a ver lo que debieras dejar. ¡Oh Dios, que te levantas del solio de tu gloria para bajar a la tierra, por las miserias del necesitado, y los gemidos del pobre, te traes tu gloria contigo! ¡Oh alma mía!, si preguntaras a los ángeles (3), *quis est hic et laudabimus eum?* ¡Oh, cómo lo alabaras en su compañía, *fecit enim mirabilia in vita sua!*

---

(1) I. Reg. 18, 7. — (2) Ps., 80, 10. — (3) Eccil., 31, 9.

Hagamos memoria en su presencia de las maravillas que hizo en su vida, como sol alumbrando con su luz, dando vida a todas las cosas, guiando nuestros pasos por el camino de la paz a lo sumo del cielo, llevando con la virtud de su amor todas las cosas tras sí, mostrando caminos de pureza y de vida a los que, como brutos, seguían los contrarios. ¡Oh Dios!, quien te ve en el pesebre entre brutos, en la cruz entre ladrones, ya negado, ya escupido, injuriado, azotado como esclavo, reputado por ignominia y desprecio: *tamquam vas perditum* (1), ¿qué dirá? *Fecit enim mirabilia in vita sua* (2). Aquí también haces memoria aun más maravillosa, mil veces eres misericordioso, queriendo volver al mundo a sufrir estos agravios, tanto más crueles cuanto caen sobre mayores beneficios. Oh, si me dieras un corazón de fuego, que, aunque fuera ardiendo en dolores, te sirviera de custodia, pero, o si lo arrojaras al infierno, pues él fraguó tus ofensas, y te recibió con injurias. Callas ahora como cordero tus agravios, recibiendo en tu casa, y permitiendo que te reciban los que hacen maldad. ¡Oh, cómo el día de tu ira darás voces para vomitarlos, como mujer que está de parto! (3). Menos mal será, y a dicha tendré que me escondas en el infierno (4) de penas, aunque sean de infierno, porque tendrás tiempo en que pase el furor de tu ira, te acuerdes de mí, me llames; y esta voz vivificadora hará que yo te responda y te llame: Maestro de mi vida, consuelo de mi llanto.

A este modo registro en este espejo de pureza, las virtudes que no tengo, especialmente me falta amor, que si amara y creyera, etc., ninguna dejó lo que ama por buscar otra cosa; allí son todas sus delicias donde está el tesoro de su corazón.

---

(1) Ps. 30, 13. — (2) Eccli., 31, 9. — (3) Isai. 42, 14. — (4) Job., 24, 13.

AFECTO 8º

NECESIDAD DE TRABAJAR EN TIEMPO, PARA GOZAR EN LA ETERNIDAD. MUERTE AMOROSA Y RESURRECCION ESPIRITUAL.

Para siempre caerán en la tierra tenebrosa, donde habita sempiterno horror, los que no cayeron en tierra a ser muertos como granos, cuyos frutos de penitencia fueran fructuosos; harán eterna penitencia y sin fruto, y permanecerán solos, desamparados de tu favor, arrojados de tu presencia como el llagado que duerme en el sepulcro, de quien no hay memoria. Tu disciplina me corrija en esta vida para que no caiga sobre mí el golpe de tu ira; corríjame, enseñándome el fin amargo de la culpa breve y de la mala vida, para quien será amarga la muerte. La muerte, como la de tus santos, será preciosa en tu presencia (1), en cuya eterna memoria serán los justos, y los servicios que te hicieron, llevando contigo la carga ligera y yugo suave de tu amor y ley, caminando en tu seguimiento los caminos que les pusiste. A donde mandaste a tus ángeles (2) que los guardarán en todo, que los llevarán en palmas, y Tú les fuiste descanso en el trabajo, consuelo en el llanto, compañero en las penas, refrigerio en el estío, recreación en las tristezas, maestro y luz de sus caminos, allanando los que eran ásperos, Tú los llevaste, y enviándoles tu luz (3) y tu verdad, los trajiste a tu santo monte y a tu tabernáculo, donde, descaeciendo el día de esta vida, te quedarás con ellos, y partiéndoles el pan de la cena a que los convidas, conocerán al que, peregrino con disfraces, les hablaba en el camino de esta vida (4).

Una consideración se me acuerda: proponíaseme los días pasados una casa, cuya hechura o planta no servía por ser mucha su grandeza. A la puerta es-

(1) Ps., 115, 15. — (2) Ps., 90, 11. — (3) Ps., 42, 3. — (4) Luc., 24, 35.

taba una persona llamando a los que pasaban, y tenía un poco de pan dorado. En llegando los pasajeros, les mostraba un campo o huerta que estaba a un lado de aquella plaza o atrio, y les decía él: "Amigos, ¿quién quiere trabajar? Veis allí el campo, que luégo entraréis en esta casa, adonde hallaréis tanto descanso y premio, que por mucho que yo os diga ahora, y vosotros podáis pensar, no será ni sombra de lo que habéis de hallar; pero el que quisiere comer primero, ha de ir después a trabajar." Apenas había dicho esto, cuando de tropel, todos con desatinada prisa se arrojaron al dorado pan que allí tenían presente, y por tomarlo cada uno más aprisa, unos a otros se herían y maltrataban; unos alcanzaban una parte poca, y ésa se volvía cenizas, o mostraba que lo era, y sólo tenía aquello dorado por encima; otros quedaban heridos y llorando, el que llegaba a comer algo de él (1), * quedaba con una hambre insaciable, y trabajaba por quitar a los otros el que del suelo habían recogido, que ya era tierra y ceniza todo. Todos lloraban y gemían con amargura y confusión, los unos, porque se lo quitaban, habiendo ellos trabajado en buscarlo; los otros, porque empezaban ya a gustar su amargor; unos, por que no lo hallaban; otros, porque no se hartaban, todos gemían con dolor. Cuando ellos pasaban en esto, venían ya los pocos que habían ido a trabajar, alegres corrían a la corona de la justicia que les esperaba; * cuando a los otros se llegó el tiempo de empezar su trabajo, no sé qué hicieron * (2). Pensaban unos ir, después de comer, a trabajar; pero les acordó con amarga memoria la muerte, que ya se cerró el plazo, y se acabó el tiempo. Inclina, Señor, mi corazón a tus verdades, vivifícame en tus caminos, corrigiéndome tu disciplina, y enseñándome el fin, para que corra con dilatados pasos, y no enfermen las plantas de mis pies, echando raíces en la tierra mis deseos, con desordenada avaricia de lo que no

(1) y (2) Los pasajes que aquí van entre **, faltan en la 1ª ed. (Bogotá, 1843).

eres Tú, porque no se conozca por sus frutos, que fueron plantados en la tierra estéril, no cerca de las corrientes de las aguas (1), sino como impíos, así como el polvo que es esparcido del viento sobre la tierra, como higuera loca quedarán sin fruto, y contra sus hojas, que rapará el viento, mostrarás tu potencia, y perseguirás la paja seca para que, como maldita de Ti, no halle en la tierra lugar: el aire la esparza, el agua se le niegue, en tu ira la conturbes, y el fuego la trague; todas las cosas peleen contra su insensibilidad, y Tú borres su nombre en eterno, y en los siglos de los siglos. ¡Ea, pues, alma mía!, prepárate a los azotes, y sólo te juzga digna de ellos; mira que tu vestidura manchada no está para las bodas, no es digna del convite; llora, gime como tórtola, porque tenías nido y lo dejaste; hiere tu corazón con dolor como el pelícano de la soledad (2); huye a llorar sola lo que perdiste riyendo; esté siempre tu dolor en tu presencia, pues, como el pájaro, volviste a los lazos, y tu culpa está siempre contra ti! ¿y fuera de tu refugio, a dónde iras? De las criaturas en cualesquiera parte te puedes esconder, pero de Dios ¿a dónde? Subirás al cielo, bajarás al abismo (3), entrarás en ti misma, saldrás fuera de ti; pero en ti lo hallarás. El seguirá, te llevará, y te esperará, te tendrá entre sus manos, entenderá tus caminos, escudriñará tus pensamientos, sus ojos verán las más mínimas culpas, y como en libro impreso todo estará en su memoria. Sufre, pues, y espera los golpes con que te lava, y, aunque temblando de temor, andes vagueando por toda la tierra, temiendo en cada criatura la pena de tu pecado, no digas que no puede lavarte, ni busques otro lugar donde esconderte, sino gime como la tórtola; y tu dolor, siempre en tu presencia, suspire por los agujeros de la piedra, refugio de los erizos. Levanta tus ojos al que habita en el cielo, con la atención y humildad que la esclava mira a las manos de su señora (4), con la confusión y temor que el esclavo

(1) Ps., 1, 3. — (2) Ps., 100, 7. — (3) Ps., 138, 8. — (4) Ps., 122, 2.

espera ser desatado de las prisiones en que estaba preso, esperando el castigo; con el deseo y esperanza que el perrillo está a la mesa de su señor, esperando de su mano el mantenimiento que le da en tiempo oportuno, porque, abriendo su mano, lo llena de bendiciones; con el amor, ternura y esperanza que el hijo, que saliendo de la casa de su padre, gastó su hacienda, empobreció y vuelve a ella desnudo, pobre, hambriento y flaco; y llegando en la oscuridad de la noche lluviosa y triste, acompaña con lágrimas la lluvia, y con lastimosa voz los golpes que da llamando; no pide, no, entrar, no ser vuelto al cariño y amor de su padre, no mandar los criados, ni poseer la hacienda: un pedazo de pan pide como pobre. Llama una vez y no le responden, hiere su corazón con dolor, calla y vuelve a llamar, y en tanto piensa: este es mi padre, esta era mi casa, revienta el corazón por los ojos (aun al escribirlo); vuelve a llamar: Padre mío, dice en el silencio, ¿de Ti es desamparado el pobre, siendo Tú ayudador del huérfano? (1). ¡Oh, alma mía, ya oyes las cuerdas del salterio y de la cítara que suena arriba en casa de tu padre! Canten tus lágrimas desde la puerta, al son del salterio: *Padre, ¿por qué me desamparaste?*, ayudador del huérfano. Mira mi humildad y mi trabajo, y perdona la universidad de mis delitos. Mi alma te desea en la noche; pero, ¡oh dulcísimo Jesús, hijo primogénito de mi Padre, hermano mío querido!, salterio que te levantas en la mañana de mi redención, haz que haga consonancia la voz triste con que canto mi locura, a la música que das a tu Padre, y a mi Padre, cuando como cuerda que se aprieta con las clavijas de los clavos, suena agradable y dulce. Decid vos sólo, Señor, que vuestro Padre os atiende: *Padre mío, ¿por qué me desamparaste?;* porque yo no me atrevo a llamar Padre al vuéstro, ni ignoro la causa de mi desamparo, antes dudo cuál será mayor, siendo todas tales; porque injustas co-

(1) Ps., 10, 14.

sas obré, iniquidades hice, de que son testigos el cielo y la tierra. Delante de uno y otro dáis la satisfacción, y queréis que digamos: mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios. ¡Oh salterio y maestro mío, proseguiré yo sola, *lejos está mi salud de la palabra de mis delitos!* Vos también lo cantáis, salterio mío, porque no se oirá mi voz, si no la acompañáis con la vuéstra. No alcanzaré yo la bendición de vuestro Padre, si no tomáis vos por mí la imagen del pecador. ¡Oh hermano Jesús mío! ¿qué diré, cuando vos habláis mi amado? Tan dulce es a mi garganta vuestra voz, que ya no quiero, hacecico de mirra, más cielo que teneros conmigo. Suban los amigos de vuestro padre, beban y embriáguense sus queridos, que a sí me basta el teneros conmigo; vayan al collado del incienso que yo quiero coger de esta mirra escogida, y haciendo un hacecico, meterlo en mi corazón, abrigarlo en mi pecho (1).

¿Qué importa mi desnudez, si trocáis ropas conmigo? ¿Qué importa el frío de la noche, si esta mirra es fuego que me abrasa el corazón, y me da calor de vida, y me preserva de muerte? ¿Qué importan las tinieblas de la noche, cuando vos sois gloria mía, mi luz en mis tinieblas? Esta noche es mi iluminación. En mis delicias, cuando estoy con descanso a la sombra del que deseaba, gustando sus palabras como frutas suaves a mi paladar, no me aflige ya el hambre, no el cansancio. El aliento falta para proseguir, porque en ti, salud mía, descaece mi alma; y sobre todo otro gusto o deseo espero en tus palabras; descaecen mis ojos en tus palabras, porque no miraran las aves nocturnas al sol, y descaecen cuando quieren otro consuelo o luz que estar a la sombra del árbol de vida de tu cruz. No sé, mi amor, qué te diga: si tu Padre ahora me llamara, ¿qué me hiciera? Porque ahora pienso que no hay otro cielo para mí, que no deseo más gloria, que no hay más que querer. ¡Oh salterio y cítara mía, dichosa el alma que a

(1) Cant., 1, 12.

tu música se duerme! ¿Qué hace mi corazón, Señor mío, que no se deshace? ¿Qué vida tengo cuando no la pierdo? ¿Para qué quiero mi vida cuando hallé al que amaba? (1); pues, si perdiéndola lo tengo, no lo dejaré por mi alma, no lo soltaré por mi vida, no lo trocaré por mi corazón. Desampáreme éste, si en su lugar he de tener a mi querido; ya no quiero corazón: si viviere sin amarte, perderé la vida; si muriere por su amor, hallaré al que ama mi alma. Este sentimiento (o no sé yo qué) tuve habiendo comulgado, y luégo el mismo me hizo escribir esta letra, como ahora diré:

Fénix, el alma se abrasa
del Sacramento al ardor,
para que muriendo así,
reviva a tan dulce sol.

Cante la gloria si muere,
pues en tan dulce dolor
descansa en paz, en quien es
centro ya del corazón.

Publique su muerte al mundo
el silencio de su voz,
para que viva en olvido
la memoria que murió.

Cerró los ojos el alma
a los rayos de este sol,
y ya vive a mejor luz
después que desfalleció.

Hacen clamor los sentidos,
sentidos de su dolor,
porque ellos pierden la vida
que ella muriendo ganó.

---

(1) Can., 3, 4.

En este sentimiento conozco lo que dice: todo el hombre, o todo hombre es ignorancia; y la mucha que en él tiene el alma, pues ya olvida que es camino en el que está, y ya quisiera decir: "Señor, bueno es que nos estemos aquí" (1), y no advierte que ha de aprender la música que le enseña el amor divino, sino que se queda oyendo, al modo que los que aprenden se embelesan en oír tocar, y pierden la atención a aprender, no miran adonde pone las manos el maestro, porque no quieren el trabajo de aprender, sino el gusto que de oír. Dice, no quiere el cielo cuando está gustando; y lloraba, y llamaba cuando estaba padeciendo; pierde las consonancias de la música, y disuena del salterio; pues a él oye decir, que está desamparado, clavado, atormentado, herido, padeciendo; y ella responde con buscar su descanso propio; pero tu disciplina, que consoló el alma de su desamparo, ahora la enseña y corrige en el fin que debe tener en su consuelo. ¡Oh amor divino, a dónde te hallaré a Ti sin mí, vivir sin Ti no quisiera, tenerte conmigo no puedo. Húye, pues, Amado mío; húye a los montes, pero llévame, húye de mí, pero llévate el alma, arrastra el corazón, llévate mis afectos. Viva el alma donde ama, sólo quede en mí padeciendo, viva sólo en Ti amando!

Los mismos afectos que hicieron dormir al alma, son ya temores que la despiertan, porque los ligeros pasos del amor divino, y el poco aliento de ella para seguirlo, la hacen descaecer; porque, al paso que lo ve correr ligero, ella se halla pesada para seguirlo. Va descaeciendo el día que la iluminaba en sus tinieblas, y van cayendo sobre el alma sombras, con que conoce y halla luz de su ignorancia y miseria; tiembla al ver que se aleja el sol que la alumbraba, y con profundos gemidos del corazón repite: "¿que será de mí, si me desamparas?" Descaecieron mis ojos

(1) Math., 17, 4.

en tus palabras (1), justo eres, y recto tu juicio; y pues así me arrojas de Ti, no debieran mis ojos de guardar tu ley; salgan de ellos avenidas de lágrimas, salga por los ojos el corazón deshecho, porque no guardó tu ley, que con justicia mandaste guardar tus testimonios, y con grande cuidado observar los ápices de tus verdades. Temblar y temer me hace mi celo, que hecha yo de mí misma contraria (porque me pusiste contraria a Ti) (2), han olvidado tu ley mis pasiones, afectos y sentidos; mira que soy pequeña y despreciada, y casi consumida en la tierra; pero no dejo de mi deseo y memoria tus mandatos, aunque las sogas y lazos de mis pasiones me cercan, y mis enemigos me han dicho, y dicen sin callar, inicuas fábulas; pero no esto, Señor, sino tu ley (3).

Según tu misericordia, vuélveme a dar vida, mírame, y ten misericordia de mí. ¿Cuándo me consolarás? que soy hecha como el animalito pequeño en la lluvia. Tus justificaciones no he olvidado, ¿cuándo es el día que has de hacer juicio de mis perseguidores? Muchos son los que me persiguen y atribulan. Porque braman mis pasiones, y mis sentidos y afectos meditan vanidades (4), aparta mis ojos de ella para que no la vea; vuelve a vivificarme en tus caminos, pues está lejos la salud de los que no buscan tus justificaciones. Multiplicado se han las enfermedades de mis pasiones, y después se aceleran congregándose en uno; y como reyes y príncipes que ya reinan en la tierra de mi naturaleza, se ponen y me ponen adversa a Ti, Señor, y a los caminos del que ungiste, poniendo en su nombre mi salud. Sea mi ayuda en tu nombre, Tú que hiciste el cielo y la tierra (5), y quebremos sus lazos y arrojemos su yugo. Tú, que habitas en el cielo, haz irrisión de ellos, haciendo que sean comprehendidos sus pies en el lazo que con cautela ponía a los míos; quiebra, Señor, el lazo, y seré libre.

---

(1) Ps., 118, 82. — (2) Job., 7, 20. — (3) Ps., 118, 83. — (4) Ps., 2. — (5) Ps., 123, 8.

Parece que el alma se levanta a la media noche de la tribulación a confesar al Señor, y se levanta con el conocimiento de que sobre todos los juicios que ella, y todas las criaturas posibles pueden hacer, son las justificaciones divinas, y que para conocer (lo que en su capacidad cabe) estas justificaciones, y andar este camino, es bueno para ella que el Señor la humillara; conoce que no conoce los incomprensibles juicios del Señor y sus investigables caminos, y se contenta con su humillación, porque conoce que esta luz luce en las tinieblas, y ellas no la comprehenden; pero esta noche es buena para ella, y es su iluminación y sus delicias. Gózate en tener parte con los que temen al Señor, porque quiere volver a el principio de esta sabiduría, que no tiene fin y halla su fin en este principio; y así como en el círculo, no halla principio ni fin en el que es fin y principio; pero no ha de parar en esto el que busca el fin, porque empezar a parar en este principio, es empezar a perder el fin.

Chiquito y despreciado es en el camino de Dios, el que quiere ser grande, y se seca el corazón (1) del que se olvida de comer su pan como chiquito, esperando como párvulo las migajas que caen de la mesa, y el pan que le parte otra mano. Como el niño, ha de pedir su pan de cada día.

Ciego e ignorante es el propio saber, porque resiste a los grandes en su estimación (2), la sabiduría que presta su gracia a los humildes y a los despreciados mira, poniendo en ellos sus ojos, dándoles entendimiento, e instruyéndolos en este camino que han de caminar, pone con atención y fija en ellos su vista, porque mira la humildad el que miró la de María Santísima. Pues ¡oh, Señor mío y mi Dios!,

(1) Ps., 101, 5. — (2) Jacob., 4, 6.

ésta es tu disciplina, que consuela y enseña cuando corrige; no tiene fin ni principio tu sabiduría, y enseñas su fin en el principio. En medio de las tinieblas de la noche, se levanta el alma y te confiesa cantando en el salterio y la cítara: "que escondiste a los sapientes y prudentes, lo que enseñaste a los párvulos" (1). Fijaste sobre ellos tus ojos, no serán hechos como los mulos y caballos, como los que confiaron en sus carros (2), y son hechos semejantes a sus dioses los que los hacen, y todos los que confían en ellos serán hechos sus semejantes: tendrán oídos (3), y no oirán tus palabras; tendrán pies, y no andarán por tus caminos, porque no obran con sus manos sino iniquidades. No tendrán manos inocentes. Ellos esperan en sus carros, en sus caballos, en sus dioses, y en sus príncipes, que yo sólo quisiera esperar en el nombre del Señor, que es admirable en toda la tierra, en la grandeza del mar, en la firmeza de la tierra, en la sutileza del aire, en la actividad del fuego, en los árboles, plantas y flores, en los animales, aves y peces; pero más se levanta y ensalza su grandeza sobre los cielos en la boca de los niños, y de los que están al pecho, perfecciona sus palabras.

Veo los cielos propios de tu grandeza, obra de tus dedos; la luna y las estrellas, a quienes diste casa en el firmamento (4); pero más me admira que engrandezcas al hombre, y que al hijo del hombre lo visites (5).

---

(1) Matt., 11, 25. — (2) Judith., 9, 6. — (3) Ps., 113, 5. (4) Ps., 8, 4.

(5) Al llegar a este punto, hay en el ms. Gómez Restrepo una nota de sor Francisca que dice: "Para su confesor.—P. m. hasta aquí había escrito cuando V. P. vino, y entre los motivos que he tenido para no enviar, no han sido los menores la mucha vergüenza y amargura de mi corazón; por amor de Dios me perdone la molestia que le doy, y me avise la última resolución de lo que haré."

AFECTO 9º

DESEOS DE PADECER POR CRISTO, Y AMAR A LOS PERSEGUIDORES PARA IMITARLE. HAZTE AMIGA DE LAS EXTRAÑAS, Y EXTRAÑA DE LAS AMIGAS.

Por las palabras de tus labios guardaré caminos duros, porque no vino al mundo tu palabra a poner paz en la tierra, sino espada de separación entre lo que estaba unido (1). Espada de dos filos salía de su boca cuando apartaba la naturaleza, del espíritu (2). ¡Oh, Señor, cómo pruebas y miras el corazón, examinando preguntas para que te responda y vea que conoces sus caminos!, más amas al alma cuando la pruebas; ningún hombre cuerdo barrió la casa ajena, ni limpió la vestidura que arrojó al muladar, ni podó la viña que no era suya. Pruébame, pues, Señor, y míra mi corazón (3), pregúntame y yo te responderé, no a uno, a mil cargos que me hagas, sino sólo que no desprecies la obra de tus manos, no quiebres con ira el vaso que de barro formaste. Bien veo que el veneno mortal de la culpa lo inficionó, de modo que ha menester lo visites en la noche, sanando con las sombras de la tribulación las huellas de la culpa; con fuego lo examinas para que no se halle en él maldad.

El alma que sigue al amado ceñida de su fortaleza, con la cual lleva en pos de su querido la cruz, con el amor que le da esfuerzo, se la hace tan ligera, que le parece no camina; y así le pide ir a lo excelso del padecer; subamos al monte de la mirra (4); el amor le da alas, y él se apacienta entre los lirios de estos afectos cercados de espinas. Pero va cayendo el día e inclinándose las sombras; el temor la cerca y le pide: *mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit* (5); pero ya había pasado cuan-

---

(1) Luc., 12, 49. — (2) Apoc., 1., 26. — (3) Ps., 25, 2. — (4) Cant., 4, 6. — (5) Luc., 24, 29.

do conoció quién era el que le daba aliento en el camino, que como a niño le daba partido el pan que podía comer. Cuando Nuestro Señor parece que niega al alma los deseos, es cuando se los concede; por donde quisiera conocer que no sé nada, nada puedo, nada acierto, sino es cuando me dejo en las manos de Dios, como ciega e inhábil. Conocido he muchas veces cómo en este modo de tribulación, que parece es lo sumo del padecer, quiere Nuestro Señor que el alma lo imite, y así corra y vuele en llegando al monte en que su amado subió a lo sumo de las penas, y fue anegado en tribulaciones; luégo se halla sin las vestiduras, esto es, sin aquella fortaleza con que caminaba, y se renuevan las llagas de sus dolores, etc. Vos, Señor, dijísteis: "sobre las llagas de mis dolores añadieron, etc." (1). Luégo empieza a sentir el frío y yelo que traspasa el espíritu, teme las penas que han de venir, y ya le espanta y hace temblar aun los amagos de la cruz que antes pedía; y luégo, a golpes de tribulaciones interiores y exteriores, queda clavada su *memoria* para no acordarse de cosa que la alivie, ni aliente, antes como quien pende de un clavo que la traspasa, cuanto a ella ocurre es dolor. Igual, y aún mayor pena halla en su *entendimiento,* cuyos discursos, penetrándola, la dejan inmóvil para toda operación de donde le pueda venir luz, alivio, etc. La *voluntad y los afectos* quedan clavados con una tibieza que casi llega a imposibilidad de moverse. Allí es la grita del pueblo y los baldones: "tú que querías edificar el templo de Dios, *ubi est timor tuus, fortitudo tua, patientia tua et perfectio viarum tuarum?,* etc. (2). A otros alentaste para que no descaecieran, pero tú ya descaeciste, por tanto bája de la cruz, déja ya esta vida, etc." (3). Hállase levantada de la tierra con dolor, cuando mira lo que dejó de ella, y se le hace intolerable el haberlo dejado, y le parece que sin ello vivirá muriendo; clama al cielo por quien se apar-

---

(1) Ps., 68, 27. — (2) Job., 4, 6. — (3) Marci., 15, 30.

tó de la tierra, y se halla desamparada, y olvidada de Dios.

Se abren los sepulcros, y se revuelven las confecciones; tiembla la tierra, y amenaza el infierno a tragarla. *Dolores inferni circumdederunt me, præocupaverunt me laquei mortis* (1); se abrasa en tribulaciones, pide consuelo talvez a las criaturas, y le dan amarguras por refrigerio; sus pensamientos la cercan, porque tiene clavada la memoria y el entendimiento para desecharlos, y no puede resistirlos.

Ellos la aprietan por todas partes, *circumdederunt me sicut apes, et exarserunt sicut ignis in spinis* (2). Siente el dolor de apartarse de lo que es conforme a su naturaleza, que el niño a quien apartan con violencia de los pechos de su madre. Si el alma que así es hecha como el pájaro solitario en el techo, callare y sufriere, atenderá a la consonancia de su cítara y salterio, cuya suave e íntima armonía será medicina de sus llagas, aliento en sus penas, vida en su muerte. Oirá que aún el nombre de madre excusa cuando canta más alto y dulce para espirar, con más alta voz se entrega a su Padre, de quien se queja desamparado. ¡Oh suave Jesús, bien pudiera esta música vuéstra suspender los sentidos, robar las atenciones, traer tras sí los peñascos!

Oí (sin proseguir lo que iba diciendo), entendí lo que diré, y me parece hace a un intento: estaba pensando cómo se portará quien vive en comunidad con las otras personas que en algún tiempo la injuriaron, para agradar más a Nuestro Señor, y conocí: como el lirio entre las espinas no les es nocivo a ellas, y ellas lo traspasan y hieren, él las beneficia talvez abrigándolas, etc., y recibe sin huír las injurias; está para con ellas blando y suave; ellas para con él, ásperas, etc. Así, el alma se poseerá en paciencia, y será mi amiga, si hiciere lo que le di por la mayor caridad. "Mi alma puse en las manos del Padre, cuando le pedí por los que me daban muerte,

(1) Ps., 17, 6. — (2) Ps., 117, 12.

porque yo fui aquel hombre que dio la sustancia de su casa por la caridad, y entonces levantando más la llama el fuego que ardía en mi pecho, alcé más la voz para entregar y enviar mi espíritu al Padre, como cambiándolo por el perdón de mis enemigos". "¿Cómo dirá que me ama, quien no me corresponde, y en lo que puede me imita? Sin semejanza no habrá amor". Por tener a Jesús por amigo, bien se puede poner el alma. Fineza es no buscar de las criaturas, sino las espinas; pero así es toda para su amado, y El todo para ella (1); así se conserva lirio entre espinas, no entre halagos.

Después entendí la particular merced y amor de Jesús para con el alma que así lo hiciere. Como el que coge lirios de entre las espinas, y con ellas quedan lastimados sus dedos, así recibe por suyas las penas de los que lo aman; y el alma, que tal dicha tiene, logra la vestidura de púrpura, y queda adornada y vestida con la sangre del que se llamó gusano por su amor, Así, aunque por la naturaleza es débil, queda hecha fuerte, y podrá apretar el trabajo y la amargura con sus deseos, porque el Señor corroboró su brazo, y la hizo asemejarse a El; cuando la vestidura que le dio blanqueada con su sangre, con ella la duplicó, dándole la caridad, que la adorne.

Ahora entiendo un afecto que se siente, en que si se hallaran dos personas a quien yo hubiera de hacer un beneficio a la una, se lo hiciera de mejor gana a la que me había injuriado; como el que da a ganancia su caudal, allí se inclina a darlo adonde ve que más logra, suponiendo que no hubiera otra razón por donde lo contrario fuera más agrado de Dios. El hacer bien a quien no me ha hecho mal, puede llevar otros motivos; pero el hacerlo a quien yo no quisiera, es sólo porque quiere Dios, y esto hace el alma con seguridad y alegría. Un consejo sonó siempre en los oídos de mi alma, no sé cuyo

(1) Cant., 2, 16.

sería: "hazte amiga de las extrañas, y extraña de las amigas." *Extraño fui hecho a mis hermanos, y peregrino* (1).

TROZO AISLADO (2); DESPEGO DEL MUNDO

¿No echa de ver que es lástima gastar el tiempo en pensamientos inútiles? ¿Que se puede en él amar a Dios? ¿Cuánto piensa que ha de vivir? Cristo dijo: *Modico, et iterum modico.* San Juan: *jam ultima hora est.* San Pablo: *præterit enim figura hujus mundi; qui habent, tamquam non habentes sint: et qui flent, tamquam non flentes; et qui gaudent, tamquam non gaudentes,* etc. (3).

No la pusieron aquí para consuelos, sino para amar y padecer; y ¿por qué ha de temer la muerte?, pues antes la ha de desear, porque mientras más viviere, más ha de aumentar sus miserias y culpas; todavía vive en la tierra: *si consurrexistis cum Christo: quæ sursum sun quærite, ubi Christus est, non quæ super terram,* etc. (4). *Ubi est Deus tuus, quis est dilectus tuus, quo dilectus declinavit.* Santa Teresa: que lo que hacen o tienen los bienaventurados viendo la esencia divina, hemos nosotros en el Sacramento. San Pablo: *nostra conversatio in cœlis est* (5).

---

(1) Ps., 68, 9. — (2) *Nota del copista,* señor A. M. de Castillo y Alarcón: "Parece producción ajena, copiada por la V. M. La foja 16 del original contiene un trozo de materias místicas en 15 renglones, que no traslado aquí por ser de otra letra, y estar truncado. También contiene la siguiente carta, que copio, por que aclara diversos puntos": *De su confesor.*—"*Jesús.*—S. F. de la C. He visto el papel, y cada día me alegro más de la determinación que tomé: pero dirá que esto es a costa de sus temores y vergüenza. No importa, ofrezca a N. S. este holocausto, pues así lo promete en su papel, amando, padeciendo, y obedeciendo.

¿A dónde halla a su Dios? Procure no perder la paz y recogimiento interior en las ocupaciones de obediencia y exteriores; éste es beneficio especial que hace Dios Nuestro Señor, El sea bendito infinitamente. Amén.

No es malo que se venza y hable por Dios.

¿De qué se aflige? ¿De que es mala?, si no lo puede remediar, humíllese; si puede enmendarse, no se aflija.

Las mortificaciones exteriores tanto son buenas, cuanto el motivo que las precede o acompaña; bastaba el querer estar afligidos con dolores, etc., porque lo estuvo Cristo Nuestro Señor, y el quitar con esto los bríos a la carne.

En este traslado, que envío ahora, tengo dos dudas: la una es que en la tercera hoja, a la mitad, en un renglón a que corresponde en el margen una cruz, dice estas palabras: *porque empezaba ya a amanecer;* y deseo saber, si esto es advertir el tiempo en que tuvo el sentimiento, y dijo las palabras del Salmo: *Levántate Psalterio y Cíthara;* o si acaso tiene otro sentido. La otra es, que en los últimos renglones del *Sentimiento* dice que N. S. con su Divinidad ampara, y con su Humanidad perdona; y esto último es menester explicarlo más, porque aunque es verdad que la humanidad de Jesucristo N. S. fue la que con su pasión y muerte nos mereció el perdón, pero propiamente quien perdona es Dios, y de aquí es que en el Evangelio se refiere la admiración de aquellos que se escandalizaron de oír a Jesús decir: *"remittuntur tibi pecata"*, porque como ellos decían: *"Qui potest nisi Deus pecata dimittere"*, y se escandalizaban, porque como ciegos no conocían que Cristo era Dios. También pueden tener otro sentido, entendiendo por humanidad, la misericordia. Envío el librito, que prometí, de los *Sentimientos* del V. P. Puente: no porque pretenda que se ajuste en el escrebir al estilo y orden del Padre, sino para que tenga el gusto de leerlos. Dios le asista con su divina luz y gracia.—Su siervo."

(3) I. ad Corinth., 7, 30. — (4) Ad Colos., 3, 1. — (5) Ad Philipp., 3, 20.

AFECTO 10.

RESIGNACION HUMILDE Y CONFIADA, NORTE SEGURO EN LAS TEMPESTADES. EL ETERNO PADRE QUIERE HACER A LAS ALMAS CONFORMES A LA IMAGEN DE SU HIJO.

En el nombre de Dios y de la Virgen María, prosigo con mi obediencia ciega, porque no quiero atender a otra cosa que a hacer la voluntad de Dios en obedecer.

Habiendo padecido horrorosos tormentos ocasionados del enemigo, que me faltó poco para salir dando voces por la casa, a la mañana, en la oración, quejándome con Nuestro Señor le decía: ¿Cómo, vida de mi alma y Señor mío, consentiste que con tanto rigor de tentaciones y espantos fuera mi alma hollada y pisada de sus enemigos? Al instante se presentó a los ojos del alma mi Señor Jesucristo, cuando caído en el suelo, desnudo y llagado, fue pisado de los pecadores, y entendí: Las tinieblas me hollaron, y yo me quejé a mi Padre, pidiendo en mi persona misericordia para todos los que por mi amor, y por conformarse con la imagen de su hijo, fueron hollados y cruelmente tratados del poder de las tinieblas. El Eterno Padre quiere hacer a las almas conformes a la imagen de su hijo, que es el primogénito de sus hermanos (1). Míra, pues, cuáles y cuántas cosas convenga sufrir, y cuáles y cuántas sufrieron los santos e hijos de Dios, coherederos con su hijo, el cual dio poder a las tinieblas sobre su cuerpo inocente y santo. Mas es poder de una hora corta y breve cual es el espacio de la vida mortal; y no por eso comprehenden las tinieblas a los hijos de la luz, antes los purifican y son como instrumentos de su exaltación y corona; y esta noche,

(1) Ad Roman., 8, 29.

cercada de temores, convierte Dios en su iluminación y delicias, porque, pasando por este fuego y agua, los lleva al refrigerio. El Señor es el que libra al alma en su protección, de las juntas de los malignos y de la multitud de los obradores de maldad que, afilando sus lenguas como cuchillos, tienden sus arcos en cosas amargas, queriendo asaetear en lo oscuro el corazón limpio que sólo desea a su Dios. Mas mira cómo enferman contra ellos sus lenguas, y sus plagas son como saetas de párvulos tiradas al aire sin vigor ni fuerza; contra ellos enferman sus lenguas, porque queriendo arrojar al alma tempestad de confusión en el espíritu de pusilanimidad, zahiriéndola y turbándola con las mismas culpas, a que ellos la incitaron, ahí triunfa, resplandece y vence el brazo misericordioso que hace potencia para derribar al soberbio y levantar al pobre, humilde y bajo.

En la media noche se oyó el clamor de que venía el esposo (1). Muchas veces la turbación, temor, dolor y oscuridad, son anuncios de que vendrá el esposo a tener sus delicias, y celebrar sus desposorios con las que le salieren a recebir, porque estaban prevenidas velando, sin dejar que el horror de la noche les cerrara los ojos, ni rindiera las fuerzas, ni que el olvido del amor de su esposo apagara su luz, ni extinguiera la esperanza con que vive y se alienta el amor. Así, pues, no sabes si a la primera o segunda vigilia de la noche ha de venir, espérale siempre con la luz del amor y la esperanza, porque viniendo viene, y no tarda.

En el desierto de la tribulación, sabe Dios ministrar sustento al verdadero israelita que camina esforzado a la tierra prometida, sin dejarse vencer de los gigantes que le anuncian que han de tragar los hombres, ni sacrificar a ídolos y dioses vanos, porque tarden las noticias de su Dios y su ley; y no quiere danzar y jugar con el pueblo vano, sí, espera en pa-

---

(1) Matth., 25, 6.

ciencia su venida. Entonces estará la ley santa escrita como en piedra, y resplandecerá su rostro para el buen ejemplo; siendo esta luz ante los hombres, para que santifiquen en nombre de Dios y glorifiquen a su Padre celestial (1).

Mira, todas las cosas tienen su tiempo. Si todo fuera primavera, no se cuajaran las flores en frutos; si no llegara el rigor del invierno, no se lograra la labor de los campos; si no apurara el fuego en el crisol, no saliera el oro limpio y acendrado. A los días suceden las noches, y después de las tinieblas se espera la luz; el sol cada día nace y muere; y los árboles y plantas ya están floridas, ya parecen áridas, ya echan sus hojas, y ya dan sus frutos; y aun los mismos frutos con la variedad de los tiempos se sazonan? ¿No ves que las artes no las entiende sino es el que las practica y las aprende, no el que sólo las oye relatar? ¿No sabes que es un abismo el corazón humano, que sólo Dios entiende sus caminos, pues deja al sabio artífice que lo fabricó que lo enderece y gobierne? El sabe el tiempo en que lo ha de sembrar, en que lo ha de podar, en que lo ha de edificar y en que lo ha de perfeccionar; pues si totalmente ignoras esta ciencia, ¿cómo ciega quieres gobernar estos pasos; no ves que cayeras, y lo echabas a la hoya?

La ciencia provechosa, segura y clara, es amar el gobierno de Dios, Padre de luces, que siendo Padre para el amor y providencia, es luz su ciencia, su gobierno y caminos. Antes haz como el ciego, que puesta en el camino, sólo clames, más, y más (2). Jesús, luz que iluminas, Jesús, hijo de David, manso y piadoso, ten misericordia de mí, que puesta en el camino no sé guiar mis pasos, ni puedo mover mis pies. Tú sólo eres el que puedes ponerlos en un lugar espacioso, y que se muevan como con alas, dilatándose mis pasos en tu seguimiento, como el que corre y como el que vuela. No quiero quedarme echando raíces en

---

(1) Matth., 5, 16. — (2) Marc., 10, 48.

la tierra, porque ya tu luz me ha mostrado que los hombres son como árboles caidizos, débiles e inconstantes, y que sólo dan fruto los que están plantados cerca de tus corrientes (1), fuente de vida, de luz y de firmeza.

AFECTO 11º

DESTEMPLANZA DEL ALMA FUERA DEL SENO DE SU DIOS.

Sintiendo en mi alma una fuerza dulce y poderosa al amor de su Dios, sin que otra cosa alguna me llenara, ni pudiera emplearme ni aun en actos de otras virtudes, pensaba preguntar esto, y si sería Dios el que movía así el alma, y entendí: Cuando tenía muchos días David (2), no le calentaban los vestidos, hasta que se buscó de los fines, o hasta los fines de Israel, la virgen más hermosa que le calentara en su seno. Pues míra, este oficio hace la caridad con el alma, después que ha recibido muchos días de los que hace el Señor y gozádose y exultado en ellos, y tejido de varios actos de virtudes la vestidura con que se cubra su desnudez, viene a tiempo que sólo la fuerte y hermosa caridad, cuyo precio es de los últimos fines, le da la vestidura doblada para que no tema el rigor de las nieves, y sólo en su seno duerme y descansa; porque esta castísima esposa lleva en su seno, y abriga en su calor hasta la mayor edad al alma. Y mira que la caridad y amor se necesita desde el principio hasta el fin; ella es la que da leche al pequeñuelo, y la que da calor al cano, y como hermosa vid (3) ha de abundar por todos los lados del edificio, para que sus hijos, esto es, sus obras y afectos, estén al circuito de su mesa, como los renuevos de la oliva abundantes en el óleo de la misericordia.

---

(1) Ps., 1, 3. — (2) III Reg., I., 2. — (3) Ps., 127, 3.

AFECTO 12º

ANIQUILADA EL ALMA EN SU PROPIO SER, TODO LO GUSTA ALIMENTADA EN DIOS: MISERIA DEL ALMA SIN EL, Y SEGURIDAD DE LA OBEDIENCIA PARA HALLARLE.

Pues como pasara algo la grande tribulación que estos días he pasado, llegando a recebir a Nuestro Señor Sacramentado, se hallaba el alma en una inefable dicha, que es parecerle estaba sola de todo lo criado, y sola con su Dios, sin tenerse a sí misma, y entendía: Esta aniquilación del propio ser, es el desierto donde el alma goza las glorias del Líbano, las hermosuras del Carmelo y Sarón. Allí percibe las fragancias inefables de su Dios, aquí se alegra la que está desierta, y la sola exulta y alaba con verdad a la fuente de todo el bien; aquí produce el cálamo, y la juncia, y da su olor el lirio y azucenas. Si el alma llega a esta soledad donde sólo Dios vive, será como un huerto de riego de la fuente viva de Dios poderoso, y llegándose a su origen, la que estaba árida será como un estanque de aguas puras, y la sedienta será como las fuentes de las aguas. Allí habitarán pacíficos el cordero y el león, y comerán a una mesa las cosas más ásperas, y las más dulces, porque este es el reino del amor, la región de la paz, el monte santo, monte amasado como de leche, monte pingüe, monte en quien es beneplácito del Señor habitar en él. ¡Oh dichosa soledad, oh feliz muerte, que tal compañía y tal vida causa! No seas, pues, alma mía, perezosa para procurar tanto bien; anda a la hormiga y míra cómo trabaja en el verano para lograr su labor en el invierno; considera sus caminos, y trabaja para llegar a este monte santo, a este feliz y florido desierto.

También me parecía que el santo ángel mostraba a mi alma una cosa asombrosa, que no sé si sabré

explicar: mostrábale, a la mano izquierda, un muladar tan feo y espantoso, que parecía semejanza del infierno, como hecho de cuerpos podridos, deshechos y espantosos; tan grande y profundo, que no se le vía fin, y que de lo alto caían sobre él nubes, rayos y tinieblas, y entendía como si le dijera: *míra, esta es el alma sin Dios.* Y al otro lado vía una alteza de claridad, resplandor, firmeza y valor infinito, y entendía: *esta es el alma con Dios.* Parecíame que andaba por allí el santo ángel con rostro apacible y semblante y modo cuidadoso y solícito, como los pastores que guían a buenos pastos sus ganados, y cuidan no se desbarranquen.

Pues como se ofreciera hacerle a V. P. aquella pregunta, o escribirle aquellas palabras que me pareció había entendido, empezaron a venir sobre mí temores; y estándome levantando, me valía (1) del favor de la Virgen Santísima María, y de mi santo ángel, y entendí estas cosas: El camino para Dios es descubierto, claro y llano, y a luz que se te da no se aparta de lo que ha revelado a su santa Iglesia, antes es para confirmarte y aclararte más sus verdades. Ni has de poner tanto en que esto se te muestre por un modo o por otro. Míra, si la fuente que regara un huerto, tuviera varios caños o arcaduces, el sabio hortelano la encaminara por el que más conviniera, y la tierra sedienta la admitiera en sus entrañas sin hacer diferencia que venga por el un arcaduz o por el otro; pues así es, no te pares a temer o mirar si esto es por modo extraordinario, admite el agua que te haga dar fruto en paciencia y amor; pues por los frutos se conoce el árbol. El que está hambriento, no mira tanto al plato en que se le da el manjar, cuanto a comer y satisfacer su hambre; pues está cierta que no puede el espino dar uvas, ni los abrojos higos. Todo lo que lleva a Dios, viene de

(1) La redacción de estas cuatro líneas del ms. G. R. difieren de la del texto de la primera edición, impresa en Bogotá, en 1843.

Dios, y todo lo que se ajusta con su ley santa, clara, limpia e inmaculada, desciende del Padre de las lumbres, que es sólo quien puede convertir las almas, y prestar su sabiduría a los pequeñitos. El rey tiene varias oficinas donde se labran sus telas, pues si él quiere vestir tu desnudez, no mires tanto cómo se labró, cuanto si se ajusta al cumplimiento de tus obligaciones y a su santa ley y perfección cristiana. De varios y muchos modos habló Dios desde el principio y hasta ahora; a todos alumbra, porque es luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Los santos son los que siguen su luz, ajustando sus obras a la ley santa que les enseña; porque poco hace decir que el Señor es Señor, si no se obedece a lo que manda; también los espíritus malos creen y tiemblan, y se estremecen (1); mas no aman ni confían, ni obedecen, y así son como los árboles siempre en otoño, sin fruto, y como los que yerran en las olas del mar, que sólo les convida con espumas y naufragios, y confusión. El fiel siervo y ministro que recibe el mandamiento de su rey, todo su conato pone en la ejecución puntual: pues, mira, ¿si viendo su firma y sello en el exámen y obediencia del confesor, todavía dudarás? La obediencia es firma de Dios que no puede el espíritu malo contrahacer, pues está dicho por la suma verdad: "el que os oye, me oye", etc. (2). Ni quita su valor a la obra el que las cosas que mandan no sean de provecho, antes mereció más el que regó un palo seco muchos años por obedecer, que el que cogiera grandes frutos por su voluntad, porque los que hacen la voluntad del Padre celestial labran y hacen un manjar que no perece, porque no lo que nace de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del varón, sí los que nacen de Dios, son hijos de Dios, y se llaman hijos de Dios. Si hay bienaventuranza en la tierra, los obedientes la gozan, porque cierto hacen lo más precioso que hay en el cielo, que es cumplir la

(1) Jacob., 2, 19. — (2) Luc., 10, 16.

voluntad del sumo bien, santo en su Ser inefable, santo en su querer rectísimo y provechosísimo, y santo en su obrar poderosísimo y sapientísimo. La mano de Dios lleva, y su diestra tiene al que se guía y camina por la obediencia.

Los espíritus malos quieren echar tinieblas y hacer lóbregos los caminos; mas el ángel del Señor los persigue y coarta, y como espíritu bueno lleva al alma a la tierra recta, dándole confianza en el nombre del Señor, que es el lugar espacioso donde pone sus pies. Por tu nombre, Señor, dice, serás propicio perdonando mis pecados, porque son muchos, será tu nombre de perdonador, de liberal y de misericordioso (de que tanto te precias), ensalzado, conocido y glorificado, y perdonando a tu pueblo, no darás tu heredad a la perdición (1).

AFECTO 13º

EL CUERPO CON SUS SENTIDOS Y PASIONES SE HA DE TRABAJAR COMO EL CAMPO. APLICA LA PARABOLA DE LA MUJER FUERTE A LA MORTIFICACION EXTERIOR.

Pues como yo quisiese poner por obra con mucho consuelo la licencia que V. P. me dio de los cilicios, entendí ésto: el cuerpo es aquel campo que consideró la mujer fuerte y prudente, y lo apreció y compró para plantar en él una viña de la labor de sus manos. Esta tierra del cuerpo es campo que se le da al alma para que ella lo trate como esclavo comprado, sirviéndose de él como señora, y como quien labra su tierra para coger frutos de vida eterna, arrancando con valor, con el trabajo de sus manos, y con la fortaleza de sus brazos, sus abrojos, espinas y ma-

(1) Joel., 2, 17.

las yerbas, que siempre produce; no dejándolo como a la tierra viciosa que se cargue de cardos y espinas, ni como aquella viña que se pobló de hortigas. Considere sus caminos, y no permita a sus sentidos que estén baldíos, ni que lleven malas yerbas, pues pueden dar frutos dignos de penitencia. Míre que esta heredad se le da por tiempo limitado en que pueda merecer; ablándela con el cilicio, disciplina, y aspereza; no le permita descanso vicioso, porque siempre produce malas yerbas. Considere su campo, míre qué fruto dan sus ojos, su lengua y sus manos, etc., por dónde van sus pies, y no permita que crezca yerba inútil. Siembre cuanto pudiere de lágrimas y penitencia, para que lleve abundantes cosechas para la vida eterna, de gozos perdurables. Reciba los tiempos que le envía el Padre celestial, de frío, calor y lluvias, de dolor y quebranto, con gozo, por ver que así labra su heredad, y que todas las cosas contrarias le pueden ser amigas y favorables al llegar la cosecha. Abrace más, y no perdone aquella penitencia, que es andar puntual en cualquiera observancia, sin que para esto le excusen dolores, ni los muestre mucho, ni quiera vivir según la carne, porque no muera su fruto y su cosecha; mas mortifíquela con la fuerza del espíritu, para que reflorezca y viva; y el cuerpo, vestido de la mortificación de Cristo, sea participante de su claridad, y sea reformado el cuerpo de nuestra humillación; y cuando el Señor visite esta heredad suya, embriagándola de penas y dolores, goce y exulte, porque ésta es la lluvia voluntaria con que segrega y aparta el Señor su heredad, y la preserva de la corrupción del vicio y de la culpa; y cuando la enferma, la perfecciona (1). Pues así reciba las lluvias del cielo, como la tierra sedienta y agradecida, y cuando le falte el

(1) II ad Corinth., 12, 9.

dolor y penitencia, la mortificación y incomodidad, quéjese a su Padre celestial, diciendo: Oh Padre mío (1), la parte de tierra que me diste, no tiene regadío superior ni inferior. Mas considere el campo, y advierta que talvez conviene que descanse la tierra para que vuelva a su labor con más sustancia; mas esto sea muy considerado, porque es fácil volverse como la viña del perezoso; y aun cuando descanse del rigor exterior, ocúpese en recoger motivos para su dolor, arrime a su viña el estiércol de su propio conocimiento, de su barro y su nada, de las infinitas miserias que abriga su tierra, para gemir con el peso de ella. Así pues, cuando amanece la luz, sale el hombre a sus trabajos y labores, con alegría, diciendo: este es el día que ha hecho el Señor, gocémonos y alegrémonos en él (2); y así, cumpliendo sus operaciones hasta las vísperas, se recoge a morar en su llanto, porque se ve desterrado de aquella región de paz, donde nunca anochece; de aquella luz y lámpara del cordero, que alumbra la ciudad santa, donde no se necesita de este sol que cada día se ausenta; y echado del Paraíso por su desobediencia, ve que le da la tierra espinas y abrojos, y que come su pan con el sudor de su rostro. Así, pues, pase en las vísperas en la penitencia y dolor interior, levantándose en su oscuridad a confesar al Señor, y a prevenir sus domésticos, para que a los maitines vuelvan con alegría a proseguir su labor, hasta que se acabe el tiempo de su mayordomía, y dé cuenta de ella a su Señor y dueño, donde, si fuere fiel, se le dirá: "y decid al justo, que bien; que él comerá del fruto de sus trabajos" (3).

---

(1) Josué, 15, 19. — (2) Ps., 117, 24. — (3) Ps., 127, 2.

AFECTO 14º

DESCANSANDO EL ALMA BAJO LA PROTECCION DE DIOS, TODO LO GOZA Y APRENDE EN LA PRESENCIA DEL MISMO DIOS.

Habiendo comulgado, entendí esto: ¿qué esposa teme al lado de su esposo fiel, poderoso y amante? ¿Qué hijo teme en los brazos de su padre? ¡Oh alma! ¿Conoces mi poder inmenso; sabes cómo o cuándo puse los fundamentos de la tierra (1); viste de qué fabricó mi sabiduría los astros del cielo; oíste cómo, en concertados coros, me alaban las estrellas matutinas, cuando salieron en la mañana de su origen? ¿Sabes cómo hago pasar las aguas por medio de los montes (2) para regar los valles?; y extendiendo los cielos como pieles, tocando lo superior de sus aguas, no olvido ni dejo de tener providencia de que beban las bestias de los campos. Y teniendo mi poder firme la máquina del orbe, y poniendo término a las vastísimas aguas de los mares, entiendo en cuidar de los hijos de los cuervos, y de los cachorrillos de los leones, proveyendo a todos de sustento; y cuando anegué el mundo con las aguas, me acordé y tuve misericordia de los jumentos que estaban en el arca; y cuando planto los árboles del Líbano, aún a los pajarillos les prevengo nido y casa, y al erizo en la piedra le prevengo refugio. Pues ¿cómo mi poder inmenso faltará al alma que ama y me desea, ni mi doble condición y pecho amoroso dejará de cuidar de quien amare, ni de corresponder a los deseos que nacen de mi amor? Con tal amante, con tan fino esposo, con tan poderoso dueño, con tan piadoso padre ¿qué teme el alma, qué busca, qué más quiere? Puse en los brutos amor para con sus hijos, para que los críen y sustenten, y ellos braman y gimen por dar a sus hijuelos alimento; y yo,

(1) Joel., 38, 4. — (2) Ps., 103.

centro de amor, fuente y origen de todo bien, ¿dejaré perecer a mis hijos, me olvidaré del alma que es mi esposa? Mira, si caminaras o volaras en un espacio inmenso e infinito donde no descubrieras más que fuego a todos lados y por todas partes, pues esto fuera cortedad y frialdad comparado con el fuego de mi amor. No puede medir el hombre ni el ángel todo el espacio de mi caridad. En llegando a mí el alma, entrará en el gozo de su Señor como en un mar inmenso, como en un centro infinito de todo bien, como en la esfera del fuego del amor. Sentado el Señor sobre los querubines, que son las inteligencias más altas del cielo, mueve la tierra y la gobierna; pues ¿qué teme el alma con gobierno tan sabio, superior y amante? Si el Señor es protector de su vida ¿de quién ha de haber miedo, aunque airados los pueblos se congreguen como para tragarla? Si anduviere en medio de las sombras de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo.

Pues como a la noche me recogiera a dar algún descanso al cuerpo, por hallarme con grande fatiga y dolores, sin perder ni dejar el alma de anhelar por su Dios; luégo sentía su presencia como cuando andaba en el mundo, con tal benignidad, majestad, y amor, cual no se puede decir. Sentía el alma sus palabras tan suaves, dulces y amorosas como de un amantísimo esposo, y como con su presencia la hacía arder, ella se deshacía diciéndole mil ternuras, sin acordarse entonces de temores. Entre otras cosas le pareció que le oía decir: cómeme, yo soy sustento, y que se entraba en su alma y corazón, y le decía: ¿cómo no ha de arder tu corazón, si está unido al mío que es todo fuego?, etc. Infundía una pureza y deseos de ella en el alma, que me acordaba de la bendita santa Inés cuando decía: "llegando a El seré más pura, y tocándole seré más casta", etc. Entendí, que cuando se da algún descanso racional y necesario al cuerpo para que prosiga su camino, como el caminante da a su jumentico algún alivio, la benignidad de este Señor lo recibe por suyo, como si se le

diera a su cuerpo cansado y trabajado, tánta es su dulzura y mansedumbre, tánto su amor y misericordia, tan dulce y amigable su trato y conversación, que aunque no tuviera cielo, cualesquiera trabajos quedaban acá bien premiados con sola su presencia; y así es, que en teniéndolo presente el alma, no se acuerda de cielo, ni de gloria, ni de muerte, ni de vida. Así es que desea y apetece padecer, por dar gusto a su Señor, como sea sin riesgo de ofenderle. Mas advierte, alma mía, que con todas las cosas camines a tu Dios, y que sólo el amor de tu esposo sea siempre tu descanso, y su alabanza esté siempre en tus labios; si duermes, descansa en El, que es el que da sueño a tus ojos, y hace dormitar tus párpados, dividiendo el día de la noche para el trabajo y para el alivio. El es, si dispiertas, el que te dispierta y excita, y El hace caer y soltarse las cadenas y prisiones de los sentidos, para que te levantes con velocidad, o a alabarlo a la media noche, o a velar a El cuando sale la luz. Bendícelo cuando te da inteligencia, y cuando fueres como el jumentillo, no te apartes de El; recibe de su mano el sustento cuando comes, pues abriéndola misericordioso, llena a todo animal de su beneficencia, y cuando ayunas, ayúna en obsequio suyo. No seas como el siervo que siempre dice en su corazón, sufro y trabajo; mas antes dí, con humilde agradecimiento, siempre debo y recibo. Si tú deseaste darte siempre a mí toda, y ser toda mía, y que admita de ti lo mismo que te he dado, ¿no conocerás que mi corazón liberalísimo quiere darte dones, pues abunda de ellos, y quiere que los recibas, agradezcas y estimes por prendas de mi amor, aunque sea el más pequeño beneficio o alivio? ¿No sabes que es una mutua correspondencia, y estrecho lazo, donde el amar es ser amado, y el dar es recebir; y que recibiendo los dones del amado se recibe el amor, y dándolos se corresponde? ¿Y no ves que el que da, recibe en amoroso cambio, y con la fuerza de quien roba el corazón, el corazón agradecido?; luégo más se da recibiendo con amor, y por

él. ¿Y no esconde brasas en el pecho (1), y las echa sobre la cabeza del amado, el amante, cuando le da y él recibe?; ¿pues qué ha de dar a Dios el alma sino es el corazón, recibiendo en él el fuego con que lo roba, y volviéndole a dar lo que le ha dado? Aun los que son bienes o alivios del cuerpo que sirve al alma, se deben recebir con amor y agradecimiento, y como soplos que aviven el fuego del amor. Si un gran señor envía su criado a su servicio, y provee hasta el jumentillo en que hace su camino, ¿no son todas grandezas de su Señor? ¿Y el fiel criado no lo recibe todo agradecido, poniendo sólo la mira en el servicio y gusto de su fiel amo? Si se recibe de mano del Señor la nieve, también la lana, pues El esparce como la ceniza la niebla (2), y hace del cristal su pan, porque todo lo sazona y mide el fuego de su amor. ¿No has visto los pobres cómo besan una y muchas veces la limosna, al paso que conocen su necesidad; y no ves cómo la esclava espera sólo de las manos de su señora el sustento, y a allí sólo mira, humilde y sujeta? ¿Fuera, pues, buena esclava la que no recibiera con agradecimiento grande, cualquiera cosa de mano de su ama, aunque estuviera o quisiera ocuparse en su servicio?

Claro está que no se ha de servir por interés, mas no se ha de dejar de poner sobre todo el agradecimiento. Se ha de sentir, saber y decir: siervo soy inútil, no sé servir y temo el recebir. ¿Qué he de hacer, sino decir a mi Señor, tén paciencia conmigo que todo lo que recibo te lo volveré en amor, en agradecimiento y alabanza, que ha de estar en todo tiempo en tu boca? ¿Piensas tú que pudieran venir a cuentas con el poderoso?, aun cuando lleva a la amargura a tu ánima, siempre has de estar deudora infinitamente, y siempre te has de mostrar agradecida. Cuando estoy presente, ese es el amor de mi pecho, y cuando me ausento ese es el valor de mi

---

(1) Prov., 25, 22. — (2) Ps., 147, 16.

cruz, lo cual no te quito cuando en ella dispongo que te alivien, antes es para que llegues con valor al calvario. Yo dispuse que se diera vino a los que habían de crucificar; mira, pues, que la malicia es la que mezcla ese vino con hiel. ¡Oh cómo habito siempre en el humilde, y cuán dulce es la libertad de los hijos de Dios, que andan siempre en la casa de su Padre con amor y confianza! El que anda en simplicidad, anda confiado; y todas las cosas le son limpias al que tiene limpio el corazón de todo otro amor o respeto que no sea el de Dios. Si te quieres contentar a ti o a las otras, jamás, o pocas veces lo conseguirás, porque es variable el corazón humano; y como al mar, lo alteran varias olas, lo mueven muchos vientos. Trae las ruedas del carro con diferentes rostros y duplicadas alas para cada movimiento: ya quiere volar al aire como águila, ya cavar la tierra como bruto, ya se muestra racional como hombre, y ya se arroja y entrega a la ferocidad y crueldad como león (1). ¿Dónde, pues, hallarás la firmeza, sino es en aquel suave, poderoso y sabio gobierno que todas las cosas las hizo en sapiencia, en peso y en medida, y de cuya posesión está llena la tierra? El lleva al que corre, El levanta al que cae, endereza al torcido, alumbra al ciego, y ama al justo. Pues si amas el bien, si deseas el bien, búscalo en su origen, en su fuente y causa, y en el bien mismo; y de su mano recibe todo, y sólo lo que El quiera darte; mira que El sólo sabe pesar, medir y dividir lo que da, a quién da, y cuándo lo da; recibe, pues, de su mano el beneficio, paga el servicio en agradecimiento y amor, y huye el suplicio de la ingratitud. Recibe como beneficio lo dulce y lo amargo, pues allí se esconde la dulzura en lo fuer-

(1) Ezech., 10, 13.

te (1); y si hallaste la miel en su panal, come lo que te basta para proseguir tu jornada; paga lo que recebiste, labrando, aun entre la misma aspereza y rigor de la tribulación, el panal para tu amado, pues será la tribulación como león muerto, pues el Señor hace salud de nuestros enemigos; pero huye el suplicio, no quieras saber en qué consisten sus fuerzas (2) para atar sus manos, ni investigar sus pensamientos, para oponeros haciéndoos al bando de sus contrarios; que entonces a tí te atarás, a tí te defraudarás, y a tí te perderás, pues quitarás los ojos con que te mira, apagarás el amor de su pecho, y te privarás de tu esposo y defensa, derribando su fuerza poderosa las columnas del templo. No quedes, pues, manchada con la fea ingratitud y deslealtad a tu querido esposo, que tántas veces por amarte, y mostrarte el amor, ha dejado atar su fortaleza y ha ceñido su grandeza, poder y majestad.

AFECTO 15º

MANSEDUMBRE Y HUMILDAD, SON LAS PUERTAS POR DONDE EL ALMA ENTRA AL RETRETE DE DIOS, Y DIOS PONE DENTRO DE ELLA SU REINO, Y EN EL TODAS LAS COSAS.

Otro día entendí esto: resplandecerá el justo (3), y será como la centella en el cañaveral, discurriendo con su consideración por él, para despreciar y deshacer de su afecto y corazón todas las cosas que no son Dios, pues así son como la caña vana y vacía.

---

(1) Judic., 14, 14. — (2) Judic., 16, 5. — (3) Sap., 3, 7.

Increpará a las fieras que allí se esconden (1), como el fuego que abrasando las cañas, en que se anidan, hace huír los animales fieros y nocivos. Caerá la vanidad, y la fiera infernal huirá del alma; la congregación de los toros y novillos (2) que la querían herir y la cercaban como leones hambrientos, queriendo deshacer sus pasos y sus obras, y contar sus huesos, serán desquijarados y deshechos por el humilde y manso. Así pues, ánima mía, si quieres ser como el justo, discurre por todas las cosas que no son Dios, como la centella por el cañaveral, deshaciéndolas, separándolas y dividiéndolas, rumiándolas con la consideración, dejándolas con el afecto, aniquilándolas en la estimación, para que así puedas edificar para ti soledades, como los príncipes y cónsules que tienen señorío y consejo, pues está entre ti el reino de Dios tu Padre, y te manda que hagas juicio verdadero de las cosas y que peses fielmente. Míra que los cielos como el vestimento, se podrán envejecer (3), y los cielos y la tierra podrán faltar, mas su palabra no podrá perecer; el mar, y el Jordán, podrán huír, mas El que es fuente de vida corre en una vida eterna. Los poderosos gigantes del siglo, varones famosos que obtuvieron riquezas, así como el humo pasaron y cayeron, sin que descendiera con ellos su gloria, y todo el siglo se disolvió en pavesas. Tocó los montes el Señor, y los convirtió en humo (4), y la vida del hombre nunca permanece en un estado: a la mañana florece, a la tarde cae y se seca; ¿quién es el hombre que vive y no haya de ver la muerte? (5), ¿quién fue que así no haya sido, quién será que tal no sea? Tú solo. Señor, estás siempre vivo, y tus años no descaecen; abrasa, pues, y quema todo el afecto de lo que no es Dios, para que en estas cenizas revivas, y tengas una vida verdadera. No temas las fieras infernales, que hacen ruido en las cañas para espantarte, y no

(1) Ps., 67, 31. — (2) Ps., 21. 13, — (3) Ps., 101, 27. — (4) Ps., 143. 5. — (5) Ps., 88, 40.

podrán morderte, porque el Señor de todos, atará las bocas inicuas; y cuando te quieran contar fabulaciones inicuas, dí: no esto, Señor, sino tu ley, que ellos no podrán quitar sin voluntad de su dueño un cabello de tu cabeza; pues no los temas, ni esperes en los príncipes, ni en los hijos de los hombres, porque no hay en ellos salud; ¿cómo, pues, los que no la tienen podrán darla?; ¿cómo, pues, los pobres podrán enriquecer, los enfermos podrán curar, ni los ciegos podrán alumbrar? Como todo hombre sea vanidad y engaño, Dios es el que alumbra la lucerna, y da ciencia a los sabios, enseñándola a los hombres, y en su luz vemos la luz (1), porque cerca de El está la fuente de la vida; pues no esperes en ellos, ni los ames, ni te ames, si no es en la fuente del bien, en la causa y origen de todo el bien, en Dios, cuyo nombre es dar, cuya mano reparte los bienes que son bienes, cuyo limpísimo, anchurosísimo y encendidísimo corazón, como un inmenso mar, vierte de sí los ríos que vuelven a El, y los que no, son charcos de aguas turbias. Pues no los ames, fuéra de su limpia corriente, ni te alegren sus vanas alabanzas, que son yelo que seca y marchita la virtud del alma, y es pueblo que aun a su Señor honra con los labios, y el corazón está lejos (2), porque siempre anda rodeando la tierra y cercando la ciudad, como los canes hambrientos, a ver qué podrán tragar, ladrar o morder; aun cuando parezca entre los hijos de Dios, y considere a sus siervos, si no halla otro dolo, querrá probarlos, cercarlos, asombrarlos y llagarlos; y talvez hará con ellos oficio de Satanás. Pues no te alegren sus aceptaciones, ni te entristezcan sus desprecios, ¿pues, qué precio puede dar quien no lo tiene fuera de Dios, pues se vuelven como las hojas del árbol que a cada paso las lleva el viento, y al que hoy defienden, mañana acusan, y aun de una hora a otra le derriban la casa que

(1) Ps., 35, 10. — (2) Math., 15, 8.

le habían edificado, y la deshacen hasta los fundamentos, porque fueron, la arena de sus opiniones vana, y fáciles sus quereres?; no apetezcas, pues, sus guisados, que muchas veces está la muerte en la olla (1). Ofrece a Dios un corazón limpio y vacío de otro afecto, para que lo llene del óleo de su gracia; y camina a la tierra prometida por el desierto y soledad de todo lo criado, porque allí te lloverá el cielo el sustancial maná, porque en tu Dios, traspasarás el muro (2) y los muros de contradicciones caerán al sonido de su voz, y llegarás a la tierra prometida, que mana miel y leche.

AFECTO 16º

FELICIDADES DEL BIEN SUMO, Y HORRORES DEL MAL SEMPITERNO.

Otro día entendí esto: yo te hice el bien, y te aparté del mal, ¿pesa, pues, qué bien, y qué mal? Sube con las alas de la consideración a los espaciosísimos alcázares del cielo; míra con los ojos de la fe, el bien que te previene mi amor; mide, si puedes, las estrellas; cuéntalas y llámalas, si puedes; camina por sus calles y sus plazas, no de oro oscuro, ni de margaritas corruptibles y muertas; míra sus montes excelsos, vestidos de graciosas y bellas flores inmortales; percibe sus olores, no como la confección de todos los aromas que suben del desierto de la tierra, sí como la que ofrecen los más altos perfumes en los sagrados incensarios de la caridad; oye sus dulcísimas músicas, suaves y concertadas, no como las que hacían los israelitas, de lágrimas y lloros, sobre las corrientes de la gran Babilonia (3), suspendiendo sus instrumentos, porque en la tierra ajena no suenan los cánticos del Señor como en los

(1) IIII Reg., 4, 40. — (2) Ps., 17, 30. — (3) Ps., 136.

eternos tabernáculos de los justos, donde sus voces son de alegría y salud, y siempre son cantares nuevos, donde jamás se ve el cansancio ni el fastidio: son voces que dan salud y vida siempre a la alegría y al gozo, aplaciendo al Señor.

En aquella región de los vivos, allí se cantan en eterno sus misericordias, la magnificencia de sus obras; allí se alaba a Dios con todo el corazón en el concilio de los justos, y en su congregación; con todo el corazón, porque ya en el alma ni en sus potencias no cabe mancha, dolo, engaño, envidia ni pasión. Mas aquella amabilísima congregación es toda llamas, que unas a otras encienden el fuego del divino amor, unidas con el inmenso incendio de la caridad entre sí, y, transformadas en Dios, resplandecen y están como lucidas antorchas ante el trono de Dios y del cordero, más cándidos que la nieve, más blancos que la leche, más hermosos que el marfil y que el zafiro, bellos y agraciados, andando de claridad en claridad, y viendo y amando al Dios de los dioses, y al Señor de los señores. Yo dije: dioses sois, e hijos del excelso, y cielos de los cielos para el Señor que tiene su asiento en las almas de los justos, como en cielos más hermosos y capaces por su gracia que los cielos materiales.

Pues mira, ahora que te aparté del mal; ¡y qué mal! En la mitad de este día, o en la claridad de esta consideración, anda a las puertas inferiores, y entra a especular con la vista de la fe y la consideración, aquel lugar de horrores, donde sombras de muerte, y ningún concierto, sino un sempiterno horror habita. Míra las llamas de aquel horno de confusión, y piensa si pudieras habitar con el fuego tragador. Aquel es el río de amargura y llanto, sobre que sentados para siempre los desterrados de la santa Sión, sobrepujarán las corrientes de su llanto, pesar y amargura, a todo el grande mar de penas, dolor y tormento. Allí dicen los insipientes que no quisieron en el breve espacio de la vida temporal

ser en las labores de los hombres, ni ser enseñados con el azote del castigo y trabajo temporal: ya somos azotados con los demonios, y nos tiene la soberbia atados al remo infernal. Y más dicen en su corazón los insipientes (1): ¡ya no hay Dios, ya no hay Dios! Ya se acabó para nosotros, y con El todos los bienes. Esta espada de dos filos, como tempestad de rayos, está cayendo siempre en el volcán de sus corazones, y les está diciendo eternamente: ¡no hay Dios! Así son hechos corruptos y podridos como el estiércol, abominables en su fealdad, y en sus estudios, porque imaginando siempre, y dando vueltas como serpientes, y desentrañándose como las arañas, llenos de veneno, no sacan ningún bien, aunque conocen el bien que perdieron, el mal en que cayeron, el tiempo y la eternidad, etc. Mas sus bocas están llenas de maldición y de amargura, sin poderse apartar de su malicia, ni salir de la cárcel, ni entrarles allá alivio. ¡Oh Señor, oh Señor!, y qué cierto es que nuestras justicias son como el paño inmundo (2) y manchado; ¿pues qué es lo que se trabaja por la vida eterna? ¿Qué es lo que se sufre para excusarse de la eterna muerte? Una falta leve de algún alivio, una palabra injuriosa que la lleva el viento, etc. Y si esto es tan insufrible, ¿qué será entonces?, etc. ¡Oh, cómo el día produce palabras del día, y la noche da ciencia de la noche! (3). ¡Oh alma mía!, si amas y te alegras en el día de la consolación temporal, ¿por qué no aspiras a la que es eterna? Y si te aflige la noche de cualquiera adversidad temporal y leve, ¿por qué no temes y huís de todos los caminos de la noche eterna? Si carecer de un bien leve y momentáneo te aflige, ¿cómo no te asombra la contingencia de carecer de Dios, bien de los bienes? Pues mira que sin su compañía, todo es horrorosa soledad, y que si el grano cayendo en la

(1) Ps., 52, 2. — (2) Isai., 64, 6. — (3) Ps., 18, 3.

tierra no fuere muerto (1) por la mortificación, humildad, y retiro de todo afecto vano, él solo se quedará. Ellos cayeron, no donde pudieran fructificar, sí en las cavernas más profundas, y allí enfermaron; mira pues y considera, ¡qué enfermedad!, ¡cuán doloorsa!, ¡cuán penosa!, ¡cuán irremediable!, ¡cuán grave! No quisieron el remedio, no apetecieron la salud que se hizo de sangre y vida de Dios, y enfermaron, y cayeron. Mira pues, que te aparté del mal en que ya pudieras haber caído, y te prevengo el bien que puedes lograr con pequeño y temporal trabajo. Mira que el Señor conoce los caminos de los limpios, y la eterna heredad que les previene; no la vendas por saciar tu apetito con un vil gusto, ni dejes de trabajar un breve tiempo al sol y al sereno, en el trabajo del día, y vigilias de la noche, por llegar al reposo de la feliz y hermosa posesión de Dios; que si lo amaras por la grandeza sólo del amor, te pareciera poco todo trabajo y esperanza.

AFECTO 17º

NOTICIAS, Y VISION DE COSAS CELESTIALES, QUE HALLA EL ALMA, POR EL CONTINUO Y POSITIVO DESEO DE AMAR A DIOS.

Hoy en comulgando, como yo hubiera caído en muchas faltas, y me fuera a mi Dios por el remedio, le pedía con grande alegría y consuelo, me quitara este mi corazón tan mal inclinado, y pusiera en lugar de él, una brasa de su divino amor; y luégo sentía la paz y quietud que me había sido en todos estos días como imposible conseguir, por hallarme por todos lados atribulada, etc.

---

(1) Joann. 12, 24.

Estando oyendo misa, se me representó la Serenísima y Purísima Virgen María, con una hermosura tan grande, y tan sobre todo pensamiento, que no creo se pueda imaginar o decir, porque es sobre todo entendimiento; con una túnica, más que la nieve ni el sol de cándida y resplandeciente, y manto azul hermosísimo, y que tenía allí su Niño, cerca, como de cuatro años, con una tuniquita de color tan encendido y agraciado, cual por acá me parece no se ve jamás. Todo es como espiritualizado, o yo no sé cómo lo diga; es una cosa que se entra por el alma, etc. (1). Entendí que el santo Angel formaba aquellas especies, por voluntad de Dios, en la imaginación, para dar alguna noticia de las cosas celestiales, y levantar y encender el corazón caído y frío, etc.

AFECTO 18º

LAS MISMAS TRES CAUSAS QUE ATORMENTAN EL ALMA EN LAS AGUAS DE LA CONTRICION, LA ELEVAN A LA ADMIRACION DE LAS PERFECCIONES DIVINAS Y A DISFRUTAR LAS ANSIAS DE UNION CON JESUS, MARIA Y JOSEF

Sintiendo y padeciendo unos desmayos o ansias en el alma y en el cuerpo, que parece que ella se afana y trabaja por acabarse de despedir del cuerpo y corazón, y él se turba, y casi se aniquila, etc., entendí esto: de tres principios, como de tres caudalosos ríos se levantan en el alma estas olas, que unas la abaten hasta lo profundo, y otras la suben a las alturas, y de aquí nace la tormenta que no entiende, y el cómo acabar y morir. La una es el encendido deseo de hallar su salud en Jesús y María, y en las virtudes, hermosuras y purezas que aquí ha conocido, en aquel día claro de su Salvador y su salud, y en la Madre de la luz y de la gracia; y con una an-

(1) Este pasaje fue suprimido, y sustituído por una nota explicativa del editor, en la primera edición (Bogotá, 1843).

sia y sed como inextinguible desea caminar, correr o volar a estas fuentes de vida, de gracia y de limpieza, de rectitud, hermosura y santidad. Ya quisiera anegarse en aquel mar de su dolor y su amor, y parece que dice un escondido y grande deseo del ánima: iré al monte de la mirra. ¡Oh, quién te me diera, hermano mío, criado a los pechos de mi madre, y tomando su leche, que yo te hallara fuera ya de mí, y de todas las cosas que me pueden estorbar el llegar a ti! ¡Que ya te hallara mi alma, y te hallara en los pechos de mi madre, para que de sus misericordias fuera mi alma alimentada, para que en su protección tuviera mi refugio; en su doctrina y ejemplo, mi alimento y seguridad!, pues los pechos de su enseñanza son como torres de defensa. ¡Oh, Madre mía, y madre de la vida, tus pechos son como el vino que conforta y alegra el corazón del hombre; y el olor de tus virtudes, gracias, y hermosura, como la fragancia de los mejores ungüentos! ¡Oh Dios, oh esposo, oh hermano, oh vida! *Defecit in salutare tuum anima mea.* ¡Oh, quién me dará que te halle, y me introduzca al amparo y refugio de tu madre!, como a una bodega de preciosísimos vinos, donde el alma, tomada de sus dulzuras, embriagada de la caridad, viviera en Dios y muriera en sí, y fuera bien ordenada en todas las virtudes, pues es tu amada madre el modelo y ejemplar de todas las más excelentes, amables y preciosas.

¡Oh Dios, oh Jesús, Señor de las virtudes! ¿cuándo correrá el alma al olor de ellas, cuándo te hallaré en aquel tu lecho florido de tu bendita madre, cuándo, después de la noche triste de tan amargas penas, vendrá la aurora y se acabarán las guerras, y persecuciones de mi alma; cuándo amanecerá el día y saldrá el sol de su patrocinio y amparo? ¿Cuándo saldrás tú, sol de justicia, nacido de su vientre para que salga el alma a santas obras hasta la víspera de la eterna luz, que será el día de la muerte? ¿Cuándo amaneciendo en las regiones del alma aquellos pia-

dosos ojos que dan vida, se ahuyentarán las sombras de la muerte? ¿Cuándo aquellos labios piadosísimos, y encendidos en caridad, como una cinta de grana, unirán y atarán mi alma contigo? ¡oh dulcísimo Dios y Salvador Jesús!

En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma, busquéle y no le hallé, porque noche, oscuridad y tinieblas, son todas las cosas que están debajo del sol, y todas las hallo vanas y que afligen el espíritu. Levantaréme con todo mi corazón, con la consideración y deseos, a cercar toda la ciudad santa de Jerusalén, y subiendo o pasando por todos aquellos espíritus dichosos, en la que es sobre todos, y más que todos, en los dones, gracia y perfección, hallaré al que ama mi alma; aquí le tendré, y sólo con su protección y amparo me aseguraré de no dejarlo, antes más y más de introducirme con él, o que él me éntre a la mansión de mi madre, a la sombra de sus alas, a su abrigo y amparo, porque allí tendré seguro mi tesoro, y en este campo anchurosísimo de sus misericordias lo hallaré. ¡Oh mi Señor!, si tu beatísima madre te dio el ser humano, o la humanidad en que fuiste rey coronado de espinas por las almas, y derramando sangre en la cruz, le acordaste el ser madre nuéstra, a vista de lo que te costamos: alégrese mi corazón, que aunque tan vil y mala esclava como soy, ha de mirarme por la sangre, dolores y muerte de su hijo, y su Dios tan amado; y ha de levantarse en mi favor, terrible para disipar y hacer huír mis contrarios, como los ejércitos bien ordenados, contra las huestes infernales.

¡Oh, pues, Señor, Dios y Salvador Jesús, levantaos mi Dios en mi favor, diciéndole a mi alma: "Yo soy tu salud: míra, mi madre es tu madre"! (1). Así pues, este deseo, esta ansia, es una de las causas de desfallecer el alma, porque toda quisiera anegarse en estas fuentes de vida, y fuera de Jesús y de María, to-

(1) Joann., 19, 27.

das las cosas le parecen insípidas; y parece que pregunta o se queja diciendo: ¿quién puede gustar lo insulso, que no está sazonado con sal? Pero aunque el alma no quisiera ni aun tocar cosa que de Jesús y María se apartara, o no fuera su presencia y amor, puede decir: aquellas cosas que no quería tocar, ahora, por la angustia de mi ánima, son mi manjar. Púsome el Señor desolada todo el día, confeccionada y consumida con amargura (1), porque todas las cosas me son amargas. ¿Qué puede tener sin ti el alma, oh Jesús, oh María? ¡Oh Jesús, rey en la grandeza admirable, en los triunfos nobilísimos, en las dulzuras inefables, y todo para desear! ¡Oh, si visitaras mi triste corazón, cómo luciera luégo allí la verdad, cuán vanas y viles me parecieran las cosas del mundo, y cómo ardiera lo íntimo de mi alma en tu amor! ¡Oh, cuán dulce quedara mi corazón con Jesús, fuente de vida, lumbre del alma, gozo sobre todo gozo, y sobre todo deseo!

¡Oh, pues, alma mía, en las ondas procelosas de este mar grande, en las corrientes tristes de esta gran Babilonia (2), donde lloras, suspensos los instrumentos de tu música; donde no oyes las canciones de la santa Sión, ni suena la cítara, ni el salterio de tu alegría, donde sólo oyes voces de lamentaciones al són de las cadenas que arrastras cautiva; en esta noche oscura, donde no puedes tener gozo, pues no ves la luz del cielo, búsca la estrella de la mañana, llama a María, mira que es estrella y norte para salir a puerto. Pues te cercan las angustias, los peligros, las tentaciones, las dudas, las fatigas, el cansancio, no apartes los ojos llorosos de tu estrella, y madre piadosa, no la dejes del corazón ni de los labios, y no temas ni te fatigues, que es madre de la vida, de la luz, y de la misericordia.

Pensando en mi corazón, y diciendo: ¡Oh, Señora, madre de la verdadera luz, verdad y vida, refugio

(1) Jerem., Thren., I, 13. — (2) Ps., 136.

de los pecadores! ¿qué podré yo hacer para agradarte?, se me acordó lo que dijo a los que servían al convite de las bodas de Caná: "Haced lo que os mandare mi hijo" (1). Como si dijera: "¡Oh alma!, si quieres que la frialdad del corazón se convierta en vino de caridad, míra las palabras y doctrina del maestro, que es tu salud, y sigue sus consejos y ejemplos, que éste será mi gusto, y mi servicio.

La segunda causa de desfallecer el alma y corazón en aquel desmayo y ansia mortal, me pareció ser un conocimiento que Dios da de sí mismo, de manera que el alma, conociendo algo de aquel ser inmenso, lo que más conoce es que no conoce; y muere y arde por conocer y amar a su último fin y sumo bien. *Defecerunt oculi mei in eloquium tuum* (2), porque parece que aquel conocimiento es como una palabra, o una habla escondida, no como la que se articula o forma con la voz, mas como el rocío, o como las gotas que destilan en la tierra, que despiertan su sed de conocer y amar un bien que es sobre todo bien, a vista de lo que el alma siente, o conoce sin conocer; esta luz del sol, aun cuando está más refulgente, la ve como una luz pintada, o luz muerta. Todo este mundo y todas las cosas que en él hay son como paja, o como cuerpos sin alma, y me parece queda o está el alma en tanta soledad, que sin aquel bien que desea, no bastarán todas las criaturas a hacerle compañía; parece que anda sin corazón y sin vida, y que a todas las cosas les ha faltado la vida y el ser. Desea amar y conocer, y llegarse a su principio y origen, y conoce algo de que es una *omnipotencia* sapientísima y amabilísima, una *estabilidad* hermosísima, una *vida* vivificadora, una *eternidad* firmísima, una *verdad* santísima, y una *santidad* verdaderísima, una *afabilidad* y *misericordia* altísima, y una *majestad* suavísima, una *justicia* amabilí-

(1) Joann., 2, 5. — (2) Ps., 118, 82.

sima, y una *inmensidad* poderosísima, etc. Y mas conoce que no conoce nada. Querría volar, y llegar a su centro, y se halla detenida de fuertes cadenas; desea un bien infinito, para cuya dichosa posesión fue criada, y sabe que es su centro, y se ve lejos y desterrada en la región de la sombra y del olvido.

¡Ay de mí!, ¡ay de mí!, que mi destierro se va alargando, y aun una hora de él pareciera prolongada (1). ¡Ay de mí! que habito con los habitadores de las tinieblas. Parece que realmente se halla en una casa despoblada y espantosa, y que entrando y saliendo en sus piezas todas, las halla despobladas y tristes, pavorosas y oscuras. ¡Oh, Señor altísimo!, si el cielo y los cielos de los cielos no son nada en presencia de vuestra altísima majestad, ¡ay de mí, Señor Dios mío!, ¿cómo dais a un tan pequeñito y vil gusano de la tierra sed y deseo de Vos, fuente de vida? ¿Quién es la tierra y el polvo para que desee y tenga hambre y sed del Altísimo? Huíd, amado mío, a la manera que la cabra montés y los hijos de los ciervos, alejándoos de mi conocimiento, cuando más lo arrastras tras vos, Dios mío. ¡Oh, quién fuera corriendo y volando, al olor suavísimo que siente el alma, a los montes de los aromas, al collado del incienso! ¡Quién llegara ya a su origen y principio, a su altísimo fin, a su deseado centro! Todos los días que aquí en mi destierro milito, sólo me mantiene el estar esperando cuándo vendrá mi mudanza (2); y como el mercenario, pasó el día de la vida, mezclando el manjar con lágrimas, o siendo el llanto mi pan de día y de noche; antes mis días parecen vacíos de todo bien, y antes parecen noches llenas de trabajos; ¿para qué fue dada la luz al miserable, sino para que vea su dolor, y el bien de que carece? ¡Oh, Dios mío!, ¿quién puede sufrir esta muerte viva, o esta vida muerta? ¡Oh, con la prisa

(1) Ps., 119, 5. — (2) Job., 14, 14.

que os alejáis volved, Dios mío!: *Revertere; similis esto, dilecte mi, capræ,* etc. (1). Verdaderamente siente el alma arrancarse de sí misma, y ciertamente ve todas las cosas como pena y dolor; está como la lechuza en las noches (2) y en las ruinas, y como el pájaro en el techo solitario; anda y vive muriendo como extraña a sus hermanos y como peregrino entre los hijos de su madre, porque ninguna criatura la puede consolar. Aquí sí que se sienta solitaria y calla, porque no tiene palabras en su boca, sólo son lengua sus ojos; y las tristes corrientes de la Babilonia de este mundo y vida mortal sólo le son instrumentos para el llanto; y si se levanta, le son su mismo dolor, sólo es a ver si halla noticias del bien que desea; anda buscando su corazón sin corazón, porque cuando se fue se lo llevó. Su vida busca sin alma, porque no anima donde atormenta y desmaya, sino donde desea y ama. *Defecit caro mea et cor meum, Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum* (3). Sin aquella luz viva, hermosa, poderosa y firme que desea, tan triste y escuro le es el día como la noche; tan pavorosa la luz como las tinieblas; tan amarga la vida como la muerte, antes la vida que anima es su más cruel muerte, porque la mira como impedimento para hallar la verdadera vida que desea. El amor es fuerte como la muerte (4), que lo deshace, y aniquila todo, y sólo prevalece; mas la vida, que estorba a la unión del bien que se ama, es como la emulación dura del infierno, que vive para morir, y anima para el dolor y la pena. La luz que queda en lo escondido del alma, es como lámpara de fuego y de llamas. Admirable es el Señor en las elaciones del mar, y viniendo el alma por algún conocimiento a rastrear algo de la alteza de aquel mar, se halla sumergida de la tempestad, y

(1) Cantic., 2, 17. — (2) Ps., 101. — 101. — (3) Ps., 72, 26.
(4) Cantic., 8, 6.

cualquiera voz con que pueda o quiera clamar, es voz ronca, y no dice nada. Un conocimiento, me parece, me dio Nuestro Señor como si dijera: (no digo yo que me habla; mas así me explico) mira, esta luz del sol material que tú ves como muerta o pintada, como semejanza de la luz que deseas, puede enseñar al alma la más alta perfección. Míra la obediencia incansable con que está andando su carrera por la voluntad de su criador, sin parar, perseverando en cumplir el fin para que fue criado. ¿Cuántos años y siglos ha que está dando vueltas con veloz carrera, alumbrando tan varias regiones, y tánta diversidad de criaturas como contiene el globo de la tierra? El reparte su luz y calor con igual movimiento, y no recibe en sí ningunas impresiones; mas siempre va rendido y sujeto a la voluntad de su criador. No está en sí turbado ni mudado, por pasar por montes o por valles, por el mar grande o arroyos pequeños; ni se altera cuando pasa por cosas duras, ásperas o blandas, por espinas o flores, poblados o desiertos, fieras, aves o peces; porque el Señor, que puso en él su tabernáculo, es el fin de su jornada (1). Míra, pues, su veloz movimiento y su igualdad, su ardor, su luz y su beneficencia con que obedece, su presteza, sin parar un punto.

Las ánimas de los justos están en la mano de Dios (2), que es su poder, amor y providencia, y no les tocarán los tormentos aunque sean como tormentos de muerte, porque todo su amor, deseo y conato de su intención, y parte superior del alma, está fija en el Sumo Bien, corre y vuela a su centro; y así todo lo que esto no es, no les toca ni hace impresión, antes en las penas y tormentos se esfuerzan como gigantes para correr alegres su carrera, porque es a lo sumo del cielo su subida. A los ojos de los insipientes están como muertos, mas ellos son en paz, andando su carrera sin que los detengan o tur-

(1) Ps., 18, 6. — (2) Sap., 3.

ben las nubes que se ponen sobre la tierra, así de los varios acaecimientos exteriores cuanto de las mudanzas, que como vientos y nubes se levantan en la parte inferior del alma; y así anda el sol sin detenerse en ellas, huyendo unas, y deshaciendo otras con los rayos y calor de la caridad, a quien no pueden extinguir las muchas aguas (1), ni oprimir sus grandes avenidas. Ni andará el sol por eso más bajo, ni más alto del camino que le señaló su autor, ni el alma se levantará en soberbia, porque si diere el hombre toda la sustancia de su casa, la despreciará como nada por la caridad.

¡Oh Dios mío!, pues pusiste en el sol tu tabernáculo, haciendo a tu santísima Madre única escogida como él, y sola ella caminó sin tardanza, sin imperfección ni sombra de culpa ni ignorancia; sólo a su favor, a su luz y a su calor podrá andar el alma en tu seguimiento, pues en su tabernáculo purísimo se nos dio y mostró el que es camino verdadero y vivífico. ¡Oh Madre de la luz y de la vida: *Et in velamento alarum tuarum exsultabo. Adhæsit anima mea post te: me suscepit dextera tua* (2).

La tercera causa de aquel desfallecimiento o turbación del alma, es por la persecución de los espíritus malos. Mi ánima me ha conturbado por los ejércitos de Aminadab: *Defectio tenuit me, pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam* (3). Aquellos, Señor, que desde el principio dejaron tu ley, y gloriándose en su malicia son poderosos para la iniquidad; aquellos que como potestades de las tinieblas arrojan al alma confusión y espanto; aquellos que como huracanes arrancados de su asiento, con su mismo furor quisieran levantar al alma, a despedazarla en las peñas más tajadas, y arrojarla al abismo de la de-

(1) Cant., 8, 7. — (2) Ps., 62, 8. — (3) Ps., 118, 53.

sesperación. Sus dientes son como dientes de leones (1), y sus ojos como armas y saetas; su anhélito, como el centro del veneno y corrupción, inficiona y corrompe al que no librare la protección del Altísimo, al que no se escondiere debajo de sus alas. Debajo de sus lenguas está el veneno de áspides; aquellos cuyos pies ligerísimos para el mal andan siempre rodeando la tierra (2), para perecer entre los hijos de Dios; aquellos que habiendo tenido tanta capacidad para el bien (si no hubieran dejado a su Señor Dios, y olvidado los beneficios, poder y majestad de su criador), tienen ahora tan profundos senos para el mal. Aquellos poderosos para la iniquidad, que turbando el cielo cayeron al abismo y llenaron la tierra de horror; que habiendo sido príncipes tan sublimes, de jerarquías tan levantadas, andan ahora como ladroncillos por los caminos a ver si pueden robar la gloria de su Señor, poniendo lazos y armando trampas a los hijos de Dios. Los que como verdaderos estultos trabajan siempre en su mayor confusión, edificando, más y más levantada en su malicia, la Babilonia de su mayor tormento y confusión. Los que habiendo sido vestidos de púrpura y grana en su creación, ahora comen y se sustentan con el estiércol de los vicios, y inmundicias que abrazan (3). Aquellos infelices que habiendo tenido asiento entre los tronos, principados, potestades, querubines y serafines, ahora se asientan como moscas sucias en las llagas y corrupción; y no teniendo poder, sin licencia de su Señor, de matar una hormiga, aun tienen esperanza de sorberse el Jordán (4). Aquellos de locura tan desatinada, que quisieron medir sus fuerzas con el omnipotente, y son vencidos con la mosca y gusano. Estos ejércitos llenos de furor y malicia, que como langostas salen de las cavernas infernales, como saeteros voladores en

(1) Eccle., 21, 2. — (2) Job., I, 7. — (3) Thren., 4, 5. — (4) Job., 40, 18.

el día, como negociadores de fuegos y tinieblas, de humo y confusión, que sólo se alistan y congregan para quitarle al alma el Sumo Bien, la turban de manera que con ninguna comparación se podrá explicar; porque como Nuestro Señor le ha dado aquel conocimiento y deseo de sí mismo, que es bien sobre todo bien, y de la hermosura, limpieza y rectitud de las virtudes que conoce y ama en Jesús y María, y ve juntamente el desvelo y furor con que las potestades de las tinieblas anhelan a desposeerla de tanto bien, y ve en sí tanta debilidad, teme y tiembla. Aunque no sea más que ver sus iniquidades y maldades, es una pena al alma, parecida, si no es la misma que las penas del infierno; y cuando como despierta o como puesta en atalaya, ve a una parte todo el bien, y a otra todo el mal, y su causa dudosa, porque ninguno sabe si es hijo de odio o de amor (1), teme y tiembla con mayor temor o temblor que puede caber naturalmente en pensamiento humano. Oh Dios mío, decía uno: "temblar me hace mi celo, porque olvidaron tus palabras mis enemigos, vi a los prevaricadores y temblé, porque ellos no guardan ley ni respeto." El celo de tu casa (2), que es mi alma, y el deseo de tenerla limpia para la majestad de tan gran Señor, me comió, porque los oprobios que caen sobre mí son oprobios contra Ti; aquel su veneno es tan mortífero que bastara a inficionar todo el orbe de la tierra. Ay Dios, ¿si en lugar del Sumo Bien será mi parte el sumo mal? No sólo teme el alma el despojo de todos los bienes, como de palio que la cubre, mas los golpes y llagas de todos los males que se encierran en la culpa. ¡Oh tiempo de guerra y de batalla, cuán largo y prolongado parece cada instante! Oh, Señor Dios mío, toma las armas y el escudo (3), y levántate en mi ayuda, saca la espada de tu justicia en mi defensa, y díle a mi alma: "yo soy su salud, vuélvanse confusos y avergonzados para atrás, los

(1) Eccle., 9, 1. — (2) Ps., 68, 10. — (3) Ps., 34.

que tantos males pensaron para matar mi alma; sean hechos como polvo ante la cara del viento; que contra todos sus ejércitos y ardides bastará uno de tus santos ángeles a coartarlos y deshacerlos. Sea hecho su camino de tinieblas, y de lobreguez sus eternos calabozos, y tu santo ángel, Señor Dios mío, los persiga hasta encerrarlos en ellos; véngales aquel mal que querían a mi alma, y caigan en aquellos lazos que habían armado; y mi alma, con una alegría inefable se alegre en su Señor, y se goce, recree y exulte en su salud, pues el Señor es hecho su salud ¡Oh, Señor Dios mío, pónme junto a Ti, y la mano de cualquiera pelee contra mí! *Eripiens inopem de manu fortiorum ejus, egenum et pauperem a diripientibus eum.* ¡Oh alma mía!, ¿cómo te atreves a desviarte un punto de tu Dios, a disgustar en algo a tu defensor? ¿Cómo no te humillas en el ayuno, absteniéndote de todo aquello que puede agravarte con soberbia y vanidad; y cómo no clamas con más profunda oración? ¿Cómo duermes entre tantos contrarios, y cómo no despiertas para advertir tus riesgos, con la viva consideración de tu nada, de tu miseria y vileza, y de lo que te importa ganar a Dios para siempre y no pederlo? Los príncipes de las tinieblas se sentaron como en concilio, y adversos a ti, hablaron unos con otros fabricando tu mal; ¿pues qué has de hacer? *Servus autem exercebatur in justificationibus tuis* (1). De balde me persiguen, porque el verdadero temor no es de ellos, Dios mío, que sin Ti no pueden nada, sin tu licencia no podrán moverse. *A verbis tuis formidavit cor meum.* De tu enojo, Dios mío, de tus palabras he de temblar y temer, porque nada harán los verdugos sin el mandato del juez, y como amas la justicia y equidad, desdecir de tu gusto, y hacerse a tus ojos aborrecible, y ofender a Ti, suma bondad y santidad, es lo que

(1) Ps., 118, 23.

debe hacer al alma temblar. Oh Dios mío, alumbra mi alma con tu rostro benignísimo, y enséñame a andar justamente delante de Ti, para que no me entregues a los que me calumnian; y pues aborreces la soberbia, aborrézcala y húyala tu sierva, pegándose al pavimento, juntándose y reputándose con el polvo, uniéndose a lo más bajo de su nada, para que la vivifiques según tu palabra; pues dijistes: ¿a quién miraré, o en quién pondré mis ojos, sino en el humilde y pobre? Vengan pues, Señor mío, a mí tus miseraciones, aquellas piedades que a cada paso ejercitas para que en cada cosa y ocasión, libres a tu esclava de las manos del cruel, y viva mi ánima meditando tu ley, conociendo y considerando en Ti todos los bienes, y en mí todos los males; y pues descansas en el humilde como en quien anda en verdad, y pusiste tu tabernáculo, tu lecho y tu descanso en aquella altísima y purísima madre tuya, María Santísima, que fue la más humilde de todas las criaturas, y la que quebró, pisó, y holló la soberbia cabeza de la antigua serpiente, suplícote por su amor y reverencia, Dios mío, me concedas el amparo y defensa de este lecho florido del pacífico Salomón. Pues en él tendrá el alma todos los fortísimos de Israel para su defensa (1), doctísimos en las peleas, teniendo las espadas del poder inmenso, en cuyo nombre vencieron la primer batalla, teniendo cada uno su espada ceñida sobre su muslo para defender a los que se acogen a este divino lecho y torre de David, de los temores nocturnos.

¡Oh pues, Madre de Dios y Madre mía, amparo y defensa de mi corazón; pues eres la especiosa y hermosa puerta del templo de la celestial Jerusalén, ruego humildemente a los espíritus soberanos que son siervos tuyos, me pongan a tus pies, como a aquel pobre cojo y tullido, para que mirando mis trabajos, piadosa, por el amor y nombre de Jesús, le

(1) Cant., 3, 7.

digas a mi ánima: levántate y anda, dándole para ello la mano de tu favor!

¡Oye, Madre de misericordia, mis tristes voces y continuos ruegos, sácame ya de *lacu miseriæ, et de luto fæcis!* (1).

AFECTO 19º

CONSUELASE EL ALMA DESPUES DE LA TEMPESTAD DE ESPIRITU, CON LAS PALABRAS DE VIDA ETERNA QUE SUENAN EN SU INTERIOR, EN PONDERACION DE SUS VIRTUDES.

Pobrecilla, combatida de la tempestad, sin ninguna consolación, no temas; yo soy el Señor Dios tuyo, que te saqué de Egipto, dilata tu boca y tus labios con la confianza, y la llenaré, y tu boca será medida. Espera en el Señor y haz bondad, y serás apacentada de sus riquezas; habitarás en la ayuda del Altísimo (2), y morarás con El en su protección. El Señor es mi amparo, y mi refugio, mi Dios: en El he de esperar hasta que decline el día, y se abatan las sombras, todo el día de la vida mortal cercado de sombras, hasta que llame al alma a coronarla en las alturas, de donde cayeron los leones y leopardos. Está fuerte en la batalla con la antigua serpiente, que el reino que recibirás es reino que no tiene fin. Confórtese tu corazón y haz varonilmente (3), no temas sus ladridos y amenazas, que el Altísimo que formó a este dragón para burlarlo, es tu ayudador; el Señor es tu escudo y tu fortaleza, y la torre de tu refugio, el que enseñará tus manos a la batalla y tus dedos a la pelea (4), no dejando de tener cuidado y providencia aun de las cosas más menudas. Irá como lucerna alumbrando los pasos del alma, y como

(1) Ps., 39, 3. — (2) Ps., 90. — (3) Ps., 26, 14. — (4) Ps., 143.

fidelísima guarda, no dejará perder aun un cabello de su cabeza. El te librará de los lazos de los cazadores, y de las palabras de los malos; el escudo de su verdad te cercará, y su verdad y la firmeza de sus promesas te será escudo para que no temas los temores nocturnos. Enviará sus ángeles, mandándoles que te guarden en todos tus caminos; y estos fortísimos de Israel te librarán de los temores y espantos de la noche. ¡Oh alma tímida y flaca!, que no es tu Dios tronco y sin manos, como el Dios Dagón de los gentiles, ni está caído al pavimento, ni reducido a polvo (1). Yo vivo, dice el Señor, yo me vengaré de mis enemigos. Se levantará el Señor en tu ayuda, y disipará a sus enemigos, y huirán de su presencia los que le aborrecen. Juzga, Señor, mi causa, defensor de mi vida, Señor Dios mío, pues mis enemigos son enemigos tuyos. Así debes pelear, alegre y confiada, las peleas de tu Señor, y no temas mientras no te haces al bando de su enemigo; que este áspid y basilisco se mantiene de paja, y el alma cuya fortaleza es el Altísimo, andará sobre el áspid y basilisco, para llegar a Dios, y pisará al león y al dragón (2), y dirás: librásteme, Señor Dios mío, de los que bramaban como leones preparados para comerme y devorarme; y según la muchedumbre de las misericordias de tu nombre, de las manos de los que buscaban mi ánima para perderla, y de las puertas de la tribulación que me cercaba, porque espantado con terrores y maldades, como áspides y basiliscos, tú, Dios mío, los cogerás en sus trampas como a zorrillas pequeñas que pretenden demoler tu viña, y secar y malograr las flores de sus deseos y afectos (3). Mas tu viña, Dios mío, que es el alma, está delante de Ti, y tus guardas y soldados de tu milicia, que pusiste para su guarda, la mantendrán en la paz de su Señor, y quebrantarán los arcos y flechas de los contrarios, y despedazarán sus armas, y

---

(1) I. Reg., 5, 3. — (2) Ps., 90, 13. — (3) Cant., 2, 15.

les quemarán con fuego sus escudos (1). ¡Oh alma mía, cuán contenta cantarás las victorias de tu amado, y convidarás a todas las criaturas, y a todas tus potencias y sentidos! Todas las gentes (2) aplaudid con las manos de santas obras al Señor, y dadle gloria con las voces de loores y alabanzas como a rey excelso, terrible, y rey grande sobre todo. Venid y ved una obra como del Señor que hizo una cosa prodigiosa sobre la tierra, quitando las guerras hasta el fin de la tierra, haciedo su lugar en paz, y su habitación en la Sión santa. ¡Oh alma!, *no quieras ser incrédula sino fiel* (3); estas son palabras y promesas de Dios, si guardares su ley en todo tu corazón, y, alentada con el premio de la corona prometida, corrieres al certamen. Como el que dijo: *el camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón* (4) con aquellas tus palabras y promesas más dulces que la miel, a mi garganta; y en el camino de estos testimonios auténticos de tus fidelísimas promesas, me deleité como en muchas riquezas ya poseídas.

¡Oh alma mía, míra que aunque fuera muy dura la guerra, y el certamen o lucha es curso limitado, y tiempo que se ha de acabar; sacude el polvo de tus pies, levántate y corre, porque no es otro tu premio y tu corona, que el Señor Dios tuyo.

Dios es suma santidad y verdad, es la santidad, rectitud y verdad misma, y así le es contraria y aborrecible la soberbia, y la vanidad y mentira, que todo es uno; y así, todo lo que no es Dios, es nada, es como el heno de los techos (5), que antes de crecer se seca, del cual no llenará su mano el que lo coge, ni su seno el que lo junta en manojos. Tan vacía, tan trabajada, y tan seca se quedará el alma con todo aquello que no es Dios, como con el heno de los techos, aunque más alta le parezca la estimación hu-

(1) Ps., 45, 10. — (2) Ps., 46. — (3) Joann., 20, 27. — (4) Ps., 113, 32. — (5) Ps., 128, 6.

mana, y todo lo que a los amadores del siglo y de la vanidad les parece sementera digna de segarse y de guardarse en el seno, ni lo llevarán, ni llenarán su mano, ni dirán los que pasan a la patria verdadera: la bendición de Dios está sobre éstos; porque todo lo que no se fabrica en el nombre del Señor es heno, mentira, y vanidad todo lo que es soberbia de la vida, codicia de los ojos, y codicia de la carne. Esto me pareció que podía decir el alma: empezaron a perseguirme, Señor Dios mío, mis enemigos desde mi juventud, no sólo entendiéndolo del tiempo de la vida, más de aquellos principios en que el alma comienza a desear y procurar el verdadero bien.

"Hijo, si quieres llegarte al servicio de Dios, prepara tu ánima para la tentación", dice Dios. Y el santo ángel le dijo a Tobías: "fue necesario que la tentación te probara"; mas aquella hiel es útil para curar y desterrar al dragón y ballena que se esconde entre las aguas de las pasiones y tentaciones. Los pecadores, que son los espíritus malos, fabrican maldades, y alargan y prolongan sus iniquidades, levantándose como testigos inicuos a hacerle cargos en lo que el alma ignora y queriendo cargarle sobre sus espaldas el mal de ellos; mas el Señor Dios, justo y misericordioso, librará al alma de sus calumnias, y responderá por ella, quebrantará la soberbia cerviz del demonio, y hará que sus estudios sean vanos, y que queden confundidos y avergonzados como el que coge aquel pequeño y débil heno, que antes de levantarse se seca, y hallarán vacías sus manos con que perseguían al alma, y el seno de su furor con que intentaron destruírla; porque ellos son enemigos de Dios, que no alcanzaron la bendición, ni caerá sobre ellos, sino es la maldición que buscaron.

Así que el alma desfallece con el gran deseo de las virtudes limpias, puras, hermosas, bellas y preciosas, sobre el oro y el topacio; y con su olor suavísimo, de que algo percibe el alma, quisiera correr en

pos de Jesús y María, como en quienes se le descubren con tantas ventajas a todo sentido.

Y como estos caminos puros, santos, limpios, suaves, altos y hermosos, tienen por término el mar inmenso del último fin. y Sumo Bien, desfallece el alma con vehementísimos deseos de llegar a su centro; y así está como pendiente en el aire, anhelando a su principio, y desfallece cuando a vista de tanto bien, que conoce, desea y espera, teme el perderlo, y desmaya y desfallece con el horror del mal: *iniquitatem odio habui, et abominatus sum* (1), ¡Oh, cuán aborrecibles y abominables son, Señor Dios mío, las cosas que apartan de tu santa y amable ley; y aquellos infelices espíritus que se vistieron la maldición y la abominación, porque no guardaron tu ley, y, prevaricando, huyeron la bendición!

¡Oh, cuán amable es tu ley, cuán amables tus tabernáculos, Señor de las virtudes! ¡Oh, cómo los codicia mi alma, y no llegando ni aun a los atrios con la consideración, o el conocimiento, descaece y desfallece con el deseo y el conocimiento; desfallece, porque conoce que no puede llegar ni aun a los atrios! ¡Oh, cuándo, cuándo el corazón y la carne se alegrarán llenamente en Dios vivo, pues aun en el lugar del destierro tanto deleita su memoria! ¡Oh alma mía, no quieras en este lugar de tu destierro y prisión tener otras voces que las del llanto, como la tórtola, ni más compañía que la que tiene el pájaro solitario, hasta que halles en el Señor tu casa y tu nido! Canta solo, y entiende en el camino inmaculado de sus justificaciones, hasta que venga a ti y te lleve a El, sacándote del lugar de tu peregrinación.

(1) Ps., 118, 163.

AFECTO 20º

DETESTACION DE LA PROPIA VOLUNTAD, Y UTIL SOMETIMIENTO A LA DIVINA, DE POCO TE APROVECHARA OIR, Y APRENDER MUCHO, SI NO EJECUTAS NADA.

Señor Dios, refugio y virtud de mi alma, resplandezca la luz (1) de vuestro amable y benignísimo rostro sobre mí, miserable y caída en el camino de esta vida mortal, para que me enseñe vuestros caminos, y no sea guiada de mi propia voluntad y juicio, porque si un ciego guía a otro, entrambos caerán en la hoya y en el lazo. ¡Oh, qué razón de tanto temor es ésta! No me dejéis, Dios mío, seguir mi voluntad y juicio, porque no me lleven y guíen al abismo de la culpa, y de la muerte eterna. Siempre esté clamando mi alma, con todas las entrañas y afectos interiores: ¿Señor, qué queréis que haga? (2). Alumbrad, iluminad vuestro rostro sobre nosotros, y tened misericordia de nosotros. Mas, oh, Señor mío, y mi descanso, y mi vida, y mi ser, ¡qué llanos y qué claros pusiste, Dios mío, los caminos de la vida, enviando a vuestros ministros, así al que había de ser vaso de elección, como al que habías limpiado de la lepra! ¿Y qué mayor consuelo que saber, porque vos lo dijiste, que quien los oye, os oye a vos, Dios mío, y quien los obedece, os obedece? ¿Qué mayor bien que tener vuestra voz y voluntad tan clara y cierta? Pero, oh, qué temor, Dios mío, cuando me acuerdo que teniendo presente vuestra misma santísima persona, y a vos, que sois el maestro de los maestros, preguntó el mal juez: *¿qué cosa es la verdad?* Y no aguardó ni recibió la respuesta. Tenía cerrados los senos, y los oídos de su corazón tapados con la malicia e intención depravada, y así no cogió el fruto

(1) Ps., 66. — (2) Act., 9, 6.

que de su pregunta pudiera haberle resultado. ¡Ah, alma mía!, no seas como el que considera su rostro en el espejo, y luégo vuelve las espaldas y se va (1); ¿qué importará que preguntes el camino y que lo sepas, si no lo andas? ¿Qué te aprovecharán las armas, si no puedes aun andar con ellas? Comiste mucho, y quedaste hambriento; os vestístes, y no os calentastes. Bendito sea el Señor, Dios mío, dice el salmo, que enseñó mis manos a la batalla, y mis dedos a la pela, haciéndome ejercitar la obediencia, así en las cosas grandes, como en las pequeñas, y abrir los oídos del corazón al amado, aunque las manos destilen mirra al quitar el cerrojo de las dificultades (2). En obedecer entonces, dirás, confiada y alegre: esta es la voz de mi querido, esta es la voz de mi amado; pues cuando tocando el pestillo, y quitando con su favor las dificultades de obedecer, toda el alma se derritió, se ablandó y suavizó, y todas las entrañas, todo el interior del alma se conmovió. Mas no así cuando sólo oyes su voz, y te estás echada, y no te levantas para obedecerla, aunque sea con buenos pretextos; pues si es solo al amado a quien quieres agradar, sólo de su voz has de estar pendiente para ver lo que manda, y no has de guardar otra cosa en tu corazón que su palabra, *In corde meo abscondi eloquia tua,* como una piedra preciosísima, como todo el tesoro del alma; y tan gran tesoro, que no deja lugar en el corazón para otra cosa, porque no pueden juntos habitar dos contrarios. Ni serás verdadera obediente, si del todo no destierras del corazón tu propia voluntad y juicio, porque si éste prevalece, ahogará la palabra de Dios esta cizaña, que siembra el enemigo del hombre. Si quieres estribar en tu prudeicia, serás como aquel fuerte armado, que no deja estar su atrio en paz; has de hacer como el ciego que aunque le parezca a cada paso que va a despeñarse con los temores de su ceguedad,

(1) Jacob., 1, 23. — (2) Cant., 5, 5.

aquello sirve de agarrarse más de su guía en quien se fía todo.

En mi corazón escondí tu palabra para no ofenderte con la desconfianza, pues es palabra de rey grande y Dios grande, y así la creo, la aprecio y la guardo en el corazón de mi memoria, de mi voluntad, y de mi fe? No ves que es de ánimos viles el ser desconfiados, y de grande ignorancia el andar temiendo y claudicando, como el que no sabe de quién se fía, y como que ignora que el Señor es Dios, y su palabra firme, verdadera y estable, y que los cielos podrán caer y deshacerse, antes que de sus palabras falte una jota? Cómo has de andar ligera este camino, si andas cojeando, no ves que iba a hundirse en las ondas al que se le dijo: de poca fe, de poca confianza, ¿por qué dudaste? El demasiado temor, con propio juicio y amor y apego a su descanso, ¿no le costó al alma lágrimas, fatigas y cuidados, y lo que más es, carecer de la presencia de todo su bien, cuando dio por excusa para no oír su voz (que es no obedecerla), que ya se había desnudado la túnica, y no fuera que se mancharan sus pies, que la había lavado? Pues un verdadero y fuerte amor ha de estar pendiente más que de los labios de su Señor, para saber su voluntad y ejecutarla, ni ha de buscar razones para contradecirla, ¿no ves que aquí se esconde una secreta confianza de ti misma y de tu propio juicio y parecer?

Hermosos serán los ojos del alma, y sus oídos serán adornados con arracadas de oro (1), con gusanillos de plata: cuando totalmente, enteramente y únicamente mirare a mí, se arrojare en mi fidelísima providencia, sin tener otra cosa escondida en lo oculto, y me obedeciere, así en lo poco, cual es el gusanillo de plata, como en lo mucho, cual es el oro precioso. Sed ejecutores de las palabras, y no solamente las oigáis, engañándoos a vosotros mismos,

(1) Cant., 1, 10.

pues de poco te aprovechará oír mucho, y aprender mucho, si no ejecutas nada; antes has de decir, en hallando a Dios en las palabras y enseñanza de tus maestros, que son sus ministros y guardas de la ciudad: téngole, y no le dejaré con el olvido o desconfianza. ¿Sabes qué es hallar a Dios?: oír los preceptos de la obediencia; ¿y qué es tenerlo?: abrazarlos con fe, confianza y amor; ¿y no dejarle?: ejecutarlos con diligencia, fortaleza y perseverancia.

AFECTO 21º

REPOSANDO EL ALMA EN EL CONVENCIMIENTO DE SU NADA, Y VELANDO EL CORAZON CON EL AMOR, VUELA AL DESEO ALTISIMO DE LA UNION CON DIOS.

Como cualquiera obra de la gracia excede tanto a la mayor de la naturaleza; y como la hermosura espiritual, el sabor, la armonía, la suavidad, etc., excede tanto a lo corporal y exterior, cuanto excede el sentir y entender con los ángeles, al sentir y conocer con los brutos, no es mucho que oyendo o leyendo grandes cosas de la gloria de los bienaventurados, no halles en tu alma la llenura que deseas, porque aquéllas ordinariamente por la mayor parte van dichas o explicadas con semejanzas de cosas corporales, y que perciben los sentidos exteriores de los hombres, comunes con los brutos; aquellos son los atrios adonde ha de poner el alma los pies para subir de lo corporal a lo espiritual; por eso dice: *Jerusalén, que se edificó como ciudad* (1), y dijeron los otros: *hechos somos como consolados.*

Así, en sintiendo el alma algún conocimiento de cosas espirituales, y aunque sea corto y oscuro, la voz de su amado, o la fragancia de sus ungüentos, que es la hermosura de las virtudes como de muchas

---

(1) Ps., 121, 3. et ps., 125.

flores, y campo lleno de ellas cual las vestiduras de Jacob, parece que se quisiera levantar, o la levantan sobre sí, y exulta, deseando y anhelando a correr su carrera como gigante (1) a lo sumo del cielo, que es a abrasarse por amor con el Sumo Bien, que es fuego; y así está sobre los atrios, que es todo lo que puede llevar al centro, no queriendo ya conocer ni entender más que al bien que ama, abrazándolo con los brazos del amor y deseo, y no queriendo escudriñar lo que siente; porque ya se le dijo al alma: aparta de mí tus ojos, *quia ipsi me avolare fecerunt* (2). Así que durmiendo el alma al conocimiento de lo que no puede alcanzar, y descansando en la sombra del que desea, ha de velar el corazón amando, que allí se le darán a gustar los frutos suaves, no sólo al paladar, mas a la garganta; porque el decir de Dios es hacer, y allí le entrañará el deseo de las virtudes por el aprecio del Sumo Bien. Gustará verdaderamente lo que dice el salmo: bienaventurados los limpios que andan con prisa, y con anhelo y cuidado en el camino del Señor, allí saldrá de lo más íntimo del corazón aquel deseo y suspiro. *Utinam dirigantur viæ meæ, ad custodiendas justificationes tuas* (3). Allí el verse desterrado y pobre, mientras no posee al Sumo Bien, aunque poseyera todos los orbes de la tierra, y sólo consolarse en desear sus justificaciones en todo tiempo. Allí el descubrirse los fundamentos de la tierra, la nada, la abominación, y el horror que es el alma sin Dios; la alteza, nobleza, y excelencia de su último fin. Aquí recostada entre medio de esos términos tan asombrosos, del Sumo Bien, o del sumo mal, se le dan alas como a la paloma, más preciosas que el oro y la plata, para desear volar en seguimiento de su bien, y en fuga de su mal. Allí conoce especialmente que Dios aborrece y increpa a los soberbios, y que son malditos los que declinan de sus mandamientos, y

(1) Ps., 18, 6. — (2) Cant., 6, 4. — (3) Ps., 118, 5.

allí se abate y afianza cuanto puede, deshaciéndose, y pegándose con el polvo, y con el deseo de acertar a dar gusto a su bien sumo y último fin: *Adhæsit pavimento anima mea: vivifica me secundum verbum tuum. Adhæsit testimoniis tuis Domine: noli me confundere,* para que no me confundas, si no corriere por el camino de tus mandamientos, cuando tan misericordiosamente dilataste mi corazón (1).

¿Quién ha visto que aquel Señor, criador de los cielos y la tierra, fuerte y poderoso, así sea como vencido de los ojos humildes del alma, que diga que sale de sí, con su mirar?; y que el que gobierna los cielos y la tierra, y tiene las llaves de los abismos, se entregue en los brazos de un verdadero y humilde afecto, cual un niño tierno y delicado; cual un dulce y apacible suspiro y viento suave, que soplando amoroso y pacífico en las eras de flores para vivificarlas, las haga arder, y levantarse para correr al centro y a la esfera del fuego, que es su amor sagrado? ¿Quién ha gustado y visto cuán suave es el Señor, cuyos pensamientos son más profundos que lo más oscuro, y más levantados que lo más levantado de la palma, mirar al alma con tan apacibles y blandos ojos como los de la paloma (2), bañados en leche de dulzuras, junto a las corrientes de las aguas y a las avenidas plenísimas de dulzuras y gracias para el alma?

AFECTO 22º

LAS DELICIAS QUE CAUSA EN EL ALMA LA PRESENCIA DIVINA. NUNCA LA PERMITEN SUSPIRAR SINO POR LA UNION CON SU DIOS.

Si hablare no descansará mi dolor, y si callare no se apartará de mí (3); ¿quién puede retener lo que concibe en su corazón?, y cuán difícil es explicar con palabras, y encerrar en términos humanos y comunes

(1) Ps., 118, 25, 31, 32. — (2) Cant., 5, 12. — (3) Job., 16, 7.

el concepto del corazón. Aunque la lengua escriba como la pluma del veloz escribiente, ¿quién podrá encerrar en las voces, o abrir con ellas el conocimiento de lo que entiende que es Dios, Sumo Bien para el alma? ¿Y qué es el alma sin Dios?, sumo mal para sí misma: un bien sin término, o un mal sin término. ¿Quién puede tener descanso, ni entrar con afecto en el tabernáculo de la casa de todo este mundo exterior y visible, ni a la parte que en él le ha cabido para su habitación, ni subir a su estrado, ni a su lecho a buscar descanso en alguna cosa? ¿Quién puede dar sueño a sus ojos, ni que dormiten siquiera sus párpados, hasta que halle el lugar del Señor, el lugar que tiene en el alma en gracia, poseyendo en paz su habitación? (1). Hecho sea su lugar en paz, y su habitación en la Sión santa. ¿Quién, pues, puede tener reposo, descanso, o alegría, hasta llegar al tabernáculo del Dios de Jacob, donde ya poseída del Sumo Bien, sea posesora en paz de su feliz principio, y dichosísimo fin; donde ya vea que las vestiduras que la adornan son como la nieve, y más limpias con la sangre del cordero (2); donde esté cierta que no ha de manchar su túnica, ni enlodar sus pies; donde aquella suerte tan temida, ya sepa que le cupo buena; donde no se ha de romper ni turbar aquel pacto y lazo estrecho de confederación y amistad con el Sumo Bien; donde, acabadas las tormentas del mar grande y profundo de su navegación, llegue a besar las márgenes de la ciudad santa y tierra prometida, y Cristo la salga a recebir festivo y alegre, y a ponerle de su mano la corona y palma del triunfo; donde siga al Cordero limpio y puro para ya no dejarlo por ninguna culpa, entre aquel candidísimo rebaño de purísimas vírgenes, y de la madre y ejemplar de todas, María, Madre de Jesús; cuando como una gota en el océano éntre en el gozo de su Señor,

(1) Ps., 75, 3. (2) Apoc., 7, 13.

libre ya de perderlo y de perderse, y de los lazos y trampas de los cazadores? ¡Oh alma mía, qué darás por ver el rostro de Cristo, apacible y benigno! Esto desea, esto procura, a esto anhela, todo lo demas reputa por estiércol; sólo por esto llora, y sean tus lágrimas tu sustento de día, y de noche, y salgan como avenidas de tus ojos y de tu corazón; sean como el torrente de donde sólo bebas en el camino de esta vida mortal, hasta que se te diga "*levanta la cabeza* (1), *mira cerca tu redención de este duro y amargo cautiverio*". ¡Oh alma mía, si serás tan dichosa que de la boca de tu Señor te oigas llamar sierva fiel! ¡Oh, trabaja por esto, y da por ello toda la substancia de tu casa, todo tu descanso, gusto y opinión; todo lo que pueden ver tus ojos, oír tus oídos, y gustar tu corazón; date a ti misma toda para ser abrasada en el fuego de la tribulación! ¡Oh loca y insensata! ¡Oh hija de la culpa y del engaño!, ¿cómo no sufres un pequeño desprecio por aquella grande honra? ¡Oh, cómo no aprecias cualquiera humillación temporal por lograr la estimación y aprobación de Cristo!

AFCTO 23º

EN EL CONOCIMIENTO INTERIOR QUE TIENE EL ALMA DE SU DIOS, HALLA NUEVOS MOTIVOS DE HUMILLACION Y CONFIANZA.

Como las cosas que el alma entiende en un instante, no las puede decir puntualmente como las conoce o le pasan, temo yo dar a entender una cosa por otra diferente, porque algunas veces parece que dice el alma locuras, o las siente, como lo que diré: Paréceme que le decía a Nuestro Señor: "Oh Señor, si yo pudiera como vos podéis, ¿qué cosas hiciera por

(1) Lucæ, 21, 28.

ser agradable a tus ojos, y darte gusto?"; y entendí como si dijera (no porque nuestro Señor me habla; mas así me explico algo): "¿Qué hicieras por mí, si fueras Dios? ¿Tomaras por ventura la naturaleza humana, y el nacer, y morir, y ser crucificada? Esta fue la mayor fineza; ahora tú recibe por mi amor y lleva por El, las miserias de la vida, y la cruz de la tribulación.

La serpiente antigua hizo caer al hombre, prometiéndole falsa, vana y mentirosa, que sería como Dios; y en su caída, soberbia, ambiciosa, inobediente, ignorante con la ceguedad que trae al alma el gusto desordenado de los sentidos, quedó envilecido y hecho como los jumentos (1); porque no entendió el honor en que estaba puesto, sujeto, humilde y rendido, a su Criador y Señor. Esta caída levantó el hijo de Dios bajando a hacerse hombre, y a vivir como ellos, para enseñarles el modo de subir a ser dioses, porque yo dije (2): dioses sois, hijos todos del Excelso. Y el Eterno Padre envió a su Unigénito a la tierra (3), para que los predestinados fueran conformes a la imagen de su Hijo, y supieran por adonde ciertamente podrían subir a ser sus coherederos. ¿Cuáles y cuántas cosas padeció de los pecadores? ¿No conocía con sabiduría y ciencia infinita la malicia de la culpa, su abominación y maldad?; ¿y no vivió y conversó en el mundo lleno de culpas, anegado en pecados?; ¿y no sufrió esta pena y tormento, aquella santísima y purísima humanidad? Mira que David, hablando en persona de Cristo dice (4): "acuérdate Señor de David, y de todas sus mansedumbres"; no dice de otra cosa, ni de las victorias que tuvo de filisteos y gigantes, ni de las canciones que en su loor cantaban las hijas de Israel; ni aun de la composición y ejercicio de los salmos, y oración tan continua, etc. Mas dice: "acuérdate Señor de sus mansedumbres", como aquel Señor mismo di-

---

(1) Ps., 48. v. 13, 21. — (2) Ps., 81, 6. — (3) Ad. Rom., 8, 29. — (4) Ps., 131.

jo (1): "aprended de mí, que soy manso y humilde"; y no dijo: a hacer grandes obras, ni grandes milagros, etc.

Así que, alma mía, *sustine sustentationes Dei: conjungere Deo, et sustine* (2) para que crezca a lo último tu vida, para que empieces a vivir la vida verdadera y vital, cuando llegue el fin de la vida mortal. Cristo Dios, hecho hombre, es el camino, que como fuese rico se hizo pobre, obediente, manso y humilde. Estos son sus triunfos, así entró en Jerusalén, por aquí fue a la gloria de su Padre, porque convino que Cristo padeciese. Anda este camino, y andarás en verdad, y tendrás vida: *ut crescat in novissmo vita tua.*

Todo aquello que te fuese aplicado recíbelo, y aunque te duela súfrelo, y en tu humildad ten paciencia, porque si en el fuego se prueba el oro y la plata, el alma se purifica, se hace acepta y agradable en el camino de la humillación. Los que teméis al Señor *creed a El,* y no se evacuará ni se disminuirá vuestra merced y premio. Los que teméis al Señor *esperad en El,* y en vuestro rendimiento y confianza os vendrá la misericordia. Los que teméis al Señor *amadlo a El,* y será iluminado vuestro corazón. Mira con cuidado a las naciones de los hombres (3), y advierte, que ninguno esperó en el Señor y quedó confuso. ¿Quién permaneció en sus mandamientos y en la guarda de ellos, y fue desamparado? ¿Quién lo invocó en sus necesidades, quien lo llamó en su ayuda (4), que fuera desamparado, que fuera despreciado de El?

(1) Matt., 11, 29. — (2) Eccli., 2, 3. — (3) Ps., 21, 6. — (4) Ps., 144, 18.

AFECTO 24º

SUJETA LA PARTE INFERIOR DEL ALMA A LA SUPERIOR, ADQUIERE FORTALEZA EN SU TRIBULACION CON LA PONDERACION DE LOS BENEFICIOS DIVINOS.

Conocí que la razón y parte superior del alma, como su cabeza y caudillo, quiere y desea por mandado del Señor (que sólo es el que es) sacar todas las facultades, potencias inferiores, y todo el resto de sus operaciones y pasiones, del cautiverio de las tinieblas, etc. y para esto trabaja, por esto llora y se afana, por sacar a su pueblo del cautiverio y sombras de muerte, que ya ha conocido (y como tocado con las manos) que es todo lo que no es Dios; y que aunque el Faraón infernal le dice (1) o intenta que queden los ganados de los israelitas, esto es, de los luchadores, encaminando su estrago a la imaginativa y fantasía, tiranizándolas en las tinieblas, y amarga servidumbre, etc. Mas siempre la parte superior está firme y responde: *nequaquam,* de ninguna manera, ni una uña, todo se ha de sacar a sacrificar al Señor en el desierto de toda criatura, porque su brazo poderoso, y su diestra hará virtud, y libertará al pueblo cautivo (2), y pondrá paz en sus fines.

En una grande desolación y aprietos del alma, a donde todo su estrado se revolvió en su enfermedad, donde todas las cosas interiores y exteriores que le servían como de estrado (aunque lecho lavado con lágrimas todas las noches de la ausencia de su amado) se volvieron dolor y trabajo, inquietud y turbación por los ejércitos del tirano Aminadab; saliendo de aquel poco descanso y cercando, andando y trajinando todas las cosas criadas, entrando en sí misma, saliendo fuera, rodeando las calles y las plazas (3), buscando con mortales ansias a su querido,

(1) Exodi., 10, 24. — (2) Ps., 147, 14. — (3) Cant., 3, 2.

no encontró ni aun señas de El; antes monstruos, azotes y dolores, hasta dividirle el alma del alma, y el corazón del corazón. Preguntando, inquiriendo con mortal dolor, ¿dónde lo hallaría?, sólo le respondían con otra pregunta, que como rayo le traspasaba el alma, y todas las cosas le decían: ¿a dónde está tu Dios? (1); pues por ninguna vereda, camino o senda le has de hallar, todo está cerrado con piedras cuadradas. ¿A dónde está tu Dios?, pues cada paso que das es para alejarte de El; ese camino de tan extraño tormento, donde cada paso que das exhalas el alma; esas sendas cercadas de espinas te alejan de tu salud. *Non est salus ipsi in Deo ejus, etc.* (2); mas, *expectans expectavi Dominum* (3), no sólo has de esperar alma, sino esperar esperando, esperar sobre la esperanza; esperar sobre todo lo que se puede esperar, porque es al Señor a quien esperas; porque es el Señor en quien esperas; porque es bueno (4); porque en todos los siglos son sus misericordias sobre todas sus obras; por lo que es en sí mismo; porque su omnipotencia es bondad, y su sabiduría es comunicación de bienes; porque sus misericordias son riquezas inmensas; porque es Dios que ha dado a todos los que tienen que dar; porque es Señor sobre todos los poderíos, y Señor sobre todos los señores; porque el Señor sólo sabe y puede, y ha hecho grandes maravillas; El que fundó los cielos, no sólo materiales, mas las virtudes de ellos, por sus órdenes maravillosos, y innumerables, en admirable sabiduría comunicadora de sus riquezas; El que supo, pudo, y quiso firmar el pesado cuerpo de la tierra sobre las aguas, porque nada es difícil para su poder; El que fundó la tierra sobre su estabilidad, y no se inclina en el siglo ni en los siglos (5); El que dio para el día la clara lumbrera del sol, que velozmen-

(1) Ps., 113. — (2) Ps., 3, 3. — (3) Ps., 39. — (4) Ps., 117. (5) Ps., 103, 5.

te, ardientemente, infatigable esté andando su carrera, con potestad en el día, alumbrando a buenos y malos, porque las misericordias del Señor son cumplidas, llenas y permanentes.

Y si en todas las obras de la creación debes considerar profundamente la grandeza, majestad, sabiduría y bondad del Señor en quien te fías; mucho más en la obra de la redención, la cual hizo con brazo extendido (1) y mano fuerte, hiriendo al Faraón infernal, y a sus primogénitos, para sacar al alma de su cautiverio. Pues heridas de la indignación justísima de Dios la tercera parte de las estrellas con su caudillo, cayendo como plomo fueron sepultados en el profundo, cuando el alma pasó libre por el mar rojo del padecer, y de la sangre de su libertador; preparándole mesa en el desierto de este camino, proveyéndola de fuentes de purísima agua donde se lave y no esté sedienta, haciéndole sombra para su defensa en los ardores del día, y siéndole luz en las tinieblas de la noche, alumbrándola con su doctrina y ejemplos en el padecer, y defendiéndola de los rigores de la divina justicia, en los ardores del sol.

Como águila, que para enseñar a volar a sus polluelos (2) los abriga debajo de sus alas, aunque ella aguante los rigores del día, así cayó sobre las espaldas de nuestro libertador la disciplina de nuestra paz, porque en eterno son sus misericordias (3). Esta misericordia de hacerse Dios hombre para libertar al hombre, ¿no te anima, no te alienta, no te da esperanza? que quien hizo una maravilla (4) grande, *solus,* sólo por su bondad, sólo por su misericordia; y maravilla tan grande, que dijo uno: consideré Señor tu obra, y quedé espantado! Dios humanado! Dios niño! Dios hecho hombre! Dios azotado! Dios crucificado!, y Dios encubierto debajo de los accidentes de un poco de pan, por que el alma viva eternamente, por darle prendas, y dársele en prendas de

(1) Deuter., 5, 15. — (2) Deuter., 32, 11. — (3) Ps., 135, 4. (4) Ps., 71, 18.

la gloria futura! ¡Oh brazo extendido y mano fuerte en hacer maravillas por amor del alma! ¡Oh firmísimo fundamento de su esperanza! ¡Oh piélago de maravillas, y maravilla grande, que sólo Dios pudo hacer! *Qui facit mirabilia solus, quoniam in æternum misericordia ejus!*

Este es, alma mía, el movimiento circular, donde, si entrares bien, no podrás salir! Oh, ¿a qué suenan estas cosas en los oídos del alma? ¡Dios hombre, Dios niño, Dios en las entrañas de una doncella, Dios manteniéndose de la leche de sus virginales pechos, Dios llorando, Dios al frío, Dios desterrado de su patria!, ¡Dios en manos de pecadores, Dios azotado como esclavo, y como mal esclavo!, ¡Dios saciado de oprobios, clavado de pies y manos en un madero! ¡Oh alteza! oh bajeza! oh esperanza! oh amor! Oh Dios, cuanto por mí envilecido, tanto de mí más amado!

AFECTO 25º

APRECIO DE LA REDENCION, POR LA FORTALEZA QUE SE ADQUIERE CON EL ALIMENTO DIVINO.

Qué dijeras, alma mía, si estando una pobre esclava en un rincón de la tierra, enferma de unas llagas pésimas, que le ocasionó su mismo desorden en comer de las frutas venenosas, dijeran los médicos: "esta enfermedad no sanará, si no es con sangre de las venas del hijo del rey". ¡Oh, qué proposición pareciera esta! ¿Sangre de las venas del hijo del rey? ¿Y qué rey ha de haber tan excesivamente misericordioso, que quiera dar a su unigénito, no para que derrame sangre, mas ni aun para que visite a esta pobre esclava? ¿Y qué hijo heredero del rey ha de querer ponerse en camino a parte tan distante de su grandeza, para que viva y sane una tan pobre y vil; y más si esta sangre hubiese de sacarse a fuerza de azotes, de penas y tormentos? ¿Quién tal pudiera pre-

tender ni aun imaginar? Mas si venido este príncipe y Señor, y ya derramada su sangre, y hecha la medicina a tanta costa, ella, ciega, insensata y loca, no quisiera tomarla, ni aplicarla a su dolencia y enfermedad, por proseguir comiendo aquellas frutas, al parecer de su estragado paladar, dulces, mas con una amargura de muerte en sus entrañas, ¿qué sintieras de la fineza de este amante y benignísimo rey? ¿Qué de la locura de la esclava? ¿Cómo se espantaran los cielos, y sus puertas se desolaran con estrépito vehemente, de estos dos males que hacía esta esclava, dejando la medicina de la vida por comer los frutos de la muerte?, etc.

Oh, pues, alma mía, todavía vive tu esposo, tu padre, tu medicina y tu remedio; muerto para vivificarte, sacramentado para enriquecerte; ¡qué amor le debes, qué agradecimiento, qué confianza! ¡Qué lágrimas y dolor de las veces que despreciastes su sangre y finezas! No consideras los caminos que hizo, los pasos que dio para sanarte; mira que vino saltando montes (1), y traspasando collados, y te llama para que te levantes del lecho de tu enfermedad, fortalecida con el sustento y medicina de humildes accidentes, y sazonado con el fuego del amor. Levántate y come (2), que te resta gran camino, grande por lo que te importa, pues no anhelas menos que a la misma bienaventuranza, con que Dios es bienaventurado, a la gloria eterna y visión beatífica. Levántate y come, levántate con la esperanza de que eres y serás amiga, si cumplieres las leyes de la amistad, irás prósperamente, viniendo como mi paloma a las llagas que para sanarte abrió el amor en mi pecho, en mis pies y manos. ¡Oh cuán hermosa serás en llegangando a ver la hermosura de Dios, pues viéndola se transforma el alma en su claridad que es hermosura!; y en aquellas mansiones eternas, como en un

(1) Cant., 2, 8. — (2) 3. Reg., 19, 7.

cercado o un círculo de inmortalidad, y eternidad inmensa y firme, con la estabilidad de Dios, tendrás en ella morada, pasado ya el invierno, y vencida la persecución de tus contrarios.

¡Oh qué gran camino hasta el monte de Dios, pues es a la alteza de Dios, a cuya visión y fruición caminas! Levántate, pues, y cóme una comida, un pan tal, que te fortalezca para tan gran jornada. Tóma plumas como el águila (1), mirando al sol de justicia y a la región de luz para donde caminas; vuéla con la consideración, y no descaezcas; vuéla como la paloma, y alejándote y huyendo de todo lo que alcanzan los sentidos. Cuando te sentares (2) descansando en la soledad, cuando te sentares solitaria, aún levántate a tí sobre tí, sobre toda consideración y comprensión, a volar al bien que deseas, y al fin altísimo de esta gran jornada; míra que te resta gran camino, no sólo por el fin, mas por los medios.

Tu justicia como los montes (3) de Dios. Míra pues, los montes excelsos de las virtudes de los santos por donde llegaron al fin de esta jornada; míra cuánto te resta para seguir sus huellas. ¡Oh, cuánta distancia hay de sus pasos a los tuyos! ¡Oh, si durmieras con la profunda consideración entre estos términos, cómo te fueran dadas alas y plumas como de paloma para volar, a su imitación, con fortaleza, mansedumbre y tolerancia; y cómo fuera tu sufrimiento (4), como espaldas doradas, como el reclinatorio de oro, asiento del rey pacífico, y descanso de tus hermanos!

Si estás a la puerta espaciosa del templo de Dios, y de su casa, como tullida y coja, viendo ascender y subir a los amigos de Dios, pídeles continuamente limosna y caridad, con que puedas aliviar tu pobreza, y remediar tu necesidad. Mírate como tullida, pobre

---

(1) Isaiæ, 4, 31. — (2) Thren., 3, 28. — (3) Ps., 35, 7. — (4) Ps., 67, 14.

y necesitada, y levánta tus ojos a los montes (1) de donde te venga el auxilio, y oirás que te dicen: *respice in nos* (2). Considera nuestros caminos, atiénde a nuestras obras, míra nuestros rostros, y te daremos la mano del favor para la imitación, teniendo con la nuéstra la de tu cooperación y diligencia. Y en el nombre de Jesucristo Nazareno, y en virtud suya, te levantarás y andarás, y se consolidarán tus pies; y el cojo correrá como el ciervo; y las manos que no tenían fuerza, serán confortadas; y las rodillas débiles, corroboradas; y correrás con sed, y serás dirigida en tus caminos. Dáles la mano diestra, poniendo toda tu intención y todo tu conato en imitar sus obras en cuanto pudieres, y más principalmente por el altísimo fin que ellos se movían. Si me olvidare de ti, Jerusalén (3), y no te pusiere por principio de mi alegría, al olvido se dé mi diestra como cosa que del todo no sirve.

AFECTO 26º

CONFORMIDAD CON CRISTO CRUCIFICADO; FRUTO DE LA PRACTICA DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES Y MORALES.

Levanta tus ojos a los montes, y míra que te resta gran camino. ¡Oh, cuándo podrá tu torcimiento adecuar su rectitud! Míra la viveza y ejercicio de su fe, la firmeza de su esperanza, el ardor de su caridad, la longanimidad de su paciencia, la grande profundidad de su humildad, los ejemplos de obediencia, pureza y castidad, la caridad fraterna, la penitencia rígida, el silencio continuo, el retiro y desprecio del mundo, la continua, humilde y fervorosa oración, la grandeza de sus trabajos, persecuciones y tormentos, sufridos por amor del Sumo Bien. Las grandes batallas que les presentó el infierno, y como las vencie-

((1) Ps., 120. — (2) Act., 3, 4. — (3) Ps., 136, 5.

ron humildes en sí, confiados en Dios; y míra si has dado algún paso donde pusieron los pies. ¡Cuán grandes, cuán dilatados son estos caminos que te restan por andar! ¡Oh, pues, levánta más los ojos a aquellos montes excelsos de Jesús y María! ¡Oh, qué alturas tan eminentes; oh, qué valles de humildad tan floridos; oh, qué ejemplar (1) que se nos dio en el monte! Venid y ascendamos (2) al monte del Señor, donde dio la vida clavado en una cruz por la caridad, y veremos la casa que tuvo allí el Dios de Jacob, fuerte y poderoso en las batallas; y nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas. ¡Oh, qué casa; oh, qué pobreza; oh, qué desnudez; oh, qué obediencia; oh, qué invencible paciencia; oh, qué prodigio de amor y dolor! ¡Oh, si a los predestinados (3) quiere hacer el Eterno Padre conformes a la imagen de su Hijo! ¡Oh, qué gran camino te resta, si has de conformarte con Cristo crucificado! No digas, pues, no hay para mí camino, pues esta luz grande fue enviada a la tierra, y desde que se encerró en la tierra virgen, en el vientre de una pura doncella, te mostró caminos de vida, y fue palabra viva y eficaz para dirigir tus pies como lucerna, por el camino de la paz, hasta el monte de la gloria.

AFECTO 27º

COMO SON VARIOS LOS CAMINOS PARA IR A DIOS, SON VARIOS LOS MODOS DE ANDAR POR ELLOS, VARIOS LOS AFECTOS, Y VARIAS LAS TRIBULACIONES.

Estando grandemente fatigada y afligida, rezando las horas, entendí en todo el salmo 118, los varios modos por donde camina el alma a Dios, y que no debe turbarse ni descaecer con la variedad de afectos; pues ya se alienta y anima, viendo cuán dichosos

---

(1) Ad Hebr., 8, 5. — (2) Isaiæ, 2, 3. — (3) Ad Rom., 8, 29.

son y bienaventurados los que andan en la ley del Señor el camino de la vida mortal, los que escudriñan, para buscarlos y guardarlos en todo el corazón, sus testimonios. Cómo no es camino para Dios el hacer ningún mal; porque El mandó que sus mandatos se guardaran grandemente. Ya se enciende en el deseo de seguir éstos: ojalá dirijas mi camino por la guarda de tus justificaciones, para que no sea confundida cuando me ejercitare en tus mandamientos. Entonces te confesaré con debida confesión, cuando dirigieres mi corazón en aquellas cosas en que he de aprender el juicio y rectitud de tu justicia, en querer lo bueno, y aborrecer lo malo; en premiar al justo, y castigar al pecador; en dar a cada uno lo que le es debido. En todo mi corazón, Señor, te busco, no me arrojes de Ti, etc. Ya dice que su alma dormitó por el tedio; mas le pido a Dios que lo confirme en el seguimiento de sus palabras; que lo aparte del camino de la iniquidad; y que tenga misericordia haciéndole guardar su santa ley. Yo, Señor, elegí el camino de la verdad, y aunque mi alma se halla triste con lasitud y cansancio, no estoy olvidada de tu ley, antes me llego y me arrimo a tus verdades, no permitas que sea confundida, etc. Ya parece que se halla con grande aliento para caminar y correr por el camino del Señor con un corazón dilatado. Ya le pide que le dé la retribución, vivificándolo, para que guarde sus palabras; que alumbre sus ojos para que considere las maravillas de su ley; y ya vuelve a lamentarse desterrado y peregrino en la tierra, cuando el Padre suyo y su patria es en el cielo. Mas no suelta, no omite, ni deja el fin y los medios de su camino: no escondas de mí tus mandatos. Unas veces se deleita en el camino como en muchas riquezas; otras, se pega al pavimento, pidiendo aliento al que puede darlo. Ya hablan contra él los príncipes; ya los inicuos le cuentan fabulaciones; ya los soberbios hacían iniquidad contra él; ya lo tenía el descaecimiento; ya lo cercaban las cabuyas o lazos

de los pecadores; ya descaece su ánima; ya sus ojos; ya se halla como el animalito pequeño en las lluvias, o como el pellejo en las nevadas; ya lo persiguen los inicuos, y él se halla poco menos que consumido en la tierra; ya esperan los pecadores perderlo del todo.

Unas veces lo hace temblar su celo, y otras está como el niño, y despreciado; unas veces lo halla la tribulación y la angustia, que lo buscaban; y otras, los demonios, que son los perseguidores, le allegan toda iniquidad; y estando ellos lejos de la ley del Señor, quieren acercarle sus maldades. Ya se lamenta de la multitud de los que lo persiguen y atribulan, etc. y así con varios afectos es movido, con muchas tribulaciones probado, de varios modos afligido, etc. Mas entre tantas mudanzas, va su camino, aunque de varias partes soplen vientos. Tus misericordias Señor, tu ley, tus testimonios, tus promesas, tus verdades, tus palabras, tus retribuciones: *prope es tu Domine: et omnes viæ tuæ veritas* (1). Aunque yerre como ovejuela flaca, débil y ciega, y que esté ya como para perecer, Tú buscarás a tu siervo que aun no ha olvidado tus mandatos, porque eres aquel piadoso pastor que por buscar a la ovejuela perdida, bajaste de las alturas, y no has de desconocer a las que conocen y dan balidos por su Dios y su Bien; y si el mercenario la dejara perder, y el ladrón la quiere hurtar, Tú, como su propio dueño, la has de defender y guardar.

AFECTO 28º

LA PERFECTA OBEDIENCIA TODO LO EJECUTA SEGUN LA VOLUNTAD DE DIOS. SUBLIMES CONOCIMIENTOS DEL VERDADERO HUMILDE.

Tan contenta, tan quieta y tan pacífica, tan agradecida al Sumo Bien, debes estar en la ocupación

(1) Ps., 118, 151.

más baja y más penosa, como en la más alta y más suave. Los ángeles, espíritus sublimes, toda su atención ponen en ejecutar la voluntad de su Señor, y tan contentos, diligentes y gloriosos están aquellos a quienes se les encarga de las naturalezas más ínfimas, como los que son destinados a grandes ministerios. De todos ellos se dice (por su grande y magnífico blasón): *ministri ejus, qui facitis voluntatem ejus* (1).

La principal y substancial ocupación de la criatura racional, es la sujeción amorosa, rendida y humilde a su Criador y Señor; y como aquellos espíritus celestes no altercan, dudan, ni tardan, sobre la ejecución de la voluntad de su Señor, porque eso fue lo que a los que cayeron hizo hijos de ira, así, en la ejecución de la obediencia has de ser presta, ligera, fácil y pacífica, sin dudar nada, procurando y deseando imitar la humildad, la obediencia y el amor de aquellos espíritus que siempre ven la faz del Padre celestial. Pues para amar, alabar y desear la unión del Sumo Bien, todo lugar y toda ocupación es a propósito. Ninguno, decía el apóstol (2), me podrá apartar de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús, rey y cabeza de los mártires; y como a ellos ni el fuego, ni las fieras, leones, tigres y serpientes, pudieron apartar de la caridad de Dios, cuyo ejemplar tenían en Cristo Jesús, así ninguna cosa es poderosa para separar el alma del Sumo Bien, sino es la culpa, cuya raíz son las pasiones no mortificadas. Esto sólo has de saber, y esto sólo has de entender: que la ira está en su indignación, y la vida en su voluntad. La verdadera ira está en la indignación de Dios, contra el que contradice y no ejecuta su voluntad, cuando es tan justo, tan debido, tan santo y conveniente, que la criatura se sujete a su criador. La mayor demostración de su ira divina, es alzar la mano del gobierno especial de su criatura, y dejarla correr tras sus apetitos y libre voluntad; porque así, alejándose de

(1) Ps., 102, 21. — (2) Ad Rom., 8, 35.

la luz del mediodía, irá de abismo en abismo, y no tendrá aquella luz, aquel entendimiento que pedía el profeta para vivir la vida verdadera, útil, deleitable y honrosa, que sólo está en la voluntad de Dios, y en el unirse y ajustarse la criatura a ella.

¿Cómo habrá verdadero y puro amor de Dios, en quien sólo tiene el ojo a sus propios intereses y comodidades, a su honra vana, a su descanso y gusto? Entonces tú serás el objeto de tu amor, cuando todas las líneas las tiras, a tu propio interés. Si tu ojo fuere limpio y claro, todo el cuerpo será claro y limpio. Si tu amor y tu deseo fuere sólo dar gusto a Dios en todas las cosas que El ordena de ti, hallarás paz y contento, y todas tus obras serán claras y limpias. Cual es la raíz, tal es el árbol y sus frutos.

Has de juntar con la simplicidad de la paloma (1) (que sólo se ocupa en el amor de su consorte, y aun de sus propios hijos no cuida, con el ahinco que las otras aves y animales), la prudencia de la serpiente, que por guardar la cabeza, todo el cuerpo expone al peligro y a los golpes. Así, la parte de tu herencia que es el Señor, ha de ser el todo de tus cuidados; darle gusto y amarlo, el fin de tus deseos.

Deseando, o diciendo: ¡oh Señor, quién tuviera infinitos brazos para unirse el alma a Ti, su bien y su centro! Entendí como si dijera: todas tus obras, palabras y pensamientos, con pura intención de la gloria y agrado del Sumo Bien, con abrasado amor de tu bien, tu Señor y tu Dios, pueden ser lazos estrechos, y brazos para abrazarlo, y unirte a El, etc.

Pensando los diferentes afectos o efectos que el alma siente en el trato con la divina majestad, entendí: unas veces se manifiesta el Señor al alma como esposo dulce, apacible y amante, y así, todo lo que siente es amor y deseo de su agrado; otras, se muestra como Señor grande y rey grande, y así, junto con

(1) Matt., 10, 16.

el amor, la ocupa aún más el temor, reverencia y admiración, aunque estos afectos nunca le faltan, mas aquí prevalecen más. Y parece que ha de hacer lo que dice el salmo (1): ofreced o traed al Señor hijos de Dios, ofreced los hijos de los carneros, esto es, corderos de santas obras, simples, limpias, pacíficas, inocentes; y esto para gloria y honor de su santo nombre. Ofreced sacrificios, y hostias pacíficas y de alabanza en sus atrios, porque a su santo tabernáculo y unión inadmisible entrará el alma cuando fuere al cielo; mas en el atrio santo, que es toda ciencia de Dios que se comunica por medio de la fe y oración en esta vida, ha de adorar al Señor en su santo atrio.

Vive sin vida propia, porque su voluntad la tiene anegada en el Sumo Bien, sin querer ni apetecer más que morir en sí y vivir en El, transformada por amor; no halla diferencia ni mayor inclinación a los descansos que a los trabajos de la vida; sólo desea y apetece más, lo que más la puede llevar a Dios, y lo que más la dispusiere y preparare a que arda más en el fuego de su amor.

Poníase a los ojos de su alma, un alma en forma de una doncella, que conocí ser hermosísima, aunque no le vía el rostro, porque estaba vuelta hacia Nuestro Señor. Estaba con una túnica más cándida y resplandeciente que la nieve y que el sol; tenía un manto azul, bellísimo, echado por las espaldas a modo de caminante; tenía guirnalda de unas flores encarnadas, puramente hermosas; parece que Nuestro Señor estaba con las mismas vestiduras y corona.

Es indecible el temor y horror que le quedaba a todo lo que puede manchar aquella blanca vestidura del alma; a toda culpa por mínima que sea. Así mismo deseaba, sobre cuanto se puede decir, aquella pureza que se adquiere ajustándose en todo a la vo-

(1) Ps., 28.

luntad de Dios. Lo tercero, deseaba gastar la vida sólo en llorar sus culpas y manchas, y rogar al Señor la riegue y limpie con aquel hisopo de su sangre vivífica, para que así esté a sus divinos ojos más limpia que la nieve más alba. Todo lo puede hacer el Señor y Sumo Bien.

Esto entendía: que no ha de querer más vida que el *amor,* ni más reposo que el *amor,* ni más cuidado que el *amor.* En el día, en la noche, en la ocupación, en el descanso, en la conversación, en el silencio, *amor meus, pondus meum, Deus meus, et omnia; dilectus meus mihi, et ego illi.*

Esto claramente conozco, veo, sé y experimento. Soy, por lo que tengo de mí, como un pozo de cieno de donde están continuamente brotando malos olores, saliendo asquerosas sabandijas: ¿qué otra cosa son mis pasiones, faltas, culpas, imperfecciones? Soy como un leproso, con todas las facciones del rostro, con todos los miembros del cuerpo manchados, inmundos, llagados y carcomidos: ¿qué otra cosa son mis imperfecciones, tibieza, negligencias, faltas de pureza de intención? Soy como el ciego desde su nacimiento, por mis grandes tinieblas, y ignorancias. Soy como el leproso, justamente separado del comercio de los buenos, y echado fuera de la ciudad al campo del olvido, soledad y desconsuelo. Mas, la soberbia es como una raíz de maldad, profundada en lo más íntimo del corazón, de donde siempre brotan renuevos de iniquidad, pues si el Señor, misericordiosamente tocando con el dedo de su omnipotencia esta lepra y estas llagas encanceradas, las sana, luégo brota la soberbia y ceguedad del corazón sus renuevos, atribuyendo a sí su sanidad; y de diez leprosos que sane el Señor apenas uno vuelve a darle gracias.

Soy como aquella tierra que siendo muladar inmundo, llena de cardos y espinas, si luégo beneficiada por la mano piadosa y poderosa del soberano labrador, da algún fruto, o pone en ellas alguna rama o flor saludable, luégo se olvida de que es tierra y

muladar, y quiere atribuírse a sí el bien, y alzarse con todo. Soy como una noche escura y tenebrosa, que si Tú, oh Dios, centro y principio del bien, y todo el bien, maravillosamente no la iluminas desde los montes eternos de tu beneficencia, sólo está poblada de todas las bestias de la selva, traspasada y trajinada de los vicios y pasiones; y cuando tu piadosa luz la ilumina, aun se turba por la insipiencia de su corazon, queriendo confundir la luz con sus tinieblas, y talvez besando su mano con vana complacencia cuando ve la luz como si fuera suya. Así es dada su diestra a olvido porque no te puso por el principio de su alegría.

Fuente de luz, del bien y vida; si abres mis ojos, y me diste luz, ¿por qué los he de emplear en otra cosa que en mirarte? ¡oh Sumo Bien! Si me diste las manos, y me desataste, ¿por qué no se han de ocupar en tu servicio? Si desataste de mis pies los grillos, ¿por qué no han de dar pasos en tu agrado? ¡Oh Dios, oh Señor, oh Padre, oh Médico, oh Libertador, oh Autor de mi naturaleza! ¡Oh dador maravilloso de la luz y gracia!, Tú eres una fuente perenne de bien y de vida; yo un manantial continuo de muerte y de mal; cerca de Ti está la fuente de la vida, y sólo en tu luz podemos ver la luz (1).

AFECTO 29º

ANIQUILADA EL ALMA DELANTE DE DIOS, RECIBE DE SU DIESTRA NUEVO SER ESPIRITUAL.

El justo traerá su corazón a velar en la mañana (2), en el dilúculo del día prevendrá a la luz, anticipará a sus ojos las vigilias, para meditar en el Señor; y en la mañana, meditará en el que es su ayudador, y levantándose sobre todo lo criado, postrado y humillado en la presencia del Altísimo, rogará,

(1) Ps., 35. 10. — (2) Ps., 118, 148.

clamará y pedirá. Si el Señor quisiere llenar al alma de un grande espíritu de inteligencia, lo hará, así como el rocío llena los campos; y enviará el habla de su sabrosa ciencia, y el alma exultará (1), *in velamento alarum tuarum.* Verá que aquella suma alteza es toda pureza, limpieza y equidad, y que no es Dios que quiere la iniquidad, por lo cual aborrecerá ella todo desorden y huirá de toda mancha, porque no habitará *juxta te malignus,* ni permanecerá el injusto ante sus ojos, si no deja la injusticia, antes lo arrojará de su presencia.

Y su voz será como la voz del trueno, que lo llene de terror y espanto, *a voce tonitrui tui formidabunt* (2); mas el alma del justo se irá al Señor, y su diestra lo recibirá, para que pueda decir: *adhæsit anima mea post te; me suscepit dextera tua.* Será lleno del espíritu de inteligencia porque podrá decir: *mane astabo tibi et videbo.* Tendrá presente los días antiguos, y el volar y deshacerse de todo lo temporal, y los años eternos, con un grande concepto de lo que es eternidad.

AFECTO 30º

VUELVE EL ALMA A SU DIOS, CON AFECTOS DE AGRADECIMIENTO, CUANTO HA RECIBIDO DE SU MANO. AUSENTE EL ESPOSO, TODA LA CASA SE DESORDENA; VOLVIENDO, SE ARREGLA.

¡Oh sapientísimo escudriñador de los corazones, criados de las almas y de lo más levantado de los cielos, ante cuyos ojos todo está patente y ninguna cosa se te oculta escondida! Bien sé Señor que sólo de la culpa y del pecado apartas tu rostro, y que el pecador envuelto en la abominación de la culpa, te provoca a ira, y apartan tus ojos del asco de su lepra infernal. Pon pues, Señor, mis lágrimas en tu

(1) Ps., 62, 8. — (2) Ps., 103, 7.

presencia, y dame que con todo mi corazón me convierta a Ti, mirando lo que tu corazón ama para amarlo, y lo que aborrece para aborrecerlo; esto es, querer lo que vos queréis, amar lo que vos amáis, aborrecer lo que aborrecéis, y despreciar lo que vos despreciáis.

¡Oh alma mía!, si así te convirtieras (1) a tu Dios, El se convertirá a ti con un lazo indisoluble de perpetua amistad. Aborrece la culpa, por lo que Dios la aborrece, y desea unir y conformar este afecto de tu corazón con el corazón de Dios, y con su recto y santo sentir, y querer. Asimismo áma la bondad, limpieza y rectitud, uniendo tu querer y tu sentir al querer y sentir de tu Dios y Señor; esto será vivir en su corazón, y unirte con El; este será el nido compuesto de aromas, donde en su dulce y poderoso fuego seas abrasada, batiendo las alas de tus deseos; este, el lecho florido donde no quepa otra cosa que Dios.

Oh Señor, Dios mío, esto sólo deseo, esto sólo te pido: que recibas Señor lo que me diste, porque sólo tomando Tú, Dios mío, mis potencias y sentidos, mi alma, corazón y voluntad, podrán ser regidos bien y provechosamente, convenible y santamente. Fuera de Ti, Dios mío, no hallo más en mí, que espantosos despeñaderos; sin tu gobierno, Dios mío, mi memoria, mi entendimiento y voluntad sólo serán abismos de males, llenos de tinieblas y torcimientos, y de monstruosidades, que quiten la vida del alma; y el entendimiento lleno de las tinieblas que están sobre la cara del abismo, llamará a otro abismo, induciendo al mal y al torcimiento la voluntad. ¡Oh! ¿cuántos males cabrán, Dios mío, en mi memoria, sin Ti, sin tu gobierno y defensa?; ésta sería un infierno de males, y el entendimiento, sin tu luz y gobierno, aquellas tinieblas palpables de más duro cautiverio que el de Egipto. ¡Oh Señor mío!, que eres luz de las

(1) Thren., 5, 21.

sendas del alma, porque sin Ti, sus caminos fueran a dar a la eterna perdición; y eres lucerna para los pasos de sus pies, porque aun un paso sin tu luz no puede dar. Tu suavísima providencia, luz y amor me gobierne, pues tienes observadas las sendas del alma, y consideras hasta los vestigios que dejan sus pies, numerando todos sus pasos tu poder inmenso, sabiduría infinita, bondad sin medida, que así atien des a los más pequeños movimientos del alma; que alumbras y cuentas los pasos de sus pies, y consideras las señales que dejan sus plantas; que enseñas sus manos a la batalla, y hasta sus dedos gobiernas para la pelea. ¡Oh! dichosa el alma que logra tan útil, tan piadosa, tan suave, sabia y poderosa enseñanza. ¡Oh alma mía!, bueno es para ti llegarte a tu Dios, y poner en El solo toda tu confianza. Si el Señor te rige, no te faltará nada.

Así como una pobre y delicada esposa a la ausencia de su amantísimo dueño, no sólo sintiera el carecer de su presencia, que es toda y sólo su vida, mas el desconcierto de la familia, y más si se componía de multitud. ¡Oh Señor!, sin tu presencia, ¿qué será de mí?, ¿quién podrá gobernar este entendimiento ciego, esta voluntad antojadiza y inconstante, tan expuesta a abrazar el mayor mal, como a hastiarse del bien; esta memoria, como una viña sin cercar, adonde crecen y suben las ortigas y zarzas; esta fantasía, como el polvo de las calles, que a todos vientos con ligereza se mueve, y el pie de cualquiera pasajero lo hace volar? Estos sentidos, cuyas puertas es necesario estar continuamente cerrando con trabajo y dolor, porque no éntre por ellas la muerte del alma. ¿Quién se librará del pie de la soberbia, cuando lo pone sobre lo más guardado? ¿Quién atajará el furioso huracán de la ira, que todo lo derriba y atropella? ¿Quién se preservará de la sutil carcoma de la envidia, que se cría en lo más escondido del corazón? ¿Quién ha de esconderse del sutilísimo aire de la va-

nidad, que se entra por las rendijas más ajustadas, y aun se fomenta entre ellas mismas? ¿Quién ha de tener el freno y la rienda a tántas desbocadas bestias de sus pasiones? ¡Oh Señor!, menester es que tengas misericordia de mí, según una grande misericordia tuya, y según la multitud de tus miseraciones *vide humilitatem meam* (1). Míra, mi Bien y mi Señor, que soy nada; pobre soy, y en trabajos desde mi juventud (2); míra mi pequeñez y mi trabajo, *vide humilitatem meam, et laborem meum.* Tú que consideras el trabajo y dolor, y no se te esconde nada, antes traes como en las manos todo el dolor y trabajo del pobre, para ser tutor y ayudador del miserable. Así como volviendo aquel amantísimo esposo, padre y Señor, toda la casa se pone en orden: los hijos se alegran, los esclavos temen, los enemigos y contrarios tiemblan, los daños se remedian; y lo que la pobre alma lloraba como viuda y sola, se le convierte en gozo y alegría (3). *Convertisti planctum meum in gaudium mihi: conscidisti saccum meum, et circumdedisti me lætitia.* Así se convierten sus lágrimas en gozo, y parece que el amantísimo Señor con sus manos quita y rompe las tristes vestiduras del alma. ¡Ea, alma mía, déja ya el llanto y luto, vístete de alegría, y día de fiesta, porque por todas partes te cercaré de alegría. A cualquiera parte que vuelvas los ojos de la consideración, verás motivos de alegría y consuelo. Con la presencia de tu amado esposo, ya florecerán las viñas, ya darán su olor, y los pobres serán saciados de pan. *Viduam ejus benedicentes, pauperes ejus saturabuntur.* Ya pasó el invierno, y se acercó la primavera (4), ya el mismo amado y amantísimo bien, limpia y quita las lágrimas de tus ojos; mira que ya hace nuevas todas las cosas. *Gaude et lætare filia Sion, exulta satis filia fe-*

---

(1) Ps., 24, 18. — (2) Ps., 87, 16. — (3) Ps., 29, 12. — (4) Cant., 2, 11.

rusalem (1); y si preguntas la causa; *ecce rex tuus venit tibi,* tu rey viene para ti, y con El todos los bienes. El rey grande, Señor grande sobre todos los grandes, viene para ti, y viene mansuetísimo, amorosísimo, y todo deseable; y viene para ti, en el secreto más escondido de tu corazón, como en la mitad de su cielo el sol de medio día, para ahuyentar desde allí las tinieblas de toda la tierra, y poner en orden toda la república del alma, comunicando vida y calor, y desterrando la muerte y la frialdad.

Esta es, alma mía, alguna semejanza del bien que tiene en Dios el alma fiel; sin El, está pobre, lóbrega, triste y amarga; con El, dichosa, abundante y rica. Suspira, pues, por su presencia, y no callen las niñas de tus ojos hasta que vuelva a verte, cuando se ausenta. Y díle: ¡oh Señor, amor y vida eterna, cuánto más bien fuera para mí quedar sin vida, que quedar sin Ti! ¡Oh alma mía, mira cuánto te importará ser fiel al Señor fidelísimo, llorar tus culpas, conocer tu nada!

AFECTO 31º

FUEGO QUE DEVORA A LA ALMA DELANTE DE SU DIOS, POR PADECER Y AMARLE.

Amantísimo amor, amado, amabilísimo del alma, cualquiera cosa que me das, o pudieras revelarme de Ti, sin Ti no me satisface; ni codicia mi alma más que desear tus justificaciones (2) en todo tiempo, esto es: ser regida y gobernada por Tí, amantísimo Señor. Codicia mi alma y desfallece (3) en los atrios del Señor, codicia llegar a Ti por tus dones, como atrios o puertas para tu amable comunicación, y dulce y acertado gobierno de tu santa y recta voluntad; pero si se parare en tus dones o en tus atrios, descaecerá,

(1) Zach., 9, 9. — (2) Ps., 118, 20. — (3) Ps., 83.

si no pasa ligera por ellos, para llegar al amado de su alma.

Así como la pobre y débil esposa, en la ausencia de su señor, padre y esposo, no apetecería joyas o adornos, porque temiera su vileza, y quedar hecha guarda del honor y tesoros de su esposo; así el alma ninguna cosa quiere, sino es la presencia, gobierno y disposición de su querido esposo; sin El, todas las cosas pueden serle despeño y pérdida; con El, todas, aun las más adversas, se le convertirán en bien. Cuando aquel rey que hace salud, aun en las cosas enemigas y contrarias, está en su casa, y en su lecho, los nardos dan su propio olor, las virtudes, son virtudes. Cuando el sapientísimo Maestro tiempla y toca el instrumento, suena dulce, apacible y concertado; y aun de las que parecen disonancias, sabe hacer suave música. Así que, Señor mío, esto sólo te pido, esto sólo deseo, y recíbe todo lo que me diste en el alma y en el cuerpo, en la tierra y en el cielo, con tal que tenga yo a Ti mismo por la parte segurísima de mi herencia. Desee sólo tus justificaciones en todo tiempo, en el día de la consolación, y en la noche de la adversidad.

En la alteza del día temeré, porque no me deslumbren los resplandores de la prosperidad, me sequen y consuman los ardores, me levanten los vientos, me detengan las cosas que se apetecen. En la noche me cercarán los temores nocturnos; mas si en todo tiempo deseare sólo tus justificaciones, y no me faltare tu suave gobierno, aunque suba al cielo de la consolación (1), allí estás Tú. Si descendiere al infierno de penas y congojas, allí también estás. Si al amanecer de la consolación tomare alas para volar, como habito en el mar inconstante de la vida mortal, aun cuando vea y sienta sus mudanzas, y las de mi corazón, mar más tempestuoso que ningún otro mar, allí me llevará tu mano, y me tendrá tu

(1) Ps., 138, 8.

diestra; y diré, viendo el furor de las olas, y la espesura de las tinieblas: ¿acaso éstas me han de pisar, conculcar y hollar? No, que estando en tu mano, en tu gobierno, en tu protección, Dios mío, padre mío, y esposo amantísimo, la noche será mi iluminación en mis delicias. En mis delicias estaré en la noche, si Tú estás conmigo, y si en todo tiempo sólo deseo tus justificaciones, porque las tinieblas no escurerán acerca de Ti, antes la noche por Tí será alumbrada como un claro día, y no descaecerá el alma en los atrios, ni de la consolación, ni de la adversidad, que igualmente pueden ser atrios y puertas para entrar y llegar al lugar de tu tabernáculo admirable, pasando hasta llegar a la casa del gran Dios, en voz de exultación y confesión, y sonido alegre de los que están satisfechos.

¡Oh, cíñete tu espada sobre tu fortaleza (1), sobre tu vestido poderosísimo! ¡Oh bien mío, Señor mío y amor mío, Señor que reinas vestido de honor decoroso, y cuando te vistes, de fortaleza te ciñes! ¡Ea, Señor mío, bien eterno y esperanza firmísima del alma, defensor y ayudador oportuno en la tribulación, tóma las armas y el escudo, *et exsurge in adjutorium mihi!* ¡Ea, mi Señor, *effunde frameam* (2), sáca la espada en mi defensa, y desbarata, aniquila y disipa mis adversarios, que no sólo son los espíritus malos, mas todo aquello que en mí puede ser contrario a Ti. No perdones ¡Oh Señor mío! en el día de la venganza, ninguna cosa que en mí te dé disgusto; si mi mismo corazón no está por Ti, es contra mí, mi más cruel contrario, y el que en materia más dolorosa y grave me persigue: *Effunde frameam, et conclude adversus eos, qui persequuntur me:* dile a mi alma: "yo soy tu salud". Disipa (3), Señor, las gentes que quieren guerras, quema mi corazón, y mis carnes con aquel amabilísimo fuego que purifica y limpia, para que así sea apta, y capaz de ir a Ti. A ninguna cosa que me sepa-

(1) Ps., 44, 4. — (2) Ps., 34, 2-3. — (3) Ps., 67, 31.

ra, aparta, o impide ir a Ti, Dios mío, Bien sumo y único, puedo ni quiero mirar como a mía, como a grata o amiga; pues me impide el mayor bien, claro está que es mi mayor mal.

Si la vida no me lleva a Ti, esa es la muerte más aborrecible. Si la salud me divierte o retarda en el camino para ir a mi centro, esa es la más triste enfermedad. Si la estimación humana me detiene, ese es mi mayor desprecio. Si mi corazón me entorpece, él es el mayor mal. Si mis ojos, manos y pies no sirven para el fin de caminar a Ti, para nada los quiero, y ellos son mis contrarios; y así mi entendimiento, memoria y voluntad, etc.

Disipa, pues, Señor Dios mío, las gentes que buscan guerras; pues eres rey pacífico, quéma los escudos (1) y las armas de los contrarios, y pón paz (2) hasta los fines de la tierra, aunque sea necesario llevarlo a fuego y sangre, quemando y destruyendo, hasta que todo se te sujete y rinda. Divíde con tu espada cortadora mi corazón de sí mismo, y llegue su corte poderoso y saludable hasta el alma y el espíritu (3), sólo quede aquella parte que ha de estar unida a Ti, Sumo Bien y Dios mío, y todo lo demás destrúyelo, abrásalo, quítalo. ¡Oh Señor! aniquila en mí todo lo que te desagrada a Ti; y esta sea mi consolación, que afligiéndome con los dolores *non parcas,* no me perdones. No está abreviada tu mano poderosa para hacer liberal muchos bienes, aun a quien es tal como yo; mas por quien Tú eres, por el amor eterno con que te amas, por tu Madre Virgen, por la intecesión de todos los Santos y Angeles, concédeme una vida que sea todo padecer, y amar. Date a conocer a mi alma, para que tu amor, Dios mío, sea el cuchillo que la divida de sí, para unirla contigo; sea el fuego que la purifique, y la haga digna de tu aceptación. Sea el dolor de haberte ofendido un continuo fuego de dolor, que

(1) Ps., 45, 10. — (2) Ps., 147, 14. — (3) Ad Hebr., 4, 12.

atormentando consuma y purifique todo lo más secreto de mi alma, para que desterradas de ellas las manchas aborrecibles de la culpa, pueda ser íntimamente unida a Ti, Dios mío; y Tú, como fuego vivífico, como vida verdadera, entres y te apoderes de toda esta pobre criatura tuya, hasta lo más íntimo de su ser y entrañas de su corazón.

Descaezca (1) mi virtud (esto es, todo mi ser y substancia) en dolor, y mis años se acaben en gemidos, desfallézcame el dolor de lo que me apartó de Ti, y pase mis años gimiendo; o la fuerza de los gemidos por llegar a Ti, dé fin a los años de mi vida temporal, Dios, mi corazón, y mi escogida parte. Dios en eterno. ¡Ea, pues, defensor de mi vida, de aquella vida que sólo es vivir en Ti, sin quien todo es muerte; líbrame ya del cuerpo de esta muerte, pues todo lo que hay en mí sin Ti, es como un cuerpo de ejército, de guerra, y muerte. Tú solo, Dios mío, puedes librarme (2) del cuerpo de esta muerte: *complaceat* (3) *tibi ut eruas me; Domine* (4) *ad adjuvandum me festina; respice Domine,* que entonces cuando Tú mirares mi pobreza, trabajo y dolor, sea presta tu ayuda misericordiosa: *respice en me, et miserere mei* (5), que una pobre y sola soy.

AFECTO 32º

RIESGOS HORRIBLES DE ANTEPONER LA PROPIA VOLUNTAD A LA DIVINA.

¡Oh espesísimas tinieblas del corazón humano! Dormía oprimido (6) de un grave y pesado sueño en lo profundo de la nave, el que huía de la cara de Dios, y cuando el mar se alteraba, bramaba y levantaba sus entumecidas olas hasta las nubes, El dormía, y más sabiendo que por El era aquella tempestad.

(1) Ps., 70, 9. — (2) Ad Rom., 7, 24. — (3) Ps., 39, 14. — (4) Ps., 69. — (5) Ps., 24, 16. — (6) Jonæ, 1, 5.

¡Oh cuánto trabaja Dios (si se puede decir así) para rendir la voluntad humana, y ajustarla a la suya divina; todas las criaturas obedecen a Dios prontamente, aun las más indómitas, sólo la voluntad del hombre le resiste, aunque con tan grave daño suyo! Y, ¡oh cuánto Dios, para reducirle, llamarle y atraerle hace, revolviendo talvez los elementos, alterando los mares, domesticando las fieras, haciéndole guarida en las entrañas, y pasaje seguro por los dientes que podían aniquilarle! No le trata como a esclavo rebelde, haciéndole obedecer forzado, ni quiere quitarle la libertad que le dio; mas le cerca, le amenaza, le llama, le azota, le halaga, produciendo criaturas que le sirvan, y aniquilándolas para reducirle y convencerle. ¡Oh Dios grande, Señor grande, y rey grande! Para que un hombrecillo ejecute el mandato de su Señor, tántas muestras de poder, de majestad, de amor, de halagos, de amenazas, de favores; ¿era más, Señor, que mandarlo y hacerlo obedecer, al polvo y a la tierra? Pues de los cielos y de todas las cosas se dice (1): El lo mandó, El lo dijo y fueron hechas y criadas, y este decir fue ponerlas en un precepto que eternamente en los siglos de los siglos no traspasarán.

Sólo el hombre, sólo el corazón del hombre, sólo su propia voluntad se resiste, se rebela, se endurece para no ver la luz y la verdad, y se ponen sus tinieblas como sobre la cara del abismo, induciéndolo a un abismo de males, que se encierra en seguir su propia voluntad, apartándose de la de su Señor. Allí le oprimen la confusión, la tristeza, las tinieblas los riesgos y castigos, el ser tragado de las olas, combatido de las tempestades, sepultado en un mar de angustias, tragado del profundo. No así, alma, no así los que buscan la cara de Dios de Jacob. La generación de los que lo buscan en el cumplimiento de su voluntad, resplandecerán sus caras dan-

(1) Ps., 148, 5.

do en ellas los rayos del sol de justicia, y serán los justos los que se ajustan a la voluntad de su Señor, como la centella que resplandece en el cañaveral (1), por la hermosura y excelencia que tendrán entre las demás cosas criadas y sobre todas ellas; y porque así como las cañas secas no podrán resistir a la centella encendida, ni le serán impedimento para hacer su obra, así todas las criaturas, ni sus acaecimientos y mudanzas, ni avasallarán al que tiene su voluntad unida y sujeta a la de su Señor y Dios.

Conocerá el alma que la ira verdadera sólo está en su indignación, y la verdadera vida en su voluntad, y verá que sólo la voluntad propia puede traerle aquella ira grande, y apartarla de aquella vida vital y vivificadora. Hará juicio de todas las cosas humanas, que son como la caña vacía agitada del viento, sujeta a sus continuas mudanzas, y hará justicia, reduciéndolas a ceniza en su estimación, discurriendo por ellas para conocerlas y abandonarlas; entonces sólo temerás y dirás con el salmo (2): *a judiciis enim tuis timui*. Sólo tu temor será, si ve el Señor en mí cosa que me aparte del cumplimiento de su santa voluntad; ¿qué juicio hará el Señor, de mi corazón y de mis obras? Con esta caña de oro se ha de medir el templo (3), la casa y la ciudad de Dios; así es el alma hecha su tabernáculo y propiciatorio; así se miran una a otra estas dos voluntades; el alma tiene su voluntad como su rostro todo vuelto al Señor; y el Señor que se humanó por el alma, se convierte a mirarla, y no le aparta el rostro, antes está atento a la voluntad de los que le buscan para hacerla (conforme dice la escritura) (4), y mira las peticiones de su corazón para cumplirlas. Así se miran Dios y el alma, conforme está escrito: convertíos a mí, y yo me convertiré a vosotros (5); dejad los caminos tor-

(1) Sapient., 3, 7. — (2) Ps., 118, 120. — (3) Apoc., 21, 15.
(4) Sapient., 16, 21. — (5) Zach., 1, 3.

cidos, y no huyáis de la luz de mi rostro; no puede estar esclarecido vuestro rostro, si volvéis a la luz las espaldas.

¿En quién pondré yo mis ojos, sino en el pobrecito, que desnudo de toda propia voluntad, y hambriento de la justicia de cumplir la mía, anda peregrino en la tierra, sin tener en ella ni en sus afectos, asiento ni reposo? El que no edifica de adobes y pajas en el Egipto de su destierro; mas con los príncipes y cónsules (1) (que son los que tienen dominadas sus pasiones, y los que con sabio consejo diciernen lo verdadero de lo falso) edifican soledades, destruyendo todo lo que es heno y barro, para morar y morir en el nido de su propia nada, haciendo su sepulcro glorioso, encerrada (2) como en un escudo en la voluntad de Dios, así como la palma se multiplicarán sus días, recibiendo del rostro del Señor y de su voluntad más y más claridad, y irán de virtud en virtud, de claridad en claridad hasta ver al Dios de los dioses y al Señor de las virtudes en la Sión santa. Así que sólo has de aborrecer tu propia voluntad, y amar la de Dios.

AFECTO 33º

ATADURAS FUERTES PARA UNIR EL CORAZON CON DIOS, HALLADAS EN EL OFICIO DIVINO.

Día de la translación de santa Isabel, reina de Hungría, acordándose de lo que le dijo Nuestro Señor a esta santa: *si tu vis esse mecum, ego ero tecum, et a te nullatenus separabor,* sentía unas grandes ansias de unir su corazón a Dios, y no apartarse de El. Y estando para rezar las horas, entendió, con grande consuelo, que en todo aquel salmo, que está repartido por ellas, y es el 118, y en cada uno de sus ver-

(1) Jos., 3, 14. — (2) Ps., 5, 13.

sos hallaría afectos y motivos muy fuertes para llegar, unir y atar su corazón con Dios, y con el corazón de Cristo Jesús. Acordándose de aquellas palabras: *quis nos separabit?*, le parecía cada verso o afecto de ellos como una fuerte atadura, lazo o clavo con que podía más y más quedar atada, unida y clavada.

¡Qué más fuerte lazo, y atadura unirte por un abrasado amor al Sumo Bien, cuya limpieza es tanta que hace limpios, cuya riqueza, cuyo poder es tanto que hace limpios, que hace inmaculados, que hace bienaventurados, aun en el camino, a los que andan en su ley santa! ¡Oh, cuán amable y cuán provechosa ley! ¡Oh, qué dador de la ley, tan digno de ser amado! ¡Oh, cuál será en sí de limpio, de inmaculado, de santo, de bienaventurado, aquel Señor, cuya ley, al que anda en ella hace limpio y bienaventurado, dichoso y feliz! ¡Oh, ánima mía (1): *mihi autem adhærere Deo bonum est!* ¡Oh, estréchate más y más con El, y en todo tu corazón escudriña, medita y piensa sus testimonios y verdades! ¡Oh, cuán bienaventurada serás, si en todo tu corazón lo buscares! No dejes, pues, ninguna partecita de él, no tengas corazón partido, que no podrá retener el licor de la gracia, que será despreciable al Señor. Junta todas las fuerzas de tu corazón para abrazar al Sumo Bien, cuyos testimonios son tan verdaderos, cuyo amor es tan fino que quiere ser buscado en todo el corazón, sin permitir se dé a amor o cuidado ajeno ninguna partecita de él, como celoso del amor de su esposa. ¡Oh ánima mía: *mihi autem adhærere Deo bonum est!*

Llégate más y más a una tan suma limpieza y santidad, deseando con ardiente sed ser limpia y santa, para unirse al santo y limpio, y aplacer a su limpia y santa voluntad. Míra que el que hiciere iniquidad no andará por sus caminos; ama la ley santa, lim-

(1) Ps., 72, 28.

pia, y inmaculada, para que así te abraces y llegues al dador de la ley. Aborrece el camino inmundo y abominable en sus pasos, y infelicísimo en su fin; y para huir de él, allégate a tu Dios, ánima mía: *mihi autem adhærere Deo bonum est.*

Oh ánima mía: míra que el Señor mandó *mandata sua custodire nimis,* y que han de ser grandemente honrados sus amigos: *tu mandasti mandata tua custodire nimis* (1), *nimis honorati sunt amici tui, Deus.* Inclína tu corazón a guardar sus mandatos y consejos por la retribución, pues la corona de tu honor y gloria será el mismo Señor, en aquel día que sólo será verdadero y claro día, cuando te amanezca el día de la eterna luz. ¡Oh Señor, aunque ahora camine por en medio de las sombras de la muerte, si Tú estuvieres conmigo, no temeré los males! Oh, pues, alma mía: para pasar (2) el monte como pájaro, llégate más y más a aquel Señor que te llevará en sus alas como el águila a sus polluelos. ¡Oh Señor Dios mío: *mihi autem adhærere Deo bonum est!*

Porque los pecadores, que son los espíritus malos, tienen tendido el arco, y preparadas muchas saetas en la aljaba de la naturaleza corrompida por el pecado, con las inclinaciones a los vicios, para asaetear, en lo oscuro de las turbaciones y persecuciones que levantan el corazón del alma que derechamente te desea a Ti, Dios mío. Sólo Tú, acerca de cuya luz no hay mudanza, ni en tu vista sombras; sólo Tú puedes dirigir mis caminos con acierto, y librarme de las saetas, lazos y redes que yo por mi ignorancia no veo, y por mi debilidad no venzo. *Oh, utinam dirigantur viæ meæ, ad custodiendas justificationes tuas!* (3). Así clama el alma en el camino peligroso del destierro a la patria, pobre, sola, peregrina y solitaria, entre tantos riesgos, engaños y sombras. ¡Oh, alma mía: míra cuánto te importa allegarte más y

---

(1) Ps., 118, 4. — (2) Ps., 10, 2. — (3) Ps., 118, 5.

más al Señor: *mihi autem adhærere Deo bonum est*, para andar el camino limpia, y ser bienaventurada!

Entonces no serás confundida cuando te ejercitares en todos sus mandatos, no serás confundida eternamente. ¡Oh, míra de cuánta confusión te librarás llevando por guía la ley de tu Dios, que da fiel sabiduría a los párvulos, como prestada, para que siempre la reconozcan en su dueño, y siempre el acierto se atribuya a su origen, que es origen y causa de la luz, de quien desciende toda dádiva buena y todo don perfecto!

AFECTO 34º

EPITALAMIO DEL DIVINO ESPOSO, CON QUE SE SABOREA EL ALMA.

Mira cómo el esposo del alma quiere como emplear los sentidos en la esposa (1): muéstrame tu rostro para agrado de mi vista, porque tu rostro es grandemente hermoso y majestuoso. Suene tu voz para mis oídos, porque tu voz me es como una música suave. Tus vestiduras a mi olfato, son como el olor de todos los aromas. ¡Cuán suave eres y cuán hermosa, carísima!, dulce a mi sabor y a mi garganta como un panal de miel, tus labios destilan un panal, etc. Pues la habla del esposo en lo más superior del alma, es un toque suave sobre toda suavidad, fuerte sobre toda fortaleza, limpio y puro sobre toda pureza. Y a la manera que la mano hiriendo blandamente la vihuela, hace en ella las consonancias que quiere, así aquellos amores castos, dulces y fuertes, se difunden en el alma. Y ella gusta, ve, oye, toca y percibe un bien sobre todo bien; una hermosura, que no está sujeta a formas; un sabor, un olor, una voz penetrativa como el óleo, sua-

(1) Cant., 2, 14.

ve y delicada como el silbo, poderosa como el fuego, que prende y abrasa toda materia combustible, y hasta el fierro transforma en sí.

Ama el alma, y siente ser amada, porque por aquel tiempo no siente el justo temor de si está en gracia o no; y viendo que aun en lo sensible percibía aquel bien, porque aunque su amado parece estar como en un solio (1) excelso y elevado: *et ea, quæ sub ipso erant, replebant templum,* se llenan todas las facultades del alma como templo que es del Señor. Mas temiendo algo, de lo que participaba lo sensible, entendió como si dijera: *a summo cœlo egresio ejus.*

Aquel gran Señor que gobierna las alturas inmensas de los cielos, se abate por el amor, desde su altura, para que como el pájaro halla en él casa, la tórtola halle nido para sí. Esto es, como la parte superior del alma, como el pájaro que se remonta a edificar en la altura de los cedros, halla casa para sí, capaz y extendida; así, la parte inferior como la tórtola, que con arrullos muestra que también está sedienta del Sumo Bien, como dice el salmo: (2) *sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea,* halla nido para sí, donde ponga sus polluelos. Esto es, para que fortalecida y abrigada en las concavidades de la piedra, en las cuevas del cercado, que es en él ayuda del Altísimo, morando en su protección, pueda ser fecunda de santas obras, y ayudar a su hermana, para que unidas apacenten al Señor y sean apacentadas de su doctrina, reduciéndola a las obras.

La paloma, llamada con los tiernos arrullos de su consorte a los agujeros de la piedra, anida en ellos; mas trabaja cargando las pajas con sus cortas fuerzas, en que van al partir con su palomo; y en la producción y crianza de sus polluelos observan la misma hermandad; donde verás la cooperación y unión del alma con su Dios esposo. Así como es alabada del

(1) Isaiæ, 6, 1. — (2) Ps., 62, 2.

sabio la pequeña (1) lagartija, que con sus débiles manos se introduce a los palacios de los reyes, Dios, como firme piedra de refugio, ofrece amoroso al alma lugar donde anide, crezca y viva; y el alma, como paloma, junta las débiles pajas de sus obras, débiles en sí, fructuosas en Dios, cooperando con su corto trabajo para que sus obras sean hijas de la luz.

Lleno estaba de gozo el corazón del que contemplaba los desposorios de la hija del rey; rebosaba su entendimiento de admiraciones, y su voluntad de afectos, cuando decía (2): *eructavit cor meum verbum bonum:* yo digo mis obras al rey, y viendo tanto en El que alabar, tanto que amar, no cabiendo en mi corazón, será mi lengua como la pluma de un veloz escribiente que por más que se dé prisa, más queda que decir. ¿Y qué diré yo?, dirán mis obras al esposo, rey especioso, hermoso, majestuoso, elegante en su forma sobre todos los hijos de los hombres: electo entre millares como el manzano florido, fructuoso, hermoso y suave, entre los árboles silvestres (3), áridos y secos; como el manzano entre los leños de las selvas.

Derramada está la gracia en tus labios, porque se difunde de la miel y leche que está en tu boca, sobre que se mueve tu lengua: *Difusa est gratia in labiis tuis, mel et lac sub lingua ejus;* porque tu doctrina es sustancial como la leche, suave como la miel, dulce y suave hasta para los párvulos, que mandaste ir a Ti. Porque ¿a quién miraste, oh Dios, esposo de la naturaleza humana?, ¿sobre quién pusiste los ojos de tu piedad, sino sobre el pequeñito y humide, que se hizo como párvulo para entrar en este reino tuyo, que es paz y gozo en el Espíritu Santo? Porque Tú, oh Cristo Jesús, esposo carísimo del alma, eres el ungido de Dios con aquella bendición eterna en que eres uno con tu Eterno Padre. Tu nombre es aceite derramado, es óleo de alegría, es sani-

(1) Proverb., 30, 28. — (2) Ps., 44, 2. — (3) Cant., 2, 3.

dad de las gentes, y su salud para todo creyente, que acompaña, con la fe no fingida, las obras rectas, las obras limpias: *innocens manibus, et mundo corde*. Para éstos eres salud, para éstos bendición, para éstos alegría, y para el alma, así limpia, esposo amado. Mas sobre estos vestidos de tu humanidad, amor y dulzura, sobre estos vestidos perfumados de mirra, y de los mejores olores de la casia, tras que correremos al olor de tus ungüentos, desde los palacios más labrados hasta las hijas de los reyes, deleitándose en ser despojos de tu honor y amor, y eligiendo abatirse por Ti, en tu casa, Señor, antes que habitar en los tabernáculos más vistosos, más soberbios y levantados de los pecadores; sobre estos vestidos, pues, que así atraen, que así enamoran, que así se perciben suaves, cíñete tu espada sobre tu vestido poderosísimo.

AFECTO 35º

DULCES Y DELICADAS SON LAS CONSOLACIONES DEL ESPIRITU; PERO EL APEGO A ELLAS SIEMPRE LE ALEJA DE DIOS.

Entendí que el comparar el alma a un instrumento de flautas muy delgadas, se entendía por todo lo que llevo escrito; porque como el aire o aliento del que toca, es el que se oye en aquel instrumento, así lo que que aquí hubiere de Dios, sólo es lo que su majestad envía de su espíritu, por un instrumento de caña, sin virtud para nada, etc. Y que el decir que eran delgadas, es por la doctrina o enseñanza que contiene, que ha menester, para entenderla y gustarla, tener el rostro cubierto a todos los afectos desordenados, y los oídos del alma muy desembarazados y atentos, porque no es voz que viene en torbellino, sino en aire y silbo blando; no se gusta en el

sonido de los labios, tanto como en los movimientos del corazón, etc.

También conocí cuál debe ser la guía y padre espiritual que el alma busque y siga, y con qué intención y modo, etc., en aquel amigo fiel, a quien el rey encomendara aquella vil y dichosa esclava a quien amaba, y de quien quería ser amado, etc. Sólo tratan del amor de su Señor, y se me acordaban aquellas palabras (1): *æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni vivo virginem castam exhibere Christo.*

Entendí el premio y amor grande que se granjeará para con su rey aquel fiel siervo que atiende al gusto de su Señor. Lo cual es para mí un consuelo grande, por conocer serán premiados los trabajos, etc.

Habiendo tenido estos días el alma, como metida en una caja de plomo, ahogada, escura, y a mi parecer, fría, pesada, impedida para tomar su alimento en el amor de su Señor, ni andar con estas alas, que sólo son sus pies y manos, y con un ahogo y dolor en el corazón, que parece estaba aun exteriormente atravesada y llena de temores, y varios pensamientos, que no podía apartar de mí con fuerza, ni con industria, entendí esto: El amor ausente de la cosa amada, todo es lágrimas, dolor y pena; las prendas de su esposo, los regalos, las memorias, el discurso, la voluntad, todo padece y hace padecer; lo que se ve, lo que se oye, todo excita a amor y dolor, a deseo y ansia del bien ausente; por lo cual el alma es para su esposo como una paloma gemidora, como la voz de la tórtola, que es llanto. ¿No ves que el arroyuelo en la soledad, siempre anhelando a llegar a su centro, que es el mar de donde salió, y a donde vuelve; y aunque su dueño y señor beba de él, en el camino, lo guste y vea, etc., él no hace sino anhelar al centro, y no parar en las consolaciones, ni querer asiento y casa en el Tabor;

(1) II. ad Corinth., 11, 2.

antes con prisa, dejando que su dueño tome de él lo que quisiere, pasando por en medio de los montes, y traspasando por las amarguras del Calvario, por las espinas, aprietos y congojas, con todo camina al centro?

¿Y no ves cómo le ayudan a pasar con más facilidad, y prisa, los otros arroyos que se unen con él, llevando los mismos pasos de caminar al centro; mas no ves cómo si fuere a los charcos y lagunas, quedará empantanado y hecho cieno, cueva de sabandijas y animales, etc.? Pues mira: el Señor deduce y lleva las aguas al desierto (1), y las hace pasar por en medio de los montes (2), y que no se detengan en la hondura de los valles, aun cuando quiere que sean regados de ellas; sabe congregarlas y encerrarlas en su cauce, porque no se derramen y dejen de crecer; y así las guarda hasta que las conduce y lleva al centro, donde será el descanso y el reposo en la voz y (3) unión de muchas aguas, en cuya alteza es admirable el Señor.

¿No ves que enviando al alma, y lloviendo en su corazón y centro, aquellas pequeñas, cándidas y olorosas flores, en tocando en ellas se volvían fuego y volvían a mi pecho, donde aparecían como lucidas rosas de color encendido, vistoso y agraciado? ¿Pues no entiendes que cualquiera deseo que procede de mí, con que regalo, visito y enriquezco al alma, lo vuelve a mí el amor que yo prendí en su pecho; y en el mío halla reposo, se muestra y aparece mejorado, y está guardado allí como una prenda y joya que el rey estima, y la trae al corazón? ¿No ves que el alma no da cosa que no haya recibido, ni se queda con lo que recibe, en amando de veras; ni por darlo queda pobre, antes se enriquece y se mejora? ¿No ves cómo la que había llorado y sido despreciada por estéril, ofreció luégo al Señor con vestiduras blancas, para el servicio del tem-

(1) Nahum., 1, 4. — (2) Ps., 103, 10. — (3) Ps., 92, 4.

plo (1), el mismo hijo, que como don había recibido del Señor, llorando y rogando en el mismo templo; y no ves cómo no lo vistió para ofrecerlo de cosa que fuera de animales muertos, sino de lino, que es trabajo de las manos? ¿Y no ves cómo el Señor lo llamó muchas veces, lo admitió y aceptó la dádiva, y el don que El había dado?, etc.

AFECTO 36º

CONSUMIDAS LAS PROPIAS INCLINACIONES CON EL FUEGO DEL AMOR DIVINO, VIVE EN EL ALMA EL ESPIRITU SANTO.

Pensando el alma de qué podría servir al Señor, siendo ella una inútil y pobre criatura, despreciada aún a los ojos humanos, que todos conocen, y más las que la han experimentado y vivido en una casa, que no sirve de nada, ni es para cosa buena, y con tántas luces y conocimientos como Nuestro Señor le da, etc. Se vía a sí misma, como atadas las manos, baja la cabeza, con una guirnalda de flores, y puesta sobre un grande fuego; y entendía: que estaba puesta allí como solían ponerse algunos sacrificios; y que el Señor quería que su vida fuera toda en amor, y que así la recebía como holocausto. Después pensando cómo, Dios mío, estaba allí tan atada, que me parecía de pies y manos, padeciendo aquellas ansias de no poder servirte en nada, ni ser de provecho para criatura alguna, que sólo soy un estorbo y estropiezo cargoso; porque hasta mi vista me parece que enfada, y muchas veces aun mis palabras se han vuelto como veneno, hasta reducirme a un total silencio y retiro; porque esto me dicen tus siervos, que es tu gusto, y la experiencia me ha mostrado que sólo así hay paz, y dejan de ser mis palabras y obras de molestia, etc.

(1) I. Reg., 2, 18.

¿No se dice, Señor mío (1): que el que busca tus mandamientos anda en latitud, y que hablando en la presencia de los reyes en tus testimonios y verdades, no será confundido?, etc. Entendí: la latitud y magnanimidad de corazón, es un don mío, que lo doy en lo exterior, cómo y cuándo conviene, según mis altísimas disposiciones y sabiduría, que pesa y conoce todas las cosas y corazones, y hasta dónde y hasta cuándo he de guiar, llevar y tener las almas de un modo o de otro. ¿No te acuerdas que se le dijo a san Pedro (2): cuando eras mozo, tú te ceñías y andabas por donde querías; mas cuando mayor, otro te ceñirá y llevará donde tú no quieras? Mas míra: el fuego de mi amor, atando desata, enmudeciendo hace elocuentes, ardiendo en lo escondido prende mejor, consumiendo cría y fomenta, aniquilando hace crecer; y entonces, consumidas las propias inclinaciones, y como extinguido el espíritu propio, vive y reina, y vence el Espíritu Santo, que es don de Dios, y dador de los dones, y es lengua que mueve la de los párvulos, y es fuego cuyo obrar es poderoso.

Tú has amado, y deseado intensísimamente la cruz y los oprobios; ¿pues no es regalo y misericordia mía condescender a darte alguna parte de ella?, y que si a mí me llamaron endemoniado, a ti te hayan tenido en algunos tiempos, y publicado por endemoniada?, y que si a mí me vistieron como a loco, tú siempre tuvieras este nombre? ¿Y que si yo no tuve (3) en la vida mortal dónde reclinar la cabeza, haya dispuesto que muchas veces carecieras de todo alivio, y vivieras como el pájaro solitario (4); y que si a mi corazón lo cercaron angustias y dolores, haya dispuesto que tu corazón siempre pase dolores y angustias, que te pa-

(1) Ps., 118, v. 45 et 46. — (2) Joann., 21, 18. (3) Matth., 8, 20. — (4) Ps., 101, 8.

recen de muerte, y que no tenga contento, ni lo halle en ninguna cosa criada? Porque siempre (1) cerqué tus caminos de espinas, y dispuse que sólo en mí hallaras reposo, o en algún siervo mío, que te llevara a mí; ¿pues este no es favor? ¿No es misericordia, no es bien y dulce regalo? ¿No se estima y guarda por preciosa reliquia un pedacito del palo de mi cruz; no se hace fiesta a las cadenas de san Pedro? ¡Oh cómo es el mayor don que te he dado! ¡Oh cómo es el mayor bien que te he hecho! ¡Ea, alienta tu corazón en el mío, que nunca en la vida has tenido descanso, ni lo quieres, ni deseas en ninguna cosa que no sea el ir a mí; y aunque tibia, flaca y fácil muchas veces me ofendiste, aun ese es tu mayor tormento, y el más espantoso padecer aquella amarga memoria de la culpa, y de los disgustos que a mí, tu amantísimo esposo, diste, y fealdades con que te manchaste. Siempre el alma está traspasada y pendiente en una cruz de tres clavos que la atraviesan: el primero es dolor de las culpas pasadas, que no puedes negar y conoces; el segundo, recelo en lo presente, de si vas bien o me ofendes, si te mueve tu espíritu o el mío, si tienes oculta soberbia; el tercero clavo es un temor en lo que piensas te resta de vivir, si me ofenderás, si volverás a las culpas, si dejarás de amarme, etc.

Consuela, pues, esta tu cruz, y alíviala y acompáñala con la mía, que en ella hallarás tu descanso y consuelo, en mis dolores y penas; míra que yo no me aparto de quien no quiere apartarse de mí; míra que para eso estoy clavado; y mira que no me acuerdo de las desgracias pasadas y lloradas; y míra las cinco fuentes que dejé abiertas en mi cuerpo para lavar tus manchas con infinito amor y caridad; míra que tienes compañero en tus penas, dolores y soledades, ¿no me ves padecer como hombre, llorar como hombre, y

(1) Oseæ., 2, 6.

sentir como hombre? ¿No estoy aquí en el sacramento haciéndote compañía en tu destierro? ¿Puedo yo faltarte, puedo dejar de ser el que soy, podré olvidar los suspiros de los que me aman, y desean poner en mí todo su corazón, todos sus pensamientos, toda su ánima, todas sus fuerzas? ¿Si tengo contados todos los cabellos de sus cabezas, cuánto más los deseos de amarme y darme agrado?

Llegando aquí, como estuviera oyendo la misa de una persona que no conocí, y me pareció pasajero; al levantar la santísima hostia vía con los ojos del alma, que con desdén, y como desprecio, levantaba de los cabellos a Nuestro Señor, y entendí la infinita paciencia con que permanece entre nosotros en el Santísimo Sacramento. ¡Cuántos olvidos e irreverencias, descortesías y desprecios sufre aquella infinita majestad y grandeza, de unos tan viles y asquerosos gusanos, que se cuenta por mucho los que le dan honra, y tratan con veneración a aquel Dios escondido, en cuya presencia soberana tiemblan las columnas del cielo! (1). Y con un conocimiento o vista muy clara entendí, cómo cada día recibe mil injurias, y en algún modo se renuevan las que padeció en su pasión. Allí parece que lo tratamos como que tiene los ojos cubiertos, y pueden herirle a su salvo; allí clavan sus pies y sus manos, impidiendo cuanto es de nuestra parte, y atajando los bienes que desea hacernos; allí talvez se hiere y traspasa su pecho y corazón con las lenguas, que son como lanzas y cuchillos; allí se trata como a rey de burlas, hincándole la rodilla, cuando se escupe su divino rostro, con desprecios y olvidos; allí muchas veces lo recibe y come en un plato con Su Majestad el que le tiene fraguada la muerte, y la prisión, esto es, el que no deja la culpa.

(1) Job., 26, 11.

AFECTO 37º

QUE COSA SEA EL ALMA ENDIOSADA, Y CUAL SU CONTENTO EN DIOS. EN EL CIELO ES LO MEJOR CUMPLIRSE LA VOLUNTAD DE DIOS; PUES SI AHORA AQUI SE CUMPLE, ¿QUE MAS CIELO?

Míra, el alma en Dios es hermosa y graciosa, como la nubecilla a quien alumbra el sol; mas apenas se aparta, cuando queda fea, triste, y obscura. El alma en Dios es como el hierro, o leño a quien embiste y y transforma en sí el fuego, dándole luz y calor; mas apartada, queda triste, oscura, fría, y llena de humo. El alma en las manos de Dios es como el instrumento en manos de un diestro y sapientísimo músico, que lo toca dulce y suavemente y sabe templarlo; mas apartada de Dios, es como un instrumento destemplado, y arrojado al suelo, que cualquiera muchacho lo pisa, o hace con él sonidos que no sólo no dan gusto, mas disgusto y fatiga desagradable.

El alma en la soledad de las cosas criadas, es para su dueño como un arroyuelo de agua clara, que salió del mar del inmenso Dios, y vuelve a él; y su Señor gusta de ella así como un caminante fatigado tiene sus delicias con la paz y quietud con que corre a su centro, y satisface su sed. Así como buscando la salud de las almas, que por ser voluntad del Padre es sustento mío, me senté fatigado (1), en los ardores del día de mi caridad y visitación, al brocal del pozo, a pedir agua, esto es, a buscar un corazón, que dejando embarazos de culpas y criaturas, recibía en sí la fuente de la vida, y vida eterna. El alma es para mí como una paloma gemidora por su amado consorte, que sólo en su pecho y en su amor y correspondencias halla descanso; mas apartada de él, mira con qué gemidos, con qué arrullos y suspiros, lo busca hasta que

(1) Joann., 4, 6.

lo halla; y aunque halle la tierra ya pacífica, vuelve a su arca y reposo, con su oliva, porque sólo en él quiere y halla seguridad en su paz, y lo que halla bueno en la tierra lo trae a su querido centro, porque sólo en él vive y reposa. Mas apartada de él, es expuesta a ser despedazada de las aves de rapiña, y como el cuervo a cebarse en cuerpos muertos, los cuales nunca podrán satisfacerla, porque no son su comida y sustento natural, antes, mientras más a ellos se llegue, quedará más enlodada y ensangrentada, cayendo en esta corrupción, y descendiendo del alto lugar de su refugio. de la guarda, amor y delicias de su querido esposo; pero jamás sin él tendrá sosiego, ni hallará descanso.

Míra, pues, cómo enternecen, y con qué poderosa fuerza traen los gemidos de la paloma a su querido amante, a que la busque y corresponda al llanto que hace por su ausencia. ¿Cómo podrá no abrirle su corazón y su pecho, si no se han secado las fuentes de este abismo de amor y bondad, antes aparecen las fuentes de las aguas, y se muestran los fundamentos del sagrado orbe de la caridad en Dios humanado por amor del alma? ¿No ves cómo lloró el fuerte y luchador al abrazar junto al pozo a su querida Raquel? (1), porque es lo mayor y más fuerte de su pecho el amor y caridad en que se abrasa, y subiendo su incendio, echa fuera el agua por los ojos. ¿No ves cuántas veces lloré por el alma, ya muerta y sepultada en ausencia mía, por la culpa; ya desconocida y ingrata en el día de su visitación; ya al morir por su amor, y mostrarle la última fineza, exhalando y enviando mi espíritu, porque yo conocía, y ella no, los bienes que pierde apartándose de mí?

El alma que se ajusta y deja a mi voluntad y amor, es como un anillo que el rey trae en su mano y en su dedo, que ninguno podrá dañarle, empañarle, ni que-

(1) Genes., 29, 11.

brarle; ni el rey y esposo suyo podrá olvidarle, ni sepultarle en el camino (1), como hizo el más amante; mas así, ajustándose y entregándose del todo, sin reservar nada, en la voluntad y manos de su Dios, estará en la memoria eterna, y no temerá oír los males. No ves que se dice (2) de las almas de los justos: que están en las manos de Dios, y que no les tocarán los tormentos de la muerte; porque aun cuando su salida de este mundo les parezca a los que viven, que es acabarse, y salir de los términos de la vida, entonces ellas se poseerán en paz, cuando a los ojos de los insipientes mueren.

En pocas cosas (cuales son, la salud del cuerpo, los bienes terrenos, la opinión de los hombres, etc.) serán vejadas, menoscabadas y humilladas; mas en lo mucho, como son los bienes de gracia y gloria eterna, para siempre, para siempre se dispondrán bien sus cosas; y aquel morir, es dejar la muerte, y pasar a la vida; y así su esperanza está llena de inmortalidad; llena, porque está en las manos del Todopoderoso amante Dios, que no pueden descaecer sus manos por flaqueza, pobreza ni ignorancia como las de los hombres. No son pobres sus manos, porque el Señor es rico en misericordias, y sólo en abrirlas llena a toda ánima de bendición (3), (como ella no busque y quiera la maldición). No son flacas ni débiles las manos que tienen los orbes de la tierra, y cuyas obras son los orbes celestiales. No nos ignoran las manos que nos hicieron y conocen de qué nos amasaron. Así que las ánimas de los justos, que están en las manos de Dios, aun cuando mueren a la vida temporal, está su esperanza llena de inmortalidad: llena, porque pasan por la muerte temporal, a una inmortalidad, que no ha de morir ya (4), ni ha de gustar la muerte, donde será inmortal la vida, y llena de Dios, que es vida que la vivifica.

---

(1) Genes., 48, 8. — (2) Sap., 3, 1. — (3) Ps., 103, 28
(4) Apoc., 21, 4.

Será inmortal la riqueza, y llena de todos los verdaderos bienes y seguras posesiones. Será inmortal el gusto, y lleno de todos los gustos verdaderos y firmes. Será inmortal la honra, y llena, no como las cosas menguadas y viles de este camino, que sólo se le dio al alma por destierro; mas allí su esperanza estará ya cumplida y llena con la visión, fruición y comprensión de Dios. Esto es lo mucho en que se dispondrán bien los negocios y cosas del alma, que está en las manos de Dios.

Y si en la muerte, que es el mayor de los ciudados de la vida, así será dichosa, cuando a los ojos humanos pareciere digna de llorarse: en los trabajos cortos de la vida, ¿por qué ha de temer estando en las manos de Dios? ¿Quién podrá sacarle al rey el anillo de su dedo? ¿Quién podrá hacérselo olvidar? ¿No sabrá Dios dónde pone su mano? ¿No estará seguro el anillo en su dedo, aun cuando lo pruebe y purifique como al oro en el crisol, para hacerlo digno de su dedo y de su mano? Así que el alma totalmente resignada está en las manos de Dios como anillo de honor, de memoria, amor y cuidado; mas, ¡ay de ellos cuando se apartare de ellos! Ay, ¿qué será un alma arrojada de las manos de Dios, y dejada de ellas? Será como la margarita en las bocas de los puercos; será como un vaso de ignominia y horror; será como un árbol cortado para echarlo al fuego; será como un instrumento quebrado, destemplado y arrojado al suelo; será como un charco de aguas turbias en los caminos de Egipto, que no son aptas para beber, pisada y hollada de los caminantes, sucia y enturbiada de los caballos y sus caballeros.

Oh, alma mía, loca, insensata y necia, ¿por qué no quieres estar en las manos de Dios? ¿Por qué escoges por tu propia voluntad lo alto, ni lo bajo, lo triste, ni lo alegre, lo estéril, ni lo abundante? ¿No ves que en la abundancia que escogió Lot crecieron los vicios, hasta que bajó fuego del cielo a consumirlos; y que engordando y estando pingüe y lleno, el que era ama-

do, recalcitró y cayó? (1). ¿No ves también, que los que no quisieron por temor entrar en la tierra abundante y prometida, murieron en el desierto? ¿Por qué escoges, por qué apeteces, por qué deseas más que estar en las manos de Dios? ¿No ves que unos erraron en la soledad y otros en el poblado? ¿No oyes a uno decir: líbrame de mis necesidades, de los lazos y palabras ásperas; y no ves cómo tiene por cuchillo las palabras blandas y por lazo las riquezas? Pues no escojas, no quieras nada. No ves que diciendo uno (2): ¿cuándo me levantaré y dejaré el peso y horror de la noche?, halló tanto trabajo en el día que volvió a esperar las sombras, como alivio a su labor? Pues no quieras nada, no busques nada, no apetezcas nada más que estar en las manos de Dios, sin más movimiento, o voluntad propia, que el que tiene el anillo en manos de su dueño.

En tus manos, Señor, están mis suertes. ¡Oh, si fueras subiendo a la cumbre de este sagrado Olimpo, por aquel camino anchurosísimo de la nada para llegar al todo! Míra cómo los navíos que por alguna hendedura les entra el agua, siempre y a toda prisa ándanla sacando para que no se llenen y se hundan. Así habías de navegar el mar de la vida para llegar al puerto, y el camino de la perfección para llegar a Dios, sacando, arrojando, vaciando toda propia voluntad, todo querer. Así habías de estar en las manos de tu Dios, como un instrumento que se tocara como quisiera, y hiciera las consonancias, a su gusto, saber y poder del dueño y maestro que le tiene en sus manos.

Así he conocido muchas veces, y entendido, que en cualquiera lugar, ejercicio u ocupación que Dios disponga de mí, poco o mucho, triste o alegre, penoso o con descanso, con alivio o dolor, debo estar en tánta paz y gusto, como si estuviera en el cielo; pues esto por ahora es lo que Dios quiere, y esto que Dios quie-

(1) Deuter., 32, 15. — (2) Job., 7, 4.

re es lo mejor para mí, porque Dios lo quiere, y monta más su voluntad que la mía. En el cielo, lo mejor es cumplirse la voluntad del Sumo Bien; pues si ahora aquí se cumple, ¿qué más cielo? Dios no ignora nada de lo que me sucede, y así lo permite, y así lo dispone; ¿pues yo por qué no he de estar contenta?

Este contento y gusto, conocí que podía ejercitar aun en las acciones más leves, aunque sea el abrir o cerrar un libro a sus horas, o el hacer labor, el hablar, o responder, etc. Esto es lo que Dios dispone ahora que haga, pues esto es lo que yo he de escoger, y hacer con paz y consuelo, porque Dios gusta de ello; mejor es para mí que otra ninguna cosa ni riqueza; pues esto es de lo que Dios gusta, esto es lo mejor. Dios quiere ahora que esté con trabajo, dolor y fatiga; pues yo no quiero otra cosa que este mi dolor, fatiga y trabajo. Dios quiere ahora que ésta su criatura me haga bien, alivie o consuele; pues yo lo quiero porque Dios lo quiere y gusta de ello. Dios dispone que esta criatura suya me fatigue y trabaje; pues yo quiero esto, porque Dios lo quiere. Así que cada instante, conocí, podía volver sobre mí y gozarme y alegrarme de que esto que ahora me pasa, es lo que Dios quiere y dispone como de criatura suya, pues sea así. Yo no quiero otra cosa hasta que Dios la quiera, etc.

Padre mío: esto que está escrito, conocí después de lo que me pasó en aquel sueño, aunque en lo más estaba ya despierta. Ahí va el papel suelto, por si le pareciere quemarlo; a mí me parece que será bien quemarlo.

AFECTO 38º (1)

DESEOS DE MUERTE MISTICA, POR LOS DE MUERTE NATURAL. MOTIVOS DE CONFIANZA PARA LA UNION CON DIOS.

Padre mío, muy estimado en Nuestro Señor: Su Divina Majestad le pague el bien que me hace, y el aliento con que me dejaron ayer sus palabras; y así en los maitines de mi padre san Francisco Javier, me parece sentía en mi alma la presencia de Nuestro Señor, sosegados aquellos deseos o ansias de la muerte, como si entendiera o sintiera: "Este es el tiempo (2) aceptable, este es el día de la salud, la hora presente en que puedes vivir sola con el Sumo Bien, caminando a El con confianza, por los pasos o afectos que debes actuar en su presencia, detestando y aborreciendo la culpa, y todo aquello que puede desagradarle. Con paz del ánimo, pues no puede ser ofendido de quien no le quiere ofender, y que si la causa de mis deseos de morir, es el salir de las cosas con que me parece le ofendo, ensanchara o dilatara la confianza, con la consideración de su suma piedad, procurando llegarme cada hora más y más a El; con el dolor de las culpas; con el amor de su bondad comunicadora de bienes; con la confianza de su omnipotencia, que puede hacer mi alma agradable a sus ojos, y librarla de sus enemigos; con entregarme a su providencia amorosa, con una total resignación, aniquilándome y deshaciéndome en su presencia; y que no cuidara de otra cosa, ni de tiempos pasados, ni por venir." Y el entender esto, era sentir y hallar estos afectos en mi alma, o ella toda embebida en ellos, donde no se descubría otra cosa que Dios. Habiendo recibido a

---

(1) Casi todo este *Afecto* fue transcrito por la autora en el libro de *Su Vida*. (Cap. xxxiv, págs. 128-131, ed., 1942.)

(2) 2. ad Corinth., 6, 2.

Nuestro Señor Sacramentado, entendía como si dijera: "Míra, si todo el mundo fuera oro purísimo, perlas y piedras de inestimable valor, y pudieras, con desearlo y suspirar por él, adquirirlo y traerlo a ti, no te pudieras transformar en él; mas en Mí que soy verdadera riqueza inefable, puede transformarte el amor. Y Yo, suma riqueza inefable, comunicadora de bienes, me entraré y uniré a ti, liberalísimamente. Yo soy suma bondad, y busco aún a los que quieren apartarse de Mí. ¿Cómo dejaré frustrados los buenos deseos de los pobrecitos, de llegarse a su centro y a su Dios, no teniendo ni pretendiendo otra consolación de la vida, que hacer mi voluntad? Si para borrar o torcer esta buena voluntad en el alma, se levantan los enemigos invisibles, las pasiones o las contradicciones, poderoso soy para librarte. Considera mucho, y muy profundamente, los atributos de mi bondad y omnipotencia. ¿Es posible que, anegándose el alma en aquel mar de inmensas aguas, podrá perecer sedienta? ¿Es posible que, arrojándose con toda su intención en aquel fuego inmenso, podrá quedar helada? ¿El gusanito vil y miserable, que se esconde en su Dios, podrá perderse? Aquella medicina, que se hizo de sangre y carne de Dios, no será suficiente a sanar cualquiera enfermedad o llaga? ¿El médico de infinita sabiduría, no sabrá curarte? ¿Cuando te envié por los caminos de la tribulación, no te saqué? ¿Cuándo te dejé que perecieras? Si caíste ¿no te levanté? ¿No te dejé mi cuerpo para tu remedio? ¿No te he dado a mis siervos para tu consuelo? ¿No te abrigo debajo de mis alas? ¿No enciendo tus deseos más y más por llegarte a Mí, sin dejarte consolar en ninguna cosa que de Mí te aparte? ¿No te sufro? ¿No te espero? ¿No te llamo con voces, con pasos, con golpes a tus puertas? ¿Cuando te envié pobre y peregrina, te faltó alguna cosa? Respíra en aquellos aires suavísimos de mi inefable bondad, que quien por sola ella te dio lo que tienes, no

te negará lo que te falta. ¡Oh, tibia y flaca de corazón! ¿por qué no caminas por aquellos espaciosísimos campos de mis misericordias, que allí se inclinan, donde es mayor la miseria y necesidad?

El tiempo de la partida llegará, ahora trabaja en prevenirte para esta gran jornada, que por larga que sea la vida, para esta prevención será corta. Así como no puedes comprehender mi hermosura y grandeza, mi amabilidad y omnipotencia, así no puedes comprehender el premio que se dará al humilde que, con pura intención de agradarme, se sacrifica a mí cada hora, y cada instante, en el fuego de la tribulación. ¿Cuántos años ha que caminas por noches, por nieves, por hielos, por asombros y espantos, por despoblados y por soledades; y aunque cobarde y tímida, te descaminastes?, ¿no te llamé muchas veces, no te atajé, no te herí? No has muerto, pues todavía deseas y puedes confesar a Dios, y llegarte a El. ¿Quién es tu bien y tu consuelo, sino el Señor Dios tuyo? Si ahora gusto de estar en tu destierro contigo, está contenta, que no te dejaré; pues no falto a los que esperan en Mí. No me perderás como no quieras, que es infinito el peso de amor con que me inclino al alma que me desea y ama. Yo soy el Señor Dios tuyo, y si fueres fiel, no tardará el día en que ponga paz, con tu fin, a tus peleas, y el alma, hecha Israel vencedor, saldrá del Egipto de sus pasiones, y tinieblas; y entonces el dragón grande, como mar, huirá de ella; y entónces los montes y collados de los ángeles y santos exultarán, viendo a la presencia del Dios de Jacob, que movida, mudada, o deshecha la tierra del cuerpo, se convirtieron las piedras, sin ofender a los pies del alma, en estanques, y fuentes de agua de vida, porque la diestra del Señor hizo virtud (1).

(1) Ps., 117, 16.

AFECTO 39º

AFECTOS A LA PASION DE CRISTO, Y DESEOS DE PARTICIPAR EN ELLA. SI SE ESTIMARA LA IMPRESION DE LAS LLAGAS, ¿POR QUE NO LAS ANGUSTIAS?

El día de la santa Cruz, leyendo cómo Nuestro Señor ofreció su santísimo cuerpo y sangre, para entrar en su pasión, se deshacía mi alma en vivos deseos de que mi cuerpo, si se puede decir, se consumiese y aniquilase en padecer y amar a Su Divina Majestad.

El día de las llagas de mi padre san Francisco, leyendo las angustias y tristezas del alma santísima de Nuestro Señor en el huerto, conocía estas cosas, como si dijera: ¿por qué aquel favor de comunicar mis llagas sólo has de admirar; y siendo parte tan principal de mi pasión, las angustias y dolores interiores que yo padecí, no se reciben con resignación, consuelo y hacimiento de gracias? Como el que decía (1): "yo llevo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús": se gozaba de padecer por el nombre de Jesús, contumelias, angustias, dolores, destierros (hasta llegar a tener tedio al vivir), porque se miraba como coheredero con Cristo; y así decía (2): *si tamem compatimur, ut et conglorificemur,* teniendo por señal de la pasión de Cristo cualquiera cosa de las que el Señor padeció en su santísimo cuerpo y en su benditísima alma, se gloriaba en la cruz y en la tribulación.

---

(1) Ad Galat., 6, 17. — (2) Ad Rom., 8, 17.

AFECTO 40º

AVENIDAS DE AMOR DIVINO, QUE ARREBATAN EL ALMA.

Muchas veces me han consolado, y llenado mi alma de inefable gozo, unas palabras, que no entiendo bien, y son éstas ((1): *Nec coneris contra ictum fluvii,* pareciéndome en la oración, que se le decían a mi alma con infinito amor, y salían de un mar inmenso, que venía sobre ella del divino amor; como si dijera: ¡Oh alma mía, no resistas la fuerza de mi amor, etc. Vía que eran ningunas mis fuerzas, y conocía la malicia de la propia voluntad; vía a mí misma en medio de aquellas inmensas avenidas del poderoso mar, y deseaba ser anegada en ellas, sin vivir ya en mí, toda fiada en aquel mar de bondad, en que conocía el atributo de su omnipotencia ser uno con su infinita sabiduría y amor, y lo nada que es la criatura para no dejarse regir, llevar, y arrebatar de estas infinitas fuerzas, ¡Oh, qué quieto y contentísimo queda allí el gusanito, anegado en aquel mar amabilísimo! Nada quiere, nada desea fuera de esto. Nada teme, parece que entra en los términos de la paz y del descanso.

Otro día, en la oración, representándole a Nuestro Señor las infinitas miserias de mi alma, y representándome a sus divinos ojos llena de manchas y lepras, de culpas y vicios, pobre y miserable, me consoló y confortaron las mismas palabras: *Nec coneris contra ictum fluvii,* representándoseme unas avenidas de aguas purísimas, que lavarían mi alma, la purificarían, y harían capaz de su Dios, o de llegarse a El, como si dijera: No resistas, ni huyas de aquel mar amoroso, que puede, sabe y quiere purificarte, limpiarte y lle-

(1) Eccl., 4, 32.

garte a él. No dudes que así lo hará; llégate a él, sin que te retraiga el temor de tus manchas y culpas, ni cualquiera miseria que temas o conozcas.

Hállase con esto, mi alma fiada en Nuestro Señor, quieta y segura, con deseos de anegarse más y más en su Dios, y no hallarse a sí misma.

AFECTO 41º

ASIDA EL ALMA DE SU DIOS, EN LA TRIBULACION NUNCA TEME NAUFRAGIO.

Estando con una tribulación interior, que yo misma no entendía, ni podía explicar, ni me entendía, pareciéndome que ya acababa, me volvieron en mí estas palabras que leí acaso (1): *Bonus Dominus, et confortans in die tribulationis: et sciens sperantes in se: quid cogitatis contra Dominum? consummationem ipse faciet: non consurget duplex tribulatio.* Aquel Señor poderoso de quien se dice: *increpans mare et exssicans illud, et omnia flumina ad desertum deducens,* es el que se apiada y conforta el alma en el día de la tribulación. Aquel Señor grande y poderoso, que es juntamente, *Dominus patiens, et magnus fortitudine,* viene talvez en la tempestad de la tribulación. *Dominus in tempestate et turbine viæ ejus, et nebulæ pulvis pedum ejus.* ¡Oh grandezas de Dios! Visita al alma, Señor, y visítala como quisieres; que como te ame, que como te tema, que como espere en Ti: *bonus Dominus et confortans in die tribulationis,* aquel mismo Señor, que es tan terrible a sus contrarios, *Deus æmulator et ulciscens Dominus, et habens furorem: ulciscens Dominus in hostes suos, et irascens ipse inimicis suis.* Este mismo Señor, grande y poderoso, se pone en defensa del alma, y el que increpando al soberbio, y hinchado como el mar, lo hace secar y

(1) Nahum., 1, 7. et seq.

abatir, es el que guía y deduce las aguas al que está desierto, solo, seco, y árido.

Oh Señor, ¿en qué fía el que no fía sólo en Ti? Pues las virtudes, si no son sólo fundadas en esperar en tu gran bondad, enferman y descaecen, como las flores del Líbano y Carmelo; y los más altos montes *commoti sunt ab eo, et colles desolati sunt.* No hay nada que pueda subsistir en tu presencia, sino es aquello que conserva y mantiene tu misericordia y gracia; ¿pues en qué fiarán los habitadores del orbe, amadores de la tierra?; pues ella se estremece a tu presencia, ¿cuál grandeza estará en pie ante la cara de su indignación?; ¿quién resistirá a la ira de su furor? Su indignación se derramará como fuego, que disolverá y deshará las piedras más fuertes. Y después de esto escuche el alma que lo ama y que lo busca esperando en El: *bonus Dominus, et confortans in die tribulationis,* etc.

Todo este poder, toda esta grandeza, toda esa majestad es en su favor, no tema, pues, las tempestades de las tribulaciones, pues el Señor hace camino en ellas; no la obscuridad y niebla, que es el polvo que huellan sus pies. No la atemorice el mar hinchado de los espíritus soberbios, que el Señor, reprehendiéndolos, los hará secar. No la sequedad y soledad del desierto, que el Señor llevará y guiará a El las fuentes de las aguas. No la demasiada tribulación, que el Señor la pesará y contendrá, para que no se levante doblada. No a los hijos de los hombres, ni a todos los habitadores del orbe, que la mayor potencia se deshace a la presencia de su ayudador. No las dificultades de los montes y piedras, que el Señor los moverá y disolverá. Sólo tema perder la amistad y gracia de su Señor, porque entonces no fíe en los montes del Líbano y Carmelo, que sus flores enfermarán y enflaquecerán. No en el alto mar de ninguna prosperidad, que increpándolo el Señor lo hará huir. No en las avenidas de suavidades y consolaciones, que el Señor

las echará al desierto, y esconderá a sus ojos. No en la fortaleza de las piedras, que el Señor las deshará con fuego. No en los que habitan los orbes de la tierra, que la indignación del Señor los hará temblar. No en los altos collados, pues el Señor los desolará.

¡Oh temor, oh temblor! Señor Dios mío, que eres bueno y confortas en el día de la tribulación. Día de tribulación y angustia es el tiempo de mi vida, confórtame en este temeroso día para que no te pierda. ¡Dios de la majestad, no te apartes de mí, no me dejes conmigo, no me dejes sin Ti! ¡Oh fuente, oh centro del bien! ¡Oh todo el bien! ¡Oh único y sólo bien! Sé toda mi esperanza, que así vivo entre mi miseria, y entre mi no ser, más contenta, cuanto más conozco mi pobreza y no ser. Sea todo mi ser y mi riqueza sólo esperar en Ti.

Así que, Señor mío, grande y terrible, paciente y amoroso, no te desagrada la tempestad, pues en ella caminas; no la obscuridad y niebla, pues allí están tus huellas; no te enamora la hermosura y capacidad del mar, pues lo reprehendes y haces secar; no te pagas de las corrientes de las aguas, pues las echas al desierto; no de la alteza de los montes, pues los conmueves; no de los collados, pues los desuelas; no de la hermosura de las flores, pues las dejas enflaquecer y marchitarse; no de la tierra, pues la haces estremecer; ni de sus poderosos poseedores, pues les muestras tu indignación; ni de la fortaleza de las piedras, pues las deshaces. ¿Pues qué, Señor, te agrada, qué te inclina? El que espera en Ti, el corazón humilde, que no confía en sí mismo; el que todo su ser resigna y deja en tus poderosas y amorosas manos, en tu sapientísima providencia; el amarte y temerte (1).

---

(1) El manuscrito original trae, en este punto, la siguiente nota de la V. M. de Castillo para su confesor:

"Padre de mi alma, y todo mi amparo en esta vida: No sé cómo le diga en el tormento que está mi cuerpo y mi alma, y

AFECTO 42º

SEPULTADA EN LOS HIELOS DE LA OBEDIENCIA ACTUAL, EL SOL DE JUSTICIA LA ILUMINA PARA QUE ESCRIBA LOS GOCES Y PENAS DE LA VIDA ESPIRITUAL.

Trayendo muy presente la santísima humanidad de Nuestro Señor, y considerando como estos días le han mandado comulgar tan continuamente, sentía unos deseos de servirlo y amarlo, que casi le consumían las fuerzas exteriores, y hacían desfallecer, como que se estaba su alma ardiendo; y le parecía que aquella santísima humanidad se transformaba en un sol lucidísimo, claro y ardiente, y se entraba en lo más íntimo del alma. Entendía que de allí adelante gustaría mucho menos de las criaturas; o se hallaría más lejos de tener gusto en cosa de esta vida.

---

con que he escrito eso. Paréceme que estoy gastando el tiempo en escrebir disparates, y locuras, y deshonras. etc. Y toda la noche, como que me dispertaba diciendo: '¿Ya él se va a cuidar de la Guaviva?, y tú quedarás aquí, muriendo y reventando; ¿para qué ha sido esta nueva inventiva de escrebir tus locuras y sueños, por sólo darle gusto? Lo más seguro era huir y buscar por otro camino tu remedio, pues ves el sentimiento que tienes en estas cosas; y así, aquí no buscas a Dios. Mejor es huir, etc.' Luégo de contado, entró una persona a contarme los presentes que le traían, los olanes en que venía envuelto el cacao, los encargos que V. P. hacía, etc. Y con esto, sin saber yo dónde meterme o huir de mí misma, según la confusión, tristeza y horror de que se llena mi corazón, pareciéndome que no tenía otro remedio y que todos mis tormentos y lo que ahora paso, me ha venido de ésto, y estoy perdida, sin hallar camino ni remedio. Y con esto me aprieta tánto el mal del cuerpo, que estoy como para expirar. Esto es darle cuenta de lo que me pasa, para que vea si será bueno quemar estos papeles; pues, mientras más me esfuerzo a tomar sus consejos, es más la guerra."

Es muy posible que el destinatario de esta carta sea el R. P. Juan Romero. (N. del E.)

Pensando en su muerte, entendió: "tu muerte será tránsito para pasar a Mí, porque mi infinita caridad (1) cubrirá la multitud de tus culpas."

Pensando, en la oración, cómo se llegaría a Nuestro Señor, entendió: "dejad a los pequeñuelos venir a mí." (2). Entendiendo, que como el niño llega con seguridad, con gusto, con prisa a su padre, y se arroja a sus brazos, extendiendo los suyos para estrecharse y unirse cuanto puede con el que le dio el ser; así debía el alma hacerlo con su Dios; y como el niño no gasta mucho tiempo en hacer consideraciones, mas lo mueve el amor, etc.

Estando con muchas tribulaciones interiores, sólo hallaba gusto y consuelo grande en pensar que Dios la humillaba; y sentía en esto grande complacencia en que la humillara y mortificara, y si fuera su gusto, la deshiciera. ¡Oh, Señor, que pones tu subida sobre las nubes; que subes sobre el ocaso! Triunfa y vence, y sé glorificado en mi humillación y abatimiento. ¡Ea, Señor, entra en el lodo, y písalo, acaba de aniquilar mi vanísima presunción (3); increpa a las fieras del cañaveral, y ahuyenta a las pasiones, que como fieras bramando se congregan a hacer ruido entre las cañas vanas, y vacías; quéma mis entrañas, y mi corazón, para que lo críes nuevo, y hagas recto mi espíritu, renovándolo y limpiándolo, porque toda carne corrompe su carrera; echa de él aquel gusano que roe, y come el corazón de la yedra (4), para que no caiga seca y marchita, sin ser apta para mí, ni para otros, no sea echada en el fuego como inútil!

Después de grandes trabajos exteriores, oyó en lo interior de su alma: *ámame por mi bondad,* teniendo grande luz en la bondad de Dios (5).

---

(1) I. Petri, 4, 8. — (2) Marci., 10, 14. — (3) Ps., 67, 31.

(4) Jonæ, 4, 7.

(5) Al margen dice: "Esto fue la noche que murió la Chana. Año del 14."

Estando cercada de grandes congojas interiores y exteriores, y sin ningún consuelo en lo humano, me postré a los pies de una imagen de mi padre san Francisco Javier, y no sé cómo se representó a mi alma que el santo la consolaba, y alentaba, diciéndole las palabras de la doctrina cristiana: *el hombre fue criado para amar y servir a Dios en la vida mortal y verle y gozarle en la eterna.* No hay lengua criada que pueda explicar lo que entendí o sentí, de la grandeza del fin para que fuimos criados; de la brevedad de la vida y trabajos temporales; de la grandeza de la gloria que por ellos se alcanza; de la hermosura y amabilidad del Sumo Bien a que aspiramos; de la flaqueza y vileza de todo lo que no es Dios, y de la poca consistencia de las criaturas; del inmenso poder del Señor a quien servimos, para tornarnos en bien todas las cosas; manifestándose todo esto a los ojos del alma, no por discursos, sí por un modo de vista, como quien la extiende por amenos y dilatados campos.

Estando muy atribulada interior y exteriormente, y oyendo a algunas personas decir que me dejaba llevar de melancolía, entendí (como yo me afligía de esto, pensando si iban perdidos todos mis trabajos): que diera gracias a Nuestro Señor porque me había llevado siempre por el camino de la soledad y silencio y retiro de criaturas (que es lo que ellas llaman melancolía); que con esto me había librado de muchas culpas; que la santa Iglesia, pidiendo por los difuntos, dice les perdoné aquellas culpas que en la humana conversación cometieron; que el trato de las criaturas, si no es por caridad, obediencia, o necesidad, es un semillero de culpas e imperfecciones, y es donde se fomentan las pasiones. Porque si yo no tengo amor desordenado a unas cosas, no tendré envidia de que las posean otras; si para siempre jamás no deseo el trato humano, para siempre jamás no querré ser estimada; si no amo la vida presente, no temeré la muerte; si amo la vida eterna, aborreceré lo temporal.

Entendí también: el tiempo es corto, los negocios que se tratan gravísimos, cual es la eterna salvación, y el tener a Dios omnipotente por amigo; el ganarlo, o perderlo para siempre; el tiempo de negociar las riquezas y reino eterno, es temporal, corto y limitado; ¿pues, cómo éste se ha de perder con las criaturas, que por último las hemos de dejar? Entendí: que si mi retiro o silencio, sólo naciera de melancolía, como temía yo, y otras han dicho, fuera imposible en tantos años haber perseverado en mi corazón los deseos de servir a Dios, y de agradarlo, que cada día crecen.

Entendí: que debía llegar a su centro, y a su Dios el alma, desnuda y despojada de toda propia estimación, y que ésta es sólo como las hojarascas, o telas de viento, que la estafan y le quitan la verdad del espíritu, y la privan de la luz que participa de la verdad eterna. Muchas veces se levanta en sí misma como una grande estatua (1), con la cabeza de oro por la altivez de sus pensamientos, juzgando sus brazos como de plata, poderosos para obrar con fortaleza; y lo restante de bronce y hierro en su duración; mas Tú, poder divino, eterno y fuerte, con un pequeño toque das en sus pies de barro, y cayendo postrada, allí levantas con tu poder un monte. Esta es la verdadera confianza, la que estriba en su propia aniquilación, y en tu brazo fuerte. Esta es la verdadera humildad, la que no descaece por la vileza propia, antes allí levanta en tu bondad sus vuelos, porque Tú resucitas de la tierra al pobre, y levantas del estiércol al necesitado: así, que los hijos de los hombres, sólo debajo de la sombra de tus alas pueden esperar.

Este día entendí lo que dice el santo rey (2): que meditaba en las obras de las manos del Señor, haciéndose presente a la vista del alma la grandeza de

(1) Dan., 2, 32. — (2) Ps., 142, 5.

los mares, fuentes y ríos; la hermosura de los prados, aves y flores; la variedad de todas las criaturas visibles, hallando allí noticia de su criador, y deseando el alma ir a El, como a su centro y descanso. Conocí también la grandeza, hermosura y poder del santo ángel de mi guarda, su continua asistencia, y ardiente deseo y solicitud, por que el alma ame, adore y alabe al Sumo Bien, y se dé prisa a caminar a la patria, venciendo los estorbos y tropiezos del camino de la vida mortal. Conocí estar acá desterrada entre bultos de tierra, que a cada paso se van deshaciendo y volviendo a su polvo. Sólo lo que hay apreciable son las almas. Se me representó todo el camino de mi vida, desde la niñez, y las personas que ya se deshicieron, con quienes comencé a correr mi carrera, esperando yo deshacerme a cada paso de ella. ¿Y esto no asusta? ¿Y no entra en cuidado, y se pierde el tiempo, y se aprecian las criaturas?

¡Oh alma mía, loca y insensata! Esta es más infeliz locura; pues advierte que siempre que te hallas inquieta y turbada, si buscas la raíz, pende de no tener bien limpios los ojos de estas cosas humanas, y los afectos varios que de ellas nacen ¿qué otra cosa es correr tras la vanidad? Es posible que hasta que con violencia te dejen las criaturas, las dejaras, y entonces no por que quieres. ¡Ay dolor! ¡Ay amor, caminad al centro! ¡Ay esperanza! tantos tiempos casi insensiblemente estribando en pies de barro; ¿por qué no en la firmeza de Dios vivo? ¡Ay temor como el de los niños, que tiemblan de espantajos, y tocan las serpientes; ¿por qué no temes al que puede echar en el infierno el ánima, y te asombran palabras que se las lleva el viento, y las compuso él mismo? ¿Qué firmeza pueden tener en sus pareceres las criaturas, que todas son mudanzas? Y cuando siempre te alaben o te estimen, ¿qué te quitan de males, qué te dan de verdaderos bienes?

¿Quién, pues, Dios mío, nos mostrará los bienes verdaderos? Esta es una luz tuya, que procede de tu amable presencia; este es un mirar con misericordia tus claros ojos, al alma, y darle luz, para que vea los hombres como árboles, que caminan a su no ser (1), y siempre son mudables, plantados en esta tierra y sombra de muerte; mas tu luz apacible les dirige los pies por la vía de la paz, que no puede dar el mundo. En esta paz, que es en Ti mismo, duermen y descansan (2) como en seguro puerto, libres del mar de sus fatigas, habitando en la compañía y ayuda del Altísimo (3), y morando en la protección del Dios del cielo, y en el cielo, como en casa de su Padre que está en El. Allí es donde no llega el mal de culpa, ni de pena; y a este tabernáculo no se acerca el azote, porque está lejos de él toda pena y dolor. Allí cogen en gozos, que exceden todo sentido, lo que en el camino sembraron de lágrimas y dolor (4).

Conocí también los tropiezos de mi vida pasada, o del camino de esta vida; estas culpas fueron la lepra que manchó el alma; éstas las que la despojaron de inmensas riquezas que poseía en Dios; éstas las que le echaron en el rostro el fierro afrentoso de Satanás; éstas las que la ataron de pies y manos, para no andar el camino para Dios, ni obrar obras de luz. Estas, las criaturas (5) con que quedó obligada a pagar duras penas para siempre sin fin, si no lo remediara la misericordia del mismo Señor a quien ofendió; éstas las que la pusieron fea y asquerosa a los ojos de Dios y de sus ángeles; éstas, con las que injurió a Dios, suma bondad, suma sabiduría, suma omnipotencia y santidad, suma limpieza, hermosura, y amabilidad. Con estas culpas crucificó (6), abofeteó y escupió a Jesús, hijo de María Santísima, y causó los dolores y penas de esta amabilísima Madre; con éstas se hizo enemiga de Dios, etc.

---

(1) Marci, 8, 24. — (2) Ps., 4, 9. — (3) Ps., 90. — (4) Ps., 125, 5. — (5) Ad Coloss., 2, 14. — (6) Ad Hebræ., 6, 6.

¿Y por qué tántos males, y por qué tántas pérdidas, por qué tan grandes daños? Desaparecieron las cosas viles que ocasionaron la culpa, y quedó el alma cargada de tan pesados hierros, de tan afrentoso cautiverio, de tan horribles daños. Esto dígalo el silencio, pues no cabe en los términos humanos. O dígalo un continuo y amargo llanto, pues no puede decirlo una vida que durara siglos, gastada en amarga penitencia, y en acerbo dolor.

AFECTO 43º

DESNUDA EL ALMA DE AFECCIONES PROPIAS, EN EL RETRETE DE LA CONTRADICCION, ES ADORNADA DE LAS RIQUEZAS DESTINADAS A LOS QUE TEMEN A DIOS.

Padre de mi alma: habiendo llegado hasta aquí, que iba diciendo las cosas que conocí, se ofreció la ocasión de mortificación, que le escribí ayer, y hallándome con ella turbada y confusa, con la guerra que se levantó en mi corazón, por mi poca mortificación, y asimiento a las criaturas, y a mí misma, estuve todo el día en mucha escuridad y congoja, pensando: si mi oración fuera verdadera, o las luces que en ella recibo fueran de Dios, o me guiara buen espíritu, no me hallara con tanta turbación en esta ocasión, etc.

Así pasé el día en esta guerra, clamando a la Santísima Virgen, y procurando convencerme a mí misma, y que no saliera a lo exterior mi poca paciencia. A la noche empecé a sentir en mi alma como si la dijeran: "mientras más desnuda llegares, más te vestirán; cuanto más pobre, más te enriquecerán; cuanto más hambrienta, más te hartarán; cuanto más vacía, más te llenarán", etc.

A la hora de levantarme a la oración, que serían las dos de la mañana, me hallaba tan rendida de do-

lores en el cuerpo, espantos y horrores en el alma, que me parecía imposible estar para nada; mas como no podía dormir, y haciéndome fuerza, entré a donde Nuestro Señor Sacramentado; y luégo me pareció que la benignidad de Dios quería dar a mí, pobre, y desnuda, sus dones, y que se hallaba el alma con tres vestiduras, tan hermosas y agraciadas, que la primera parecía de una blancura peregrina, sobre todo pensamiento. La segunda de color encendido, y la tercera de color verde; acordándoseme que esto mismo entendí luégo que entré en la religión.

Ahora pues, entendí, como si dijera: "puede mi poder inmenso, inclinado a enriquecer al pobre, cubrir tu desnudez con la inocencia de mi hijo; y esta vestidura será de mayor fortaleza para el alma, cuanto más limpia y libre estuviere de los afectos humanos, y bienes de la tierra; y ésta la encenderá en el amor divino, y el amor en esperanza de los bienes eternos y divinos; y esta esperanza acrecentará más la fortaleza para padecer las contradicciones, que de todas partes siente el alma, hasta que salga de su destierro y peregrinación", etc.

Parecía también que se daba una guirnalda de piedras preciosas, de color verde, muy resplandecientes, hechas a modo de flores, y entendía: "al alma que venciere, se le dará la corona de justicia de eternos laureles por penas temporales." Parecíale también ponérsele en el pecho, al lado del hombro derecho, una cruz hermosísima de piedras preciosas y resplandecientes del color de sangre; y que en sus dedos tenía anillos de varios colores, y de tánto precio y valor, que se reconocía ser más de lo que cabe en lo humano. Bien veo yo que si esto fue de Dios, sería para levantar mi corazón caído, pobre y triste, a la consideración de las riquezas que Dios tiene preparadas para los que le temen. No porque mi alma sea digna, o esté dispuesta para riquezas tales; pues las manos y los ojos, que conocía tener mayor hermosura, si significan las obras buenas, o la pureza

de intención, en ninguna cosa reconozco en mí, más continuas faltas de toda virtud. También me pareció entender: "el alma es para mí, arca donde encierro mis dones, y aunque tenga el oro de la caridad, yo la mando cubrir, en el tiempo de esta peregrinación, de cilicio, de oscuridad, desprecios y congojas", etc. Sentía que el alma no se saciaba con aquellas riquezas y le decía a su santo ángel (a quien siempre recurre): ¡Oh santo ángel mío, yo sólo deseara estar asida y abrazada con mi Señor Jesucristo! Pareciéndole ser así, y que le vía en la cabeza una guirnalda de grande hermosura, al modo de diamantes, y que le decía: "míra, mi corona es eterna, porque consiste en mi divinidad, en su ser simplísimo y permanente."

Parecíale, también, que el santo ángel de su guarda le decía: "míra, yo también estoy de fiesta, y de gala, porque se acerca el tiempo de llegarte al Señor." Y deseando saber si sería muriendo, o por la santa cruz, no lo entendió.

Acordándose de la hermana que murió, le parece la consolaba el Señor del desconsuelo que por ella ha tenido, como si le dijera: "yo la coroné de rosas, porque la previne con santos y fervorosos deseos, antes de tarerla a Mí, la purifiqué con grandes trabajos y adversidades, y desembaracé su corazón, que ya sólo Yo lo llenaba", etc.

Lo que el alma siente en estas cosas, la paz y luz con que queda, cuán viles le parecen las cosas de la tierra, cuánta hambre le queda de la limpieza y santidad, que es toda justicia, no hay cómo decirlo. Como también el amor que se le entraña a su Señor y el deseo de padecer por agradarlo. Y es cierto, que representándose aquellas galas y ornato al alma, sólo se alegraba de ellas por estar así agradable a los ojos de su Señor con los mismos bienes que El le ponía.

Fuera de esto, padre mío, he conocido cuán lejos estoy de las verdaderas virtudes; y que toda-

vía estoy muy asida a mí misma; y así, pues Nuestro Señor me ha hecho escribir esto (contra toda la vergüenza natural que me causa) con tanta prisa que no he podido detenerme, ni dejarlo de hacer (como otras muchas cosas en que me vence el temor) para que V. P. lo vea, sirva esto de algo para conmigo, no me permita mis faltas, examínelas, ríñame y reprehéndame; descúbrame los caminos torcidos de mi corazón, y de mi intención, para que se enderecen.

AFECTO 44º

LAS RIQUEZAS QUE HALLA EL ALMA EN LA CONSIDERACION DE LAS GRANDEZAS DE DIOS SON PROPORCIONADAS A LO QUE SE PROFUNDIZA EN LA PROPIA VILEZA.

He entendido, oh Dios y Señor mío, lo que debí a su Divina Majestad desde los primeros pasos de mi niñez en muchas cosas particulares; y lloro con dolor, que me parte el corazón, los bienes que perdí por mis culpas: "Yo te crié para mí solo; y así, sólo en las almas que de veras me aman puse amor para contigo, y éste ha nacido del mío. Y tu descontento y amargura en todo lo criado, no ha nacido tanto de los trabajos, como de no hallar cosa que te llene ni alivie fuera de mí; antes, los dolores, enfermedades y contradicciones, han sido como alivio a la ansia de tu corazón por arder en mi fuego, y ser toda mía. Yo hice contigo como un amante esposo en tanto que llega el ver a su esposa, y tenerla consigo, le envía dones y prendas de su amor, y más aquellas con que ha de parecerse en el traje a su querido, son las que ella más precia. Siempre hablé a tus oídos, por mis siervos, doctrina verdadera; y ya te dije: 'yo te he dado mis siervos para tu consuelo'."

Muchas veces he entendido: que no me queje de no saber qué hacer; pues para llorar mis culpas, es corto espacio el del tiempo. Acuérdaseme aquello que dice: *dimitte ergo me, ut plangam paululum dolorem meum* (1).

Parecíame que mi santo ángel me enseñaba dos minas en que podía ahondar, y cavar siempre; una de mi propia vileza, etc., y otra de la grandeza y majestad de Dios: y que le mostraba al alma, campos extensísimos, donde podría explayarse y sacar inmensas riquezas.

Para el trato necesario con las criaturas fui enseñada muchas veces: que pusiera la vista, o la consideración en las almas; y cómo habita Dios en ellas, y la hermosura y majestad de las que están en gracia. Y en cuanto a los cuerpos, cómo se han de volver en tierra, y apartarse unos de otros; y las almas cómo van viadoras a dar cuenta en el rectísimo tribunal de Dios; y lo que allí se aprecia, que sólo son virtudes. Otras veces podía atender a los ángeles que las guardan, y a lo que son estos santos espíritus, y a lo que son para con ellas, cómo las guardan, etc.

AFECTO 45º

DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR EN EL CORAZON DE LA CRIATURA, Y EN LAS AGONIAS DEL HUERTO.

El habla delicada
Del amante que estimo,
Miel y leche destila
Entre rosas y lirios.

Su melíflua palabra
Corta como rocío,
Y con ella florece
El corazón marchito.

(1) Job., 10, 20.

Tan suave se introduce
Su delicado silbo,
Que duda el corazón,
Si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade,
Que cual fuego encendido
Derrite como cera
Los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro
Es su aliento divino,
Que resucita muertos,
Y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave
Se percibe al oído,
Que alegra de los huesos
Aun lo más escondido.

* *

Al monte de la mirra
He de hacer mi camino,
Con tan ligeros pasos,
Que iguale al cervatillo.

Mas, ay! Dios, que mi amado
Al huerto ha descendido,
Y como árbol de mirra
Suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado, (1)
Apretado racimo
De las viñas de Engadi,
El amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,
Aunque ella es oro fino,
Difusamente baja
De penas a un abismo.

---

(1) En el manuscrito original hay, según el copista, una nota al margen, que dice: "Este día 25 de A., experimenté lo que dice: *fecit salutem de inimiciis nostris*, y no dijo: de amigos."

El rigor de la noche
Le da el color sombrío,
Y gotas de su hielo
Le llenan de rocío.

¿Quién pudo hacer, ay! Cielo,
Temer a mi querido?
Que huye el aliento y queda
En un mortal deliquio.

Rojas las azucenas
De sus labios marchitos.
Mirra amarga destilan
En su color marchitos.

Huye, aquilo, ven, austro,
Sopla en el huerto mío,
Las eras de las flores
Den su olor escogido.

Sopla más favorable,
Amado ventecillo,
Den su olor las aromas,
Las rosas y los lirios.

Mas ay! que si sus luces
De fuego y llamas hizo,
Hará dejar su aliento
El corazón herido.

AFECTO 46º

EL AMOR DIVINO NO RESPIRA EN COSAS CRIADAS SINO EN EL CRIADOR DE TODAS. Y TRECE PRINCIPIOS DEL AMOR PROPIO.

Este día conocí, con una grande y fortísima luz, que casi deshacía el corazón en el pecho, cuán fácil le es a Dios Nuestro Señor destruir, disipar, perder y aniquilar, cualquiera trazas, consejos y invenciones de los hijos de los hombres; y cuán fácil plan-

tar y edificar, para sustento, honra y provecho, alivio y refugio de los hijos de Dios.

Conocí cuánta locura y vanidad es amar, temer o desear otra cosa que lo que Dios quiere y dispone, etc.

Sentía con esta luz tales y tantas cosas, que sentía mi corazón como un volcán que no halla por dónde respirar su fuego; parecíanme inútiles todas las cosas y ocupaciones, etc., sino porque Dios las quiere, y en cuanto Dios las quiere.

Por algunos tiempos siento a mí misma, como una figura de mujer hecha de paja, sin que sienta, ni sepa, ni pueda nada; y que el aire la lleva y trae por donde quiere. Así me pareció ser guiada de la voluntad de Dios; y en sintiendo algún querer, o afecto propio, me lleno de congoja y peso, y me voy a pique.

De tener cosas por donde puedan los hombres alabar o estimar, conocí, que nacen muchos males para el alma, y crecen sus guerras. Lo 1º la propia estimación con que una hace gran concepto de sí misma. Lo 2º quiere que correspondan todos en los obsequios y estimación al concepto que ya ha cobrado o hecho de sí misma. 3º Se aflige y congoja en faltándole en algo. 4º Se tiene en más que la otras. 5º Se enoja fácilmente, y menosprecia en palabras y acciones, a las que cree no ser para tanto. 6º Se cree a sí misma, como de quien tiene satisfacción y seguridad, por lo que hizo, o dijo bien, etc. De aquí nace. 7º La ferocidad de ánimo para con los menores. 8º Juzgarlos a todos por tales. 9º Igualarse a los mayores. 10º Se pierde o menoscaba la caridad para con el prójimo, la llaneza, la afabilidad, la piedad del bajo concepto, que de ellos se hace. 11º Se enoja fácilmente, se aplaca dificultosamente. 12º Se hiere a ojos cerrados sin compasión, ni consideración. 13º Se enfría y aleja el amor de Dios, y talvez se muere.

Así dice: *contemptus mundi:* "por gran bien tengo, no tener cosas por donde sea alabado de los hombres."

Este día encomendado al santo príncipe San Miguel, y al santo apóstol san Juan Evangelista, con toda la santa compañía que se halló en el Calvario, entendió: ir sus afectos y deseos a la Madre de la vida y de la misericordia, en formas corporales, como niños o niñas coronadas de rosas, tocando instrumentos de alabanzas de la gran Madre.

Acordóse de aquellas palabras: "quién te me dará, hermano mío (1), mamando los pechos de mi madre, que yo te halle fuera, y te dé ósculo, y ya nadie me desprecie." (Entendía por estos desprecios las tentaciones y persecuciones de los tres enemigos del alma). Pedía a la Santísima Virgen que de aquel mar inmenso de gracia y amor, y de dolor de la pasión de su Santísimo Hijo, enviara a su corazón una gota de amor para encenderlo, de dolor para anegarlo, y de su santísima leche para curarlo y sanarlo (2).

A la tarde hallaron dos novicias a la Santísima Virgen de Belén, que de la garganta y pecho había manado dos gotas, que corriendo por el cuerpo del Niño, no se enjugaron en día y medio, hasta que un sacerdote las limpió (3).

AFECTO 47º

SIEMPRE BUSCA DIOS AL ALMA, Y ES HALLADO SI ELLA LE BUSCA. ESTO SE LE REPRESENTO EN UN REVOLOTEO DE PALOMAS QUE VIO EN EL SOLAR DE SU CONVENTO.

Este día dedicado al santo príncipe Rafael, y a mi padre san Francisco con todos los santos y santas de la orden, le parecía en la oración, después de la

(1) Cant., 8.

(2) En el manuscrito original, se lee al margen: "Año de 713, por octubre." (Nota del copista).

(3) Suprimido este aparte en la 1ª edición de 1843. (Nota de la 3ª ed.).

santa comunión: que el alma andaba buscando a su Dios; y que el Señor andaba con tanta velocidad como el pensamiento, que fuera de oriente a poniente, y que el alma así lo seguía.

Espantándose de esto, le acordó lo que le había pasado días antes, esto es: que bajando a la cuadra del río, padecía allí indecibles congojas, que ya parecía acabar y morir; cuando vio dos palomitas como azucenas, y más blancas que la nieve, porque no hay ningún género de blancura con que se puedan comparar; ni menos la ligereza con que andaban haciendo tornos y como cortejos la una a la otra; ya la una se escondía y se dejaba buscar, andando la otra sin sosiego, hasta que la hallaba; ya andaban juntas un breve espacio; ya se dividían; ya se llegaban, como lo suele hacer cada una al torno de la luz; mas aquello parecía cosa de más sentido, y con ello la consoló Nuestro Señor, entendiendo lo que pasó (1).

Misericordias Domini, in æternum cantabo (2).

AFECTO 48º

HACIMIENTO DE GRACIAS POR ESPECIALES MISERICORDIAS CONSEGUIDAS POR RUEGOS DE N. P. SANTO DOMINGO.

A principios de septiembre de 1717 empezó a sentir unos deseos grandes de Dios, y de amarle, y padecer por su Divina Majestad, y cada vez que levantaba los ojos del alma a mirar a Nuestro Señor crucificado, le parecía ser recibida en sus divinos brazos, y en su pecho, como desmayada y sin aliento. Pedíale de todo corazón le concediera sentir y padecer dolores, a imitación de los que Su Divina Majestad padeció en su pasión; y morir de su divino amor (3).

---

(1) Este pasaje fue suprimido en la 1ª ed. de 1843.

(2) Ps., 88, 1. — (3) Este pasaje fue incorporado al *Afecto 47*, en la ed. de 1843, omitiéndose el resto.

A mediado septiembre le dio un fuerte tabardillo, y estando oleada, y ayudándola a bien morir, le parecía ver al padre santo Domingo, que, arrodillado ante la Santísima Virgen, le pedía por ella, diciéndole rezara el rosario de los misterios dolorosos, y así lo hizo, aun con la fuerza de la calentura y dolores. Parecíale también que le decían: "Encomiéndate mucho a ese glorioso santo Domingo, que es tan amado de la Reina de los Angeles, que cuando nació tuvo los pañales en sus santísimas manos, y los bendijo." A este mismo tiempo empezó a sudar copiosamente una imagen de santo Domingo, que estaba arrodillada ante la Santísima Virgen, en un aposento inmediato a donde pedían las religiosas por la enferma.

Empezando a convalecer de la enfermedad, le pareció ver a Nuestro Señor Jesucristo, en la edad de joven, con una túnica toda compuesta de unas flores del modo y color de las violetas de la tierra. Y pensando: ¿Por qué, Señor mío, tenéis unas flores tan despreciables y tristes, tan cerca de Vos?, entendió estas palabras: *"por su buen olor, para convidar a los amigos."* Le pareció que aquellas flores significaban lo que había padecido en aquella enfermedad. Después oí predicar que las violetas significaban la humildad, y Nuestro Señor, flor del campo.

AFECTO 49º (1)

TEMOR DE SER MEDIDA CON LA VARA DE DIOS: UN RASGO DE LA PRUEBA DE LOS FUERTES, Y UN ANUNCIO FUTURO.

En una espantosa tribulación en que entendí le pasaba a mi alma en algún modo lo que dice Jeremías (2): "Yo soy el varón que veo mi pobreza en la vara de su indignación", parece que como el varón

---

(1) *Afecto 48º,* en la 1ª ed. La numeración se corre en ella, a partir de este *Afecto.*

(2) Thren., 3, 1.

que tiene uso de razón, a diferencia del niño o del párvulo, infunde Nuestro Señor un conocimiento al alma, una clara vista de lo que tiene fuera de Dios, de lo que sabe y puede sin El; y esta suma, total y espantosa pobreza, parece que la ve con los ojos, y la siente y padece con el corazón. Y la ve en la vara de la indignación de Dios, porque se conoce manchada, rea, y convencida de atroces crímenes, cual es cualquiera ofensa, disgusto o desagrado del Sumo Bien, aun aquellas culpas que los hombres llaman leves, y la ignorancia nuéstra tiene por tan nada.

Y espantada el alma, y asombrada, viéndose desnuda de todo bien, poderosa sólo para la iniquidad de la culpa, se le representa Dios airado, y con la vara de su justa indignación en la mano. No es este conocimiento de su nada, aquel en que reposa el alma, porque se muestra Dios su Sumo Bien, propicio, o le da algunas vislumbres de ello; mas antes siente la pobre alma aquel: *quare posuisti me contrarium tibi?* (1). Sólo ve profundidades de sus miserias, y como un hervidero de sus malas inclinaciones, flaquezas y obscuridades. No es éste aquel conocimiento propio en que el alma se quieta y duerme en paz: *in pace in idipsum dormiam, et requiescam* (2); es aquél *me minavit, et adduxit in tenebras, et non in lucem* (3). Es una confusión, trabajo, y tribulación del alma, como cuando en un camino trabajoso se esconde la luz, y la guía, y a todas partes que se quiera mover tropieza, y en todas las operaciones de sus sentidos y potencias, ve, a su parecer, precipicios o estorbos, como muros.

Ædificavit in gyro meo, et circumdedit me felle, et labore (4). No deja de clamar y rogar, mas parece que Dios excluye su oración, agrava sus prisiones, cierra sus caminos con piedras cuadradas (5) que por ningún lado se pueden mover; desbarata sus sendas, porque aquellos caminos por donde había empezado a

(1) Job., 7, 20. — (2) Ps., 4, 9. — (3) Jerem. Thr., 3, 2.
(4) Ibi., v. 5. — (5) Ib., v. 9 et 11.

hallar senda, las halla como desbaratadas; y toda turbada, pierde el ánimo y el consejo. Mas, ¡oh cuánto enseña el Sumo Bien en esta prueba de fuertes; y cuánto alumbrará con esta noche y tinieblas! Dichosas las almas que así fueren fieles.

Estando, pues, así mi alma encomendándose mucho a mi padre san Francisco, aunque el clamar en este estado es como quien clama debajo la tierra, o en el profundo del mar, que nadie lo oye. Mas este día me pareció oírme mi santo padre y darme a entender, aunque no con palabras expresas, mas como si dijera: "No tenemos abandonado el cuidado de tu alma, no es negocio como el que tienen los hombres de un nido de hormigas, que no hay más que dejarlas andar. Es negocio de Dios y de criaturas suyas, es negocio de alma y de vida eterna", etc. Parecíame que esto lo entendía de todos mis santos abogados; respiré un rato, y después, yendo con grandes tormentos a oír misa, me pareció que decía el enemigo: "muy bien la tengo apretada y cercada, porque en las cosas espirituales que más ama, y sin quien no puede vivir, le pongo mayores horrores, que la atemoricen y atierren; y para su confesor le tengo cerrado el camino, y sembrado de espinas y abrojos." Yo no he tenido más consuelo que clamar a Nuestro Señor, fijarme como podía en la fe y confianza, aunque la batería por todos lados aprieta con furor en estas ocasiones (1).

Habíanme dicho algunas personas buscara confesor en San Francisco, pues se impedía el tenerlo en la Compañía. Yo estuve mucha parte de la noche clamándole a mi santo padre me guiara a lo que fuera agrado de Nuestro Señor, y al antes de romper el día, queriendo recogerme más en la oración, me quedé dormida, y me hallé entre muchos padres misioneros de la Compañía, que iban con palmas en las manos, como las que se reparten el día de Ramos, y sólo en sotanas ceñidas; yo los seguía caminando de rodillas con grande prisa, y tánta ternura, que dos horas estu-

(1) Omitido este pasaje en la 1ª ed. de 1843. (N. del E.)

ve llorando a grandes sollozos, hasta que uno de los que se iban, me dejó una linternita pequeña; y conmigo quedaban otros padres, que estaban como manteniéndome, porque los grandes sollozos y llantos que yo tenía, me quitaba las fuerzas, y desmayaba. Al cabo de dos horas, volví en mí confortada, sosegada y admirada de la fidelidad que allí se me descubrió de mi Señor Dios, a quien alaben todas las criaturas posibles. Quedé con ánimo para padecer por tan buen Señor.

Esto fue miércoles al amanecer, día de mi padre san Francisco y día que tengo encomendado a mi grande y querido padre san Ignacio, y a todos los santos de la Compañía, con el santo príncipe san Miguel.

AFECTO 50º

ES BREVE EL TIEMPO DE PADECER, E INTERMINABLE EL DE GOZAR. VISION CONSOLATORIA.

Después de algunos días entendí esto (1): "Mi tiempo no ha venido, el vuéstro está presente." Entendí y sentí, cómo el tiempo de mi alma, para hacer y padecer por Nuestro Señor, es el de la vida mortal; tiempo corto y limitado en que el alma muestra sus finezas para con Dios amantísimo, esposo suyo; y el tiempo del Señor es el de la vida eterna en el reino que nos tiene prometido, donde mostrará sus finezas, y desempeñará su palabra. Por tanto, alma mía (2): *expecta Dominum, viriliter age: et confortetur cor tuum, et sustine Dominum.*

Espera al Señor que no tardará; parézcate corto todo el tiempo, para servir a un Señor que eternamente ha de premiar. Muéstra en el tiempo de la vida mortal el amor que tienes al Señor, que El eternamente te ha de mostrar el amor que te tiene. Espera,

---

(1) Ps., 26, 14. — (2) Joan., 7, 6.

que si esperas es al Señor grande, y grandemente digno de ser loado y alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte. Espera, que esperas al Señor, que es la suma verdad y fidelidad, y no faltará su palabra; el cielo y la tierra faltarán (1), mas una jota de sus palabras no se perderá. Espera al Señor en tu tiempo con fidelidad, pues quizá ya te dice (2): *"tempus meum prope est;* ya se acerca mi tiempo." Alma, trabaja varonilmente que se acaba tu tiempo de servir y merecer, y llegará mi tiempo de mostrar mi magnificencia y largueza en premiar. Confórtese tu corazón, para correr al premio y a la corona; pues esperas al Señor que será conocido en su casa con nuevos loores, cuando te recibiere y mostrare su magnificencia y misericordia. Haz varonilmente y sufre las pruebas que de ti hiciere el Señor: *sustine Dominum.*

En este tu tiempo convida al Señor y hazle banquete en tu casa, y en tu tierra, amando, sirviendo y sufriendo; buscando de noche, con trabajo, estos tres panes a las puertas de su misma misericordia, para mantener en tu casa al que en ella quiere ser conocido y hospedado; pide, llama y ruega con instante perseverancia, que lo puedas *servir, amar, y padecer por El,* en tu casa, esto es, en el tiempo de la vida mortal, haciendo varonilmente confortado tu corazón y sufriendo; para que cuando se acabe tu tiempo, el Señor sea conocido en su casa, llamándote a las bodas y gran cena de la vida que no tiene fin.

Cuida tú de mí en tu tiempo, esto es, de servir y cumplir mi voluntad en el tiempo que te resta de la vida mortal; que yo cuidaré de ti en mi tiempo, te consolaré en la eternidad.

¡Oh alma mía!, tú misma, y no otra (3) por ti, has de ver a tu Redentor; y puede ser que bien breve, o

(1) Matth., 24, 25. — (2) Matth., 26, 18. — (3) Job., 19, v. 25 et 27.

benigno, amoroso y apacible, o terrible y enojado; pues ¿cómo duermes, cómo descansas, cómo sosiegas? Con este gran cuidado ¿cómo ríes, o gastas alguna partecita de tiempo, aun muy pequeña, en cosa que no sea procurar contentarlo?

El tiempo del Señor va viniendo, y tu tiempo se va acabando. Míra que no habrá más tiempo; por el que vive en los siglos de los siglos, que no habrá más tiempo (1). ¡Oh, vive de manera que ponga el Señor paz en tus fines, y sean tus fines en paz (2), y quedes saciada con aquel manjar escogido, sustancial y sabroso de su vista, fruición y comprehensión!

Pasados cuatro meses, y que ya tenía esto olvidado, el día de ceniza, habiendo comulgado, vía a la Santísima Virgen con el rostro lleno de lágrimas, parecía impetrándole de Nuestro Señor consuelo en sus grandes trabajos, y que Nuestro Señor Jesucristo le respondía: *"quid tibi* (3), *et mihi est?; nondum venit hora mea."* Como si dijera: no hay causa de verdadera pena (que sólo es la culpa) y de consolar a esta alma; no ha venido todavía mi tiempo, que será el de la eternidad, etc. Entonces se acordó de lo que está escrito arriba: *tempus meum nondum advenit.*

AFECTO 51º

PARA NO ATURDIRSE CON EL RUIDO DE LAS PASIONES, EL GRANDE ANTIDOTO ES HUIR DE SUS TINIEBLAS.

Sentí una grande tribulación y confusión, con tentaciones y persecuciones interiores y exteriores de dar oídos a las criaturas, y querer entender o remediar la inquietud interior y penas que traía, y extra-

(1) Apocal., 10, 6. — (2) Ps., 147, 14. — (3) Joann., 2, 4 et 7, 6.

ñarla mucho en mi alma, teniéndome por perdida y engañada por lo que en mí experimentaba.

Habiendo comulgado entendí estas palabras: *estos son los habitadores del país,* como si me dieran a entender: mientras el alma anda peregrinando en la tierra, no han de faltar estas guerras y efectos de ellas; mas así como el peregrino que va por un país de ruines moradores, lo que hace es huír de habitar entre ellos, y dar prisa a su camino, para alejarse de aquella región penosa, así el alma, mientras mayores guerras sintiere y afectos de tierra, más prisa se ha de dar a volverles las espaldas quietamente, sin turbarse ni cargar el juicio en decidir ni entender su confusión, porque las pasiones irritadas de los demonios, levantan aquellas voces de confusión, y hablan en aquella lengua, que no se conoce por su turbación; mas has de correr, abandonándolas y huyéndolas, caminando hacia la luz por que no te comprehendan las tinieblas.

No clames a las criaturas que no podrán librarte; mas tu voz sea al Señor, diciendo lo del salmo (1): mi voz clamó al Señor, mi voz a Dios, y El me entendió: en el día de mi tribulación busqué a mi Dios, levantando a El mis manos, como quien en la noche busca con las manos y el tiento: *exquisivi, manibus meis nocte.* Así que muda con las criaturas en lo que te perturba y aflige, has de clamar a tu Dios, y proseguir en las obras y ejercicios santos, que no serás engañada ni menoscabada.

Tu alma rehusará ser consolada, mas acordándote de tu Dios vivo y verdadero, en El te deleitarás, y te ejercitarás hasta que descaezca tu espíritu, para que viva en ti el espíritu de Dios. Anticípense tus ojos a las vigilias, teniéndolos abiertos para cuando venga la luz; así no hablarás en tu turbación; pensarás en los días antiguos, cuántas cosas fueron, y ya no son; de cuántos trabajos y penas sacó Dios a los suyos;

(1) Ps., 76.

cuántas cosas se han revuelto sobre la tierra, y ya no son; que poca o ninguna sustancia tiene lo que no es Dios; y que sabe Su Majestad hacer camino por en medio del mar, y por muchas aguas; que no olvida hasta el fin, ni contiene en su enojo sus misericordias, pues cuando parece airado, se acuerda de ellas.

AFECTO 52º

PIDE REFRIGERAR LA SED DE AMOR EN LAS TRIBULACIONES DE AMOR.

Señor mío, bien mío, amor y esperanza mía: ¿cómo no te compadecéis de tánta miseria, de tánta pobreza, de tánta ceguedad y desnudez, de tánta necesidad y aflicción como es la mía? ¿No dice, Señor, vuestro profeta (1): *vide Domine afflictionem meam,* porque se ha levantado mi enemigo; y el otro: *vide humilitatem meam, et laborem meum,* como que en viendo tus piadosos ojos la aflicción, la humillación, el trabajo y dolor, la necesidad y pobreza, la multitud de tus misericordiosas entrañas no pueden contenerse en remediar al afligido, consolar al pobre, perdonar al culpado? ¿Cómo es esto, luz inmensa, que entrando tántas veces dentro de mí, me quede ciega, me quede a oscuras? ¿Tan invencibles son mis tinieblas, tan tibios mis clamores, que estando dentro de mi pecho no los oís? Aun cuando ibas transeunte, clamó el ciego, y le diste vista. Oh Señor mío, Jesús, mi alma te clama, *magis, ac magis,* aunque increpada de mis enemigos para que calle. ¡Oh Jesús, hijo de David, mansísimo perdonador, acuérdate de tus mansedumbres, y ten misericordia de mí! (2). *Multitudo viscerum tuorum, et miserationum tuarum? super me continuerunt se* (3).

---

(1) Thr., Jer., 1, 9. — (2) Marc., 10, 47. — (3) Isaiæ., 63, 15.

Si lo que más mueve a un pecho piadoso es la mayor miseria, ¿cuál miseria como la mía, Dios mío, ni cuál piedad como la tuya? Mirad, Señor, que muero y perezco de sed. ¿Cómo puede ser esto, Dios mío, entrando tantas veces vos en mi pecho, que sois fuente de aguas vivas?

¿Cómo tan desnuda, cómo tan pobre, teniendo dentro de mí la misma caridad que sois vos, la misma riqueza? (1): *visitasti terram, et inebriasti eam: multiplicasti locupletare eam.* Oh Dios, ¿quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar, día y noche, tánta desdicha mía; que en medio de la luz, y recibiendo dentro de mí la fuente de la luz, esté ciega; que en medio del fuego permanezca helada; que con la misma riqueza dentro de mi pecho, esté tan pobre? ¡Oh Jesús, dadme que vea para que ame, quién sois vos para morirme por vos, Dios-hombre, despedazado por mí. Dadme que vea quién soy yo para aborrecerme, la hermosura de la virtud para seguirla. Vea vuestros pasos, Señor, para andar en vuestro seguimiento; consolidad las plantas de mis pies para que camine, y para que corra siguiendo vuestros pasos, Cristo Jesús, hijo de María, mi salud y esperanza. Señor (2), *ut mideam* la vileza y falsedad de la codicia, de la vanidad, del interés humano, de la vana estimación, para huírla y despreciarla. *Domine, ut videam* la abominación, y infinita malicia del vicio y de la culpa, para aborrecerla y morir mil veces antes que cometerla. *Domine, ut videam* la grandeza de las cosas eternas, y de los bienes que nos están prometidos, para desearlos y pretenderlos, por hallarte en ellos, y poseerte Sumo y Eterno Bien, porque esta es tu voluntad, nuestra santificación. Dadme Señor que vea quién eres y quién soy; qué es tu gracia y qué es la culpa; qué es el cielo y qué es el infierno; qué es el tiempo y que es la eternidad; qué es el criador y qué son las criaturas; qué es la estimación humana y qué es la aceptación divina.

---

(1) Ps., 64, 10. — (2) Marc., 10, 51.

AFECTO 53º

PEQUEÑAS IMPERFECCIONES RETARDAN CON SU PESO LOS VUELOS DEL DIVINO AMOR: LO QUE SE LE MANIFIESTA EN UNA VISION.

En diciembre a 29 antecedente, habiendo caído en algunas faltas, cuando me recogí, me hallé en sueños en la portería del convento, a donde llegaba una vistosísima procesión con mucha música; y en abriendo yo la puerta, me encontré con ella, y lo primero que venía, o me recibió, fue el padre que nos da la comunión; traía el Santísimo Sacramento en las manos, y venía acompañado de muchos ángeles, como acá los pintan, muy hermosos, con vestiduras verdes. Toda la procesión y música entró, y pasaba derecho por el claustro; yo me hallaba con unos ardentísimos deseos de seguirla, e irme con ella; mas me hallaba atada, y como impedida, con una vestidura vieja; sentía grande agonía y congoja, viendo que la procesión y el Señor pasaban, y yo no me hallaba ligera y suelta para seguirlo.

Conozco que mis faltas, amor propio, etc., me detienen para no ir a mi Dios como deseo; como si Su Majestad dijera a mi alma: ya querrías tú estar en la patria celestial; mas aún es tiempo de guerra, de examen y de trabajo, pruébate, cíñete, purifícate, y véncete siete veces, y siete veces siete; procura entrar cada día en el baño de la contrición y dolor, para que más y más te limpies de la lepra de las pasiones humanas y afectos de tierra.

¡Oh alma mía! A cuán alta, cuán magnífica, cuán santa posesión aspiras! ¡Oh cómo es así verdad, que por larga que sea la vida, para esta prevención será corta! En aquella ciudad santa, no entrará cosa inmunda ni manchada (1); allí el Cordero inmaculado es su luz, y con ella se han de ver limpias las que lo siguen.

Lava, por cada noche de las escuridades de la vida mortal, tu lecho, en que yaces como enferma; y con lágrimas riega tu estrado, rogando al Señor Dios tuyo: *amplius, Domine, amplius lava me, munda me; miserere mei* (2), según la multitud de tus miseraciones, con que tántas veces perdonas y sanas; borra mis iniquidades, y vuelve a lavarme y limpiar mi alma de la culpa, que ya mi Dios conozco que siempre hay qué perdonar, qué lavar y qué limpiar en esta alma; mas si Tú, Señor, me lavares, quedaré más limpia que la nieve.

AFECTO 54º

CUANDO POR CAUSA DEL DIVINO AMOR PENA EL CUERPO, AGONIZA TAMBIEN EL ALMA; Y SE LLENA DE DIOS, CUANTO MAS MUERE A SI.

Padre mío muy amado en Nuestro Señor: porque me diga qué tengo de hacer, y quedar advertida en todo, porque yo estoy en que no hallaré en mi destierro otra ocasión como ésta, digo que aquellas ansias que padece el corazón, me parece son unas ansias de unirse con el Sumo Bien, tan fuertes, que desmayan el cuerpo y quitan las fuerzas, y causan un dolor sensible en el corazón, que duele el pecho, brazos, y espaldas, con un modo de ahogo que quita el aliento; y el alma está tal que sólo me parece se explica con aquel: *concupiscit et deficit anima mea;* y como el impedimento para esto es el propio amor, o estimación, y igualmente anhela por dejarse a sí, y así se alivia con desear aniquilarse, y deshacerse delante de Dios en aquel abismo de su nada, y en un total entrego de su voluntad. Y para con las criaturas desea

(1) Apocal., 21, 27. — (2) Ps., 50, 4.

ponerse tan llana y baja, que cualquiera perrillo pueda hollarla, sin que se le permita el más leve movimiento de sentimiento o alteración, antes dejarse gobernar de cualquiera voluntad, aunque sea contraria a la suya, aunque para ello sea menester ser tratada como un estropajo en la opinión o intereses, como no sea en cosas contra el gusto de Dios, hallando su descanso en el desprecio y humillación.

Conocía que cualquiera que le ayudare a morir a sí misma, le ayuda a su mayor bien, como aquellos vasos (1) que, para ser llenos de aceite, fue necesario que estuviesen vacíos de otra cosa; así el alma de Dios y de su gracia, cuanto más muriese a sí misma.

AFECTO 55º

SERMON DEL MONTE, PARAFRASEADO CON EL SALMO XIII, *DIXIT INSIPIENS,* CON EL DECALOGO Y CON LA ORACION DOMINICAL.

Habiendo padecido un día de estos varias cosas que perturban la paz interior, con ocasiones ya exteriores, ya interiores, gemía y clamaba a Nuestro Señor por mi destierro, no porque me librara de padecer, sino por las contingencias en que me veo de perderlo y ofenderle: porque había sido grande mi turbación y congoja interior, con una guerra, y oscuridad grande, fui a buscar mi consuelo (porque me vía ya casi perdida) en aquella doctrina de Nuestro Señor y querido maestro, en quien siempre hallé la medicina de mi alma, *Bienaventurados los pobres de espíritu,* etc.

(1) IV. Reg., 4, 3.

Considerando aquel sermón que hizo (1), se representaba a mi consideración en una soledad apacible, desde donde yo vía esta máquina del mundo, tan llena de confusión y oscuridad, cual no sabré decir. Vía todas las cosas en un continuo movimiento, el sol, la mar, los ríos, etc., y una grande multitud de criaturas racionales, llenas de confusión y desorden. Entendía aquel salmo que dice (2): *dijo el insipiente en su corazón: no hay Dios,* y de este olvido y ignorancia le nació el *no amar al Señor Dios suyo;* y cegado este principio y fuente de la vida, que es acerca de Dios, y en cuya luz se ve la luz (3), se corrompieron sus caminos, y fue hecho abominable en sus estudios, tomando en vano su santo nombre, *jurándolo en cosas vanas y falsas.* No habiendo quien haga bien *santificando sus fiestas* y Santo nombre: *perdiendo el respeto a la ley y razón natural,* siendo veloces sus pies *para derramar la sangre de sus hermanos, sembrando corrupción* y cogiendo infelicidad y dolor en sus caminos, no conociendo los caminos de la paz, *usurpándose los bienes,* con dolos, ambiciones y engaños. No está el temor de Dios ante sus ojos, *hablando dolos, mentiras y engaños* con sus lenguas, devorando y tragando a los pobres, como quien come el pan; siendo sus gargantas sepulcros abiertos, no hartos con los huesos muertos que encierran, sino *codiciando,* y aparejados siempre para tragar otros.

¡Dios del cielo!, míra sobre los hijos de los hombres, si hay quien entienda y busque el bien, pero es infinito el número de los necios: todos declinaron, y fueron hechos como inútiles, etc.

Todo esto, y todos los vicios se representaban con figuras espantosas y tristes entre aquella confusión que había en el mundo; y para remedio de todos estos males, recebía el alma aquellas palabras que dijo el Divino Maestro abriendo su santísima boca, y levan-

(1) Matth., 5. — (2) Ps., 13. — (3) Ps., 35, 10.

tando sus ojos al cielo: *Bienaventurados los pobres de espíritu.* Aquellos que teniendo el corazón en el cielo, son hijos de la luz, y del Padre celestial, diciendo con las obras y afectos: *Padre nuéstro que estás en los cielos,* tienen allá su conversación, y viven amando al Señor Dios suyo, con todas su fuerzas, con toda su mente; viven más donde aman que donde animan. Así, se tienen en la tierra como peregrinos y extraños, no apreciando en su destierro bienes que se han de quedar; desnudando el afecto y espíritu de todo lo que no es Sumo Bien.

Así, son *bienaventurados los pacíficos, que santificando el nombre de su Padre celestial,* serán llamados hijos de Dios, y en la ciencia de paz con que viven, será glorificado su Padre Dios, cuya habitación y morada (1), cuyo lugar de descanso es hecho de paz, Estos son los fuertes (2), cuya guerra contra los vicios es paz dichosa para con Dios, guardando su atrio en paz. Estos son los que no traen discordias (3) entre sus hermanos, porque todo su vencimiento lo pusieron en sus pasiones. Estos son los que suben (4) con manos inocentes al monte de Dios, como hijos suyos, honrando a su amado Padre. Estos son de la generación de los que lo buscan, buscando la faz y presencia del Dios de Jacob; los que haciéndose violencia a sí mismos, conquistaron, y arrebataron el reino de Dios, que está dentro de ellos. Estos son los que no abrigaron en su pecho la serpiente por ocuparse en perseguir las moscas del aire.

Bienaventurados, pues, son los mansos y humildes de corazón, y a ellos *ha venido el reino de Dios,* en esta vida por gracia, siendo humildes jumentillos (5) en que entra triunfante su Señor, aunque en lo exterior humillados, teniendo toda su gloria en lo interior; éstos poseen la tierra de sus corazones, sin los vientos de la vanidad y soberbia, y como en reino de Dios, y heredad suya, se hallan muros y ejércitos de

(1) Ps., 75, 3. — (2) Lucæ., 11, 21. — (3) Prov., 6, 19.
(4) Ps., 23, 3 et 4. — (5) Zachar., 9, 9.

defensa; fuentes y ríos de doctrina; ciudades y torres de refugio y amparo; mantenimientos substanciales y suavísimos. A éstos, acabada su peregrinación por el desierto de las criaturas, está prometida la tierra de los vivos, donde se establecerá el reino por todos los siglos.

Pues, *bienaventurados son los limpios de corazón*, que limpios de su propia voluntad, piden y desean *que se haga la de Dios, así en la tierra del cuerpo como en el cielo del alma;* así en la vida temporal como en la eterna. Estos son los que, uniendo su voluntad a la divina, suben, como llamas y hachas, a buscar su centro; y purificados sus afectos, como el oro en el crisol, en aquel divino fuego, gustarán y verán cuán suave es el Señor; y sabemos que cuando aparezca su gloria, lo veremos como es (1). Estos son los que limpios en el bautismo, otra y otra vez se lavan en el bautismo de la penitencia, porque conviene cumplir toda justicia; otra y otra vez blanquean sus vestiduras en la sangre del Cordero (2).

¡Oh, pues, *bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*, y cuyas bocas siempre están abiertas esperando de su Padre celestial el sustento, y pidiéndole cada día: *panem nostrum quotidianum da nobis hodie!* Estos son los que, como el ciervo sediento, anhelan por las fuentes de las aguas, teniendo sed y hambre de toda justicia; o sea el pan de dolor, o sea las aguas de tribulación, todo lo beben, o sea el pan mezclado con la ceniza (3) de la humillación y penitencia, o sean las lágrimas en la medida que les da la causa de su dolor; siempre están sedientos, siempre tendrán hambre de la justicia y santidad, para unirse más y más a su bien; bebiendo de la doctrina y amor de Jesús, fuente de vida, tendrán más sed; y comiendo de su corazón y de su carne, en el pan sacramen-

---

(1) I. Joann., 3, 2. — (2) Apocal., 7, 14. — (3) Ps., 101, 10.

tado, tendrán más hambre. Mas ellos serán saciados, aquí con dones de su gracia, que no está abreviada la mano de su Señor, y después satisfechos y llenos, cuando apareciere su gloria, a los hambrientos llenará de bienes.

Pues, *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia,* y podrán pedir con confianza: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Estos son los que toman el ejemplar que se les dio en el monte. Estos son los que hacen todo bien; éstos los que sufren todo mal. Esta es la caridad que no se hincha, que no emula (1), que no envidia. Esta es la caridad benigna, paciente y humilde. Esta es la ley del amor, que se atreve a decir a su Señor y amado: Padre, así como yo perdonare, perdóname Vos.

Y así será echado en la cárcel el siervo malo y inicuo (2), porque no perdonó a su consiervo, perdonándolo a él su Señor. Esta es la caridad que sufre paciente al semivivo en sus flaquezas; ésta es la que cubre la multitud de huesos muertos; ésta la que aplica el vino y aceite a las heridas (3) del que cayó en el camino; ésta la que ata lo que el cuchillo de la crueldad y discordia, dividió y derramó, etc.

Este es don que desciende del Padre de las lumbres, y de cuya satisfacción se hará cargo en el día que juzgue, diciendo (4): *Lo que por uno de mis pequeñuelos hicísteis, por Mí lo hicísteis.* Porque éste es certamen fuerte que les dio, para que venciéndose a sí mismos, sepan que es sobre todo poderosa la sabiduría, pues de las miserias de que tanto abunda la tierra, le hace sacar tesoros de inmortales riquezas para el cielo, dando por esta margarita preciosa todo lo que tiene suyo, comprando con las cosas bajas las muy altas.

---

(1) I. ad Corinth., 13, 4. — (2) Matth., 18, 23. — (3) Lucæ., 10, 30. — (4) Matth., 25, 40.

AFECTO 56º

PREGUNTAS SIMBOLICAS DEL AMADO; Y RESPUESTAS GRANDIOSAS DE LA AMADA.

¿Como podrás tú gobernar la nave, en la variedad de riesgos y suertes que la combaten en el mar de la vida, lleno de varias olas, tempestades y borrascas, de tántos bajíos, escollos, y vientos, de tántos corsarios y piratas? Míra, cómo fuera un pequeño infante embarcado en el mar, sólo en los brazos de su padre, quieto y confiado; y cuán segura fuera una querida esposa, al lado de su señor y esposo, sin cuidar de otra cosa que de no apartarse de él, y entregarse toda a su voluntad, y a darle gusto y hacerle placer, sin querer más estar en la mar que en la tierra, ir por un rumbo que por otro, porque todo su rumbo, su norte, y su descanso, y toda la proa de su intención endereza y entrega a su Dios, y su amor, cierta de su inefable amor, sabiduría y poder.

Oh Señor, todas mis cosas son tuyas, y en teniéndote unido a mi corazón, todas mis cosas llevo conmigo. Si subiere al cielo, allí estás Tú (1); si bajare hasta el infierno, y hasta lo profundo del mar, allí estás Tú, y contigo todos mis bienes. Si tomare plumas para volar la nave de mi alma al amanecer tu luz, y me llevare a los extremos de mar, tu mano es la que me lleva; y si habitare allí como que no prosigo mi navegación, allí me tiene tu diestra; y si viniere la tempestad en el espíritu de pusilanimidad, y dijere; ¿por ventura las tinieblas me hollarán?, tu amor y tu bondad hará que estas tinieblas y esta noche sean mi iluminación en mis delicias, porque a donde Tú estás, no escurecen las tinieblas, antes la noche alumbra como un claro día; y para el que de veras ama, como no se aparte de su amado, como la luz son las tinieblas.

---

(1) Ps., 138, 8 et sequent.

Así que la esposa que de veras ama, no conoce más voluntad que la de su Señor y esposo; y si el le preguntara: ¿dónde quieres que vamos, dónde quieres que estemos?, sólo respondiera: yo qué se, Señor, yo qué sé, llevadme donde quisieres. Y no tengo más patria que a vos, yo olvidé mi pueblo y la casa de mi padre, yo no busco en el campo otro tesoro, pues todas mis cosas y a mí misma dí por vos. Yo no aspiro a otro reino que a vos, que sois mi reino y mi riqueza, y estáis dentro de mi corazón. Yo no busco seguridad en la firmeza de la tierra, ni temo riesgos en el mar, estando contigo, porque si me tienes junto a ti, la mano de cualquiera pelee contra mí (1).

AFECTO 57º

LA ALMA QUE PERMUTA LA PROPIA VOLUNTAD POR LA DIVINA, MEJORA DE DUEÑO Y DE FORTUNA.

En una ocasión gozaba mi alma una inefable dicha, parecíame estar tan ajena de mí, como la heredad que se vendió a otro dueño, y él dispone y hace de ella lo que quiere. Y algunas veces me sucedía viendo buenos afectos y determinaciones en mi alma, lo que le sucediera a una pobre viuda, o a un inútil labrador, que por hallarse del todo incapaz de cultivar su viña, la hubiera dado con fijas y públicas escrituras a un gran señor, y que después viera las obras que aquel señor hacía en aquella casa o tierra, que dijera con admiración: mirad, cómo aquella tierra que por mi inutilidad y malicia era una cueva de serpientes y escorpiones, cómo está ya con flores y con frutos. Mirad cómo aquel señor edificó en ellas los muros que yo hice caer. Mirad cómo corre, clara y limpia, el agua que en mi poder era un cie-

(1) Job., 17, 3.

no y un charco. Mirad cómo le edificó una torre, donde sólo había piedras y ruinas. ¡Oh, qué mano tan poderosa! ¡Oh, qué dichosa heredad, que así mejoró de dueño y de fortuna! ¡Que el que era muladar en mi poder, esté hecho un palacio! ¡Oh, si yo volviera a allí, cómo volviera todo a destruírse y caer; cómo brotaran otra vez asquerosas sabandijas! ¡Oh heredad muy dichosa, el tiempo que fueres de este dueño! ¡Oh desdichado y infeliz tiempo para vos, el tiempo que fuiste mía! ¡Oh cómo temo que aún el veneno de mis ojos os pudiera hacer mal y destruir, si no os guardara tan poderoso dueño! ¡Oh Señor, conviértete a mirarme misericordioso, y libra mi ánima de mí misma, porque en las manos de mi propia voluntad, volviendo esta heredad a ellas, le dará a todo muerte; y en esta muerte no quedará memoria de ti, en lo que habías edificado en ella! No quedará piedra sobre piedra, serán disipados sus muros, obscurecida su luz, cegada su fuente, cubierto de cieno el pozo de sus aguas, y vuelto agua pesada su fuego (2). Crecerán las yerbas por sus paredes, se caerán éstas, y quedará expuesta a los caminantes. Míra Señor, y considera que será hecha vil. ¡Oh, si aquella tierra supiera de dónde le vino el bien, y de dónde podía venirle el mal, cómo se allegara a lo uno, y huyera de lo otro! Cómo por todas sus bocas, como sedienta de su amor, clamaras: *mihi autem adærere Deo bonum est* (2).

¡Oh, pues, tierra dichosa el tiempo que te gobernare la voluntad de tu Señor, alégrate, la que eres desierta; exulta y alaba, la que estabas sola y árida (3), porque tendrás estanques de purísimas aguas de su gracia, y saciarás tu sed con las fuentes de las aguas de vida. Adonde crecían las hortigas y las zarzas, nacerá el cálamo y la juncia, y darán su olor el lirio y azucenas. Aquella sentina de malos olores, será un jardín ameno, adonde sople el céfiro

---

(1) II. Machab., I, 20. — (2) Ps., 72, 28. — (3) Isaiæ., 54.

suave del Espíritu Santo, y den su olor y fragancia las eras de las flores.

Aquella tu triste oscuridad en que vestías tu paredes de luto, como viuda, se volverá en luz tan graciosa como los adornos de una bella desposada. ¿Pues, qué quieres hacer? ¿Querrás, loca insensata, mudar de señor y dueño? ¡Oh triste, si tal hicieras, y tomaras las llaves de tu propia voluntad, vinieran los asirios y caldeos como águilas, leones y caballos veloces, y te pisaran, hollaran y destruyeran los vicios feroces, llevándote cautiva, desolando tus muros, derribando tu templo, robando tus riquezas; y fueras hecha cueva de ladrones, vil y abominable!

¡Oh Señor, Dios mío, y bien verdadero de mi alma: cuán ajena de mí quisiera verme a mí en Ti! ¡Oh, cómo no quisiera que hubiera en mí una respiración, que no fuera pasarme a Ti, darme, entregarme y traspasarme a Ti, centro del amor! ¡Oh, cómo lloro el triste cautiverio que padezco en tenerme a mí! ¿Cuándo, Señor, me arrebatarás a Ti, y me sacarás de mí, con una fuerza y dominio tan poderoso, que no pueda volver a tomarme? ¿Cuándo cortarás las manos de mi propia voluntad? ¿Cuándo atarás tan del todo mis pies con tus grillos y cadenas, que no pueda moverme, si no es adonde quisieres? ¿Cuándo secarás en mi corazón la vena, fuente, o cieno del propio querer, que es odio de mí misma? ¡Oh, cómo sólo en Ti se halla el alma, y en sí misma se pierde! ¡Oh, cuándo te pondrás como señal (1) sobre mi corazón, y sobre mi brazo, para que en todo se sepa que soy tuya, como trae el esclavo herrado las señales de su amo! ¡Oh, cuándo se leerá en todas las puertas y ventanas de la casa de mi alma aquel letrero de tus armas reales, que diga: *siempre sólo Jesús, único amor, solo amor!* ¿Cuándo, oh Dios, no habrá memoria de mí, siendo sólo Tú el alma de mi vida? ¡Oh desdichado movi-

(1) Cant., 8, 6.

miento, acción o intención, la que no gobernare tu santa voluntad y espíritu! ¡Oh años de mi vida, dignos de ser llorados!

AFECTO 58º

COMO LA NAVE ASEGURA EN EL LASTRE SU NAVEGACION, ASI EL ALMA SU VUELO EN LA RESIGNACION DIVINA.

Así que, alma mía, no remes contra el viento del Espíritu Santo y voluntad amable de tu Dios, que suave y fuerte sopla. Anda en tranquila paz, dando las velas a este dulce reposo y viento suave; así cuando una suave marea te recrea, como cuando con su fuerte inspiración te mueve y lleva veloz; mas mira que calmado, talvez te será forzoso ir a remo, con que impedida de los riscos no hallarás puerto, y talvez será necesario bajar, recoger y amainar las velas, por los vientos que contrarios soplan; porque a veces se ausentará Dios; a veces te perseguirán las criaturas; ya serás tentada de fuertes tentaciones; ya sentirás hastío, ya cansancio; ya querrás volar mucho, y has menester el lastre; ya te abrumará el peso, y es necesario echar de ti las cosas que te oprimen, y en todo mirar a tu norte y a tu estrella, y no mirar de dónde sopla el viento de la mudanza, ni seguirlo; mas proseguir el rumbo que te enseña tu sabio conductor, que es la voluntad y providencia de tu dueño, manifiesta en la voz de la obediencia y sujeción de tu propia voluntad, con firme y alentado corazón en el que gobierna y mitiga la potestad del mar, al que obedecen las lluvias y los vientos, el que te lleva y guía como esposo poderoso y amante, como padre próvido y sapientísimo, que sabe sacar miel de la piedra, olio del peñasco durísimo, y de las espinas flores.

Mira y considera, que mientras más cargada fuere tu nave de dolores, desprecios, pobreza y trabajos,

con pura intención de agradar a tu Señor, tanto serás más dichosa en llegando a la patria y término de tu navegación. ¡Oh, cuán alegres y festivos parabienes recebirás en el dichoso puerto, libre ya de las fatigas, temores y borrascas! Y mira que la nave anda al paso del viento, tanta es su velocidad con que no pára, y día y noche camina, como la saeta que vuela por el viento, como el ave que rompe los aires, como el segador que corta la mies. Así pasarán tus días, como sombra que mengua al salir del sol; y las lágrimas, penas y trabajos del tiempo limitado, corto, y breve, serán triunfos, palmas y coronas, por una eternidad que no se acaba.

AFECTO 59º

CUANDO CON EL EJERCICIO PRACTICO DE LAS VIRTUDES, POBREZA, OBEDIENCIA Y CASTIDAD, QUEDA DESNUDA EL ALMA DE LOS BIENES TERRENOS, Y AUN ESPIRITUALES, VUELA A DIOS CON ALAS DE AMOR Y ESPERANZA.

Entendía en la oración, o tenía una gran luz de los caminos por donde mi santo padre fue en seguimiento de Nuestro Señor Jesucristo; parecíame ser el camino de la nada, o total desnudez de todo lo criado, entrando y engolfándose por este camino, más y más en Dios, y en su ser inmenso; y esto entendía más con afectos del alma, que con discursos que se puedan expresar. Mas conocía cómo la *humildad* y profundo conocimiento propio, desnuda al alma de la lepra pesada, de toda estimación, de quererla o apetecerla. Cómo el andar por el camino de la *santa pobreza,* con efecto y afecto, desnuda y descarga de todo el peso, y grillos de las cosas humanas. Cómo la amabilísima virtud de la *castidad y pureza,* ayudada de la mortificación, descarga al alma del peso abominable de la carne. Y cómo la *san-*

la obediencia descarga y libra al alma del riesgo y peso de su propia voluntad, amor y juicio. Y cómo la *caridad fraterna,* y amor en Dios a las criaturas de su Divina Majestad, nos descarga de nosotros mismos, de nuestras conveniencias y afectos desordenados. Y cómo el alma, así libre y desprendida de todo con el ejercicio verdadero, y no sólo imaginario, de estas virtudes, no le resta sino es volar a su Dios, entrar y explayarse más y más en aquellos inmensos espacios de la caridad y amor de su Dios. Por donde conocí claramente no haber unión con Dios, camino de la nada, o despego de lo criado, volar al centro, y no parar hasta llegar a él, más que por el ejercicio práctico de estas santas virtudes; y más y más volará a Dios, el que más y más tuviere de ellas; pues el alma, así desasida de lo terreno, vuela a lo eterno, y así limpia y desembarazada de las cosas criadas, está capaz de que venga Dios a ella, y habite en ella, como en su templo y casa.

Conocí que estas alas del alma con que se levanta de la tierra, son la esperanza fija, segura y firme en su Dios, de los bienes eternos, y del mismo que es el bien de los bienes; y que así como las alas dilatan, ensanchan, y alegran los caminos, así es propio efecto de la santa esperanza dilatar y alegrar y levantar el alma. Así el santo rey decía (1): *"el camino de tus mandamientos corrí, cuando dilataste mi corazón."* Y como el labrador que labra la tierra, y esperar el precioso fruto de su trabajo se lo hace ligero, así dice: *"incliné mi corazón a hacer en todo según tus justificaciones, por la retribución."* Y como el alma espera, y vuela con la esperanza, a aquel objeto amabílismo de su Dios, no tiene término su vuelo, o su camino; vuela alegre, dilátase y corre tras la retribución, y pasando por los inmensos bienes de gracia y gloria, como por altísimos, hermosísimos, y

(1) Ps., 118, vs. 32, et 112.

riquísimos montes de bienes inefables, entra en aquel espacio inmenso de su Dios en sí mismo, traspasando y trascendiendo el monte, y los montes, como pájaro, no parando en los bienes, no ya terrenos, que ésos eran grillos, tierra y lodo, mas aun en los bienes espirituales, como quien pasa por los montes para llegar al centro, que es el mismo Dios, cuyo reino está prometido a la dichosa pobreza del espíritu con que el alma ha soltado todas las cosas que le eran impedimento, peso y estorbo. ¿Mas qué bienes halla en aquella región de paz, de vida y de salud? Eso no es dado a ningún hombre el decirlo. Vuela alegre y dilátase más y más en su Dios, y por todas partes (1) suena voz de alegría y salud, y de inmortalidad llena y perfecta de todo el bien. Y volando con estas alas de oro y plata, rica y dichosa del amor y esperanza, se recuesta y descansa en los términos, viendo que es sin término el fin que ama, y su vuelo es descanso, y su reposo es vuelo, porque tomando plumas como águila, vuela, y no descaece, porque el objeto a que aspira, y adonde anda con la confianza y amor, es infinito. Y anegada en una inefable admiración, corre tan olvidada de sí misma, que a sí misma pierde de vista, y sólo está anegada en el bien que ama. Mas mira que este maná escondido sólo se da al vencedor, al que ha quebrado los grillos y cadenas, y arrojado los lazos y los yugos con que araba la tierra, hecha cautiva la hija de Sión, trabajando en fabricar casa a los señores crueles que la dominaban, y hacían ahogar sus primogénitos, y todos los afectos y deseos, que, como varones, podían llegar a ser fuertes, y a librarse de los crueles egipcios, y tierra de tinieblas.

Mas al vencedor se dará un nombre nuevo, y andará en la verdadera libertad de los hijos de Dios, gustando, y sustentados como fuertes luchadores, y ver-

(1) Ps., 117, 15.

dareros israelitas, de este maná escondido a los ojos de los hijos de este siglo. Así a Jacob rogando, llorando, y luchando, se le dio un nombre nuevo (1), y vio venir la aurora, y claridad del día.

También conocí cómo el temor demasiado, y pusilanimidad, encoge y detiene al alma, y la hace flaquear en la esperanza; como si a una ave le quitaran las alas, caería en tierra inútil e inhábil, así el temor, y descaecer en la esperanza, de donde se ve cómo el principio de la magnanimidad y su raíz, es la santa humildad, pobreza, etc.

AFECTO 60º

TANTO AYUDAN PARA IR A DIOS POR DISTINTAS VIAS LA VARIEDAD DE AFECTOS DE AMOR, COMO LA VARIEDAD DE SENTIMIENTOS DE PROPIA HUMILLACION.

En aquel salmo que dice (2): *alaben al Señor en sus santos, y en el firmamento de su virtud; en el sonido de la trompeta, en el salterio y la cítara; en las cuerdas y en el órgano,* etc., conocí con gran consuelo y recreación del alma cómo todas las cosas alaban a su soberano autor, cómo no hemos de querer que todos vayan por un camino, aunque todos caminan a un fin. Diferente es el sonido de las campanas al del órgano, y éste es diferente a la cítara y a la trompeta; mas todo espíritu alaba al Señor. Así no sólo en varias naciones, desde el oriente al ocaso, es alabado su nombre. Ni sólo en todas las órdenes, etc., mas en cada alma, como instrumento formado de sus divinas manos. No porque todas no sean órganos o cítaras; no porque todas no vayan por un camino, hemos de inquietarnos, ni inquietarlos, ni hacer bajo concepto de ninguna, pues no sabemos

(1) Genes., 32, 28. — (2) Ps., 150.

cuál place más al Señor, cuya gracia perfecciona, y no destruye la naturaleza.

Mas cada uno en su camino, y en la justificación que el Señor le pone, se justifique; mas no queriendo que todos sean de un modo, mas que cada uno perfeccione su obra. Y mira, aun en un instrumento solo hay varias voces, como las tiene el arpa y el órgano: unas suenan bajas y roncas, otras más altas, y otras más; y de esta variedad se compone la armonía y consonancia de la música. Pues así la hija del rey, que es su Iglesia santa, está adornada de variedad; y así la vestidura del hijo más amado de su padre, y así pasa en el alma sintiendo en sí varios afectos; mas, dichosa si todos van templados con la voluntad de su dueño en la consolación y desolación, en la prosperidad y adversidad, como en varias voces, siempre está templada, y agradable a su Señor, y con todo le alaba, bendiciéndole en todo tiempo, y no descaeciendo su alabanza en los labios del alma.

En la salud y en la enfermedad recibiendo de su mano (1), como los bienes, los males; pues tanto ayudan al instrumento músico, y lo componen, las voces altas como las bajas, las delgadas como las gruesas; y tanto ayuda subir con los afectos de amor y gozo, etc., como bajar con cualquiera humillación y trabajo. Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, es loable el nombre del Señor; y si en el día mandan sus misericordias, en la noche dispone sus cánticos. Siendo así que con el silencio de la noche, y recogida la vista con su obscuridad, suele atenderse mejor el sonido de la música, y ser más agradable. Así, recogida el alma con el sufrimiento en la tribulación y contradicción, por el gusto de su Señor, le da suave música; como subió a sus oídos, desde la tierra de su prisión y trabajo, el clamor de los hijos de Israel (2); y como es agradable a sus oídos la voz de la tórtola, que es de llanto y lloro (3).

---

(1) Job., 2, 10. — (2) Exod., 2, 23. — (3) Cant. 2, 12.

Así pues, no te desprecies en tu humillación, pues tu Señor no te desprecia, antes teje de variedad tu vestidura, y ordena tu música de varias voces. Mira que son inefables los caminos de Dios, y que embarcada con tu dueño y Señor, en esta nave, para pasar el golfo de la vida mortal, no debes tener atención al mar, pues el Señor lo gobierna, y vas con tu dueño y esposo; ni quieras gobernar la nave por tu saber, ni quieras desembarcar, ni hacer más largo el viaje, ni turbarte en muchas cosas; mas estate quieta, amando y oyendo a tu Señor a sus pies, con confianza, que esto sólo te es necesario (1). No está a tu cuidado y providencia gobernar la nave, refrenar las ondas; mas el Señor Dios tuyo mandará a la tempestad, y habrá bonanza. El es el que aunque parece que reduce hasta el infierno, deduce y saca, El es el que mortifica y vivifica (2).

AFECTO 61º

JESUS ES EL LIBRO DESCUADERNADO EN QUE LEE EL ALMA A LA LUZ DEL AMOR; LAMENTACIONES, CANTICOS Y AYES (3).

Jesús, esposo y esperanza mía, alegría mía y mi consuelo: vos sois aquel hombre que fue pospuesto a Barrabás; pues ¿cómo quiero yo preferirme a ninguna criatura? ¿Cómo no me gozo y alegro de ser desechada de las criaturas? ¿Cómo no anhelo al último lugar y abrazo los desprecios, si Vos, riqueza mía, fuisteis despreciado, y sois aquel hermosísimo ejemplar de los predestinados? ¿Qué es mi Dios lo que estimo, qué es lo que aprecio? Cuando me entristecen los desprecios humanos ¿querré yo mi parte con Barrabás, y que por mí se menosprecie, o dé sentencia a algún jus-

(1) Lucæ., 10, 39. — (2) I. Regum., 2, 6.

(3) En el manuscrito original, se lee al margen: "Año de 713 por octubre." (Nota del copista.)

to? ¡Oh miserable engaño, que más quiero la librea del mundo que la de Jesucristo! ¡Oh pobre corazón, y alma, que más aprecia las vanas y falsas estimaciones de los hombres (que cuando dicen bien, están sintiendo mal), que los aprecios de Dios, cuyo bien decir, es bien hacer! ¿Que más lleven y arrebaten los juicios errados, para querer, y gastar el tiempo en satisfacer a sus engaños, que en buscar el tesoro escondido de los aprecios de Dios todopoderoso, en el campo de los desprecios de los hombres, que son mentira y engaño?

¿No fue Jesús puesto entre ladrones; no fue reputado con los malos; no fue abominado de sacerdotes, de reyes, de letrados; no fue perseguido del pueblo; no fue desamparado de los amigos; negado y vendido de los discípulos? ¿No vivió con gran pobreza; no murió con gran dolor, afrenta y desamparo? ¿Qué parte de su cuerpo santísimo no padeció, y cuánto de su santísima ánima no se afligió, y llenó de angustias? ¿Qué cosas se dijeron contra su honra? ¿Qué hacienda poseyó en la tierra? ¿Qué salud le quedó, a quien quitaron la vida en una cruz a fuerza de dolores?

El fue el varón que supo de enfermedades (1), no teniendo sanidad desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. Este es el espejo en que la esposa fiel ha de mirarse, y en esta imagen ha de componer su hermosura la hija del rey; esté abatida, dolorida, y desolada, que su hermosura es ante su esposo en su interior secreto; secreto a los ojos humanos, y aun a los suyos propios. Pues ¡oh Dios mío, cuánta es mi ceguedad, cuánta mi locura, cuando no estimo, amo y adoro este rico tesoro de tu imitación en el padecer!

Amado esposo mío, Tú misericordiosamente pusiste en mi corazón deseos de tu santísima cruz, y como flaca, vil y cobarde, no la sé agradecer ni apreciar, cuando me la das, Dios mío. ¿Cómo quiero la humildad sin la humillación; el dolor sin el sentimiento; la pobreza sin la incomodidad? Esto es querer la car-

(1) Isaiæ., 53, 3.

ne, amar la carne, que ha de pasar y morir en la brevedad del tiempo, y no amar y apreciar los tesoros del alma que han de ser eternos.

¡Oh tiempo! ¡Oh tiempo de merecer en lo breve de la vida! ¡Oh tiempo preciosísimo para la eternidad, perdido y mal empleado en estimar las cosas temporales! ¡Oh mi Jesús, libro en quien lee el alma lamentaciones, cánticos, y ayes! ¡Oh, cuánto dolor, viendo que no aprecia tus dolores, que no pone los pies en las huellas de tus pasos, para subir al monte de la perfección! Allí lee lamentaciones de tus dolores y de sus ingratitudes. Allí los cánticos de mis padres, y tu viña, que te tributaron espinas y dolores, pisando sólo el torcular (1), y apretado en el lagar, como uva que se exprime para dar el vino generoso (2), que engendra vírgenes, limpias de los afectos terrenos, y de las manchas de la carne y naturaleza envilecida, que subiendo al monte santo de tu imitación, victoriosas cantarán a su querido, en el cantar de los salmos.

Allí mira las huellas de tu excelentísima obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz. Allí tu invicta paciencia, para sustentar un inmenso peso de dolores, afrentas, y angustias. Esta es la guía de su camino; ésta la luz que alumbra sus tinieblas; éste el espejo en que compone su hermosura; éste el compañero de su soledad, angustias y dolores; éste el consuelo de su destierro; la nave en que pasa el mar de esta vida; el lecho florido y estrecho en que reposa.

AFECTO 62º

MODOS VARIOS DE DIRIGIRSE A DIOS, POR EL UNICO CAMINO QUE LLEVA A DIOS.

Oyendo misa, entendí con una especial luz: ¿Piensas que el Señor no tiene cuidado de ti, que no dispone con amor tus cosas? ¿No te dio especial atención

(1) Isaiæ., 63, 3. — (2) Zachar., 9, 17.

a aquel verso del salmo: *yo soy mendigo y pobre, el Señor es solícito de mí?* (1).

Considerando en la gloria, y cómo está allí la multitud de santos, que tánto amaron a Dios, y tan grandes servicios le hicieron, y cruces padecieron; estaba llena de confusión de mí misma, acordándome de mis grandes miserias, y entendí: sería especial honra de la piedad de Dios, salvar una pobrecita tal como yo, y llevarla a su reino y a su corte; y que por esto le alabarían, y engrandecerían su piedad los bienaventurados, con aquel salmo (2), que lo entedí todo, a este propósito: *Laudate pueri Dominum,* en particular aquel *suscitans a terra inopem, et de stercore erigens pauperem: Ut collocet eum cum principibus;* pues son príncipes y reyes todos los bienaventurados.

Tuvo un conocimiento clarísimo del bien que Dios le hizo en llevarla siempre por el camino del abatimiento; y se deshacía su corazón en agradecimiento y alegría.

Conocía cuántas gracias le debía dar a Dios, y el gran beneficio que le hizo en traerla al estado religioso, y no permitir que tomara esposo humano, y que sólo Su Majestad fuera su esposo purísimo; y cuán mal lo ha sabido corresponder y agradecer. Estando con grande aflicción, le pareció entender esto: *¡ay alma, cuánto me cuestas!* como palabras dichas con grande amor; y le representaba lo que había hecho, y sufrido por ella, su amantísimo esposo.

Sintiendo aquellas ansias de darle el alma y el corazón a Nuestro Señor, entendía: ¿qué tuve yo que no te diera? ¿cuantas veces te entrego mi cuerpo, mi pecho, y mi corazón, no es tuyo cuando lo comes? ¿No lo tienes en tu mismo pecho y corazón? ¿No quedó todo unido a ti? ¿No bebes allí mi sangre? ¿No tienes mi alma? ¿Ahora, qué resta? Sé constante y fiel que puedas decir: *ecce nos reliquimus omnia,* etc. (3).

---

(1) Ps., 39, 18. — (2) Ps., 112. — (3) Matth., 19, 27.

Hallándose en un sumo desamparo, y con cosas que le daban mucha congoja, entendió: No duerme el Señor, ni en su memoria cabe olvido; ni en su voluntad, tibieza; ni en su sabiduría, ignorancia. No tiene las manos atadas, ni sus criados son descuidados, pues los hizo espíritus diligentes como fuego abrasador (1).

En grandes congojas que tenía, entendió esto: que su camino para Dios había de ser como el que hace la nave en la mar, fiada en la santísima providencia, sólo con el gobierno de su piloto, mirando al norte y estrella de la Santísima Virgen Nuestra Señora, en las tempestades y mutabilidad de las ondas y olas de este mar del mundo, con borrascas y tranquilidades; apartándose siempre de la tierra, hasta tomar la de los vivos en la celestial Jerusalén.

Que su camino ha de ser para Dios como el que hace el mancebo en su juventud, pasando y arrancando todos los tropiezos, con fortaleza para no ser vencida de las dificultades, atravesando montes, sierras, y ríos con ánimo y prisa; sufriendo con invencible tolerancia el yelo y el calor, las hambres y temores; no parando en las cosas que encuentra, ni satisfaciéndose de andar y más andar, hasta llegar al centro. No repara si va desnudo o descalzo.

Que su camino hasta llegar a Dios ha de ser, como el que hace la culebra en la piedra, con humildad y humillación, arrastrándose y escondiéndose a los ojos humanos, pasando por las rendijas estrechas, donde deje el pellejo, y sea renovada, vistiéndose de Cristo.

Que su camino para Dios ha de ser como el que hace la saeta por el viento, que no estriba en sus fuerzas, que se aleja de la tierra, que se extiende y explaya en la extendidísima región del aire; así en la miseri-

(1) Ps., 103, 4.

cordia divina, hasta llegar al descanso del cielo, y ciudad de Dios.

Hasta aquí es el papel que había escrito ahora ha año y medio; y una de las cosas que más he conocido, en este aprieto y tribulación de estos días, que ha sido interior y exterior, es la dificultad de andar rectamente delante de Dios, por los muchos contrarios que tenemos en nosotros mismos, que nos obscurecen los caminos de la verdad; y unas cosas halagando, otras asombrando, otras como agarrando de nosotros, nos tiran y sacan del camino recto y derecho, de llevar los ojos en todo, siempre en el Señor, que sólo con esta mira, y intención del alma se libran sus pies; esto es, sus caminos y las cosas en que se ejercita, de los lazos tántos, y tan ocultos, como están armándonos continuamente nuestros enemigos.

AFECTO 63º

CONOCIMIENTO PROPIO: ANONADAMIENTO ESPIRITUAL, Y MOTIVOS DE CONFIANZA.

Pues como hubiese oído y experimentado algunos desprecios, y estuviese muy abatida interiormente y confusa, por ver que nunca llego a cosa de virtud, y que siempre están brotando en mi alma (y no sé si creciendo mucho en ella) las pasiones, y que siempre soy mala, y malísima, como lo ven y dicen las que me experimentan, y yo lo conozco y confieso delante del cielo y de la tierra, y en la presencia de Dios, que es luz inmensa, a quien nadie puede engañar, y acerca de quien no hay doblez, ni cosa escondida, porque no hay obscuridad en su vista, y quien sabe, y yo lo confieso en su divina presencia, que jamás hice obra buena; y si algunas lo parecieren, todas fueron manchadas con mil imperfecciones, amor propio, propia estimación y conveniencia, vanos temores, etc., y que todas

conozco han tenido el corazón manchado o podrido; y que en muchas cosas he estado, como aquellas manzanas, que por fuera parecen hermosas, y si las parten se halla que son ceniza y gusanos; y en otras muchas me hallo, que hasta la piel se ennegrece, y sale fuera a la vista de las criaturas el desorden de las acciones, y el mal que brota dentro. Bien conozco que soy fácil en olvidar los beneficios que recibo de Dios y de sus criaturas; y que, como la araña, me abrazo de la ponzoña, tomando con sentimiento las injurias, etc. Bien veo la avenida del mar inmenso de beneficios de Dios, que ha venido siempre sobre mi alma, y que siempre se queda seca, aun uniéndose y recibiendo en sí la fuente de la vida en el Santísimo Sacramento tántas veces. Bien conozco las continuas voces que Dios ha dado siempre a mi alma, previniéndola de personas santas, que con grande caridad la enseñaran y advirtieran lo mejor; y de otras que, contradiciéndola y notándola, siempre estuvieran hechas ojos sobre mis defectos, sacándolos a luz, y dando con esto camino a que, si fuera la que debo, me enmendara y quedara agradecida al freno, al azote, y al cautiverio; mas como loca, unos defectos he querido enmendar con otros, entristeciéndome cuando me humillan y mortifican, quejándome y enojándome de que descubran mis llagas y las refrieguen, lo cual debía agradecer como un gran bien, y entender aquella palabra del Señor, que dice (1): "¡Oh pueblo mío!, el que te llama bienaventurado, ése te disipa y engaña."

Bien conozco que a vista de tántos beneficios de Dios, y ingratitudes, y culpas mías (2), está hecha mayor mi maldad, que el pecado de aquellas infelices ciudades, que fértiles y abundantes de beneficios del cielo, crecieron tánto en ellas las abominaciones, que merecieron que bajara fuego del cielo a consumirlas; mas no quiero, Dios mío, hacer mayor mi maldad con

(1) Isaiæ, 3, 12. — (2) Thren, Jer., 4, 6.

la desesperación, antes diré (1): "mayor es tu misericordia, y mejor para mí que la vida, y sobre la vida", etc.

Y llegando aquí entendí aquellas palabras (2): "cazad, o coged las pequeñuelas zorras que demuelen la viña", como si dijera: no quiero que demuelas la viña de tu alma con el descaecimiento, mas que cojas y quites los defectos que la dañan; no que descaezcas a vista de tánto mal, sino que conozcas cuánto necesitas de mi ayuda, y favor para quitarlo, y cuánta es mi misericordia, y cuánta tu ingratitud, etc. Míra que todas las cosas tienen término. Del mar borrascoso y amargo se dice: término le pusiste que no traspasará (3); y a los días del hombre los hice numerables, y son contados, y a su camino le constituí término, de que no puede pasar. Cada día que vive se le quita del número de sus días, en que medita (4) como la araña, sino como las obras que teje y saca de sus entrañas; pues mil años ante mis ojos, son como el día de ayer, que ya pasó (5). Ponte, pues, con la consideración, en los años eternos (6) de mi ser inmenso, y piensa qué se hicieron los dían antiguos: como las olas del río que se despeñaron, se pasaron, y desaparecieron como la sombra. Contadas tengo todas las cosas, los cabellos de la cabeza, esto es, los pensamientos; dinumerados los pasos, medidas las lágrimas, contados los días y las noches, pesadas las tribulaciones, y en mi libro todo está escrito como en memoria eterna.

Míra, pues, cuán dichosos son los días en que puedas hacer bienes, y padecer males, pues todo esto obra un peso eterno de gloria, y el tiempo de padecer es tan contado, medido, y limitado. No desprecies el día de la vida, antes la estima como un gran beneficio, y no quieras privarte de este día que es bueno para ti,

(1) Ps., 62, 4. — (2) Cant., 2, 15. — (3) Ps., 103, 9: Job., 14. 5. — (4) Ps., 89, 9. — (5) Ibid., v. 4. — (6) Ps., 76, 6.

en que te visita el Señor. Agradece la vida, y cada hora de ella procura emplear bien, atesorando tesoros para el cielo; no como las arañas, meditando vanas telas, ni dando tu corazón a cosas extrañas del fin que pretendes, como las telas de las arañas, vanas, viles, y enmarañadas. Cuantas veces puede decir (1): abrió el pozo sobre mí su boca, pues le come quien es un pozo profundo de inmundicias y oscuridad, metido como en el limo profundo; y su santísima ánima entrando en el pecho que está en pecado, se halla como cercada de angustias (si en ella pudieran caber) como atada y presa con las cadenas de los pecadores, tan fuertes, que cuanto es de su parte, detienen aquel río y mar inmenso de su divina piedad, con la inmensa propensión que tiene a comunicarse al alma.

¡Cuántas veces, aún los que beben el vino de su sangre, hacen como juego y burla de un tan sagrado convite! ¡Cuántas veces abren (2) sobre él su boca, los que son como tigres, osos y leones; y cuántas, aún las almas de sus esposas, ponen en el templo de su corazón, junto a esta arca sagrada (3), el ídolo vano y maldito, clamando con el pueblo de sus vanos deseos, amores, y cuidados: *¡no a éste, sino a Barrabás* (4). Y cuántas, con olvidos culpables de su amor y finezas, cerrando los ojos a la luz, no quieren ver al Dios que padeció como hombre, ni advertir su humildad, desprecio y pobreza. Y por falta de consideración (5), perdida la tierra, no le reciben los suyos hecho hombre, y hecho pan, y con las obras y negligencia, claman con un doloroso y culpable retiro: *¡quítalo, quítalo!* Cuántas a su sed se ofrece hiel, y de sus palabras se burla y mofa, sembrando sobre sus santas inspiraciones, que son voces que da al alma, la cizaña que derrama el enemigo de vanos cuidados, etc.

Y a todo calla (6), como el cordero a quien quitan su vellón, y quieren despojarlo de su hermosura, he-

(1) Ps., 68, 16. — (2) Ps., 21, 14. — (3) I. Regum., 5, 2.
(4) Lucæ., 23, 18. — (5) Jerem., 12, 11. — (6) Isaiæ, 53, 7.

rir su pecho, y rasgar sus manos y sus pies, tejiendo a este sapientísimo rey, en el día que viene a desposarse con el alma, la corona con espinas, y dándole por cetro una caña vana y vacía, como si pudiera ignorar lo que pasa, o no viera lo que se hace sobre la tierra del corazón humano, y tuviera presente los más profundos senos el que mira y mide los abismos (1), para decir cuando juzgare: "si yo soy vuestro Padre, ¿a dónde está el amor y honor que se me debe? Si vuestro esposo, ¿dónde la fidelidad y reverencia?"

AFECTO 64º

VISION DOLOROSA DE LO QUE PADECE CRISTO POR MANOS RELAJADAS, QUE DEBIERAN SER PERFECTAS.

En una ocasión vi en sueños una cosa que muchas veces me he hallado como incitada y movida a escribirla. Parecíame en sueños que andaba buscando a Nuestro Señor, con una ansia y deseo grande, y entraba en un zaguán de cierta comunidad religiosa, donde encontraba a Nuestro Señor desnudo, caído en el suelo, con un rostro y semblante tan apacible y humilde, que me atravèsaba el corazón. Allí estaban algunas personas descargando azotes sobre su cuerpo caído y herido; y decían con burla y rabia: "no lo mataremos, mas le hemos de dar." Yo sentía un dolor tan sin comparación, que como atravesada de cuchillos, salía de allí a toda prisa llorando amargamente, como a buscar favor, y entrando en otra sala de la misma parte, hallaba también allí a Nuestro Señor caído, desnudo y azotándole, donde era tan amargo mi dolor y pena, que salía de allí como fuera de mí, dando dolorosos y amargos gemidos, y, apretando fuertemente mis manos, clamaba diciendo: "Tengan misericordia

(1) Eccli., 23, 28.

de mí, tengan misericordia de mí." Fue tánto mi dolor y mi llanto que dispertaron las novicias, y llegándose a mí, procuraban por mucho rato sosegarme; mas yo no podía, ni les dije nada. Ni he podido olvidar esto en catorce años que ha que me pasó; y me parece que aquello era, aunque no cosas de pecados mortales, mas relajaciones en cosas perjudiciales a la religión, etc. Notaba que en el un lugar de aquéllos, estaba más oscurecida la hermosura de Nuestro Señor.

En otra ocasión, en que se hacían unas fiestas, interviniendo algunas cosas que desagradaban a Nuestro Señor, entendí estas palabras: "míra, esas luces son hachas con que lastiman y queman mi costado."

¿Pues, quién, Dios mío, querrá vivir en una vida, donde yo no hallo haber hecho ningua cosa buena, que no vaya mezclada con culpas, imperfecciones, o en el modo, o en la intención, o en los medios, o en el fin? Verdaderamente nuestras justicias son como los paños inmundos, y si no nos previene, sigue y acompaña tu misericordia y gracia, nada hay bueno ni acepto.

AFECTO 65º

INDICIOS DE LA FELICIDAD ETERNA PARA SU HERMANA, Y LA PREPARADA PARA ELLA.

Con la entrada en la religión de la hermana, que esté en el cielo, apuntaré algunas cosas de las que me pasaron, por mandármelo V. P.

Habiendo la primera vez propuesto su venida, y embarazándose por algunas cosas que se ofrecieron, de modo que quedó deshecha del todo su entrada, me hallé una noche en sueños con Nuestro Señor crucificado en el aire, sin estar clavado en cruz, de modo que yo con mis brazos extendidos tenía y sustentaba

con mis manos las suyas, con mucha fatiga y cansancio, aunque con grande ánimo y consuelo, porque me parecía que aliviaba la fatiga y trabajo con que se mostraba Nuestro Señor hasta que el cabo de algún tiempo me hallaba sentada, y que el Señor caía muerto en mi regazo, y yo lo cubría con mi mantellina, y encubría de las religiosas. Conocí que todo esto se entendía de la hermana, y lo experimenté después en la rigorosa enfermedad que le quitó la vida, en los muchos trabajos que las dos pasamos, y en lo que me pasó en su muerte. Tres días antes de ella, estando mirando con los ojos de mi alma a Nuestro Señor crucificado, me parecía que su cuerpo difunto caía sobre mi alma, y la dejaba toda bañada en su sangre. Luégo entendí moriría breve; y todo el tiempo que duró su rigorosa enfermedad, cuantas veces llegaba a alzarla, se me representaba Nuestro Señor o en la cruz, o en el sepulcro (1).

* Después que murió, el día de la Ascensión de Nuestro Señor, me pareció verla con los ojos del alma, debajo del brazo derecho de Nuestro Señor, y otra vez, de Nuestra Señora, puesta de rodillas, y cubierto el rostro con su velo, y me pareció entender muchas palabras de consuelo de Nuestro Señor con que me quitaba la pena y confusión en que me dejó su muerte.

También la vi en sueños que iba haciendo camino con nuestra madre (que también murió aquí), y que la guiaba un niño muy hermoso, coronado de flores.

La víspera de la Asunción de Nuestra Señora, estando rezando maitines, y habiendo aquel día estado con mucha pena y tristeza, me quedé, no sé si dormida, lo que hace una avemaría, y la vi que se iba con mucha hermosura y alegría, y con la eficacia y veras con que hablaba en vida, me convidaba a que nos fuéramos. Fue tánta la alegría de mi corazón, que sal-

---

(1) Esta primera parte del *Afecto 65º* fue incluída por la autora en el Capítulo XXXVII de *Su Vida,* págs. 137, 138 y 139 (ed. 1942), con algunas pequeñas variantes. (N. del E.)

tándome en el pecho, me hizo volver en mí. Y dentro de breve espacio me quedé como la primera vez, y la volví a ver que con grande hermosura y alegría, y con mucha música, se embarcaba en un dichosísimo y hermosísimo mar; y no me acuerdo si volvió a llamarme, mas la alegría que tuve hizo dar tales latidos a mi corazón, que me volvió en mí.

Ese mismo día, por la mañana, de la Asunción de Nuestra Señora, la vi en sueños a la misma hermana que se subía por la región del aire con grande hermosura, y un manto azul muy lindo; paréceme que también me llamó a que nos fuéramos.

De ahí a ocho días, la vi también en sueños, con mucha hermosura, con el velo blanco echado por la cabeza, y cogido en la garganta, y que estaba bordando con mucha gracia y alegría una vestidura blanca, con los lazos de oro, y entre los lazos iban entretejidos unos versos como octavas, de la Pasión y Vida de Nuestro Señor Jesucristo, de admirables misterios y consonancias; y ella decía que aquella vestidura la estaba acabando para cierta persona, a quien la había debido favores en su enfermedad, y que había de servirle en la fiesta de san Bartolomé.

En otra ocasión, asimismo me parecía que nos hallábamos juntas en el aposento en que murió, y que desde allí víamos, muy cerca, una hermosísima y alegrísima ciudad, llena de muchos y muy gustosos moradores.

Después me pareció estar con ella conversando ya fuera de la vida mortal, y que con mucha eficacia, y palabras y acciones muy significativas, me ponderaba y decía el sueño que fue la vida mortal, repitiendo muchas veces: ¿Qué fue aquéllo, qué fue aquéllo? ¿Qué fue lo qué tuvimos, qué fue lo que hicimos, qué fue lo que padecimos? Nada, nada, sueño, sueño. Y con un modo de admiración repetía: ¿qué fue, qué fue? Y esto que su vida fue de muy varias for-

tunas, prósperas y adversas; y todo lo reputaba sueño y nada (*).

Antes de entrar religiosa, conocí con mucha claridad que se acababa el tiempo, y que si no entraba breve, no lograría el entrar. Y esto conocí diciendo unas lecciones que están en el breviario.

AFECTO 66º

TRABAJOS Y DOLORES DEL ALMA Y CUERPO, NECESARIOS PARA LAS VIRTUDES CON QUE SE SIGUEN LAS HUELLAS DE CRISTO. TENTACIONES HORRIBLES DE SATANAS. CONSUELOS DEL ANGEL DE GUARDA.

Diciendo aquellas palabras (1): *Traedme tras Ti, y correremos,* conocí cuánta fortaleza pide y muestra aquí el alma habiendo de correr, imitando los pasos del Señor que dio en la vida mortal. ¡Cuánto padecer de un Dios y esposo crucificado! ¡Cuánta humildad, cuánta paciencia, cuántos dolores, cuánto sufrimiento, cuánta pobreza, cuánta caridad, cuánta obediencia! Estos son los pasos que pretende imitar, y que pide seguir el alma santa, los que dio Nuestro Señor Jesucristo en su santísima vida, y amarguísima pasión. Entendí que esta santísima pasión del Señor había de ser todo el consuelo de mi alma, y su compañía, amparo y pensamiento en el tiempo de este destierro; en los dolores, desamparos y aflicciones que acompañan mi vida, causándome un grande espanto los tormentos y afrentas que Nuestro Señor

(*) El pasaje encerrado entre asteriscos se halla también, salvo algunas pequeñas modificaciones de redacción, en el Capítulo XXXVIII de la *Vida de la V. M. de Castillo,* pp. 142-143, ed. cit. (N. del E.)

(1) Cant., I, 3.

padeció en su pasión, que ni aun puedo considerar; mas quedarme como pasmada (*).

Ha permitido su Divina Majestad que pase en el alma y en el cuerpo extraordinarios tormentos de enfermedades, dolores y fatigas, despierta y dormida, con espantos del enemigo, y por medio de otras personas. El martes de la Pascua del Espíritu Santo, estando a mi parecer despierta, aunque embarazados los sentidos, que no me podía mover, se echaba sobre mí un bulto como un indio muy feroz, renegrido, y con la cara muy ancha, la boca y los dientes disformes, y el cabello como cerdas de caballo, y oprimiéndome y causándome muchas tentaciones. Haciendo yo fuerza para echarlo de mí, le preguntaba quién era, a que me respondía diciendo o preguntándome: ¿y vos quién sois? Yo le decía mi nombre, y él respondía, pues yo me llamo (no sé cómo, que no se me ha podido acordar). Mas a mí me parecía que metiendo mis manos en su boca, y asiéndole de los cabellos, hice tal fuerza, que pude volver en mí (1).

Después, a principios de octubre, cerca de la elección, volvió de la misma suerte a cargarse sobre mí, aunque la figura era como de un mulato muy feo y ardiente, y sintiendo yo aquel peso, le preguntaba: ¿quién eres? A que me respondió: yo soy *Crecerá bulto.* A mí me daba tanto coraje, que me parecía tiraba a morderlo y despedazarlo. Y así volví en mí, aunque sintiendo muy grandes tentaciones.

De hoy a un mes, poco más, volvió a ponerse junto a mí, con una figura pequeña y agarrándome por los pulsos las manos, me apretaba con los dedos pequeños, pero con tánta fuerza, que me hizo volver en mí con tanto dolor en los brazos, como si me hubieran dado tormentos. Después me dormí y lo vi en

(*) A partir de este asterisco hasta donde se cierra con otro, el pasaje fue omitido también en la 1ª ed. de 1843. (N. del E.).

(1) Refiere también la autora este episodio en el Capítulo XXXVIII de *Su Vida,* p. 144, ed. cit.

sueños con una lengua muy larga y muy aguda, como de una cuarta de largo, y que la movía a todas partes. Esta vez no sentí tentaciones luégo, de contado, como las veces pasadas; pero los días siguientes son indecibles los modos de inquietudes, cuentos y penalidades que ha movido por medio de otras, que apenas doy paso en que no me arme algún lazo, hasta tratarme mal de palabra algunas personas.

De hoy a pocos días, se paró junto a la cama (estando yo recogida), con una figura de negro, tan feo, tan grande y ancho, que me causó más horror esta vez, que todas las otras. Parecióme estaba todo penetrado de fuego; mas quiso Nuestro Señor que no se allegara a mí.

Desde ha cuatro o seis días, habiéndome traído entre sueños cuantas pesadumbres grandes me han sucedido, y cuantas me pudieran suceder, con muy vivas y penosas circunstancias, al dispertar, me amenazó que se me metería en el cuerpo. No es decible el miedo, pavor y espanto que esto me causó, sólo tuve el remedio de abrazarme con la imagen de la Santísima Virgen y de mi padre san Ignacio.

Padre mío: Esto hasta aquí había escrito, ahora dos meses y medio, y en este tiempo sabe V. P. alguna parte de lo que he pasado, las horribles tentaciones en que me he visto como anegada y perdida, que a veces faltaba casi nada para salir por las calles dando voces; y tomando por alivio de los horrorosos tormentos que he padecido, el que me despedazaran y aniquilaran. Con tanto olvido de Dios, a mi parecer, y tanta ceguedad, y obscuridad, como si estuviera experimentando las penas del infierno; pues, aún acordarme de las luces que en otro tiempo había recebido de Dios, me servía de gran tormento; y sólo me parecía alivio quemar los papeles en que las he apuntado. No me parece que ha quedado tentación, por fuerte y vehemente que sea, que no haya padecido; y todo esto, sin tener siquiera el conocimiento de que lo eran, pasando a ser sus efectos en el cuerpo, con tales tormentos que casi me sentía levan-

en el aire, y todo lo que le dije en el confesonario; y además de esto, con todos los chismes que ha habido en todo este tiempo, y testimonios que me han levantado (*), sirviéndome de gran tormento el ver, con un modo extraordinario, cuánto es ofendido Nuestro Señor de mí y de todas sus criaturas, y el grande olvido que traemos de su Divina Majestad y de las eternas verdades; y que no se trata de esto, que si del todo lo ignoramos, o no creyéramos; pareciéndome que andamos ocupados en mascar paja o espinas, y en hilar telas como las arañas, desentrañándonos sin fruto y con dolor.

Y viéndome a mí en este miserable estado, sin poder cerrar los oídos a estas cosas, ni huírles el cuerpo, por la ocupación en que me pusieron (1), antes permitiendo Nuestro Señor que lleguen a mis oídos graves ofensas que en el siglo se cometen contra su Divina Majestad (*), y hallando yo en todo este tiempo tan cerrada la puerta para la oración, como si fuera un bruto sin alma, permitiendo su Divina Majestad que en este tiempo no pudiera venir V. P. por la enfermedad que le dio, y que no quedara persona humana de las de casa del convento y de la celda, que, por uno o por otro modo, no me fueran de fatiga y inquietud, etc. Mas estando luchando con estas congojas, como el que ha caído en las olas del mar, * entendí: que esto fue lo que significaba el haberme hallado los días pasados con tan grande fatiga entre muchos crucificados, que estaban clavados, no en cruces, sino en palos mal formados y quebrados; y que ésto significaba las pasiones con que vivimos atormentadas, crucificadas, no en la cruz de Cristo, ni por El, sino por el tormento que nos dan las mismas pasiones que abrigamos en nuestros corazo-

(*) Los pasajes encerrados entre **, fueron omitidos en la 1ª ed.

(1) Se refiere la autora al cargo de sacristana que le fue asignado, recién entrada al convento, posiblemente en el año de 1694.

nes; y estando en nuestro tormento, disformes y feos, a los ojos de Dios, no conformes a la imagen de su Hijo. De donde en la calamidad y apretura que mi alma ha padecido, ha estado como atravesada de un cuchillo de dos filos, o de una lanza, que por entrambos lados corta, con la vista clara de lo que a Dios se ofende, y de lo que padecen de males y pierden de bienes las criaturas, en lo mismo que lo ofenden (*).

Me parece ha estado mi alma como anegada en un mar de dolor, o cercada de unas espesas y tristes tinieblas, que por todas partes la cercan, y no descubre luz por ninguna, porque en su interior sólo halla pasiones y tribulaciones, yelos y ataduras que la cercan y impiden, no hallando a mi parecer ningún fruto en tantos trabajos y congojas, como si oyera en mi interior unas voces que dijeran: ¡oh miserable, todo lo has perdido!; ¿qué enmienda esperas en adelante, cuando en tanto tiempo no la has tenido?, etc. Siendo estas voces, con que el enemigo ha tirado a aniquilarme del todo, unos cuchillos muy agudos, que atraviesan por la mitad de mi alma, etc. *.

Pues estando así, entendí como si el santo ángel dijera a mi alma (1): *despierta y come, que te resta camino*. Esto es, despierta a las cosas verdaderas y eternas, dejando estos sueños de las cosas transitorias, que son como las fantasías de los que duermen. Despierta a la consideración, y abre los ojos del alma a las verdades que conoces y confiesas, entrega a ellas el discurso y la conversación, y niégalo a las conversaciones y discursos de las criaturas. Sal fuéra del sepulcro donde duermes, con la consideración y el afecto, negándolo a las criaturas y dilatándolo en tu Dios, y en su ser inmutable y verdadero. Despierta de estos sueños pesados y disvariados, y abre los ojos a la consideración y vista de las cosas y verdades eternas. Despierta de este embarazo de los sentidos del alma, dejando estas soñadas pesadillas, y come

(*) Pasaje igualmente omitido en la ed. de 1943.

(1) III. Reg., 19, 7.

rumiando y gustando, meditando y contemplando los divinos misterios; que así como el manjar se transforma en la sustancia del que lo come, y se convierte en ella, y mantiene la vida, así vivirá el alma, y se confortará y mantendrá de lo que contempla y medita; y teniendo su discurso manjar y meditación en los cielos, y cosas divinas y celestiales, será en algún modo, aun en el camino, hecha como celestial y divina, y podrá proseguir, andar y vencer las dificultades del camino que le resta por andar, hasta el monte de Dios.

Mas come tu pan, que es amasado de la más preciosa semilla, que es el trigo cocido debajo o en la ceniza del propio conocimiento y menosprecio, la cual hay siempre en el alma que hay brasas del divino amor, para que juntando tu propio conocimiento con el conocimiento de Dios, puedas caminar con fortaleza a su santo monte, saliendo del sepulcro (1) y sueño en que duermes atada, y aligadas las potencias para no entender, libres y despiertas, en las cosas divinas; pues mira que el que durmió cuatro días en este triste sepulcro, ya daba de sí mal olor; porque allegándote al Señor serás iluminada; mas andando (2) con lo perverso, te pervertirás. Si te dejas dormir este sueño, al despertar (3) nada hallarás en tus manos, aunque hubieras sido como los varones de las riquezas, en fortaleza y riquezas de dones, y de méritos; porque con facilidad se pierde lo que se ganó con trabajo. Y porque confía en la fortaleza de su brazo, será desbaratado por el Señor, que hace salvo al pueblo (4) humilde, y humilla los ojos de los soberbios, haciendo que den de ojos en las culpas de que no se recataron con santo temor. Así que tratando o discurriendo en cosas vanas, serás vana, y atendiendo a cosas inútiles serás inútil, y amando cosas terrenas serás terrena; mas si te allegares al Señor, serás iluminada con su luz, y El participará su luz a tu lucerna (5), y aun tu Dios alumbrará tus tinieblas, y las iluminará como un hermoso día.

---

(1) Joann., 11, 44. — (2) Ps., 17, 27. — (3) Ps., 75, 6. — (4) Ps., 17, 28. — (5) Ib., v. 29.

Míra, pues, el miserable estado del que dormía en el sepulcro. Ya hedía, estaba atado y ligado, y debajo de piedras. Estos efectos trae al alma, no alzar los ojos, y abrirlos a las cosas eternas. y entregar el discurso a las terrenas, como a las fantasías de un sueño; y a tal estado puede llegar, que haya de ser el despertarla el Señor con gemidos y lágrimas, y una grande voz; y que entonces despierte tan atada, que apenas pueda salir fuera para andar su jornada.

AFECTO 67º

EL VENCIMIENTO EN LAS TRIBULACIONES ES TAN NECESARIO AL ALMA PARA LLEGAR A DIOS, COMO LO ES AL AVE ROMPER EL VIENTO PARA VOLAR.

Hallándose afligida y turbada por algunas pasiones que se levantaron en el corazón, con la causa de alguna mortificación que se ofreció, y no supo vencerse, entendió esto. El motivo mayor que el alma debe tener para desear salir de su destierro, y del peso de la carne que agrava al alma, es el ver su flaqueza para resistir a los vicios. Como sería grave tormento a un hombre racional, o a una hermosa doncella, si por la fuerza de algún maleficio, se viera transformar, ya en león, ya en víbora, o en otros animales y fieras; ésta sería vida más amarga y cruel que la muerte, y más si ella deseaba agradar a su esposo, y reconocía aquella fealdad en sí misma, y se hallaba sin fuerza para salir de aquella trabajosa fealdad. No haría entonces más que clamar a su sapientísimo Señor: Sálvame Señor y líbrame de esta tribulación (1), porque vana es la salud del hombre. Haz que se cierren mis oídos al silbo de la serpiente infernal, que por medio de las pasiones, y con sugestiones, así transforma los hombres en brutos. Haz que estén mis oídos abiertos al beneficio del encantador sapiente (2), que venciendo y convirtiendo en

(1) Ps., 59, 13. — (2) Ps., 57, 6.

triaca los venenos, saque al alma de la boca del lobo, y del Egipto de las pasiones, que son confusión y tinieblas. Haz que cayendo en tierra (1), y echada en el suelo por el propio conocimiento y abatimiento de mi ser mudable y débil para el bien, vuelta en serpiente, trague (2), devore y aniquile las serpientes de los vanos encantadores, que son mis vicios y pasiones. Y dame que conozca que lo que es en tu mano vara de justicia (3), justificación, corrección y gobierno, fuéra de ella es serpiente, horror y espanto; y que queriendo subir, si no es por Ti, el alma es hecha como del heno (4) de los techos, que antes de cogerlo se seca, del cual no llenará su mano el que lo coge, ni su seno el que lo hace manojillos; ni dirán los que pasan por el camino: la bendición de Dios está aquí, porque no será bendito, con bendición del Señor, el que se levanta como el heno, débil, flaco y vano.

AFECTO 68º

ANSIAS DE MAYOR HUMILDAD, DESEANDO EL PREMIO DE LA MAYOR DIGNIDAD. ASEGURACIONES DEL DIVINO AMOR.

Proponíaseme que V. P., padre mío, presentaba a Nuestro Señor mi alma, y ella parecía en su divina presencia, como me parece andaría una cautiva que trajeran a un gran rey, aprisionada, y con vestidos muy ordinarios. Sentía una grande alegría en mi alma de estar en la presencia de Nuestro Señor como esclava, y que no se entendían conmigo los lugares altos; mas aquel gran Señor y rey de majestad suprema, me parecía me miraba con agrado y compasión, aunque yo no me atrevía a levantar los ojos, y me estaba así en pie, y muy contenta, etc. Mas después conocía esto: si aquel gran rey y Señor quisiera levantar aquella pobre esclava a la dicha de su dulce amor, y

(1) Ps., 44, 7. — (2) Ps., 128, 6.
(3) Exodi, 7, 9. — (4) Ibid., v. 12.

tomarla por esposa, aunque fueran secretísimas sus palabras, ¿qué pudiera sentir ella; qué dijera; qué efectos hallara en su corazón? ¡qué confusión, qué admiración! Aun oyendo a su Señor, le pareciera soñada su dicha, nada pudiera decir, ni responder más que ¿a mí señor, a mí?... ¿Vos Señor, vos Señor?... Y aun esto no dijera: Cómo la asombrara la majestad, y cómo le robara y hiriera el pobre corazón el amor de su rey. Mas le dijera: ¡oh, Señor!, si los grandes de vuestra corte, si los nobles y señores, si las almas hermosas y limpias de vuestra casa, ven que a mí me amáis, ¿qué dirán, Señor, qué dirán? Mas ni aun esto dijera, sólo quedara muda, con una grande admiración y asombro. Mas no pudiera pensar, entender, ni mirar otra cosa que a su Señor y rey, etc.

Y si este rey y Señor encomendara a un fiel amigo el cuidado de aquella esclava, y él le dijera: míra que el rey te ama, ella no hiciera más que preguntarle: ¿pues, decidme, señor, enseñadme cómo tengo de agradarle, en qué le daré gusto, cómo he de vivir en su casa, en qué quiere que me ocupe? ¿Qué palabras pudiera decir a su rey, que llegaran a lo que debe? ¿decirle que lo ama? ¿qué hace en eso? Decid, que es mi Señor, y que soy su esclava; que adoro las cadenas con que muestro serlo; que ellas son mi libertad, y mi gloria.

Mas mire que siempre se porte como esclava en la casa de su rey y señor, y mire no quiera igualarse en su estimación con las hijas y esposas de su rey, que son reinas. No levante sus ojos en soberbia, porque no pierda el amor de su esposo, que los ojos humildes roban su corazón; y no quiera mandar como señora, pues es esclava, ni alzar la voz con arrogancia, pues la voz (1) humilde de la tórtola es dulce a su señor.

Esta esclava así dichosa, no quisera más que el amor de su rey y señor, y a sus dones dijera: ¡Oh yo los amo por de mi Rey y Señor, mas a mí su amor me basta. Si es su gusto, yo quiero repartir estos dones

(1) Cant., 2, 12.

y presentes, o que mi Señor los dé a mis hermanos, y a los que los emplearán bien, o a los que se quedaron en mi tierra, y son hijos y siervos suyos, que yo estaré abundante, dichosa y rica con hallar gracia en sus divinos ojos, y no perderla.

Esta esclava no hablara en los favores que recibía de su señor, con ligereza; porque es bueno esconder el secreto del rey (1); mas sólo tratara con aquel fiel amigo a quien su señor la encomendó, y entonces revelarlo fuera honor para el amor de su esposo, y crecer en él.

Y si algunos (2) que algún tiempo fueron grandes de la corte, y cayeron de la gracia del rey, cuales son los ángeles malos, aborrecieran aquella esclava, porque su rey la amaba, y la pusieran lazos, y la persiguieran y atribularan, pretendiendo apartarla del amor de su esposo; ella no tema, guarde fiel su corazón, y resgistre sus acciones ante aquel amigo del señor, y ande con confianza, que a su señor nadie puede engañar porque sus ojos son luz, y su poder grande para defenderla, y fíe mucho en la fiel guarda y custodia de su santo ángel, que la guarda como a esclava de su rey y Señor.

Mas conocí que aquella esclava jamás quisiera andar con adornos de reina, ni sentarse en trono, pues su rey la amaba pobre, humilde y esclava; y este amor es para ella su trono, su corona y su gloria, y sólo aprecia aquellas cosas que la han de hacer más agradable a los ojos de su señor; pues si éstas son sus cadenas, su pobreza y dolor, el andar humillada y abatida, ésa es su gloria, ése es su trono, ésa su corona y su cielo, el amor de su esposo.

Sólo un temor tuviera, si lo he de disgustar, si lo he de perder, si he de dar causa a ser aborrecida, y a perder el amor de su pecho, a salir de su casa con sólo el poco de vino de un amor limitado y sensible, y a que el fruto (3) de mis deseos se vea muriendo de sed, arrojado a la raíz de algún árbol contemptible de las

(1) Tobiæ, 12, 7. — (2) Apocal., 12, 7. — (3) Genes., 21, 14.

cosas humanas; y si creciendo será hecho cazador de fieras, andando con fatigas, desvelos y cuidados, tras sus pasiones brutales y ligeras; y fuéra de la casa de su padre será hecho pueblo reprobado. ¡Este sólo es temor!

Mas habiendo escrito hasta aquí, entendí como si dijera: debes estar confiada en el amor de mi pecho, que es poderoso, y tener en la memoria que desde los primeros pasos tuyos, sonaba siempre en tu corazón y alma esta voz mía: *quis nos separavit?* (1). Ni la industria de los contrarios; ni la fuerza arrebatada de la tribulación; ni la oscuridad de la angustia; ni la profundidad del desconsuelo; ni la alteza mía y bajeza tuya; porque el amor todo lo vence, todo lo ata, todo lo allana, todo lo cierra, y abre. Y mira cuántas veces alegré tu alma, y alenté tu corazón y confianza, con aquellas palabras que dije a mi esposa, santa Isabel: *si tu vis esse mecum, ego ero tecum, et a te nullatenus separabor*. Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo, y de ti ninguno será poderoso a apartarme, sólo una cosa, que es la malicia, y voluntad propia, cuando se aparta ella.

AFECTO 69º

EJEMPLO DE LO QUE DEBE HACER UN ALMA AMANTE PARA TRANSFORMARSE EN SU AMADO SEÑOR. MUERTE DEL JUSTO, Y DEL PECADOR.

Oyendo que la santa Magdalena quebró el vaso de alabastro en que estaba el precioso licor con que había ungido los pies del Señor, entendí: esta es una alma totalmente resignada, y transformada en su Dios por amor, que no dejando ni reservando ningún afecto ni cosa suya, hasta el vaso quiebra, despreciando por el mayor obsequio y gusto de su Señor, la salud, la vida y la honra, ofreciendo para la muerte, cuando y como el Señor gustare, el vaso del cuerpo, para que

(1) Ad Rom., 8, 35.

sea quebrado y deshecho. Y después de haber ofrecido al Señor una alma con todas sus operaciones y afectos, está alegre y pronta para ofrecer el vaso del cuerpo, en que se encerraba este precioso licor, para que sea quebrado y convertido en tierra, cuando y como el Señor quisiere. Y como el llegar a esta prontitud y amor en que el amante sólo anhele pasar y vivir en el amado, por respeto y obsequio suyo, requiere una gran pureza de afectos; así se dice: que aquel vaso era de alabastro, y el licor que encerraba tan precioso, que era hecho de la espiga de nardo, y que se llenó de su fragancia la casa. Esta es la imagen de una verdadera amante, y de una verdadera y total resignación, y transformación en el amado; y así fue alabada (1) o predicada del mismo Señor, de que amaba mucho.

Esta es la muerte (2) de los hijos de Dios, y esta es la muerte preciosa en su acatamiento, esto es (3) ser buen olor de Cristo. Mas mira, la muerte de los pecadores es pésima (4), por que quebrado el vaso ponzoñoso y de barro, con rigor y violencia, como se dice en el salmo (5): *regirlos has con vara de hierro, y los quebrarás como a vasos de barro*. Entonces, con dolor y clamor derramarán el alma y sus operaciones, como un asqueroso veneno que allí se encerraba, sólo para derramado al muladar del infierno; porque la vara veladora de la justicia divina los echará entonces en aquella olla encendida (6), porque ¿qué se ha de hacer del madero que no es apto para edificar, ni da frutos, sino echarlo al fuego?

Míra, pues, cómo cada uno carga su juicio y porque quieren se hacen vasos de ira, de enojo y venganza. ¿Cómo (7) han de sentarse a la mesa con vestiduras manchadas? ¿Cómo han de subir al monte (8) del Señor, sin tener las manos limpias, ni el corazón puro y limpio?

---

(1) Lucæ, 7, 47. — (2) Ps., 115, 15. — (3) II ad Corinth., 2, 14. — (4) Ps., 33, 22. — (5) Ps., 2, 9. — (6) Jerem., I, 13. (7) Matth., 22, 12. — (8) Ps., 23, 3.

Así que todo tu cuidado sea limpiar y purificar tu alma, tocando cada día, cada hora, y cada instante el corazón con un dolor intrínseco y penetrante de haber ofendido a tu Dios, y sido vaso de ignominia, con el asco y horror de la culpa; y herida una y muchas veces de este dolor, deshecha en llanto, lava y purifica más y más tu corazón, para que limpio y encendido en su divino amor, pueda salir al encuentro del esposo, recibiendo con alegría al juez (1), cuando toque a la puerta, abriéndola con prontitud, como a quien más mueve la esperanza que el temor; y así más vela con alegría, que no dormita y duerme con sopor y tristeza, como el que esperaba (2) después de la tormenta y tempestad grande, ser echado a lo profundo del mar, porque le acusaba su conciencia que había huído de la cara del Señor; y él mismo da su sentencia, en despertando del sueño que le tenía oprimido en lo bajo de la nave, y dice: *echadme al mar.* Así sucede al pecador, en abriendo los ojos del sueño de la vida, que con culpas le oprime y escurece: que él conoce la culpa, aunque ya sin provecho, antes toma la pena reventando sus entrañas (3), y difundiéndolas como vasos del veneno que encerraba; él se suspende del lazo, y quita la respiración; él se echa sobre el hierro de su lanza (5), y pide que le opriman y acaben, con el horroroso hastío de su veneno y culpa.

AFECTO 70º

LA RECTITUD DE INTENCION EN EL CAMINO DEL ESPIRITU, ANONADA LOS ESTORBOS QUE PARA ANDAR POR EL OPONEN LOS ENEMIGOS DEL ALMA.

Este día de san Jerónimo, habiendo comulgado, me parecía hacerse presente a mi alma mi padre san Francisco, no porque le viera con los ojos del cuerpo, ni con la imaginación, mas me parece que mi alma

(1) Matth., 25, 6. — (2) Jonæ, 1, 5. — (3) Act., 1, 18. — (4) Matth., 27, 5. — (5) I. Regum., 31. 4.

le tenía presente; y como si fuera llamada del santo padre, le respondía con grandes ansias: ¡vamos, padre mío, vamos! Parecía que la guiaba por unos caminos, sobre todo entendimiento, que yo no podía percebir lo que significaban, ni por dónde había de ir; y aunque conocía ser una cosa apreciable, inestimable, no percibía la imaginación cómo eran, aunque me parece * el mundo, el demonio, y la carne, y para lo que el uno no logra, tiende el otro la red. ¡Oh Señor, Dios mío (1), cuán bienaventurado es el que con limpia intención anda en el camino de esta vida! ¿Y cuál será éste, que sus pasos, sus palabras, y sus obras sean limpias y inmaculadas? En tanto no tendrá mancha, en cuanto fueren enderezadas enteramente a darte gusto, Señor grande, Rey grande, y Dios grande. Aquel será el limpio, y el feliz, dichoso y bienaventurado, que por cumplir tu voluntad anda siempre por tu santa ley, y se mira en el espejo de tus mandamientos, de los votos y reglas que te prometió. Dichoso el que en todo su corazón busca y escudriña tus verdades, y como el que halla un precioso tesoro, da por él todas las cosas (2).

¡Oh cuántas cosas nos hacen torcer tu santo camino, y cuántas nos impiden hallar el reino de Dios, que padece (3) fuerza y lo llevarán los esforzados! Tu ley es limpia, inmaculada (4), y el apartarse aun en

---

(*) Esta introducción del *Afecto 70º* aparece omitida en la 1ª edición de 1843. En este punto, el copista del ms. original, señor Castillo y Alarcón, pone esta anotación: "Aquí pasa a la foja 86 del original, que parece más coordinada, pues trunca el discurso, mas no he hallado a dónde corresponda."

(1) Ps., 118, 1. — (2) Matth., 13, 44. — (3) Matth., 11, 12. (4) Ps., 18, 8.

lo más mínimo de ella, es mancha del alma; y así no andará por tus caminos el que hiciere esta iniquidad; mas el que resbalare y cayere, como lleve su intención recta y firme a ir su camino a Ti, Señor, cuando cayere no se lastimará, porque pondrás tu mano (1). Y si fuere caído en grandes tribulaciones y angustias, le sucederá el bien que diste ahora a atender a mi alma: *emittet,* enviará de lo alto (2), y lo recebirás y lo levantarás y librarás de las muchas aguas de tentaciones, turbaciones y contradicciones, que levanta el mundo, el demonio y la carne.

AFECTO 71º

LA JUSTICIA QUE LLENA LA DIESTRA DE DIOS, ES PERMITIR AL CORAZON QUE VIVA SEGUN LA CARNE

También tuve una grande luz en aquellas palabras (3): *justitia plena est dextera tua,* las cuales no sabré explicar; sólo que conocí algo de la grandeza de la justicia divina, pues su mano diestra del gran Dios y Señor, está llena de ella. Y como su divina ciencia ve lo más oculto de las intenciones y corazones, ¡ay de aquel que espera el golpe de la diestra de Dios, tan poderosa y tan llena de justicia! ¡Oh, que no faltará justicia para todos! ¡Oh Dios de mi alma, cómo quisiera sumirme y aniquilarme debajo de la tierra! ¡Oh Dios grande! ¡Oh Señor grande! ¡Qué profundos son los senos del corazón humano; mas para todos hay justicia en tu diestra! ¡Oh Dios mío, lávame una y otra vez, revuelve lo profundo de mis entrañas, que-

(1) Ps., 36, 24. — (2) Ps., 143, 7. — (3) Ps., 47, 11.

ma con fuego mi corazón (1) y mis huesos, para que quede limpia a tus ojos, y salga la maldad de mi corazón y intención! ¡Oh, cómo es lo más temible de tu justicia permitir caer en vicios y en culpas! ¡Oh Dios mío, qué justicia tan vengadora es permitir al corazón humano el volcán de la ira, de la soberbia y envidia! ¡Oh, cuántos viboreznos páre esta víbora! ¡Oh, cómo roen, oh cómo muerden, oh cómo acaban y aniquilan todo lo bueno y precioso del alma! ¡Oh, cómo la dejan fea, pobre y desnuda de bien y llena de mal! ¡Oh, cómo la muerte pésima es vivir según la carne! ¡Oh, pues, Dios mío y Señor mío, lávame una y otra vez, y límpiame de esta lepra de mí misma! ¡Oh mano diestra de Dios, llena de justicia, ¿quién no te teme?

Así entendí, o se dijo a mi alma aquel verso del salmo que dice (2): *misit de summo, et accepit me, et assumpsit me,* etc. Envió su mano de lo alto, envió su favor y me tomó y levantó, y me libró y sacó de muchas aguas del mar de las criaturas y olas que levantan; y de las ondas y aguas de las pasiones en que parece se hunde el alma, y me libró de mis enemigos fortísimos, cuales son los espíritus malos, que ya decían: "cayó (3), cayó, pereció, elegrémonos, alegrémonos"; y me libró de los que me tuvieron odio, y se habían fortalecido sobre mí, como sobre vencida y caída; mas la diestra del Señor está llena de justicia, y sacará salud (para el pobrecito que se humilla y acoge debajo de sus alas) de nuestros enemigos (4), y de la mano de todos los que nos aborrecen; y serán bienaventurados los pobres, los que lloran, los que padecen persecución por la justicia, los que han hambre y sed, no de cosas de la tierra, que ésta mata, hincha y ahoga, mas de aquellas que son vida, salud, y bien.

(1) Ps., 25, 2. — (2) Ps., 17, 17. — (3) Isaiæ., 21, 9. — (4) Lucæ., 1, 71.

AFECTO 72º

NO SE HA DE PEGAR EL CORAZON, NI A LA HERMOSURA DE LA VIRTUD, NI A SUS PREMIOS, SINO AL SUPREMO DADOR DE TODO.

Ni el conocer en tus hermanas, y en todos, más virtudes y buenas obras, ha de desanimarte, ni hacerte huir de la luz que te doy. Yo soy el Señor de la viña, y repartiré a mis trabajadores de mis tesoros, sin hacer a ninguno injuria (1). Míralas, pues, y estímalas por los tesoros míos que en ellas consideras; y no quieras tener tú el peso del santuario, ni medir con tu peso y medida. Al Señor pertenece el medir, pesar y dividir, y el Señor es el que pone (2) sus tesoros como en abismos. Tú está siempre y permanece en lo más bajo (3), siéntate siempre en el último lugar, y deja lo demás al señor del convite. Trabaja con valor y constancia en su viña, y sólo quiere a él por galardón, y que no te eche de sí. Ni te arrimes, ni pagues de los dones, ni trabajes como mercenaria por el jornal; trabaja fielmente por el dador, como esclava fiel y como hija, por no salir de la casa y presencia de tu padre, por no apartarte de tu querido esposo, por llegarte más y más a él.

Mira y atiende, no te enamores de sus dones, no te acaezca aquel mal de decirte: *toma lo que es tuyo, y anda, que a ninguno hago injuria;* ni te suceda aquella gran desdicha, que se diga por ti: *ya recibió su premio* (4). ¡Oh, pues, alma mía, no te contentes con nada; no quieras nada; no desees nada; no busques nada fuera de tu Dios! Sólo di: ¿qué hay para mí en el cielo? Y sin Ti, ¿qué quiero yo en la tierra? Dios, mi corazón, y mi parte (5), y mi posesión, ahora, y para siempre. No estribes en tus cabellos (6), aunque

(1) Matth., 20, 13. — (2) Ps., 32, 7. — (3) Lucæ., 14, 8.
(4) Matth., 6, 2. — (5) Ps., 15, 5. — (6) II. Regum., 14, 26.

parezcan de oro, y se aprecien como él; ni confíes en los carros, ni en los caballos, que pasando éstos, queda el que estriba en ellos, colgado y pendiente en el aire, de los mismos cabellos que lo hacían hermoso. Arrímate al inmutable, estriba en la eterna firmeza, y éntrate más y más en tu centro, que él te esconderá en lo escondido de su rostro, para que no te mude la contradicción de las lenguas, ni la conturbación de los hombres te turbe; antes, estando firme en el Altísimo, tendrás en santa paz tu asiento y morada, y en tu Dios dormirás y descansarás.

Este fin y pureza de intención con que se han de recebir los dones del altísimo Padre de las lumbres, entendí de esta manera: si un señor poderoso tiene una hija, a quien ama tiernamente, y ella ama mucho a su padre, ocupada en su servicio y obsequio, no repara en andar sólo con los vestidos ordinarios porque no tiene el amor en sí misma, sólo mira el rostro de su padre, y lo que es necesario para darle gusto; y bien puede su padre traerla a sí, porque las galas, joyas y aderezos se los guarda para el día de las bodas; mas si en tanto que llegan, quiere darle algunas, ella, si es hija fiel, las toma sólo por el gusto y placer de su padre, que también se sirve de tener a sus hijos ricos y honrados. ¿Qu fuera, pues, si esta hija tánto se enamorara de los adornos, que pusiera el gusto en ellos y en sí misma, y ya no estuviera tan atenta a cualquiera ocupación del gusto y servicio de su padre, ni se empleara en las obras bajas y humildes de su casa? ¿No estaba expuesta a horrorosos yerros, y a que oyendo alabanzas de su aliño, buscara amadores de su hermosura? ¿Y no podía llegar a tal precipicio y lamentable mal, que atropellara la honra de su padre, y la que vestía holandas, púrpuras y granas, se abrazara con el estiércol? (1). ¿Y que el color de oro,

(1) Thren., 4. 5.

se mudara en tinieblas? ¿Y que arrojara el Señor de lo excelso, y de las grandezas de su amor, y echara a la tierra a la que antes era estrado de sus pies? ¿Y que las criaturas que debían servirla como a señora, ya la dominaran como a esclava vil, señores crueles? ¿Y que el agua suya bebiera pagando, y su leña comprara por precio, faltándole todas las cosas que podían mantenerla, volviéndose su heredad a los ajenos, su casa a los extraños, y que su pan lo comiera con angustias?

Así que, hija, sólo debes mirar el gusto de tu padre, para librarte de males tan horrendos. Está como él quisiere tenerte, con gusto, como veas que sólo a él amas y deseas; y sus dones estímalos como dádivas de tu querido padre, de cuya mano todo se ha de recebir con igual agradecimiento, como su luz (1), así sus tinieblas; porque si él te las envía, si su amor las dispone, su poder las manda, y su sabiduría las gobierna, serán tu iluminación y tus delicias. Si deseas darle gusto, igualmente recebirás de su mano los bienes y los males, porque él lo quiere; y las tinieblas no te escurecerán, ni hollarán, antes la noche a su lado, y a su vista, te iluminará como un claro día. Mira que cuando la luna parece más menguada, entonces la ilumina por lo alto el sol.

No quieras, pues, tu luz para los hombres, ni apetezcas lucir en la tierra, porque no se apague tu luz, que debe lucir ante el Señor, para que permanezca en perpetuas eternidades. No apetezcas ser como las hijas (2) de los gentiles, adornadas a semejanza de los templos, que dentro esconden la abominación de dioses fingidos, falsos, y vanos. ¿Qué utilidad (3) hay en la sangre cuando desciende a la corrupción, pues si la sustancia de la intención y el interior corazón del alma se corrompe, qué importa tener la piel dorada? ¿Ni qué provecho halla el enfermo con que los otros

(1) Ps., 138, 12. — (2) Ps., 143, 12. — (3) Ps., 29, 10.

digan que está sano? ¿Qué sabor halla su dueño en la fruta, por hermosa que parezca, y sea alabada, si tiene el corazón dañado y vano? Ni el rico por ser llamado pobre perderá sus riquezas. Ni el pobre dejará de serlo, aunque lo alaben por rico. Antes alaba, desea, procura, y estima ser contemptible y despreciada entre los hombres, para que puedas mejor guardar tu tesoro. Huye como de la cara de la culebra, de toda sombra de estimación o alabanza, porque soplando blandamente muerde y mata. Guardas tu vestido de la polilla, y los sembrados de la langosta, y se guarda el cuerpo de malos aires; ¿pues, por qué no el alma? ¡Oh, si apreciaras a Dios, y sus riquezas, y preciaras tu alma, y la amaras con juicio verdadero!, cómo quisieras perderla en esta breve vida, muriendo en la estimación humana, para ganarla en la eterna vida? ¡Oh Señor, Dios mío, para Ti guarde yo mi fortaleza!

No des, pues, alma mía, tu fortaleza a los ajenos, ni tu honor a los extraños (1). A Ti levanté yo mi ánima, Dios mío, en Ti puse los tesoros de la confianza, no seré avergonzada como los que son tenidos por varones de riqueza (2), y en dispertando del sueño de la vida mortal, no hallan nada en sus manos. Entonces callan, y ponen silencio en los bienes que parecía tener, y sólo tienen males, cubriendo su rostro de confusión. ¿Sabes qué obras han de resplandecer delante de los hombres (3), para que glorifiquen a tu padre celestial? El cumplimiento de su ley santa, y de las obligaciones de tu estado; y aquellas virtudes con que seas buen olor de Cristo, la paciencia, la humildad, el silencio.

Ponte como piedra durísima (4), para que pasando todos sobre ti, y hollándote, no te puedan mellar. Esta lucerna ha de arder en esta casa tenebrosa del mundo, en este lugar caliginoso, donde todos quieren que les sufran, y ninguno sufrir; todos mandar, y raro gus-

(1) Proverb., 5, 9. — (2) Ps., 75, 6. — (3) Matth, 5, 16. — (4) Isaiæ., 50, 7.

ta obedecer, etc. Pues enciende y conserva esta luz, poseyendo tu alma en la paciencia (1), que para esta lámpara tan necesaria, todas las cosas te ministrarán aceite con que se cebe, y materia para arder y lucir. Pacientes, pues, estad hermanos (2), confirmad vuestros corazones, para que cuando el esposo venga a las bodas, cojáis el fruto, y recibáis el premio; y quebrado (3) el vaso de barro, arda la luz, y resplandezca sin estorbos; y aterrados los contrarios del alma, se toque a victoria, y sea toda la casa llena del olor del ungüento que se rindió a los pies de Cristo, ofreciéndose toda a su imitación y amor.

AFECTO 73º

NO HALLARA LA ALMA DESCANSO EN SUS PADECIMIENTOS, SINO CONFORMANDOLOS CON LOS DE CRISTO.

Estando grandemente fatigada de dolores y angustias, entendí esto. Míra, y haz según el ejemplar (4), que se te mostró en el monte: esto es el Hijo de Dios clavado en la cruz; estos son los excelsos pensamientos de los hijos de Dios; y si se te dio por ejemplar el hijo unigénito, no debes extrañar con ignorancia que se te ponga por ejemplo la esposa y mujer fuerte, pues ya está dicho (5): *Todas las cosas que están escritas, para nuestra doctrina están escritas; para que por la paciencia, y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.*

Míra, pues, este altísimo ejemplar, que se te puso en el monte excelso, de los santos que lo fueron, subiendo a su imitación. Míralo bien, y profundamente considera cuál y cuánta caridad nos dio tal ejem-

---

(1) Lucæ., 21, 19. — (2) Jacob., 5, 7. — (3) Judicum., 7, 16.
(4) Ad Hebræ., 8, 5. — (5) Ad Rom., 15, 4.

plar y tal dádiva; cuáles y cuántas cosas padeció de los pecadores. Entra más y más al mar de sus dolores y tormentos, y viniendo a la alteza del mar, déja que esta amorosa y dolorosa tempestad de penas, te hunda entre sus aguas. Clama (1) hasta que se sequen tus fauces para no apetecer otro sustento: y clama hasta quedar ronca para hablar con los hombres. Entren tus voces a tu interior, y clama: ¡Dios crucificado! ¡Dios muerto! ¡Dios saciado de injurias y de oprobios, de afrentas y de agravios! Míra este ejemplar, y míra cómo has de hacer padeciendo. Míra (2), desde la coronilla de la cabeza, hasta la planta del pie, si hay en él alivio, ni descanso. Anda una y otra vez, y con cuidado míra sus sentidos y potencias. Míra, y haz conforme a este ejemplar. Míra lo que le tributan las criaturas, y lo que El da por ellas. Míra cómo hacen eco sus penas y dolores en el corazón de su Madre y tu Señora, y míra cómo bebe todo este mar de penas. Míra este ejemplar que se te dio en el monte. ¿Qué más alto ejemplar? ¿Qué más hermosa muestra de la caridad de Dios? ¿Qué más excelsa cumbre del monte santo? Estos son los excelsos pensamientos de los hijos de Dios.

Aquel pecho abierto, aquel corazón herido, es la medula del más alto cedro, adonde se remontan las generosas águilas. Aquellas manos heridas y clavadas, te da el amor por esposas; aquellos pies clavados a un madero, son grillos del amor del alma. Míra si tiene descanso. Anda como oficiosa abeja por aquel cuerpo inocente, herido tántas veces, paraíso del amor y dolor; y de sus suaves, dulces y divinas flores, saca miel con que labres en lo íntimo de tu corazón un panal, con que convides a tu querido bien. Míra sus ojos escurecidos con lágrimas y llanto, su hermosura afeada, su luz oscurecida. Míra, y haz según este ejemplar.

---

(1) Ps., 68, 4. — (2) Isaiæ., 1, 6.

Entra en este santuario sacrosanto del fuego del amor, y míra lo que hay dentro, hasta donde alcance, con su favor, tu vista. Míra y atiende a los afectos de su querida alma, y conoce que no conoces. Reverencia la altísima divinidad de Dios oculta en aquel cuerpo, herido, afrentado y menospreciado, y aprende a no creer, seguir, ni estimar los juicios de los hombres. Ama estas prendas y compañeras de tu Señor y Esposo: el dolor, el desprecio, la pobreza. En esta cama estrecha de la cruz descansa; en este misterioso libro estudia lamentaciones, cánticos y ayes. Súbe segura por esta escala.

AFECTO 74º

NI AUN LOS DONES DE DIOS SATISFACEN AL ALMA SIN SU DIOS MISMO. ¿PUES, QUE SERA A LOS REPROBOS PERDIENDO A DIOS PARA SIEMPRE?

Una de las cosas que no he hallado modo para decir, ni términos con qué explicar o que den a entender en alguna parte algo de lo que siente, es en los deseos y ansias que el alma siente de llegar a su centro, y la necesidad que conoce tener de Dios. No se dice nada: con la tierra sedienta del agua; con los peces fuera de su centro; con los pesados cuerpos de los montes, si estuvieran suspensos en el aire, etc. Algo me parece a lo que sucediera, si el cuerpo, apartado del alma, pudiera tener conocimiento de lo que la necesita para su ser, y se viera sin ella sujeto a horrorosa corrupción, privado de todo bien, y con una como inmensa propensión a recibirla; y si cuando el alma glorificada venga a entrar en él, y del polvo en que está convertido lo resucite y vivifique, tuviera el conocimiento, y temiera volver a quedar sin el alma, ¿qué sustos y dolor sintiera?

No sé yo si digo algo. ¡Oh pena sobre toda pena! ¡Oh dolor sobre todo dolor! Cuando levantándose el

alma al conocimiento de un bien infinito, que es Dios, y bajando al profundo de sus necesidades y pobreza sin el Sumo Bien, siente abrasarse con un inmenso deseo de llegar a su centro, todas las cosas le dicen: "no somos tu Dios"; y entrando dentro de sí misma no la dejan reposar sus entrañas y sus ansias, preguntándole: "¿dónde está tu Dios?"

Toda la casa se revolvía (1) por buscar una dracma. Todo su estrado se revuelve en su enfermedad, no hay sanidad en su carne (2), no hay paz en sus huesos, no pide entonces manzanas (3) y flores; mas como todas las cosas le sean molestas, se viste el cilicio, se humilla en el ayuno, se convierte a su seno; y haciendo penitencia en pavesa y ceniza, se reprende, porque toda en sí misma se aniquila y consume.

No hay quien la consuele (4) de todas las cosas que amaba, ni aun los dones de Dios la satisfacen, sin su Dios mismo. Quisiera hartarse de llorar, y aun sus lágrimas se le dan en medida, y si llorara ríos, no se hartara, porque es su sed de Dios, fuente de vida. Muchas veces conocí ser ésta como las penas que pasan las ánimas en purgatorio (pues ¿qué será de los réprobos, perdiendo a Dios para siempre?) ¡Ay de mí (5), que mi destierro se ha prolongado! ¡Ay de mí, que habito entre tinieblas! Mucho tiempo ha estado mi alma en su destierro.

AFECTO 75º

SUMERGIRSE EL ALMA EN EL AMOR DIVINO, ES VIVIR ENGOLFADA EN SUS DELEITES.

Padre mío: diferentísimo sonido me parece harán la cosas en quien las lee, que el que tienen en quien las siente o las escribe, ya porque la incapacidad y ignorancia no halla términos para explicarlas, o ya

---

(1) Lucæ, 15, 8. — (2) Ps., 37, 4. — (3) Cant., 2, 5. — (4) Thren., 1, 2 — (5) Ps., 119, 5.

porque los términos o palabras no adecuan a lo que se concibe y entiende, y ya, también, porque la memoria, conservando las especies de unas cosas, olvida otras, o no las puede retener todas por ser muchas. A la manera que la luz del sol y la potencia del ver pueden poner patentes innumerables objetos, pero no por eso necesitarán a un rústico a ponerlos en orden para referirlos y contarlos; una cosa será el mostrárselos, y otra, darle capacidad para decirlos.

Parecíame ponerse patente al alma (con un modo de entender que es sentir y gustar) que así como de Dios, fuente de vida, salen todas las criaturas, y vuelven a El, como los ríos (1) al mar, así del centro del alma, donde ha de estar como mar el amor, vivo, ardiente, eficaz, y actuado del Sumo Bien, quiere que salgan y tengan su principio todas las acciones, operaciones, intenciones y palabras, y que vuelvan a El. De donde vía claro el desorden y perdimiento de mi vida, y cuán lejos he andado de la verdadera vida del espíritu, pues muchas veces el fin y nacimiento de mis obras, palabras, etc., han sido, no el agua y fuente pura, limpia y vital del amor del Sumo Bien (2), mas antes los charcos y pantanos cenagosos del amor propio, de las criaturas, y de las pasiones. Y esto pide la santa Iglesia en una oración, diciendo: *actiones nostras, quæsumus, Domine, aspirando præveni, et adjuvando prosequere: ut cuncta nostra oratio, et operatio, a te semper incipiat, et per te coepta finiatur.*

Conocía cuán dulce, cuán provechoso, cuán justo es vivir en el amor, por el amor, y con el amor del Sumo Bien. ¡Cuán amargo, desabrido y infructuoso todo lo contrario! ¡Oh alma mía, deléitate en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón; y volved prevaricadores al corazón, y sea el corazón, y la vida de él, el que es fuente de la vida!

(1) Eccle., 1, 7. — (2) Jerem., 2, 13.

Este amor actual, y que nazcan de él y vuelvan a él todas las acciones y operaciones, interiores y exteriores, es don del padre de las lumbres, que da (1) a todos abundantemente, cooperando la criatura racional a sus voces, llamamientos e inspiraciones, y dejando todas las cosas por comprar esta preciosa margarita, y este reino de Dios, que está dentro de nosotros.

Y así temblaba de descontentar a este Señor que tal bien me puede dar. ¡Oh cuánto me importa agradarlo! (2). *Novit Dominus dies immaculatorum,* con un conocimiento de afección, y esta su heredad será *in æternum.*

AFECTO 76º (3)

MODO DE ABISMARSE EL ALMA EN DIOS.

El modo que el alma siente de ir a Dios, se me explicó hoy, de esta manera. Así como el que mirando un gran abismo de agua, se dice, que no pudiéndolo comprehender, se arrojó en él, diciendo: ¡Oh abismo!, pues yo no puedo comprehenderte, tú me recibes. Así el alma se arroja toda en Dios, como en un abismo incomprehensible de todos los bienes, Sumo Bien y todo él bien. En él se arroja, sin reservar nada de sí.

AFECTO 77º

RECIPROCIDAD DE LOS DOS ABISMOS DEL ALMA.

Esto sentí habiendo recebido a Nuestro Señor: parecía anegar a mi alma dos grandes abismos: el uno de la flaqueza, malicia y ignorancia de ella; el otro de la suma, infinita, inmensa grandeza, limpieza, sabiduría y omnipotencia de Dios. El un abismo llama

(1) Jacob., 1, 5. — (2) Ps., 36, 18.

(3) En la 1ª ed., de 1843, aparecen, este *Afecto* y el siguiente, reunidos en uno solo; ambos bajo el número 75º. (N. del E.)

al otro (1); el abismo del bien al abismo del mal para remediarlo; y el abismo del mal al abismo del bien para que lo remedie. En el día (2) manda el Señor sus misericordias, y en la noche sus cánticos. Tú, Señor, como día claro, muestras al alma tus misericordias, queriéndote comunicar a ella con la avenida llenísima de tus bienes; y mi alma como noche escura, triste y fría, te ofrece sus cánticos en lamentos, así como la tórtola, que toda es tristes arrullos, cuando le falta su dulce compañía. Mas la voz de la tórtola es oída de Ti, como un cántico tuyo, pues nace, ¡oh bien mío!, de tu amor y deseo. El clamor de los hijos de Israel (3) subió a Ti desde la tierra de las tinieblas, del trabajo y cautiverio.

AFECTO 78º

PARAFRASIS DE LOS SEIS PRIMEROS VERSOS DEL SALMO SESENTA Y DOS.

Dios (4), Dios mío: a Ti velo desde la luz, Dios en tu ser inmenso, infinito, inmutable, eterno Sumo Bien. Dios en Ti mismo, y de Ti mismo, abismo insondable de todo bien, pureza, santidad, hermosura, etc. Dios y Dios mío, pues por tantos modos has querido darte y ser Dios mío: como Padre y autor de mi ser; como fin último y rica herencia de mi alma: como hermano de mi naturaleza; como sustento y compañero de mi peregrinación; como maestro y redentor; como amigo y esposo del alma; como guarda y defensor; como refugio y asilo. Desde esta luz que me das, velo a Ti; y como el que en una noche escura, triste y trabajosa, ve algún rayo de luz para venir la aurora, así el alma vela a Ti, por la luz que le das, y tiene de Ti una sed insaciable. Sed tiene de

(1) Ps., 41, 8. — (2) Ps., 41, 9. — (3) Exod., 2, 23. — (4) Ps., 62.

Ti mi alma, por la luz inmensa que apetece. Y ¡oh cuánto la multiplica mi corazón, deseando dejar las prisiones y volar a la libertad, dejar las tinieblas y llegar a la luz! ¡Oh Dios!, cuanto se multiplican los que me atribulan, tanto crece la sed de llegar a Ti, verdadero descanso, seguridad y libertad. Seré saciada (1), cuando apareciere tu gloria, y ya no habrá más muerte (2), más llanto, ni clamor. Ahora camina el alma por la tierra desierta, sin camino y sin agua, mas acompañada de una bienaventurada esperanza de que así ha de aparecer en tu lugar santo, y ha de ver tu virtud y tu gloria.

Así como el que anda por un triste y espantoso desierto, no tiene consuelo hasta llegar al término y fin de su jornada, y sólo le acompañan temores y desconsuelos, que hacen crecer los deseos y ansias de llegar a su fin; así mi corazón y mi alma *in terra deserta* desea a Ti, Dios mío. Como el que se halla sin camino, andando por la soledad, desea con grandes ansias salir al puerto, y llegar a saludar la dulce patria, libre de horribles temores y sustos; así mi corazón y mi alma, desea a Ti, Dios mío, *in terra deserta, et invia.* Y así como el que en un dilatado desierto, soledad, y aspereza, pasando montes, atravesando por espinas y abrojos, en tierra áspera, seca, sin camino y sin agua, con el cansancio, con los ardores de la tribulación, con el polvo y la sequedad, apetece mucho, y muchas veces desea el agua; así mi alma desea a Ti, Dios mío, *in terra deserta, et invia, et inaquosa* (3). Y así como mis males son como un abismo, así llamo, deseo y tengo sed del abismo inmenso del Sumo Bien para que fui criada. Nada llenará la capacidad del alma, sino es el Sumo Bien; y así el abismo de mi corazón, la tierra sedienta hecha toda bocas, llama con una como inmensa sed, y invoca al abismo del bien, al centro suyo (4). ¿Quién (5) dará agua a mi cabeza, y hará a

(1) Ps., 16, 15. — (2) Apocal., 21, 4. — (3) Ps., 62, 3. — (4) Ps., 41, 8. — (5) Jerem., 9, 1.

mis ojos fuentes de lágrimas; porque ¿qué cautivo no llora su cautiverio?, qué desterrado no suspira por la patria?, qué sediento no apetece la fuente de la vida? Secas están mis entrañas: *sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.*

El abismo de mi ignorancia, sin camino, de mi necesidad, sin agua de mi miseria, en la tierra desierta de todo bien, llama y invoca al abismo de la misericordia, de la satisfacción y riqueza, porque mejor es tu misericordia, sobre la vida. ¡Oh!, ¿cuándo se romperán las cataratas del cielo, y se hará aquel gran diluvio que, anegando al alma, la absuerba, la transforme y la anegue toda en sí? Mas aun en la tierra desierta se han hecho cantables tus misericordias (1), en el lugar de mi peregrinación, y mis labios te alabarán, porque tu misericordia, mejor que la vida, hace venir sobre mí tus cosas excelsas, y las avenidas de tu consolación sobre mí, y sobre toda mi capacidad transeúnte en el lugar de mi peregrinación. *Excelsa tua* (2), *et fluctus tui super me transierunt.* Así bendice el alma a Dios en su vida, y en su nombre levanta las manos a obras santas y fructuosas, como el que dijo: toda la noche trabajando (3), *nihil cepimus;* mas en tu virtud, en tu nombre, levantaremos las manos, y se llenarán nuestras almas de fruto pingüe y escogido, y con palabras de alegría, que rebosan de las entrañas, del corazón y del espíritu, te alabará mi boca. Y si sobre aquel mi estrado (4) y miseria en que estoy, y que baño con las lágrimas por mi miseria y destrierro, y que he regado con llanto de mis ojos, turbados con el furor de las tribulaciones; si allí me acordare de Ti, en el empezar a amanecer la luz, meditaré en Ti, que fuiste mi ayudador, de quien se dice y siente el alma *que adjuvabit*

---

(1) Ps., 118, 54. — (2) Ps., 41, 8. — (3) Lucæ, 5, 5.
(4) Ps., 6, 7.

eam Deus mane diluculo (1), y que estando en medio de ella, en su centro, en su corazón, como dueño, señor y poseedor, no será conmovida; antes, en la sombra de tus alas exultará con grande alegría, y toda se irá en pos de Ti, sin reservar parte para sí. Triunfará de aquellos tres ejércitos que la buscan para darle la muerte eterna, queriendo quitarla de Ti, que eres su vida, y tu diestra me recebirá, para que así quede anegada la muerte en tu victoria; y del mundo, el demonio y la carne se diga: ellos verdaderamente en vano buscaron mi ánima, entrarán en lo inferior de la tierra, unos desterrados con tu poder, y otros aniquilados con la luz de tu gracia.

Conocerá el alma (2) que no hay utilidad en la sangre cuando desciende a la corrupción, y que es corrupción todo lo que aparta de Ti. Serán entregados a la espada de la mortificación las pasiones, y a la del castigo, los demonios, porque tu diestra me favoreció recibiéndome, y será la parte de ellos con las raposas, como de ladroncillos despreciables. Mas aquella alma que reinare por Ti, de verdad se alegrará en Ti, oh Dios, y serán loables todos los que le siguen, porque tú tapaste, refrenaste, y apartaste; porque viste, Señor mío, mi desnudez y pobreza, y tuviste misericordia, vistiéndome piadoso con los deseos, afectos y luces que me diste.

Pero luégo me cercaron los efectos de mi naturaleza (3): *circumdederunt me canes multi,* que con sus ladridos confundieron la paz de mi alma. Crecieron mis pasiones, y dividían entre sí las vestiduras que diste a mi alma. La soberbia se atribuía tus dones y los hurtaba. La relajación quiso torcer la confianza en tu misericordia. La aspereza y celo para con las otras, quiso vestirse de tu justicia. Y la vana curiosidad, de tu luz. La pereza y conveniencia propia quisieron semejarse al retiro y quietud. La disolución y liviandad, a la humildad y afabilidad. La soberbia

(1) Ps., 45, 6. — (2) Ps., (2) Ps., 29, 10. — (3) Ps., 21, 17.. et seq.

y estimación propia, a la modestia y retiro. *Foderunt manus mea* (1), (y no dejaron que las levantara y extendiera limpias, para bendecirte en aquel lugar santo donde se te ofrece el sacrificio de la mañana) *et pedes meos,* porque *funes peccatorum circumplexi sunt me* (2), y con ellos no podía huir a Ti, sino que enredada y detenida, gemía por mis prisiones.

¿Cuándo volverás a mí los ojos, y sacarás mi alma de la cárcel, para que te bendiga? Míra, Señor mío, que mis vicios echan suertes sobre aquella vestidura principal, y espíritu de tu caridad con que vestiste al alma en su niñez; pues si siempre en tu presencia fue pobre (3), y criada entre trabajos, no la desprecies cuando se envejece. Pues la provocaste (4) a volar como águila, renuévala piadoso samaritano (5), y guarda suya, no la dejes en el camino semiviva, porque no llegue a los extremos del mar de este mundo, sino encamina sus pasos a curar sus heridas, pues aquel tu pacientísimo cuerpo las ha cargado ya, para que el alma sane y tenga paz. Si tu voz (6) llamare a los huesos áridos, tendrán espíritu de vida. *Fiat pax in virtute tua* (7).

AFECTO 79º (8)

CELESTIAL HERMOSURA DE LA HUMILDAD, FEALDAD INCOMPARABLE DE LA SOBERBIA; DOCTRINA ALTISIMA PARA ADQUIRIR AQUELLA, Y DETESTAR ESTA.

En el nombre de Dios y de la Virgen María mi Señora, quiero hacer lo que se me manda, yo abismo de todos los males, porque en ninguna ocasión,

(1) Ps., 21, 17. — (2) Ps., 118, 61. (3) Ps., 39, 18. — (4) Deuter., 32, 11. — (5) Lucae, 10, 33. — (6) Ezechiel, 37, 4 et 5. — (7) Ps., 121, 7.

(8) Nota del copista C. y A.: "Dice al margen, año de 14 (a saber el de 1714)."

lugar, ni tiempo supe aprovecharme de la gracia del amabilísimo Señor, ni trabajé en el ejercicio de las virtudes, que es el camino para Dios. En particular la santa humildad, de la cual hoy he conocido tantas grandezas, cuantas jamás podré declarar. Proponíase a los ojos de mi alma como una piedra preciosísima de inestimable valor, con tan extraña y peregrina hermosura, que encerraba en sí toda la hermosura de las demás virtudes; y así estaba compuesta de varios y agraciadísimos y divinos colores, cuales por acá jamás se ven, sin confundirse los unos con los otros, ni estorbar su hermosura, antes unos dando más valor y gracia a los otros. Así, entendí, cómo el humilde no estriba en su prudencia, y así *vive en la fe,* porque quitada la escura y pesada sombra de la sombra de la soberbia, ve mejor la divina luz, y verdades divinas, y sube estribando en Dios con ligerísimas alas a los montes eternos de la suma verdad, sin el peso y cadenas de la soberbia, que, es mentira, y por eso aborrecida de Dios, que es luz, y es verdad. Así, que allí vive *la esperanza segura,* porque no estriba en sus fuerzas, poder, y caudal, y cuando más miserias y faltas ve en sí, entonces confía más puramente en el favor y piedad divina, que ve su enfermedad, y como médico sapientísimo, que juntamente es padre, y padre de infinito amor, ha de curar y remediar al hijo pobre y enfermo.

Tú eres mi Dios, le dice, porque no necesitas de mis bienes. Tú eres mi Dios, que me libras de mis necesidades; y *así tiene un continuo y frecuente recurso a Dios,* de cuya mano está pendiente todo su bien y remedio; y tanto más lo ama, cuanto conoce por experiencia, que sin él no tiene nada: y cuanto más y más se aniquila y conoce, tanto más anhela a su Dios y Sumo Bien. Entonces el agua fría (1) y helada se vuelve el mejor vino de la *caridad y amor,* que es el fin del convite, cuando conoce que de sí

(1) Joann., 2, 7.

no lo tiene, ni puede tener. En mi Dios (1) traspasaré yo el muro con un corazón confiado, alegre y alentado, porque no mi flaqueza y pies de barro, de asco y lodo, mas la diestra del Señor hará la virtud, y me levantará. No se tejerá mi tela del asco y veneno de mis entrañas, que la pueda cortar no sólo el tejedor, mas cualquiera paja que le llegue; antes el Señor, con brazo extendido y poderoso, hará que edifique en la soledad, y hará los muros como de hierro y de bronce. Aquí, pues, vive el *santo temor* de perder el bien, que sólo es bien de quien depende el ser, y todo el bien. El humilde conoce que todo el bien viene de Dios, y que de sí, sólo tiene mentira y pecado; y con esta verdad, que siempre trae presente, siempre ama a Dios, por dignísimo solo del amor, y mientras más conoce, más y más lo ama, y se anega en aquel mar inmenso de todo bien, y más y más desea aborrecerse a sí, mortificarse, pisarse y humillarse.

Agradecimiento.—En el corazón humilde resplandece la nobilísima virtud del *agradecimiento* hasta del más pequeño beneficio, porque cierto conoce, y claramente entiende que todo se le da de gracia, y que todo es sobre su merecimiento. A todas las criaturas se reconoce obligada, porque de todas necesita, y todas de algún modo le sirven; y así reconociendo la mano de donde viene todo, cada hora y cada instante halla más motivos de *amor y alabanza a su Dios, de sumisión y de rendimiento.*

Paz, tranquilidad.—Así en el humilde corazón se halla la verdadera *paz, y tranquilidad,* porque ha puesto su *esperanza y amor* en Dios todopoderoso, y *descansa en su providencia,* y siempre ve que tiene más de lo que merece. Como la verdadera humildad es *muerte del amor propio,* para sí nada apetece, sólo desea ser para Dios sujeta, fiel y rendida; y así *se alegra, goza, y está contenta* en el más bajo lugar. A

(1) Ps., 17, 30.

todas las criaturas da las ventajas, porque de verdad y sin fingimiento conoce que todas en algo le exceden; y como *sólo en Dios conoce está su bien,* con El sólo contenta, todo lo demás deja y huye de buena gana.

Sujeción.—La santa humildad no quiere regirse a sí misma, antes, todo su descanso es arrojarse en las manos del sabio y amante gobernador.

Caridad fraterna.—La humildad no conoce, *ni se inquieta por faltas de los otros,* porque tiene puestos siempre los ojos en las suyas, y en lo que puede ser, y tiembla y teme; y con el conocimiento de lo que ha sido, no se levanta vanamente en su pensamiento, antes *la humillan aun las faltas ajenas,* porque conoce lo que tiene de sí su naturaleza, y *ante todas las cosas se humilla.* Si el aire no me diera respiración, si la tierra no me sufriera, si el fuego no me calentara, si el agua no me diera refrigerio, ¿qué fuera de mí? Verdaderamente sólo soy una criatura necesitada y pobre. Si unos no se ocuparan en labrar la tierra, otros en sembrar, etc. Si no trabajaran los unos en tejer, y en navegar, etc. Si el labrador, el gañán y el oficial faltaran, etc. *De todos necesitas,* de los animales, y de toda criatura, etc.

Pues levanta los ojos a los cielos espaciosos, claros, y altísimos; y al cielo del cielo, que es el Señor, y míra la grandeza de tu pretensión, y que está en manos del Omnipotente. Levántate a su dichosa posesión, y mira que de ti puedes perderla, trocar y enajenar esta dichosa herencia por un deleite vil; y humíllate y tiembla, y hallarás motivos de una continua y rendida sujeción al gobierno divino, *de humillarte y amarlo.*

Míra, pues, aquel desierto de tinieblas de Egipto, donde atados, son desterrados y enviados los soberbios, con eterna confusión; y el infierno del infierno, que es la culpa; y míra si hay aquí motivos de humillarte y aniquilarte, y de *estar sólo pendiente de tu Dios,* que sacó del infierno tu alma, y te salvó de los que descendían a las hoyas y lazos.

Mira, pues, que no hay cosa en el cielo ni en la tierra, ni debajo la tierra, ni encima del cielo, que no te enseñe esta sabiduría de la humildad. La perdición y la muerte dicen (1): oímos su fama; no hay cosa escrita en los salmos y escrituras, que no enseñen al hombre esta ciencia de que *sólo Dios es, y que el hombre no es nada.*

En cualquiera cosa, si bien lo miras, leerás *las grandezas de Dios, y la vileza propia;* y en esta verdad, y en amarla y seguirla, no hay bien que no se encierre. Ella es la nave en que se pasa el piélago del mar de este mundo, y se aporta a la patria. Ella es el claro espejo en que se mira y se hermosea el alma. Ella es la cama y lecho florido en que se descansa y se halla al esposo divino. *Ella es la triaca contra todo veneno.* Ella es la medicina de toda enfermedad. Esta hermosa humildad, que conoce en Dios todos los bienes, y aborrece en sí todos los males, *es el alivio de todo dolor;* es la escala (2) que halla en su cumbre a Dios, por donde bajan sus luces, y suben los afectos y deseos. Esta *despierta al alma para que camine* y para que vuele en alas del amor, y alejándose y huyendo de sí misma, descanse y habite como la paloma en la soledad. Esta *corrobora al flaco,* haciendo caer la lepra de la propia estimación; quitando las vestiduras de vanidad en que se abriga, y revolviendo las aguas (3), hace entrar en ellas al que estaba tullido, y que salga con fuerzas para cargar el peso en que yacía oprimido, y quitado el temor del león y el oso que asecha en las calles y en las esquinas, le dice a su alma: en el Señor (4) confío, pasaré el monte como pájaro, aunque los demonios tiendan sus arcos y preparen sus saetas. Porque, oh Señor, lo que Tú perfeccionares nadie lo podrá destruir en el alma, nadie, sino es la propia voluntad que es soberbia. Podrán los reinos adversos a los reinos, destruírse unos a otros; podrán desbaratar-

(1) Job., 28, 22. — (2) Genes., 28, 12. — (3) Joann., 5, 4. (4) Ps., 10, 2.

se las ciudades, y caer y aniquilarse los castillos, torres, y fortalezas; mas lo que Dios edificare en el corazón humilde, que vacío de su propia confianza sólo confía en su Dios, nadie podrá destruir; porque los ojos del que tiene su asiento en el cielo, y está en su templo santo, que *es el corazón humilde y limpio,* estos ojos del Señor (1) están cuidadosos, mirando al pobre, que no sabe ni tiene riquezas de sí mismo.

Y con estos ojos y con el menear de sus párpados, como que los abre y cierra, sin dormitar (2), el que es guarda de Israel está interrogando y preguntando a los hijos de los hombres. El Señor pregunta y examina al justo y al impío, y como suma santidad y justicia, ama la justicia y santidad, que puso en el que no está lleno de sí mismo; *mas el impío se aborrece* cuando ama la maldad, y aborrece su ánima cuando dice en su corazón: no hay ciencia en lo excelso (3); no nos miran los ojos de Dios, no están abiertos sobre nuestros pensamientos, acciones y intenciones; por eso el poder de nuestro brazo nos ganará los bienes, y alegres (4) nos coronaremos de rosas y de flores.

Así se hacen con esta soberbia, que *es ignorancia y impiedad,* veloces (5) sus pies para derramar la sangre; y teniendo la infelicidad y dolor en sus caminos corruptos, no conocen la paz, porque el corazón soberbio *es un mar alterado,* y el Señor llueve (6) sobre ellos lazos de fuego, y espíritus de tempestades, hasta que al fin conocen que (7) erraron el camino de la verdad, y que como insensatos anduvieron por caminos trabajosos, no para ser llevados al refrigerio, sí para topar en su fin *la muerte, y muerte eterna.*

Así, pues, que no hay mal que no tenga su principio en la soberbia y propia estimación, que es injusticia y ignorancia; ella es el verdugo que continua-

---

(1) Ps., 10, 5. — (2) Ps., 120, 4. — (3) Ps., 72, 11. — (4) Sapient., 2, 8. — (5) Ps., 13, 3. — (6) Ps., 10, 7. — (7) Sapient., 5, 6.

mente *les da garrote a sus corazones, mientras viven,* porque es aquella vena (1) que siempre está diciendo: *daca, daca,* y jamás se harta, antes con lo que recibe le hace avivar la sed, y arder el fuego, para querer más y más, y tragando el aire, siempre se queda hambrienta.

La soberbia es aquella víbora que siempre muerde el corazón donde nace, y después que lo ha traído en duros tormentos, *lo echa al infierno.* Ella es la que despoja de todos los bienes, y del bien de los bienes, que es Dios, y lo hace huir del alma. La soberbia es aquella locura que esparce al aire y *echa al mar los tesoros verdaderos,* y siempre se arde con furor por recoger basura y estiércol, y anda siempre fundando casas y torres sobre el viento. Ella es la que come el veneno como manjar; como loca y como ciega, no sabe distinguir el mal del bien. Ella *es lince para descubrir las faltas ajenas,* y haciendo baja estima de los otros, está siempre como la mosca inmunda buscando los malos olores y las cosas podridas, para asentarse y hartarse de ellas, *con el vicio de la murmuración;* porque se alegra de los descaecimientos ajenos, y sólo ama y desea su propia excelencia; mas cuando muerde y gusta de defectos ajenos, le queda el veneno y la ponzoña debajo de sus labios. Esta soberbia es madre del vicio vil de *la adulación y la lisonja,* porque quiere, mintiendo, que mientan y la alaben; y ciega y loca, no duda por conseguir un poco de aire, abatirse a mil vilezas, y aunque el soberbio sabe que lo engañan y que mienten, y que saben que él miente y los engaña, con todo eso lo recibe, lo apetece y procura.

¡Oh vileza del corazón humano!, que trabajará día y noche, sudará y reventará por una vana alabanza que el aire se lleva. ¿Cómo, pues, alma mía, no te humilla y te mete en el centro de la tierra y de la nada, esta ciega locura, *este mal de los males* a que estás sujeta, y de que tantas veces te dejaste llevar? ¡Maldi-

---

(1) Proverb., 30, 15.

ta soberbia, que toda la hermosura del alma la deslustras y vuelves fealdad, que *la derribas de la alteza para que fue criada,* y la echas a lo profundo del abismo! ¡Oh, que al que se vestía de luz le comes sus adornos, como la polilla, y afeada su hermosura, haces que aun su cadáver le coman los gusanos! ¡Oh, que aun *a las estrellas del cielo derribó tu veneno,* y al que salía como el lucero de la mañana (1), ennegreciste como a tizón del infierno! ¡Oh, que has derribado los cedros del Líbano y enturbiado y revuelto los ríos y los mares! ¡Oh, que has asolado las torres y edificios con tu aire sutil, inficionado! ¡Oh huracán furioso para arrancar, secar y marchitar las más bellas flores de las virtudes! ¡Oh langosta (2), que *saliendo del infierno* con cara de hombre, al parecer apacible, destruyes y desuelas los sembrados! ¡Oh espada cortadora, que divides al alma de su alma y hieres las estrellas más sublimes! ¡Oh ánima mía, cuando no hubiera otro mal, otra miseria, otro llanto, otro dolor en la tierra; por este solo la habías de tener por cárcel, por galeras y destierro; si no es que la ames para humillarte con sus infinitas miserias.

¡Que pueda el hombre ensoberbecerse, que pueda levantarse, que pueda esperar en sus fuerzas! ¿No es aquel desterrado del paraíso, condenado a muerte y trabajo? ¿No es aquel viandante, pasajero que anda su camino al paso del día y de la noche, que compone la velocidad del tiempo y el andar del sol en el cielo? ¿No es aquel (3) que tiene constituído tiempo para acabar su jornada en término de que no podrá pasar? ¿No es el que nace como flor y se cae como sombra? ¿No es el que del sepulcro del vientre salió para el sepulcro de la tierra, donde deshecho en polvo, y vuelto en corrupción, será espanto a los unos, dolor a los otros, y olvido para todos con el tiempo?

---

(1) Isaiæ., 14, 12. — (2) Apocal., 9, 7. — (3) Job., 14, 5 et seq.

¿No es el hombre aquel que todo lo ignora, y no sabe (1) si es hijo de odio o de amor; pues de qué se envanece? ¿No es el que no sabe si ha de llegar al lugar santo del Señor y entrar en la santa Sión, o ha de ir cautivo (2) a la infernal Babilonia, donde sin ojos, sin manos y sin pies esté siempre cautivo entre rabia y dolor? Pues ¿de qué se envanece? ¿No es el hombre aquel siervo que debe toda la hacienda de su señor hasta la vida de su mismo hijo, y el que ha pecado sobre las arenas del mar; pues cómo puede ensoberbecerse? ¿No es aquel reo, cuya causa está pendiente, y cuya sentencia será de vida o de muerte eterna, y no sabe cuál será; pues cómo puede engreírse, ¿cómo quiere que lo estimen, y estimarse? ¿Y estos estimadores, no son hombres sujetos a las mismas miserias, y mortales pasajeros por el camino de este mundo, sujetos a ignorancia, a pasión y a engaño? ¿Qué sabes, alma mía, si estás caída o en pie? Y aunque estés en pie (3), mira no caigas como tántas veces has caído. El camino es difícil, tus pies flacos, la importancia del acierto es infinita. Pues como ciega, como pobre y desnuda, como cansada, hambrienta y menesterosa, llégate siempre al rico, poderoso y amoroso Padre, que sólo puede, sabe y quiere hacer el bien; y pídele confiada en su poder. Líbrame Señor de mis necesidades, tales y tantas como me cercan; cúbre mi desnudez; dáme sustento; lava mis manchas; sana mis llagas; cura mi enfermedad; perdona mis deudas; desata mis prisiones; endereza mis pasos en tus caminos; enseña mis manos (4) a la pelea, y mis dedos a la batalla; alumbra mis ojos; dame (5) un corazón limpio; dame espíritu recto; mostradme el camino; llevadme y tenedme; enviad vuestra luz y vuestra verdad para mis caminos, y vuestras palabras que como lucerna guíen mis pies por la estrecha senda que guía a la vida, y a vuestro santo monte y tabernáculo.

---

(1) Eccles., 9, 1. — (2) Jerem., 39, 7. — (3) I. ad Corinth., 10, 12. — (4) Ps., 143, I. — (5) Ps., 50.

Así, conocí que en todas las cosas podía buscar este descanso de la *amabilísima humildad,* y morar muy de asiento en esta heredad del Señor, y que siempre podía con su divina gracia procurar que toda la casa del alma se llenara de este suavísimo olor y nardo precioso, que se derramó en los pies y en la cabeza del Señor, con cuya presencia y asistencia da su olor, y respira más suave la humildad en el alma, y ésta es cierta señal de que el rey de las virtudes descansa y vive en ella, etc.

Debe el alma tener la luz en la mano para examinar sus afectos a ver si son hijos de la *generosa humildad,* y enderezarlos a ella, que si la busca, siempre le saldrá al encuentro, como una madre llena de honor. Busque con el discurso y entendimiento en todas las cosas, el conocimiento propio, y el de Dios, que si su luz le alumbra a su lucerna, luégo conocerá los hijos que miran al sol, y los que son de la miserable hija de Babilonia. Los tomará y arrojará a la piedra (1), párvulos, luégo que nacen; y cuando se incline a consultar en sus pasiones a su naturaleza, pregúntese a sí misma, con celo y furor santo: ¿por ventura (2) no hay Dios en Israel, fuerte, sabio y grande, para que vayas a consultar a la abominación?

Pues si así lo hicieres, míra que del lecho en que subistes no descenderás (3), antes morirás muerte que sea despojo de todos los bienes, porque así como los justos que siguen la luz con que los guía Dios, van de virtud (4) en virtud; así los que siguen las tinieblas, y van por ellas, un abismo (5) llama a otro. ¿Quién pues, te podrá discernir entre el bien y el mal, sino los labios de Dios, que separan lo precioso de lo vil, atribuyendo y volviendo a Dios, lo que es de Dios, y a ti lo que es tuyo; y con los bienes que recebiste (6),

(1) Ps., 136, 9. — (2) IV. Reg., 1, 3. — (3) Ibid., v. 4. — (4) Ps., 83, 8. — (5) Ps., 41, 8. — (6) I. ad Corinth., 4, 7.

por qué has de gloriarte como si no los recibieras? ¿Pues qué tienes que no hayas recebido?

Así, habiendo dividido con la luz de Dios lo que es tuyo y lo que es suyo, pesa lo que se debe a cada uno: *a Dios la alabanza, el honor y la gloria;* a ti la confusión, el desprecio y dolor; y así abraza con la voluntad en cualquiera cosa y ocasión lo que te toca, y en todas ama en Dios, la justicia, el honor y la gloria. Mide, pues, alma mía, lo que mereces, con lo que ha de retribuir tu infinita pobreza, y si piensas que eres algo, siendo nada,. tú misma te engañas. Míra no se te diga (1): pensastes que eras rica, y eres pobre, porque tienes pequeñita caridad; porque siempre descaeces del primer fervor; porque comunicas con un pueblo de labios manchados, esto es con tus pasiones, apetitos y quereres, y habitas en medio de ellos. O puede ser que entrando la mano en tu pecho (2), la sacaras leprosa, porque donde juzgas calor vital, hallarás lepra; y queriendo poner por obra los afectos buenos, te halles llena de afectos malos. *Ponte, pues, en el último lugar* (3) y a todos te sujeta, hasta a la más vil criatura irracional o insensible, porque puedas así cumplir toda justicia. Justo es que bajes más y más en tu estimación, en tu afecto y consideración; y si toda la vida gastaras en ahondar, bajar, y cavar en el abismo de tu nada, en tu menosprecio y aniquilación, aun no acabaras, ni llegaras al entero conocimiento de *lo que es el hombre sin Dios.*

Una vez habló Dios diciendo: hágase la luz, y fue hecha la luz para el día y la noche: produzca la tierra yerbas, etc., y con una rendida y puntual obediencia están todas las cosas como anhelando a ejecutar puntuales la voluntad y obediencia de su Criador. Hiere la piedra y da agua; toca (4) los montes y dan fuego; manda al mar que se dividan sus pesadas aguas, y al viento que no sople, y lo ejecutan; mas la piedra,

---

(1) Apocal., 3, 17. — (2) Exod., 4, 6. — (3) Lucæ. 14, 8.
(4) Ps., 103, 32.

el monte, el mar, el viento del corazón y voluntad del hombre, ni tocado, ni herido, ni mandado, se rinde ni sujeta.

Este es aquel monstruo de varios rostros, que con los beneficios se levanta en soberbia; con los azotes cae desalentado; halagado es más feroz, y tratado con rigor se enfurece y desconfía. Escrita la ley en piedra, la olvida y borra; y herido, da veneno en lugar de agua. Este es el más furioso huracán, ciego y sordo a las voces de su dueño. Este es el mar alterado con las continuas borrascas de sus pasiones. Para reducirlo, no bastaron espaldas de Dios heridas con azotes, rostro de Dios abofeteado, manos y pies clavados a un madero; Dios-niño hecho hombre, llorando entre dos animales, en unas pobres pajas; ni Dios hecho hombre y muerto entre ladrones; ni tántos dones de amor, cuales son el cielo y la tierra, con todo lo que en ellos se comprende para el servicio, y por amor del hombre, que todo lo olvida, y en faltándole algún pequeño bien, se queja, como si se le debiera de justicia.

AFECTO 80º

PINTURA BRILLANTE DEL HOMBRE CORROMPIDO POR EL PECADO, Y APARTADO DE LA GRACIA.

Siendo el hombre por sí, sin la gracia, aquella víbora que rompe las entrañas en que se cría, y aquella hidra venenosa que corta una cabeza, y quitada una ocasión y raíz de vicios, le nacen muchas; aquel león que se esconde en su cueva para herir a su salvo; aquella araña ponzoñosa, que la miel de las flores la convierte en veneno; aquella serpiente sagaz y astuta, que se finge dormida y se hace mortecina para dis-

pertar con rabias y furores; aquella sanguijuela, que siempre quiere chupar y tragar la mejor sangre, y nunca dice *¡basta!;* aquel dragón que, con insaciable codicia, quiere sorber el río; aquel topo que, cavando en la tierra, más y más se aleja de la luz; aquel tigre, oso, y pardo, que siempre se mantiene de crueldades, ensangrentando las manos y la boca contra el indefenso pobre y descuidado; aquel mongivelo que, mostrando la nieve por fuera. oculta en sus entrañas el volcán y el incendio; aquel hielo que marchita los campos y las flores; aquella nube que, opuesta al sol, oscurece la tierra. El hombre es el que hecho de barro y formado de tierra, pretendiendo ser como Dios, le desobedece, y es hecho semejante a los jumentos. El es aquel hermano envidioso que, oprimiendo a su hermano, quiere borrar su nombre de la tierra; aquel vano que, edificando a la gran Babilonia, quiere subir al cielo y eternizar su fama; aquel que es carne, y corrompiendo sus caminos, abrasa la tierra en fuego de lujuria, hasta que a su fuego apague el gran diluvio; aquel que, negando al verdadero Dios y Señor suyo la justa adoración, ha levantado, sacrificado y adorado a las piedras y palos; aquel que, burlando de su padre, hace escarnio de su naturaleza; él es aquel traidor y cruel, que al dormido traspasa las sienes, y las clava; y al que abraza con amistad fingida, le entra al pecho el puñal.

Blandas son sus palabras como el olio para adulación, lisonja y engaño, y ellas son cuchillo tan cruel, que al que está pendiente entre los riesgos le atraviesa el corazón con tres lanzas (1); y al que agoniza y se angustia en su dolor, cargando sobre él, le oprime y acaba (2). Este es el mal siervo, que perdonándole a él su señor, él ejecuta y echa preso a su consiervo y hermano (3). El es aquel abundante y glotón, que

(1) II. Reg., 18, 14. — (2) Ibid., 1, 9. — (3) Matth., 18, 23.

aun las migajas niega al pobre y llagado (1). El es aquel ladrón, que en el camino de la vida mortal, siempre asecha para despojar y herir al que camina descuidado, y dejándole herido, ni tiene compasión, ni misericordia (2).

Míra qué han hecho los hombres sobre el haz de la tierra, en todas las edades y siglos, sino destruírse, arderse y quemarse con guerras, odios, codicias y venganzas; cada uno procurando tener, subir y crecer, abatiendo, mintiendo y robando a los otros. ¿Cuántos mares de sangre derramada claman de la tierra, y atesoran ira para el día de las venganzas? ¿Cuántas violencias de guerras, con fuegos, hierros, ardides y trazas, inventa el corazón humano? Vengativo, codicioso y feroz, cuánta infidelidad a su criador y Señor que le dio el ser, y los bienes temporales, y le promete los eternos, y a sí mismo porque guarden su ley, que sólo mira a remediar sus daños. Pues esta ley santa les prohibe y manda: no os matéis; no os hurtéis; no os mintáis; no os dañéis en las honras, haciendas ni vidas; no améis los bienes que os esconden veneno en vuestros desórdenes. Amad al Señor Dios vuéstro que os dio los bienes que tenéis, y os dará los que os faltan. No os faltéis al respeto y obligación unos a otros, etc.

¿Pues de qué amor de padre y entrañas de madre piadosa, pueden proceder para con sus queridos hijos, mandatos y leyes tas convenientes y santas? Por los padres, manda que los honren sus hijos, etc. Para los hijos, quiere el cuidado y enseñanza de los padres. Para los que tienen, que no les hurtes, y para los pobres, aconseja, recibe y premia la limosna, etc. Mas míra cómo todos declinaron (3) y fueron hechos como inútiles para el fin altísimo que fueron criados; y como jumentos se pudrieron en su estiércol; y, en medio de los días que tenían por suyos, se les quitó el alma, y descendieron en la vida que amaban al infier-

(1) Lucæ, 16, 21. — (2) Lucæ, 10, 30. — (3) Ps., 13.

no. No hay quien haga el bien ni uno tan sólo, en comparación del infinito número de los necios. Pues mira lo que es el hombre por su naturaleza corrompida con la culpa, y apartado de la gracia, a que él tánto resiste. Míra lo que es el mundo, y míra qué serás si te apartas de Dios, fuente del bien, y fuente de la vida; y míra si tienes en qué estribar, o hallarás dónde poner los pies con limpieza y seguridad, fuera del arca de tu refugio.

Si no eres como el cuervo, voraz y carnicero, huye del mundo; mas huye de ti misma, porque son más enemigos del hombre sus domésticos (1), y es más inevitable el ladrón de casa. Teme la postema que se cría dentro, míra cuánto es dañoso el veneno escondido, y tanto más peligrosos, cuanto más interiores y escondidos los males. No escondas el gusano en tus entrañas. Clama siempre a tu Dios y tu refugio, desde este profundo de males que conoces. ¡Oh Señor, Dios mío, preparado está mi corazón para que lo limpies y examines, aunque sea con fuego! ¡Oh, pues, Señor Dios mío, pruébame (2) y míra mi corazón, pregúntame, y conoce mis caminos, para que me libres en el día malo, y me alegre por los días que me humillaste, y por los años en que vi los males, dolores, y desprecios! Haz que yo conozca mis caminos, Tú que ves mis imperfecciones, y están todas escritas en tu libro. Haz que enderece mis sendas a Ti, sin cesar, mi intención, mi amor, y mi deseo.

Míra, alma mía, si en el pequeño mundo que en ti se encierra, ¿tienes guerras, envidias y discordias, codicias y soberbias? Y míra que como tierra maldita por tu culpa siempre produce cardos, espinas y abrojos. Está siempre cuidadosa, temerosa y humillada, porque de ti misma no tienes otra cosa; mas arrancando tu semilla, cizaña y mala yerba, no arranques ni desprecies la semilla que en ti sembrase el labrador divino, antes está la guarda en tus entrañas, por-

(1) Matth., 10, 36. — (2) Ps., 138, 23.

que quedando sin cubrirse, no la coman las aves del aire con la vanidad.

Huye al retiro, cércate del silencio y desprecio propio, porque no sea hollada de los caminantes pasajeros de esta vida mortal. Mas recurre continuo, y siempre llama a tu Señor y dueño de la heredad, porque El solo da el crecimiento (1) a lo que siembra y riega; y El solo sabe cómo se ha de arrancar la cizaña que sembró el contrario y enemigo, y cómo se ha de separar del trigo (2).

AFECTO 81º

COLOQUIO SUBLIME DEL ALMA PEREGRINA, HUMILDE Y AMOROSA.

Oh Dios de mi alma, riquísima heredad de los justos, parte de su herencia, y su dichosa posesión. ¿A dónde iré sin Ti, que no sean caminos de muerte y de perdición? ¿Qué consuelo, qué paz, o qué descanso hallaré en ningún bien de la tierra? Oído he que tus amigos fueron siempre trabajados en este mundo, humillados y afligidos. Pues ¿en qué tendré consuelo, ni adonde pensaré que te hallo, si no es en tu santa cruz, en el desprecio y humildad, en el olvido de todo lo criado? Oh Dios mío, que siempre probaste a tus amigos para hacerlos ricos de los verdaderos bienes ¿qué mayor padecer, que mi no padecer, y mi inutilidad para tu santo servicio que es amar, buscar y apreciar tu santa cruz? ¿Qué mayor tormento que verme sin valor y aliento para ningún tormento, conociendo que ésta es la señal de tus escogidos? ¿Qué mayor causa de humillación, y de esconderme en el centro de la tierra que ver nacer en mi corazón la soberbia y vanidad? ¿Pues qué otra cosa así envilece y hace des-

(1) I. ad Corinth., 3, 7. — (2) Matth., 13, 29.

preciable al alma delante de su Dios, de los ángeles y santos, que la soberbia?; y aun a la vista de los mismos demonios, padres de la soberbia, pues ellos bien conocen las miserias de la naturaleza humana, y lo que es sin la gracia, lo que encierra el cuerpo y el alma, y ver que se envanece, les será causa de irrisión. ¿Pues qué cosa, Dios mío, más desproporcionada y disforme que una mujercilla vil, asquerosa como un muladar podrido, viciosa, y fácil para la ira, tántas veces caída en tan grandes culpas, pueda o quiera estimarse, o que la estimen? ¿Qué más justa causa de deshacerse, aniquilarse, y conocerse por ciega y loca, pues quiere cubrir su desnudez, su sambenito y afrenta, con las plumas de la estimación humana, y cubrir y vestir con ellas su verdadera pobreza; con estas plumas de tan varios colores y tan débiles, que se las lleva el viento? ¡Oh Dios mío, y gran Señor: escudriñad mi corazón, enderezad mis caminos! ¡Oh cuán bueno es para mí, que me humillen (1), para conocer tus santas justificaciones!

¡Oh alma mía, ya oíste la paciencia de Job! ¡Oh Dios mío, qué cosa más dichosa que aquel muladar donde fue probado, y se conoció ser amigo vuéstro; éste excedió en grandeza a los palacios más suntuosos, pues allí se vuelven los hombres enemigos de su criador (2), y aquí se probó y fijó la amistad con tu Dios! ¡Oh, cómo se debe escoger ser en la casa de Dios lo más despreciado, antes que habitar en los tabernáculos de los pecadores! Pues Dios de mi salud, mirad mi ceguedad, y dadme vista para escoger lo que se debe escoger. Mejor es que arrojada por puertas, y sólo cubierta de cilicio y ceniza, llorara siempre, y el soberbio Amán me prepara horcas, estando en tu amistad y gracia, que no sin ella comer en los banquetes del rey y reina, como el soberbio y entronizado. Mejor ser vendida como esclava, y atada con cadenas, ser echada en la cárcel por mis hermanos,

---

(1) Ps., 118, 71. — (2) Ps., 83, 11.

que no mandar con soberbia y furor. Mejor es habitar entre leones, en un escuro lago por tu voluntad, y en amistad tuya, que tener el trono y el solio más levantado. Mejor es estar cubierta de lepra, esperando las migajas y sombras de las otras, que vestir púrpuras y holandas, y comer en espléndidos banquetes. Mejor es salir peregrinando a tierras extrañas, dejando la casa de mis padres, y sacrificándote lo más amado de mi voluntad por amarte y temerte, que sin temor y amor poseer el cielo; pues de su asiento, si Tú no las tienes, caerán las estrellas. Mejor y más seguro es caer a lo profundo del mar por tu obediencia, que huyendo de tu rostro poseer la tierra. Mejor y más amable es estar ciega, sin gusto alguno de la vida, en tu amistad y gracia, que ver la vanidad, etc.

Pues, ¡oh Señor Dios mío, alúmbra mis tinieblas, para que sólo amarte, temerte y honrarte, despreciándome, padeciendo y humillándome, sea la parte de mi herencia y posesión! Mira el profundo de mi miseria, a que yo jamás podré conocer enteramente, y este abismo llame al abismo de tu misericordia, sólo poderosa a remediar mis males. No pueden las tinieblas comprender la luz, y así no puede mi ceguedad y ignorancia tener ni adquirir el resplandor amable, y altísimo don de la santa humidad. Esta luz es tuya, Padre y Dios de la luz.

AFECTO 82º (1)

DESEOS DE HEROICA HUMILDAD, POBREZA Y PENITENCIA. LOCUCIONES DIVINAS.

Después de una grande tribulación, que en lo interior parece había Nuestro Señor soltado sobre mí un mar de amarguras, y en lo exterior me hallaba cercada de cosas y trabajos, al parecer intolerables;

(1) Dice al margen: Año de 714.

se halló mi alma en paz y quietud con estos deseos que Dios envió a mi corazón. Deseaba en lo exterior pasar el plazo que me queda de vida, en un muladar como están los perros desechados; como las piedras o palos inútiles, descansando en mi abatimiento y aniquilación, y en el olvido de toda criatura. Sentía unas vivísimas ansias de llegar el alma a su centro, como una sed o calentura ardiente, y de llegar tan sola, como las cosas que abrasa el fuego, que no tienen más ser que el del mismo fuego. Así se deshacía la pobre alma por pasarse a su centro, y no ser, sentir ni entender, ni poder ya ser más que en aquel fuego poderoso; o que este sagrado fuego se apoderara de ella, consumiéndose allí, y deshaciéndose toda.

Conocía, o vía las manos del Señor de un modo que no puede comprenderse, llenas de inmensas, divinas y admirables riquezas, innumerables, altísimas y soberanas, que abriéndose sobre sus criaturas, derramaban dones con más abundancia que las nubes del cielo agua; y con más que si quitadas las prisiones del mar, inundara la tierra. Así conocía algo de su infinita inclinación a comunicacarse (sin más estorbo que aquel monstruo del pecado) y sentía estas voces: ¿Es posible que en medio de estas inmensas lluvias y avenidas de misericordia y liberalidad, podrás quedar sedienta, pobre y seca? ¿La pobrecilla que desea desnudarse de sí misma, no le llegarán y llenarán las corrientes de esta liberalidad inmensa? ¡Ea! no midas por el gusanillo, vil, pobre y miserable, al Señor inmenso, grande y poderoso, cuyo ser es liberalidad, comunicación, amor, bondad.

Luégo entendí esto, acordándome cuán atribulada ha sido mi vida, etc. Si una vil criatura, por el deseo aunque tibio y remiso de su Dios y su bien, ha atropellado con sus conveniencias terrenas, y pasado la vida en lágrimas, soledad, pobreza y dolor ¿qué hará por ella mi amor infinito? ¡Ea! alma, ¿entiendes que no te amo?

Conocí, o me pareció que ha sido especial providencia de Dios el permitir tantos temores y dudas

de si lo amo, o no, de si lo ofendo, aun hasta el tiempo presente; entre otras cosas, porque el ímpetu de amor, alegría y deseo de su Dios, me parece hubiera acabado la vida, o roto el corazón. De parte mía, mis pasiones y falta de mortificación, sé cierto ser el impedimento para para no arder en este divino fuego y centro mío. Mas a esto ¡ay Dios! ¿qué remedio, sino llamar y pedir, llorando y rogando?

También se renovó en mi alma, con indecible consuelo, un afecto que tenía desde niña, aunque conozco hay en él mucho de mi ignorancia; y es que deseaba, si Dios por su grandeza me lleva a su cielo, que estuviera en El tan oculta, que sólo su majestad me viera; de la manera que si un grande rey llevara una pobrecita, vil y desechada a su palacio, y la pusiera en algún rinconcito, que sólo él lo supiera, y dijera: quiero hacerle esta misericordia, porque quiero.

Entendí que en la amarga pasión de mi Señor hallaría compañía y consuelo para los trabajos de mi peregrinación, y que su sangre será el bálsamo que sane mis heridas.

Tenía grandes deseos de penitencia, y de toda mortificación, consuelo en las enfermedades y dolores, y más ansias de más y más pobreza. Estos me parece son las flores y frutos que desea y apetece el alma enferma del deseo de su amor y centro; y esto, porque ve que le han de hacer crecer el amor, porque sólo su ansia es por acabar de arder, que parece que muere por morir de su dolor.

AFECTO 83º

LA DISCIPLINA DEL SEÑOR ES DE AMOR.

Hallándome confusa y fatigada interiormente, por la variedad de pareceres que en algunas cosas había oído, y deseando acertar, me pareció que llegándome

a Nuestro Señor, como a maestro, iría segura y consolada, y nunca me faltaría qué aprender. Que su majestad tenía en una mano la vara de la corrección y castigo cuando enseña, corrigiendo con la tribulación, como al aprendiz indómito, hasta que entre por camino, y talvez dice: envió fuego en mis huesos, y me enseñó (1).

Esta es la disciplina que enseña ciencia, y ciencia de los santos. El temor del Señor es la sapiencia; y apartarse de lo malo, la inteligencia. Esta es la disciplina de nuestra paz, que cayendo sobre el inocente Jesús nos enseña, que si fue herido el Hijo tan amado por ajenos yerros, debemos aceptar, para aprender, el castigo, el azote, la tribulación y dolor, etc. Y que el mostrar la vara de su corrección, es amor del maestro para que salga bien enseñado el discípulo. ¡Oh Señor y maestro sapientísimo! lávame una y otra vez con los golpes de la tribulación, angustia y dolor, hasta que quede más blanca que la nieve, que entonces a mis oídos darás gozo y alegría, y exultarán hasta mis huesos, si hasta los huesos más interiores me hubieres humillado. Darás gozo a mis oídos con llamarme, cuando esté ya limpia, a que entre en el gozo de mi Señor. Entonces cantaré y entenderé en tus caminos limpios, y entonces vendrás a mí, cuando estén rectamente preparados (2) para el Señor; cuando como voz que clama en el desierto de todo afecto humano, oigas la voz de la tórtola que clama a su querido. Pues en tanto que vienes a mí, cantaré y entenderé en estos caminos limpios con la voz de la tórtola, y mis cantares serán lamentaciones, y ayes por mi bien.

(1) Thren., 1, 13. — (2) Matth., 3. 3.

AFECTO 84º

IMITACION DE CRISTO, ESCALA PARA DESCANSAR EN EL.

Recibiendo a Nuestro Señor Sacramentado, entendí esto: cantaré y entenderé en los caminos inmaculados, cuando viene a mí. Sentía y conocía estos caminos de las virtudes de Nuestro Señor, y que el andar por ellos ha de ser toda la música, y el entender del alma esta dulcísima imitación de las virtudes del Señor Jesús, su invencible paciencia, su humildad, su obediencia. Estos son los montes excelsos adonde deduce al alma victoriosa en el cantar de los salmos. Esta imitación es la ciencia dulce y sabrosa para el alma, que, subiendo a esta palma, aprehenderá sus frutos, dulces a su garganta, cuando cante en su cítara y salterio.

Muchas veces se me representan estos caminos por donde ha de andar el alma en la imitación de Jesús, con semejanzas de cosas hermosas y agraciadas; ya de suavísimas flores de colores vistosísimos y graciosos, por donde le parece al alma anda y corre alegre, ligera, y contenta en pos de su querido.

Y en una ocasión le parecía llegar a un valle y prado apacible y hermoso, y que allí el divino amor la convidaba a reposar en su regazo; pensaba ser aquel prado la humildad donde se apacienta el lirio de los valles. Ese otro día, acordándose de esto, le parece entendió esta pregunta: ¿quieres tú reposar en mí, o que yo repose en ti? Y aunque no entendió bien lo que encerraba esta pregunta, se inclinaba a que su Señor reposara en el alma. Después le envió algunos trabajos, etc.

Algunas veces recibiendo a Nuestro Señor Sacramentado, le parecía que el alma se dilataba y extendía, estrechaba y unía con El, al modo que los árboles, o plantas débiles, crecen y suben arrimados o unidos con los fuertes y grandes; y así conocía su vida

pender de Cristo, y sentía lo que dice: *Perambulabant in innocentia cordis mei, in medio domus meæ* (1).

Oh Jesús, Tú eres mi corazón limpio y puro, en quien he de caminar abrazándote en medio de mis entrañas. Dios, mi corazón, y la parte de mi herencia, Dios para siempre (2). ¡Oh pues, alma mía, si tu divino maestro con una mano muestra el castigo, que es favor, en su disciplina, que enseña y consuela; en su diestra tiene este cáliz de salud que es libro de doctrina, de vida y de regalo, que es ley inmaculada que convierte las almas (3)! Estos son los testimonios y verdades del Señor, firmados con su sangre, que enseñan fiel sabiduría a los párvulos.

Me parecía que ya para siempre todo mi vivir había de ser *psallam et intelligam in via immaculata* (4), hasta que el Señor venga a mí, o llame mi alma para sí; y conocía algo de la inefable alegría con que el alma cantará delante de los ángeles las misericordias del Señor, y la inteligencia y sabiduría que allí se le dará de las grandezas de Dios, y de la magnificencia de sus obras, y los tesoros que para ella se encerraron en la humillación, pobreza y dolor, que fueron los compañeros de Jesús en la vida mortal, y en el tiempo de su amarguísima pasión. Muchas veces conocí el beneficio grande que me hizo en llevarme por el camino de su cruz.

AFECTO 85º

COMPASION POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO, Y POR VARIAS CLASES DE PECADORES. ASEGURACION DEL CUIDADO QUE EL ESPOSO TIENE DE LOS PARIENTES DE LA ESPOSA.

Este día entendió: este esposo del alma es Señor grande, y tiene copiosa familia en esta su gran casa

(1) Ps., 100, 2. — (2) Ps., 15, 5. — (3) Ps., 18, 8. — (4) Ps., 100, 1 y 2.

del universo. La esposa, pues, que fuere advertida y quisiere dar gusto a su Señor, de los tesoros de su querido esposo repartirá a sus hermanos y a los criados de su Señor. Cuidará a los enfermos, que son las santas ánimas del purgatorio. Y es así que muchas veces, y casi siempre, se me representaron, y me parece vi algunas entre sueños con estas semejanzas de enfermas, y muchas del amor de su esposo, esperando ser saciadas del hambre que padecen cuando apareciere su gloria (1). Rico es y poderoso el Señor de la casa, y bien puede El, alma de los tesoros, extender las manos a los pobres, que son los que se hallan desposeídos del tesoro de la gracia, y piden a su Señor, llorando y rogando, que sean socorridos y remediados de los tesoros de su misericordia, de su sangre y méritos, y de la intercesión poderosa de su santísima madre, santos y ángeles.

Hacíasele presente un número innumerable de pobres llagados, desnudos, ciegos, cojos, y mancos (2); y por otra parte, vía o conocía algo de aquellos inmensos tesoros, bienes, y riquezas de las dispensas del Señor, que sólo quiere que le pidan para dar, que busquen para hallar, que llamen para abrirles. Conocía que muchos, como locos, estaban contentos con su pobreza y desnudez, con sus llagas y horribles males, y vía que ésta es la mayor desdicha, pues ni aun piden, ni buscan su remedio, antes andan tras sus miserias, amando sus mismos precipicios y fealdades: no quieren la bendición, y se alejan de ella; buscan la maldición, y se la visten, queriendo su confusión (3). ¿Cómo, pues, si el alma es fiel a su Señor, llorará estas pérdidas? Qué estén llenos y francos los tesoros del Padre celestial. Padre universal, Padre nuéstro, y que sus hijos, aun de la comida de animales inmundos no se harten (4), por habitar en aquella región de muerte y sombras de infierno y de horror, alejándose de la casa de su padre.

---

(1) Ps., 16, 15. — (2) Joan, 5, 3. — (3) Ps., 108, 18. — (4) Lucæ, 15, 16.

Llore, pues, llorando en la noche de esta ignorancia y locura, y nunca sus mejillas se vean enjutas de lágrimas (1), llorando y pidiendo a su Señor por estos pobrísimos pobres que aun su salud no quieren. Mas por aquellos que conociendo sus males, talvez suspiran por el remedio, pida y clame a las puertas de la misericordia, para que perseverando en pedir, reciban. Y por aquellos que buscan el reino de su Padre, para que lo hallen. Y por los que juntamente trabajan pulsando a las puertas, para que se les abran, porque no descaezcan; y ella pida, busque y llame por sí, y por sus hermanos, extendiendo sus manos, esto es, ofreciendo sus pequeñas obras como palmas extendidas, con los tesoros de su querido esposo.

Mas habitando en los huertos de este Señor y esposo, hágale oír su voz por los amigos que están ocultos, por los que se esconden a la luz de la mayor perfección a que los llama, impedidos de la sombra de los afectos de tierra, de la tibieza y tardanza, para que cuando a la luz se les convida, crean en la luz, y sean hijos de ella, creciendo hasta el perfecto día de la plenitud de Cristo, sol que alumbra a los que vienen, con su doctrina y ejemplo.

Queriendo yo entonces pedir por mis padres y hermanos, entendí esto: Cree cierto que el esposo amantísimo tiene cuidado de las cosas que tocan a su esposa, si ella fuere fiel. Claro está que su querido Señor mirará como cosas muy suyas las que a ella le tocan. Ella debe mirar por su Señor, serle fiel y oficiosa, y estar cierta de su amoroso pecho, y *de su gran poder para librar del mal de la culpa, que es la muerte del alma, a un pueblo de cautivos, por una alma a quien ame, y sea su fiel esposa.* Esto cabe aun en el amor humano y terreno, que se miran con especial cariño y amor las cosas de la persona amada.

En esto, pues, verás si amas a tu dueño, si miras con amor sus cosas, sus hermanos, sus hijos, sus sier-

(1) Thren., I, 2.

vos, sus pobres, sus enfermos, que la ciencia sabrosa del amor a todos llama, y quiere compeler a que entren al convite, clamando en las plazas. Anda pues a tu retiro, súbe y sál a las plazas (1) de la inmensa piedad, y allí da voces por todos, para que todos entren y vengan al convite. Llora y gime como la tórtola, para que tu voz se oiga en nuestra tierra (2), y la higuera dé frutos a su Señor, cuando tiene hambre y sed de las almas, sus queridas.

AFECTO 86º

DOCTRINA CELESTIAL PARA USAR BIEN DEL TIEMPO. DE ESTE USO PENDE EL GANAR O PERDER A DIOS, BIEN INFINITO E INMENSO.

Estando muy turbada interiormente, por algunos acaecimientos, entendí esto. Todas las cosas tienen su tiempo, y pasan en espacio debajo del cielo; no estimes, pues, como eternas las cosas que pasan; no te abraces de la corriente del río. El tiempo de nacer pasa, y el tiempo de morir pasa también; pasa el tiempo de reír, y el tiempo de llorar. No te arrimes, pues, a la rueda del tiempo, que a cada paso caerás, porque a cada paso se muda la figura de este mundo (3). Está firme, pues, en la protección del Altísimo, mirando correr este gran río de las cosas humanas. No te mueva la risa de la lisonja, o alabanza humana, porque pasará su espacio, y llegará el tiempo en que se repute por error. No te enamore ni aficione lo que nace y crece en la estimación humana, pues pasa su espacio, y llega el tiempo de morir y acabar. No te espante ni arredre lo que se edifica en esta gran Babilonia, porque pasa su espacio, y llegará su tiempo en que se destruya lo que se le-

(1) Lucæ, 14, 21. — (2) Cant., 2, 12. — (3) I ad Corinth., 7, 31.

vantó en soberbia, cayendo en confusión. No te entretenga ni divierta lo que se planta en el campo de la vida mortal, pues pasando su espacio limitado debajo del cielo, llegará el tiempo de arrancar lo que estaba plantado. Yo dije (1): "haced vuestros tesoros donde ni la polilla ni el orugo los demuela." Mira que el necio se muda como la luna, porque se arrima a todas las cosas sujetas a mudanzas, cuales son las que están debajo del cielo, en este mundo exterior y visible; y como anda al paso de las cosas que ama, nunca permanece en un estado. Mas el sabio edifica su casa sobre la piedra-Cristo. El que es de tierra, de tierra habla; mas sobre todo está el que tiene su conversación en el cielo. Así, que no te lleven tras sí los halagos de las criaturas, pues pasa el tiempo en que abrazan con amor, y llega el tiempo de alejarse de sus caricias. Ni te asuste el tiempo de dividir y romper, pues llegará el tiempo de juntar lo que está dividido.

Ten tus tiempos, que todos se encaminen a la eterna vida. Sea tu tiempo de nacer cada instante, renovándote en la hora presente en el sagrado fuego del amor. Muda como el águila las plumas (2), sin descaecer para volar a tu centro, renovando la fortaleza del corazón en el vino que alegra el corazón del hombre, y en el pan que confirma su fortaleza (3). Entra siempre en el horno de la contrición y dolor, donde puedas renovarte, y sea tu tiempo de morir cada hora y cada instante, dejándote a ti, y pasando a tu Dios, muriendo a tus quereres en todo tiempo, de modo que puedas decir siempre: este es el tiempo aceptable, este es el día de la salud; ahora, sin esperar más tiempo, arrojaré de mí toda obra de tinieblas (4), y ahora me vestiré de las armas de la luz, andando como en un continuo día para abrazar el bien honesto, útil y deleitable, que se halla

(1) Matth., 6, 20. — (2) Ps., 102, 5. — (3) Ps., 103, 14. — (4) Ad Rom., 13, 12.

sólo en Dios; pues si en el día de la consolación le clama el alma con alabanzas, himnos y loores, la noche está delante de él con un silencio, a veces más elocuente, porque bien sube a Dios la voz del afligido.

Recibe, pues, bien el tiempo de dividirte y apartarte de cualquiera consolación, pues llegará el tiempo en que entres en el gozo grande, lleno y perfecto. Mira, pues, no vayas tras el odio o amor de las criaturas, que uno y otro tiene su tiempo limitado debajo del sol; mas ten tu tiempo de odio, para que llegue el tiempo de la perfecta dilección. Aborrece tu ánima en esta breve vida, para que la ames en la eterna vida. Aborrece los lazos de tu naturaleza, que te detienen el volar a tu centro, y te estorban el amor, para que llegue el tiempo de arder en el fuego de la sagrada dilección, y éste sea tu tiempo. Mortifica tu carne, para que reflorezca, y de tu voluntad confieses a tu Dios.

No te asombren los tiempos que tienen las criaturas de arrojar las piedras, porque pasa el tiempo, y a veces se pone en la cabeza del edificio el más reprobado (1). Doce horas tiene el día, y cada hora se muda el corazón humano que no está firme en Dios. Sea pues tu tiempo de arrojar las piedras, que tu enemigo te ofrece como pan (2), todo el tiempo de la vida mortal, no admitiendo sus engaños, cuando te ofrece por consolación las criaturas duras, secas y frías, que no podrán hartarte, ni darte espíritu de vida, ni son manjar del alma. Mas sea tu tiempo de recoger piedras todo el tiempo de la vida mortal, abrazando y recibiendo golpes de trabajos y dolores, de ingratitudes y desconsuelos, para que edifiques un templo pacífico a tu Dios, y habiendo acá recibido los golpes, seas piedra labrada para el temple de su eterna gloria. Atiende, pues, ¡oh alma!, en el tiempo de este camino breve, o cómo se

(1) Ps., 117, 22. — (2) Matth., 4, 3.

acaban el tiempo de todas las cosas, cómo todas se acaban con el tiempo. Siéntate solitaria sobre el tejado (1), levántate sobre ti misma, callando, y con profunda atención considerando lo que se acaba y lo que permanece, para hacer cuerda elección de lo que has de escoger. Míra que a los que ríen se acabará este tiempo, y vendrá el tiempo de llorar. Míra que a los que siembran en la carne, se acabará el tiempo, y llegará el tiempo de arrancarla, cayendo en corrupción. Míra que a los que saltan con placeres vanos se acabará este tiempo, y caerán, siendo plantados como árboles, donde no puedan moverse del lado que cayeren (2). Mira que los que abrazan el amor desordenado de las criaturas en el tiempo, serán divididos, apartados y alejados de ellas con dolor y tormento, en un espacio eterno. Ten, pues, aquí tu tiempo de llorar, para que llegue el tiempo de reír, entrando en el gozo de tu Señor donde no habrá más muerte, ni llanto, ni dolor (3).

Míra el valor o daño del tiempo limitado; y míra que lo que se lloró y sembró en lágrimas (4) en el breve camino del tiempo, se cogerá en gozo en el espacio inmenso de la eternidad; y que lo que acá se riyó en el momento del tiempo, se pagará con eterno llanto. Y míra más, que el ganar o perder a Dios bien infinito, inmenso, incomprehensible, pende del empleo que hiciera del tiempo: en un momento del tiempo puedes ganarlo o perderlo. Pues no pierdas momento en que no procures más, y más ganarlo. Arroja cada instante tanta saetas de dolor y de amor, que no sientas después no haber más y más arrojado, porque no yerres el blanco, ni dejes muchas veces de vencer tus contrarios.

¡Oh, si pudieras, alma mía, beber hasta embriagarte del torrente, en este camino breve de trabajos y penas, de dolor y de amor, para que oyeras: levantad vuestra cabeza, mirad que se acerca vues-

---

(1) Ps., 101, 8. — (2) Eccles., 11, 3. — (3) Apocal., 21, 4.
(4) Ps., 125, 5.

tra redención, donde bebieras del torrente de los gozos eternos de aquel río que alegra la ciudad de Dios. Bebed pues, y embriagaos carísimos, cargad de riquezas verdaderas, de llantos provechosos, de dolores y penas, que es lo que da eterno peso de gloria en la ciudad de Dios y reino eterno.

AFECTO 87º

CONOCIMIENTO DE VARIOS PELIGROS EN LA VIDA MISTICA, Y CUANTO MAS EN LA DEL SIGLO, ADQUIRIDOS EN LA ESCUELA DE LA HUMILDAD.

Para mayor confusión mía, y por ver si el escribir aquí las cosas que conozco sirve de algún freno al bruto más digno de castigo, que me parece ha nacido jamás, que soy yo: digo que con estas tribulaciones y grande sequedad y calamidad que he padecido estos tiempos, me ha dado Nuestro Señor a conocer estas cosas:

Lo primero, el profundísimo abismo de mi miseria, y males en que caería, a no mantenerme graciosamente la mano misericordiosa de Dios. Y es tal lo que conozco, y he experimentado de mí, que creo si más me aclara Nuestro Señor esta vista de quien soy yo y puedo ser por mí, muriera o desfalleciera del todo.

Lo segundo, he visto claramente cuán lejos estoy de tener ninguna virtud.

Lo tercero, cuánto necesito de la gracia y favor de Dios, pues me he hallado como una caña débil, vana y vacía, en medio de furiosos vientos, que a todas partes se mueve y doblega sin consistencia, ni ser para nada.

Lo cuarto, he conocido que sólo en el amor del Sumo Bien halla descanso el alma, y que sólo este ejercicio satisface sus ansias, y la tiene segura, que sólo en El descansa.

He conocido cómo no conviene dar oídos a cosa que no sea por Dios o para Dios, ni hablar en cosa que salga de esto; y que de aquí me vino esta grande sequedad y tormento que he pasado, estando el alma todo este tiempo como fuera de su centro, y el grande daño que hace aquel parecer que dicen *esto no es malo, esto no es pecado,* pues todo lo que no es aspirar a lo mejor, es caminar a lo peor. Fuera de que quien tanto ha debido a Dios, no cumplía con sólo excusar lo que es pecado, ni con ningún ajustamiento a lo más perfecto, por grande que fuera; pues he conocido también con claridad, que si mi vida fuera de mil años, y ésta la gastara en grandes obras, y en continuas alabanzas de Dios, y en darle gracias por sus beneficios, aun no correspondía al menor de ellos, aunque todos los huesos, venas y arterias de mi cuerpo se convirtieran en corazones y lenguas.

Siento una gran compasión de las criaturas de Dios; pues veo, por experiencia, nuestra gran miseria, y lo que se padece en este destierro, y así quisiera estar clamando a Nuestro Señor continuamente por ellas, pues si con tantas ayudas, luces, inspiraciones que he recibido de Nuestro Señor me hallo tal, cuánta es la necesidad que tenemos de más y más socorros de la divina gracia, pues llegamos a unos estrechos tales de tentaciones, riesgos y peligros, que no cesan mientras dura la vida. ¿Y qué tales se hallarán los que están metidos en el mar del siglo entre tantas cosas que avivan las pasiones, y no dejan sosiego al alma para nada bueno? Por lo cual quisiera no perder instante de tiempo en que no estuviera clamando a Nuestro Señor de lo más íntimo de mis entrañas, por sus criaturas, para que nos conceda el remedio de tantos males.

Cada día conozco más y más cuánto me importa huír el trato y conversación de las criaturas, si no es en lo muy preciso y necesario, de *obediencia, caridad,* o *necesidad precisa,* de manera que el hablar o tratar sea sólo porque Dios lo quiere, y para más

llegarse a su Divina Majestad y a su amor, con pureza de intención; y he visto cómo del descuido en esto nace también la sequedad.

AFECTO 88º

PREVENCION DIVINA PARA GRANDES PADECIMIENTOS, Y FORTALEZA PARA ELLOS, NUEVO MOTIVO PARA AMAR A DIOS.

Una de las cosas por que debía amar y alabar a Nuestro Señor con todo mi corazón es porque siempre me ha prevenido cuándo ha de ser el padecer grande, para que no caiga del todo, y desmaye; unas veces mostrándome al enemigo que solicita las cosas para mi daño; otras con sus palabras al alma, etc.

En una ocasión que había días que recebía de Nuestro Señor muchas piedades, y entre ellas una, que era no faltarme la oración, ni la paz interior, que aun durmiendo me parece sentía más vivos los afectos de la oración; una noche en sueños, vía al Niño Jesús muy hermoso, y que yéndose de prisa me decía: *hermana, ¿por qué te turbas?* Empezó en mi alma una turbación y tormento tan grande, que duró por mucho tiempo, sin poder por ningún camino hallar remedio.

Y en este tiempo la persona que me confesaba, me mortificaba de muchos modos, con todo rigor y crueldad, al parecer, de modo que le decían algunas personas: que mirara que podría yo morir, o darme alguna enfermedad de alguna pesadumbre de aquéllas; mas el enseñado de Nuestro Señor me apuraba hasta lo último, y dejaba en un sumo padecer; mas era de modo que con aquello me alentaba más a buscar puramente a Nuestro Señor y atropellar por mis tormentos, que padecía de modo que a veces me faltaban las fuerzas corporales. Algunas veces me hallaba en sueños siguiendo a Nuestro Señor en

su pasión por unas calles con extremo ásperas, y de unas subidas tan altas, que caminaba con gran fatiga; y más, que una luz que llevaba en mis manos, tenía dentro una pequeña pajita, que muchas veces la apagaba, y me dejaba a escuras.

Y llegó a tanto mi padecer, que me parece me lo mostró Nuestro Señor en esta forma: Vía en sueños un pedazo de tierra, tan seca y dura como si fuera de pedernal, tan árida y yerma como si del todo fuera incapaz de producir ni una hojita de yerba verde, y que tres o cuatro trabajadores, con sudor y fatiga, andaban por allí cavando y echando tierra buena, que traían de otra parte, y en dando con la herramienta que tenían, en lugar de ablandarse saltaba fuego; mas, al cabo de haber trabajado así algún espacio, se alentaban diciendo: ¡ea! que tierra es, y no piedra, y en regándola se ablandará y dará fruto. Paréceme que le encaminaban un copioso río. Yo entendí esto de mí, y del estado en que me hallaba, y disperté alentada a proseguir mi trabajo, y me sentí con nuevo esfuerzo para padecer, y no desconfiar, ni desmayar. Así, Dios mío, en todas ocasiones me ha avisado y prevenido tu larguísima piedad, por lo cual quisiera que en aquellos senos más interiores de mi corazón, estuvieras vos, Dios mío, y mi alma no saliera de allí a lo exterior, sino que allí siempre te alabara y amara, y postrada como un polvo de la tierra, pobre y vil, adorara siempre sin cesar tu altísima majestad y sus adorables juicios y misericordias.

Así que sólo deseo poder continuamente llorar mis culpas, si fuera posible con lágrimas de sangre, pues no se cansa para conmigo la Divina Majestad, mas siempre vuelve sobre mis ofensas mayores beneficios. De donde dos cosas conozco más cada día, que es: su infinita misericordia y mi gran malicia. ¡Oh Dios mío y Señor mío, única parte de mi herencia, y mi gran tesoro!, qué más tiene la pobrecita, vil y miserable, si no es arrojarse a vuestros sagrados pies; y pues vuestra majestad y grandeza llena los cielos

y la tierra, estar en cualquiera parte de ella postrada, y humillada, reconociendo mis culpas, y loando y alabando vuestra inmensa bondad, grandeza y misericordia, y sujetando mi grande ignorancia y ceguedad a vuestra altísima sabiduría y ciencia.

Una de las cosas porque más alaba mi alma a Nuestro Señor es considerando los varios modos y caminos de mi padecer, y de mi vida, y que en todos ha proveído su Divina Majestad con su ayuda y misericordia, por modos muy particulares, y siempre misericordiosos.

AFECTO 89º (1)

HORNO DE TRIBULACIONES MIXTAS PARA DISPONER AL ALMA A SOBERANOS BENEFICIOS; Y PARTICULAR INTELIGENCIA DE LA PRECIOSIDAD DE LOS SENTIMIENTOS QUE DIOS LE HA HECHO ESCRIBIR.

Como se fuera llegando el tiempo de Cuaresma, me parecía ver con los ojos del alma un mar de aguas, tan turbias y oscuras, que causaba el verlas una gran congoja, amargura y aprieto interior. Parecíame que Nuestro Señor Jesucristo andaba en medio de aquel mar, y entendí significaba algún grande padecer interior, que me quería enviar, y quedé con grande temor a esta Cuaresma, aunque entregándome de todo mi corazón en manos de Nuestro Señor y en su santísima voluntad. Luégo empezó a entrar mi alma en unos desconsuelos y temores tan espantosos, que parecían los calabozos más lóbregos de la tierra; luégo a padecer tan fuertes y horribles tentaciones, que casi me sacaban de mí, sin quedarme recurso a ninguna cosa, pues el de llegar al confesor, que en tales ocasiones es el único, no lo tenía, porque en llegando allí a buscar remedio, parece que los huesos se me despedazaban unos con

(1) Dice al margen: año de 14. (Nota del copista.)

otros, y que me metían puñales por el alma, o me tenían toda atada con cadenas, sin acertar ni poder concertar razón, ni saber de mí; pues mi alma parece que andaba con sus potencias como una pelota por los vientos arrojada de todas partes con violentísimos impulsos, sin saber en qué hacer pie, ni poderlo hacer en nada; con un peso y apretura en el corazón, como si tuviera sobre él todo el mundo. El cuerpo tan estropeado, que a cada paso me parecía iba a expirar y fenecer, sin poder dejar de estar en un casi continuo llanto y temblor. Parecíame que me desgarraban las entrañas, o el alma, con peines ardiendo, o que todos mis huesos se habían vuelto de fuego. Junto con esto, llevando muchas pesadumbres y contradicciones exteriores en las cosas más sensibles; y padeciendo también la persecución del enemigo malo, no sólo en las tentaciones gravísimas y continuas, sino también con espantos malos y aborrecibles, en llegando la noche, etc., llegándose y cargándose sobre mí.

Hoy, tercer domingo de Cuaresma, habiendo comulgado, y pensando cómo en el Santísimo Sacramento, junto con la persona de Nuestro Señor Jesucristo, por la unión inseparable de la divinidad en las tres divinas personas, está allí el Espíritu Santo, me parecía hallarse cercada mi alma de aquel fuego divino, llena y embebecida en él, como en un inmenso mar, o globo de luz y de amor, más grande que todos los orbes de la tierra; y tan presente, vivo y eficaz al alma, como si todo se embebiera en ella, y estuviera todo en toda, abrigándola y defendiéndola. Entonces vía que de los dedos de mi mano derecha destilaba una riqueza, como perlas preciosas y resplandecientes, y como oro; mas era de un modo que corría, y se liquidaba, como el bálsamo, sin perder su resplandor, antes me parecía que se mezclaba con la hermosura de todas las piedras preciosas. Pues como yo me admirara de esto, no sabiendo qué significaba, entendí y se me acordó lo que el padre rector me había mándado. Porque como los días antes

llegara a tanto mi tribulación, que como el que cae en lo profundo del mar, sólo ve riesgos y perdición; entre otras cosas me parecía que ya estaba perdida y condenada, y que esto me sucedía por haber escrito algunos *sentimientos* que han pasado por mi alma en el discurso de mi vida; *(los cuales papeles* he escrito por muchos y repetidos mandatos de mis confesores, y los han visto y registrado). Pensando, pues, que por no ser esto espíritu de Dios, me vía en tánta perdición, angustia y tribulación, rogué al padre rector otra vez, sobre muchas que se lo había propuesto, si le parecía darme licencia para quemar todos aquellos papeles, pareciéndome que con eso quedaría yo libre de muchas congojas; y importunado de mí, me mandó le pidiera a Nuestro Señor me alumbrara en esto, y le diera luz de lo que había de hacer, o mandarme en eso. A los tres días me pasó esto que he dicho, y entendí: *que en lo que en los papeles está escrito, no es nacido de mí, ni del espíritu malo, sino de Dios, y de su luz,* que por sus incomprehensibles juicios me lo ha hecho escribir (1).

También entendí que el verme yo en aquel sueño ayudando a quemar aquellas columnas doradas de aquella iglesia, era este temor y congoja, con que quería destruir aquellas memorias de los beneficios de Dios, de los deseos, luces y conocimientos que le ha dado a mi alma. Y que el ver que luégo se armaba el cielo de nubes, fue para que entendiera que no se quitarían, con quemar los papeles, mis tribulaciones, antes podía entonces temer el castigo por rebelde a la luz, por desagradecida a los beneficios de Nuestro Señor, que todo nacía de pereza y tibieza, para no vencerme y ajustarme a la doctrina y avisos que *contienen los papeles;* y que el demonio hacía en esto, como el cazador, que echa tierra a los ojos de los ciervos, para que se despeñen, y quería

(1) Cómparese este testimonio personal de la autora con lo que ella misma narra sobre el particular en *Su Vida* (Cap. XLII, p. 160 de la 2ª ed. Bogotá 1942). (Nota del editor).

sacar los ojos de mi alma, y cortarle los cabellos en que podía poner Dios su fortaleza (1); y que mi amor propio quería excusar la gran confusión que me causan mis faltas y culpas, a vista de lo que Dios me ha dado a conocer, y de los beneficios que me ha hecho. Que en mostrarme aquella semejanza de perlas, oro y piedras preciosas, me daba Nuestro Señor a entender cuánto se deben amar, guardar y apreciar sus palabras e inspiraciones.

AFECTO 90º

MODO DE ATRAER EL ESPIRITU RECTO PARA INVESTIGAR UTILMENTE LAS MARAVILLAS DE DIOS.

Esto me había dado a entender en el salmo de nona: las maravillas de tus testimonios y verdades diste a escudriñar a mi alma, no con curiosidad vana, no con soberbia o avaricia de saber, sí porque la declaración de tus palabras ilumina y da entendimiento a los pequeñuelos (2). Por esto confesaste a tu Eterno Padre (3), Jesús maestro y Señor mío; porque estas cosas las escondió a los sapientes y prudentes, y las hizo saber a los párvulos. Por esto abrí mi boca, y hablando en ellas como tú quieres, y a quien quieres, atraje el espíritu, porque deseaba tus mandatos. Abrí mi boca dando cuenta de mi alma a tus ministros, que como guardas pueden darle noticias ciertas de su Dios, y con esto atraje el espíritu, hallé al amado de mi alma a quien buscaba. Mírame, pues, y ten misericordia de mí, según el juicio de los aman tu nombre; pues dijiste: que quien los oye, te oye, y quien los desprecia te desprecia. Pues abrí mi boca para atraer el espíritu, porque deseaba tus mandatos, deseaba saber tu voluntad, para ejecutarla; deseaba tener ciertos y expresos mandatos tuyos (en las palabras de tus ministros por

(1) Judic., 16, 17. — (2) Ps., 118, 129. — (3) Matth., 11, 25.

quien nos hablas cierta y claramente) para ejercitarme en ellos. Deseaba tus palabras y mandatos, deseables sobre el oro y piedras preciosas, y mucho más dulces que la miel y el panal (1). Dirige, pues, mis pasos, según esta habla tuya, para que no me domine la injusticia.

También entendí la correspondencia que puede el alma tener a su Señor, como si dijera: míra, el sol sale y hace su camino a lo sumo del cielo, y su carrera hasta lo sumo de él; y de la hormiga quiere el sabio (2) que se escudriñen los caminos. Dios camina como sol con infinitas ventajas beneficiando, pues no hay quien se esconda de su calor alumbrando y vivificando, etc., y el alma sale y camina como la hormiga, de aquellos pequeños escondrijos de la tierra, con pasos y pies tan débiles, que apenas los percibe la vista, y hace su camino hasta la tierra; él camina dando luz, ella camina recibiéndola, él vivificando, ella recibiendo calor y vida; él en lo sumo del cielo, ella en lo ínfimo de la tierra, etc. Mas si vieras abatir al sol sobre nido de esta hormiga para transformarla en él y subirla al cielo, ¿qué asombro te causará? Y más, si vieras que el sol se encogía y transformaba en hormiga, o que se daba por comida de ella? ¿Qué es lo que puede hacer el alma por Dios? Sólo recebir, sólo admirarse, sólo agradecer, sólo buscar en él su vida, su salud y su sustento, ayudándose para esto de aquellas leves manos y pies con que camina. ¿Qué le pagaré al Señor por todo lo que me ha pagado? (3). Volveré a recebir el cáliz saludable, y esto será como brindar a su amor y a su nombre, para recebir nuevos bienes, gracias y mercedes.

---

(1) Ps., 18, 11. — (2) Prov., 6, 6. (3) Ps., 115, 12.

AFECTO 91º

PUSILANIMIDAD DEMOSTRADA Y DISIPADA; QUEJAS AMISTOSAS: FAVOR SINGULAR PARA UN ENCOMENDADO.

Como estuviera turbada con muchos temores por varias cosas de tentaciones y trabajos, temiendo en ellas el que mis desconsuelos llegaran a tánto, que sea vencida de las tentaciones, entendí estas palabras, como reprehensión dicha con grande amor, y con algún modo de queja: *¿Qué es lo que tú fías de mí?* Como si dijera: lo que hace la amistad verdadera, es la confianza grande, aun entre los hombres, que todos son mentira y engaño; y se confía de los amigos la hacienda, la vida y la honra, y descansa uno y duerme seguro fiando sus cuidados en un fiel amigo; y fuera bastante causa de acabarse la amistad entre los hombres el hallar poca satisfacción y confianza en los amigos, y ver que no fiaban de ellos con entero y abierto corazón; ¿pues qué cosas has fiado de mí, si todo lo temes? Temes el día y la noche, la sombra y la luz, la muerte y la vida, ¿pues qué es lo que fías de mí? ¿Esto es conocerme por Dios, por fiel y poderoso amigo? ¿Esto es tener tus negocios, tus cruces y consuelos, tu muerte y tu vida, tu alma y tu cuerpo fiado todo en mis manos? ¿Quién es el que da la luz, y envía las tinieblas; quién tiene en su mano los corazones de los hombres; quién el que puede refrenar al demonio, y quién el que le da la licencia limitada para bien y sanidad del alma? (1). ¿Todas estas cosas no están escondidas para mí solo y selladas en mis tesoros?

Pues si le permito que asombre, que espante y pruebe, es teniéndole el freno a su furor y malicia, y asistiendo yo presente, como el sabio médico a la cura de

(1) Job., 2, 6.

su hijo enfermo, que no permite al cirujano que saque más sangre que la que importa que salga, ni abra más herida que la que conviene.

¿No fiarás de mí, como de fiel amigo? ¿Quién es el que hasta aquí ha tenido providencia de ti? ¿Cuántas veces has sido desamparada de aquellos en quien más confiabas, y siempre recebida en mis manos para que no te lastimara la caída? (1). ¿En quién, dí, hallaste entera fidelidad y consuelo, que alguna vez no te faltara o te fuera contrario? Todo esto entendí encerrarse en solas aquellas palabras: *anda, ¿qué es lo que tú fías de mí?* Y estas las entendió mi alma estando ejercitándose en amar a Nuestro Señor y diciéndole que El solo es el centro de mi alma, a quien amo y deseo amar con todo mi corazón, como que el verdadero amor trae mucha confianza.

Como sintiera unas grandes ansias pidiendo a Nuestro Señor por una persona que me había mandado lo hiciera, y yo, poniéndolo en ejecución, no podía tener descanso con las grandes ansias de que Nuestro Señor le hiciera todo bien, y a mi alma por su medio; me pareció mostrármelo Nuestro Señor junto a Sí, preguntándome: *¿estás contenta?* Y con aquello, aunque quedé en mis ruegos, mas con grande paz y satisfacción de mi alma, etc.

AFECTO 92º

LA PAZ DEL ESPIRITU SANTO ASISTE AL ALMA CON SUS DONES, TANTO EN LA CONSOLACION COMO EN LA TRIBULACION.

Como estuviera pensando la paz que traen al alma los frutos del Espíritu Santo, y entendiendo en esto más de lo que se puede jamás explicar, se me ofreció como mi alma sentía tánta guerra de pasiones y

---

(1) Ps., 36, 24.

otros trabajos, interiores y exteriores, que día ni hora no sentía descanso, dándome esto temor si estaría apartada de Dios, entendí estas palabras. No tenían descanso en el día ni en la noche; esto se dice de aquellos animales (1) que estaban ante el trono de la gloria de Dios, aunque con diferentes rostros estaban siempre diciendo: Santo, Santo, Santo, porque en todo tiempo alababan a Dios y lo confesaban Santo en todas sus disposiciones; si como el hombre padeciendo, si como el águila volando, si como el buey trabajando, o si como el león sujetando su condición al yugo, siempre, y en todo tiempo, bendecían al Señor, no menos en la consolación que en la tribulación; y así caminaban sin volver atrás, teniendo siempre la alabanza de Dios en su boca, caminando a Dios con todo, y en todo atribuyéndole el honor y la gloria de ser santo en todo lo que dispone y hace de sus criaturas; confesando, alabando y aplaudiendo su acertadísimo gobierno.

No se ponían a dudar, ni a inquirir ¿por qué yo no vuelo como el águila? Ni ésta decía: ¿por qué no camino como buey? Ni uno y otro preguntaban ¿por qué no eran hombres o leones? Mas a donde los llevaba y movía el espíritu, allí caminaban, bendiciendo a Dios, y confesándolo justo y recto en sus juicios. Recibiendo lo que les daba, con alabanza y sujeción; y caminando, con rectitud y fortaleza, en su servicio. Así que la verdadera paz no consiste en que falten tribulaciones, porque de ese modo ni en la vida de Jesús y María hubiera habido paz, ni en la de ningún predestinado, pues todos pasaron por grandes tribulaciones para entrar en el reino de la paz eterna, y de ellos se dijo (de los predestinados): Estos son los que vinieron de la tribulación grande (2), porque toda la vida les fue una continuada tribulación, y una tela tejida de trabajos; unos que les venían de arriba, en que bendecían a Dios, como el que dijo: la tribu-

(1) Apocal., 4, 7. — (2) Apocal., 7, 14.

lación y la angustia me hallaron (1); y otros que buscaban llevados del espíritu y el amor a su dueño, como cuando se dijo: hallé tribulación y dolor, y quien halla, cierto es que ha buscado, y quien busca, es cierto que ama y desea lo que pretende hallar. Pues así los esforzados (2), se arrebatan el reino de los cielos, amando y abrazando la tribulación, bendiciendo y alabando a Dios en su gobierno y providencia. Pero mientras andan en el camino de esta vida, no puede haber descanso en el día, ni en la noche; porque ya que no hubiera otro dolor, el amor del Sumo Bien ausente es un fuerte dolor que divide el alma del alma; y bien sabes que algunas veces bastara a sacarla del cuerpo, y cubrir y anegar su tierra con sus avenidas, si Dios no le pusiera término como al mar: pues ya está dicho: que la dilección y amor es fuerte como la muerte (3). Pues ¿cómo ha de ser que el amor sin la presencia de la cosa amada puede vivir ni tener descanso, pues aun el amor humano, que es tósigo y veneno, no descansa, siendo tan viles y vanos los objetos que ama? Cierto es que el alma mientras más amare, más ha de padecer.

AFECTO 93º (4)

COMO DAVID, SE HA DE ALEGRAR EL ALMA QUE BUSCA A DIOS EN LAS OCASIONES DE HUMILLACION Y DE TRABAJO.

Como estuviera atribulada por algunas cosas exteriores de desprecios, etc., y no hallarme en ellas con aliento, por la grande escuridad de mi alma, y muchas tentaciones, y también quebrantos del cuerpo,

(1) Ps., 118, 143 et Ps., 114, 3. — (2) Matth., 11, 12. — (3) Cant., 8, 6.

(4) "Este *Afecto* corre ya impreso en la *Vida de la V. M.* en el capítulo 42, foja 173." (Nota del copista). Cf. 2ª ed., Bogotá, 1942, págs. 158-160.

etc., entendí estas palabras: Bienaventurado el varón que llena sus deseos, de ellos no será confundido cuando hablaren sus enemigos en la puerta (1). Como si dijera: dichosa serás, feliz y bienaventurada, si el Señor llenare tus deseos, dándote ocasiones en que los pongas por obra, que casi serán deseos llenos, y no quedarán huecos y vacíos. Yo puse mis deseos en tu corazón, de padecer, de humillarte, de obedecer y imitarme; pues, ¿por qué has de querer que estos deseos tuyos porque te los di, y míos porque de Mí tienen su ser, queden vacíos, y casi sin vida, como hijos abortivos sin salir a luz, ni tener vida con las obras? ¿Por qué has de querer que se marchiten en flor, y no pasen a ser frutos? Míra que sólo de las obras se dice: vean vuestras obras para que glorifiquen al Padre celestial (2); y a las obras es lo que se ha de creer. ¿Qué piensas que es el alma llena de buenos deseos, sin darlos a luz en las ocasiones de injurias y menosprecios, de trabajos interiores y exteriores? Es como la que ha concebido en sus entrañas, y siente en ellas la guerra (3) de aquellos deseos, que o se han de poner por obra saliendo a luz, o han de morir y matar a la madre; y ella padece dolores, y angustias mortales, porque anda en su interior un espíritu vehemente que la compele a obrar lo bueno, y tales angustias le causa el espíritu contrario y humano, y diabólico, que resiste al espíritu bueno, que a veces con gemidos dice lo que la otra madre con la guerra que sentía en sus entrañas: ¡oh!, si tal me había de acaecer, ¿qué necesidad había de concebir?

Pues míra, si la ausencia del mozo Tobías lloraba su madre con lágrimas irremediables (4), ¿cuál será la contristación, turbación y caimiento que el alma sentirá con la muerte de tántos buenos deseos, que como los hijos únicos a su madre, le podían dar al alma ho-

(1) Ps., 126, 5. — (2) Matth., 5, 16. — (3) Gen., 25, 22. — (4) Tobiæ., 10, 4.

nor, alegría y contento? Los deseos de su corazón le pagaste, o le cumpliste, dice el salmo (1), y no le defraudaste la voluntad de sus labios. Esta es, pues, para el alma una bienaventuranza, cuando el Señor la pone en ocasiones de que cumpla la voluntad de sus labios, en lo que propuso en su presencia, y los deseos de su corazón, llegando a la ejecución y a la obra; y así se dice, alabándolo: *El es el que llena en los bienes sus deseos.* Así no será el alma confundida, cuando en aquella temerosa puerta de la eternidad que es la muerte, y el juicio, hablen sus enemigos, y se hable en sus cargos, haciéndoselos de las inspiraciones santas, de los buenos deseos, y de los propósitos hechos a la majestad del juez, como palabras dadas a su Dios y Señor.

Por dichoso se tuviera el hombre que cuando deseara tener de hacienda, hallara ocasiones para conseguirlo; pues esto has de hacer agradeciendo y alegrándote, cuando se te ofrece la humillación, el trabajo, y dolor. Rey era poderoso, rico y abundante el que dijo: "alegrado nos hemos por los días en que nos humillaste, y por los años en que vimos males." (2). Y no se alegraba por los días prósperos, ni por los años ricos y abundantes; porque como hombre a medida del corazón de Dios, amaba las verdaderas riquezas, queriendo ser de verdad rico, llenando en los bienes sus deseos, y así dice: "bueno es para mí que me humillaras." (3). Pues como son muchos los buenos deseos que en todo el tiempo de la vida has recibido del Señor, bienaventurada serás, si aprovechando con la gracia ayudadora las ocasiones de ejecutarlos, éstas fueren muchas. Míra que se añadirá gracia a tu cabeza, y que cuanto abundaren las pasiones, o los padeceres, abundarán por Cristo las consolaciones. ¿Querrás tú, dime, llegar a la estrecha puerta de la muerte, donde se cierra el plazo y acaba el tiempo de merecer, cargada sólo de deseos no cumplidos, que hagan mayor la cuenta para el cargo, y te llenen de

---

(1) Ps., 77, 29. — (2) Ps., 89, 15. — (3) Ps., 118, 71.

confusión tal, que digas: yo callé y enmudecí en los bienes (1), y mi rostro se cubrió de confusión? ¿No será más glorioso para el alma, que al llegar a los brazos y presencia de su Padre Dios, después del destierro y larga ausencia, le presente sus pequeñuelas obras, como hijos que la honren, y diga: éstos son, Señor, los párvulos que me donaste y diste en la tierra de mi destierro y prisión, y en el Egipto de mi cautverio? (2).

AFECTO 94º

VIVE CONFORTADA EL ALMA CON EL CALOR QUE LE COMUNICA EL DIVINO SACRAMENTO: CUANTOS SON LOS BIENES QUE PIERDE QUIEN DEJA ESTE DIVINO ABRIGO.

Como estuviera con grandes dolores en el cuerpo, y aflicciones en el alma, me parecía imposible esperar más para recibir la santa comunión, por los grandes desmayos que sentía. Me parecía ser confortada con aquellas palabras (3): "estad constantes, y veréis el auxilio del Señor sobre vosotros." Luego, en recibiendo a Nuestro Señor, sentí una confortación y fuerza, como dada de su mano, y me parecía estar mi alma abrigada del calor de su divino pecho, sintiendo los efectos de su amor, y conociendo algo de su inmensidad, y cómo llena los cielos y la tierra, y el especial modo como abriga y recoge a las almas que lo buscan y desean. Con aquella semejanza que dijo Nuestro Señor Jesucristo, de la gallina que quería

(1) Ps., 38, 3. — (2) Genes., 48, 5. — (3) II. Paralip., 20, 17.

congregar sus pollos debajo de sus alas (1), entendí con modo muy especial y suavísimo cómo las vivifica con el calor de su divino pecho, las abriga y defiende; y por el contrario, cuántos son los bienes que pierde, y males en que incurre quien deja este divino abrigo, calor y amparo. Quedaron al alma unas ansias por Dios, tales, que si El mismo no las apaciguara, fuera imposible vivir, ni sufrirse la vida, si durara.

Muchas veces he conocido cómo el amor verdadero de las personas que en Dios se aman, es sólo desear ir a Dios, y estar en Dios; y lo demás es paja y heno. Esto era un conocimiento como de experiencia.

Muchas veces me ha consolado Nuestro Señor con darme luz de que uno de los motivos que puedo representar a su Divina Majestad para conseguir sus misericordias, es mi suma miseria, pobreza y densudez de todo bien; y que así no tengo por qué desmayar con mis faltas y culpas, pues mis mayores necesidades son más reclamo de su divina misericordia; al modo que un señor rico y piadoso, más se compadece del más necesitado. Y que de parte mía, sólo podía alegar miserias y males, llagas y pobreza; y de parte de Dios, bienes, riquezas, misericordias, grandezas, como el que decía: "míra en mí, y ten misericordia de mí, que uno pobre, y solo soy (2): míra mi humillación y mi trabajo, y perdona todos mis delitos. No hay sanidad en mi carne, no hay paz en mis huesos (3); mi alma está como tierra sin agua, etc.", y para rogar y hablar a Dios (4), "hablaré a mi Señor, porque soy polvo y ceniza."

¡Oh pues, alma mía, si las propias miserias, necesidades y enfermedades, pobreza y escuridad del alma, son títulos y causas para hablar y rogar a tu Señor y para mover su piadoso corazón y entrañas, a manos llenas tienes que alegar de parte tuya, tu ignorancia, tu flaqueza, etc., y de parte de tu Dios, sus grandezas, piedades, misericordias, poder, sabiduría, bondad! Y

---

(1) Matth., 23, 37. — (2) Ps., 39, 18. — (3) Ps., 37, 4. — (4) Genes., 18, 27.

todo lo que alegas y pides por Cristo Nuestro Señor, por sus méritos, de su madre santísima y de sus escogidos.

No tienes, pues, que desmayar ni desconfiar por las miserias propias, pues nunca podrás representar méritos tuyos para conseguir las divinas gracias.

Muchos días traía mi alma estas palabras con una gran confianza en Nuestro Señor: *tu es Deus qui facis mirabilia solus* (1).

Algunas veces siente el alma tal consuelo en todas las cosas, viéndose en las manos y voluntad de tan buen Señor, tan sabio y poderoso, que tánto la consuela la muerte como la vida, la salud como la enfermedad, la soledad como la compañía; y parece que si alguna cosa pidiera a Dios, sólo es lo que el mismo Señor hace. ¡Oh Señor Dios mío, haz lo que quieres hacer, dame lo que quieres darme!, etc.

Estos días se me ha representado mi misma alma de tres modos en diferentes ocasiones. El primero, como si estuviera sobre todo este mundo con los ojos y brazos levantados al cielo, representándose mía la inmensidad de Dios que todo lo llena.

En segundo, como metida en un grande fuego, en una soledad tan grande, que no la puede percibir el conocimiento.

El tercero, como un gran fuego cubierto con alguna paja algo húmeda y pesada.

Una cosa he experimentado cierta, y es, que más paz, luz y consuelo queda al alma con vencerse en alguna cosa que mucho repugna, que con tener muchas horas de oración, sin vencer aquella repugnancia; y venciéndose por amor de Dios, luego se halla en oración, y con paz y consuelo; y hace con facilidad y gusto lo que más rehusaba y temía. Parece que halla el panal en la boca del león, o que aquello que

(1) Ps., 85, 10. El texto exacto de esta cita es: "*Quoniam magnus es tu, et faciens mirabilia: tu es Deus solus.*" (Nota de la 3ª ed.)

tánto le amedrenta son espantajos que le pone el enemigo.

De esto tengo mucha experiencia, aunque son pocas las veces que me he vencido por Dios a mí misma.

AFECTO 95º

LOS MAYORES QUILATES DE AMOR DE DIOS MANIFIESTAN A LA ALMA LOS DEFECTOS DE SU CORRESPONDENCIA. CONDICIONES DEL AMOR VERDADERO.

Otra condición del verdadero amor, es conformar los quereres y dictámenes propios con el amado, amar lo que ama, y aborrecer lo que aborrece. Míra si amas lo que Jesús amó, y si aborreces lo que El aborreció; si apruebas lo que aprobó, y repruebas lo que reprobó; si amas la virtud, y aborreces el vicio; si deseas y amas la mansedumbre y humildad, porque el Señor fue manso y humilde (1); si ejercitas y amas la obediencia, porque el Señor fue obediente hasta morir en una cruz (2); si eres pobre en el deseo y en la ejecución; si eres pacífica, porque este Rey pacífico no tuvo dónde reclinar la cabeza (3); si amas la pureza de alma y cuerpo, porque este hijo de la Virgen sin mancha, se apacienta entre lirios (4), y como cándido cordero guía a las vírgenes, siendo su lucerna para que en su luz vean la luz de la divinidad. Si gastas en llanto la vida temporal, en hambre y sed de la justicia y mayor perfección, para que en la eterna seas consolada, harta y satisfecha; y si para conseguir y no descaecer en esta justicia, padeces y sufres la persecución y tentación del demonio, del mundo y de la naturaleza, tomando plumas como el águila para volar en pos de tu

(1) Matth., 11, 29. — (2) Ad Philipp., 2, 8. — (3) Matth., 8, 20. — (4) Cant., 2, 17.

Señor, y no descaecer hasta que venga su reino y sea reino tuyo la tierra de los vivos, pues ésta donde ahora estás verdaderamente es tierra de muertos, unos que ya llegaron al sepulcro, y otros que van a toda prisa caminando a él.

Otra condición del amor verdadero es referir todas las cosas al amado. Si se habla, es del objeto que se ama; si se oye hablar con gusto, es de él o por él. Todo lo demás cansa y es molesto. Lo que hizo, lo que dijo, lo que es, lo que vale, lo que puede, lo que sabe, lo que tiene, su condición, su hermosura, su nobleza, su fidelidad, y más su amor, y las muestras de él. ¡Cómo se saborea el alma, y el corazón, y el tiempo se hace corto para referir y contar sus finezas! Nada quiere el verdadero amor atribuírse a sí mismo, antes dice: como yo fuera pobre, despreciada y vil, me amó, y se entregó a la muerte por mí. No repara en ningún costo ni trabajo por hacer bien a una tan pobre y desechada. El es mi Padre, cuando yo verdaderamente soy barro. Sus manos me hicieron y me formaron. El me sacó de mi tierra y de mi lodo, y puso en un lugar espacioso mis pies para que pueda andar por sus caminos. Yo estaba como sierva o esclava de crueles tiranos, y El dio por mi rescate la sangre de sus venas, su vida y su honra. El, como mi salterio y mi cítara, se levantó en la mañana de mi vida, y con dulcísimas voces me llamó a la soledad, donde pudiera hablar a mi corazón (1), y dar leche de doctrina y suavidad a su esclava. El solo es médico que cura mis enfermedades con mano poderosa y acertada, con fortaleza y suavidad. El solo como maestro alumbra mis tinieblas y enseña mi ignorancia. El me lavó de la mancha horrible de la culpa con la sangre y agua que manó de su pecho abierto al rigor de una lanza, y dejó este baño continuo, esta fuente saludable y perenne para

(1) Osee., 2, 14.

que cada día me lave y limpie en la confesión. Y para mi camino por el desierto de la vida temporal, me dejó a sí mismo por viático, cordero inmaculado, panal suavísimo, vino que engendra vírgenes (1), pan de los ángeles, comida de escogidos, óleo, unción y vino con que se alegra y goza el corazón y cara del hombre (2), y pan con que se fortalece y conforta. Con el fruto de esta comida, con su óleo y su vino, crece el alma, se multiplican sus fuerzas para andar de virtud en virtud (3), y en paz. En lo mismo duerme y descansa constituída en una singular esperanza; porque en prendas de la gloria futura se le da de presente el Dueño y Señor de la gloria misma.

Otra condición del amor verdadero es anhelar siempre al amor, presencia y unión del amado, como las cosas a su centro, que fuera de él están violentas, y no pueden tener reposo; como el sediento, que todo cuanto piensa y desea es la fuente; y parece que llegando a ella la bebiera toda, según su deseo, o se anegara en ella. ¿Por qué piensas que se compara (4) este deseo al ciervo sediento? Porque es el que con más ligereza, ímpetu y velocidad corre arrojándose por zanjas y asperezas por llegar a la fuente a satisfacer y saciar su sed. Así el alma que ama, tiene sed de Dios fuerte y vivo, y sólo se aprecia por llegar a beber, y sólo siente, piensa, y dice: ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz del Señor?, porque allí sólo seré saciada, cuando apareciere para mí su gloria (5).

El amor no deja al amante ser nada suyo, sino todo de aquel a quien ama. Si diere toda la sustancia de su casa, esto es, de su cuerpo y alma, por el amor, como nada lo reputara. El amor es como el fuego, que apoderado de la materia combustible, toda la transforma en sí, y sólo él vive, luce y arde en ella. El al-

---

(1) Zachar., 9, 17. — (2) Ps., 103, 15. — (3) Ps., 83, 8 et Ps., 4, 9. — (4) Ps., 41, 1. — (5) Ps., 16, 15.

ma vive más donde ama, que donde anima. La memoria amada y buscada, sólo es la de su amado que le trae recados, o recuerdos de él. El entendimiento le busca hasta que en él sosiega. La voluntad le abrasa, y quiere más y más transformarse y rendirse a la suya, entrarse y entrañarse en él, y sólo apetece por paga del amor, amor; por premio de la sujeción, la gloria del dominio que su amado tiene en ella; mirarse y tenerse como a cosa suya, y que así la admita y tenga él, no teniendo ya nada en sí, de sí, sino es a su amado; y así lo llama y ama como a su virtud, como a su fortaleza, que es su ser y sustancia.

Aun el amor humano siempre ratero y vil, por sus falacias y engaños, más apetece, ama y aprecia padecer por el amado, y con él, que gozar y holgar ausente del objeto amado. Míra cuántas esposas delicadas y tiernas dejan con valor y fortaleza sus casas, y padecen con ellos cosas intolerables a quien no amara; y si esto se hace por el hombre, que todo es mentira y engaño, ¿qué hará el amor divino cuando prende en el corazón humano? Míra lo que hizo en tántos.

Los apóstoles iban con gozo a padecer por el nombre de Jesús (1). Doncellas tiernas y delicadas se ofrecían con gozo a los fuegos, catastas, ecúleos y cuchillos, por el amor de Jesús. Los niños aun balbucientes, corrían al martirio, y se ofrecían al cuchillo y tormento, por el amor de Jesús. Los hombres amantes de sus cuerpos, los ofrecían al fuego, a los leones, por el amor de Jesús. ¿Qué cosa, pues, era ésta, que tánta fuerza hace en el alma, que tan fácil desprecia la vida del cuerpo, tan amada, sino el amor de Jesús, más dulce que la vida, y más fuerte que la muerte? Y este amor que así los urgía y abrasaba, mataba y daba vida, sólo era una centella enviada de aquel fuego inmenso del amor de Dios para con el hombre, el cual lo hizo humillarse a tomar su misma naturaleza y

(1) Act., 5, 41.

forma de siervo (1), y en ella padecer tántos dolores, afrentas e ignominias, de mano de los pecadores.

Con razón el amor se compara al elemento del fuego, tan activo, fuerte y eficaz, tan dueño y señor de lo que emprende, que a donde él reina no deja permanecer otra cosa sin consumirla, y transformarla en sí, y no deja de arder mientras halla materia en que emprenderse; y como en Dios, fuego vivo, y amor increado y inmenso, nunca puede faltar, siempre vive y siempre arde este fuego de amor como en su centro.

Todas las cosas en Dios son amor. ¡Oh, cuál fuego de amor tendría aquella virgen Madre en cuyas entrañas tomó carne aquel fuego inmenso del amor!

A sus ángeles hizo espíritus veloces (2) y sus ministros del fuego abrasador. Este fuego vino él mismo a prender en la tierra (3); ¿y qué quiere, sino que arda? El fuego trujo por delante para inflamar en circuito hasta a los que eran sus enemigos (4), y enemigos de su luz y de su fuego, por la ignorancia, y frialdad (5).

AFECTO 96º

EL CONOCIMIENTO DEL CRIADOR Y DE LA CRIATURA, ES CAMINO LLANO PARA IR A DIOS, Y TIERNISIMAS CONSIDERACIONES PARA LA COMUNION.

Leyendo ayer un libro que trata de oración, y de los engaños que han tenido algunas personas espirituales (o que parecían serlo), quedé llena de confusión y angustia. Y estando oyendo misa, entendí esto. El camino llano y seguro para Dios, es conocer a Dios,

---

(1) Ad. Phillipp., 2, 7. — (2) Ps., 103, 4. — (3) Lucæ, 12, 49. — (4) Ps., 96, 3.

(5) *Nota del copista M. C. y A.:* "Hasta aquí concluye la foja 111 del original, y no se halla la continuación de este tratado, pues lo que sigue es nota distinta."

y conocerse a sí misma. El alma encerrada y presa en la carne mortal, conociendo el Sumo Bien, lo amará, y apreciará; y conociendo sus propios males, miserias, vilezas y culpas, se despreciará y temerá; mas no por esto desfallecerá, porque el camino que le muestra la doctrina de Cristo, que es camino, verdad, y vida (1).

Cuando has de recibir al Señor Dios tuyo en el sacramento, considera: si andando por el áspero desierto, donde ayunó cuarenta días, en una noche oscura y lóbrega, atemorizada con los bramidos de las fieras, con la oscuridad de la noche, etc. Por último, amaneciendo con la luz que su presencia daba, encontraras allí al Señor de la majestad, con aquella amable y venerable presencia, y que piadoso y amoroso te admitía, y quería que escucharas su doctrina de vida, y estuvieras en su compañía, ¡con qué consuelo, con qué agradecimiento, con qué atención estuvieras! ¡Oh si se te permitiera abrazarte estrechamente con sus sagrados pies, con cuánta fuerza los apretaras entre tu pecho y corazón! Pues qué fuera, si fijando amorosamente los ojos en tu alma te dijera: ¡oh alma, que deseo seas alma mía, cuánto me cuestas! Míra que por ti he peregrinado, ayunado, velado, orado, y me preparo para mayores trabajos y muerte de cruz, para borrar con mi sangre, y pagar con mi vida aquéllas, y aquellas culpas que cometiste en ofensa mía. Y por librarte de la muerte eterna, y hacer las amistades, y darte mi reino, me pondré a todo trabajo.

Yo seré despojado de mis vestiduras, y desnudo y atado fuertemente a una columna seré azotado cruelmente. ¡Oh, si oyendo esto querrías proseguir con tus culpas y pasiones! ¡Oh, si no querrías deshacerte en llanto, y ayudar con la penitencia y mortificación, a la satisfacción de su Señor y Esposo! ¡Oh, cuánto aborrecerías las culpas! ¡Oh día, dirías, infelicísimo en el que tal mal cometí! ¡Oh día indignísimo de nombrar-

(1) Joann., 14, 6.

se entre los días! ¡Oh día aborrecible, escurecido con las tinieblas de mis culpas! ¡Oh día de tinieblas, más aborrecibles que la muerte! ¡Oh cómo no tengo cara, Dios mío, para mirar tu rostro, aunque tan humano y piadoso, con los resplandores de divino, con la penitencia y palidez de hombre, con la majestad y hermosura de Dios, con el ayuno, con el desvelo, con la oración y lágrimas de aquel desierto! ¡Oh!, ¿qué dirías, y qué harías? Pues este es, alma, el Señor que recibes verdaderamente, ciertamente, el mismo es, y no otro.

Pues míra más: si compadecido de tus lágrimas, y instado del fuego de su mismo amor, te dijera: ¡ea, alma pobre y afligida, ya están acabados los enojos!; en la hora que gemiste y lloraste, se borraron de mi memoria, porque no me acordaré más de ellos (1); llégate a mí. Y si diciendo esto, te echara sus amorosísimos brazos al cuello, y enjugara con sus santísimas manos tus lágrimas, ¡oh, cómo no pudiera el corazón dejar de romper la cárcel del pecho, o rompieras los aires a gemidos, subiendo entonces más las corrientes del dolor con las llamas del amor, y del agradecimiento!

Pues míra: ¿no es más entrarse en tu pecho, abrazarse apretadamente con tu alma, entrarla en sí, y entrarse en ella? ¿No son firmes sus palabras y promesas; "que en la hora que gimiere el pecador, no se acordará más de sus culpas"? Pues, alma, o eres de bronce, o eres incrédula; o pues, si hechas aquellas paces y amistades te admitiera el Señor a su compañía, no sé cómo quisieras volverle las espaldas y dejarlo.

¿Si esto así te pasara visible y corporalmente, dejaras aquel Señor, dejaras aquel amor, dejaras aquel favor? No permanecieras en aquella soledad, silencio y penitencia más contenta que en los placeres

(1) Ezech., 18, 22.

mayores que el mundo puede ofrecer? ¿Quién, amándolo, y amándote aquel Señor rey de la gloria, pacientísimo y amorosísimo Jesús, había de ser poderoso para apartar o separar aquella dulce, pura y amigable unión? Pues ¿por qué no suplirá la fe el defecto de los sentidos? Aquí lo tienes en el sacramento, allí te ven sus ojos, allí te oyen sus oídos, allí te da su sacratísima mano, allí se une tu corazón al suyo, allí el que reverencian y adoran las potestades del cielo, allí al que asisten millares de millares de santísimos, poderosísimos y altísimos espíritus, como criados y ministros suyos, se estrecha, y se te entrega en una pequeña partícula de pan, para darte vida, para enseñarte, para unirse contigo, y para que le hagas compañía.

Míra y considera, alma mía, si andando por los campos de Belén, tu buena suerte, o tu santo ángel te condujeran a aquella pobre y humilde cueva donde el unigénito de Dios, de una misma esencia y naturaleza divina con el Eterno Padre y Espíritu Santo, habiendo tomado carne humana en las puras entrañas de su Madre Virgen, nació al mundo para redimirlo. Si habiendo entrado allí la misma sagrada Virgen, tomándolo en sus manos niño tierno, desnudo, blanco y hermoso, te dijera: *míra, este Niño ha nacido para ti. Tómalo alma, abrígale en tu pecho, abrázalo, guárdalo en tu corazón, apriétalo como a un manojito de mirra; y míra que es de mirra, enjuga sus lágrimas, y acompáñale en ellas. De mis entrañas nació este Niño para ti; míra que en tu corazón le hagas limpia morada, no lo pongas entre espinas de culpas y pasiones, no abrigues sabandijas en el lecho que le previenes, que es la limpieza misma. No tenga inmundicias la cama de tu pecho, míra que se apacienta entre lirios. Cércalo de rosas y azucenas, de santos y puros deseos de agradarlo, y mortificarte. Mira lo que me dijo en naciendo, y lo entendí así: "Madre mía, imítame."*

Míra si quieres tenerlo, y que crezca en tu alma por la imitación. Como fue creciendo su santísimo cuerpo creció la túnica con que se cubría, y en trabajos desde su juventud, como vestidura que por todas partes lo cercaba, fué su vida una tela tejida de trabajos, aumentándose de cada día, hasta llegar al patíbulo de la cruz, etc. Míra, alma mía, si tal te pasara, ¿cómo recibieras aquel tierno niño y Dios verdadero, hijo de María Virgen? ¿Cómo lo abrazaras, lo halagaras, y guardaras en lo íntimo de tu corazón, sin cuidar de otra cosa? Circuncidado, lloraras; desterrado y huyendo, lo acompañaras; perdido y ausente, lo buscaras con íntimo dolor; obediente, humilde y en silencio, lo imitaras; predicando y enseñando, lo oyeras, y guardaras sus palabras en tu corazón. Mas en el mar grande y amargo de su pasión, te anegaras. Pues míra, alma mía, el mismo hijo de Dios y de la Virgen María es el que recibes en el Sacramento, porque no atiendes a lo que dice la santa Iglesia: *nobis datus, nobis natus, ex intacta Virgine. —Parvulus enim natus est nobis* (1), *et filius datus est nobis.* Míra que su principado lo cargó sobre sus hombros, cuando andando entre los hombres esparció la semilla vivífica de su doctrina y palabras, alistando en sus banderas a los mansos, pacientes, pobres, perseguidos, pacíficos y limpios de corazón, a los sedientos y hambrientos de su doctrina y ejemplos, que llegarán a saciarse en la vida eterna con la perfecta caridad y dilección.

¡Oh Niño mío, y Dios mío, criado a los pechos de mi madre! (2), ¿quién te me dará que te halle solo, y te abrace con lo íntimo de mi corazón, y tan fuertemente, que ninguna cosa sea poderosa para separarte de El? ¿Quién te me dará amado y dulce Niño, tierno y delicado, sino es aquella dulce y amorosa Madre que te parió para mi remedio?

¡Oh Madre Virgen, y centro de la vida! mirad Madre de mi Dios verdadero, que su dulce Padre así

---

(1) Isaiæ, 9, 6. — (2) Cant., 8.

amó al mundo, que le dio a su Unigénito (1); dadlo vos a mi alma, Señora y Madre mía.

AFECTO 97º

SEÑALES Y FRUTOS MORTIFEROS DEL ESPIRITU MALO. SE LE RECUERDA LA INTELIGENCIA DADA DEL LATIN, Y DIVINAS ESCRITURAS.

Estando temiendo por lo que leí: que el espíritu malo del Señor entró en Saúl (2), y empezó a profetizar, etc., entendí: el espíritu malo le sugería y anunciaba a Saúl dichas de David a quien aborrecía, y así era castigado con su misma envidia, ambición y soberbia; y lo verás en los efectos, pues luégo tiró su lanza al manso y humilde, que tenía por contrario, y la clavó en la pared. Pues mira las señas del espíritu malo; hace crecer las pasiones, y es un huracán furioso que sopla el fuego del infierno. La parte de este cáliz del soberbio y envidioso es espíritu de tempestad; y sobre el corazón rebelde y duro llueven lazos de fuego (3), y con su misma envidia y soberbia se consume y mata, y éstos son los verdugos del Señor con que castiga y mata a los rebeldes.

En viendo el pecador las dichas del humilde, se llena de ira, y rechinando y crujiendo los dientes está como frenético (4), temiendo y bramando. Apártate, pues, siempre de la ira, y desampara el furor; no te les parezcas para no ser mala; por los frutos los conoceréis, dice el Señor (5). Pues mira qué frutos te trae el espíritu que te mueve, y no quieras ser rebelde a la luz, ni quieras no entender por no hacer bien. ¡Oh, si siempre me hubieras oído y andado los caminos que mi luz te ha mostrado, tus enemigos se hubieran humillado, y hubiera enviado mi mano sobre los que te han atribulado.

(1) Joann., 3, 16. — (2) I. Reg., 18, 10. — (3) Ps., 10, 7. (4) Ps., 34, 16. — (5) Matth., 7, 16.

Yo te di inteligencia de una lengua no estudiada, y más, te abrí el sentido para entender las misteriosas y profundísimas palabras suyas, pronunciadas de mi espíritu vivífico (1).

Míra en todo y atiende cómo el impedimento para que el corazón reciba la luz divina, que cría y fomenta las virtudes, efectos de esta luz, son las pasiones; y míra, el corazón de Saúl ya poseído del afecto de las cosas terrenas creció en las pasiones, y no fomentó en sí la virtud del agradecimiento, antes creció su ingratitud hasta ahogarlo, y queriendo matar al que aborrecía, creció su furor y sus angustias mortales, hasta matarse él mismo, y tener por menor mal la muerte, que el tormento de su mala conciencia. Estos son los frutos, los gusanos o espinas del espíritu malo, y por aquí has de conocer de lo que debes huír, pues esta voz de Babilonia trae en su furor y turbación un abismo tras otro. No tienen paz los malos (2); mas los que aman la ley tienen mucha paz, y no hay para ellos escándalo. Así, pues, pide a Dios (3): ponme ley, Señor, en el camino de tus justificaciones; ley, camino y justificación, todas son cosas que guían, que enseñan y ciñen, apartando de lo malo, haciendo obrar lo bueno, buscando la paz, y siguiéndola.

AFECTO 98º

SI EL ALMA CUANDO DESFALLECE ESPERA, SANARA HALLANDO SU CENTRO. SE LE EXHORTA A NO DESECHAR LAS VISIONES. ESTRECHOS ABRAZOS DEL DIVINO AMANTE.

Estando fatigada de acerbísimos dolores, que le parecía que expiraba, entendió: que le agradeciera a Nuestro Señor este beneficio como una joya recibida de su divina mano; y que esta era la cruz de pie-

(1) Cfr. *Vida*, VIII, 22 y LII, 195. — (2) Isaiæ, 48, 22. — (3) Ps., 118, 33.

dras preciosas y encendidas que conocía ponerse en su pecho el día de la Santísima Trinidad. Queriendo yo por el grande temor y miedo que tengo a todo lo que puede entenderse visión, etc., huír el pensamiento, entendí: no debes dejar de apreciar aquellas semejanzas de cosas con que el amor divino te muestra sus dones, pues son señas de su liberalidad, que levanta al pobre y lo enriquece, dándole a entender con cosas corporales, las espirituales, de que él es incapaz. ¿No ves que esto nace de la fuente de su piedad, levantándolo, por las cosas que entiende, al amor de las que no entiende, y le son ocultas, para que el ánimo caído y frío se levante y encienda en el amor de las cosas celestiales y eternas? ¿No ves que subiendo por ellas, como por escala, se halla en lo superior a Dios; así como bajando de las cosas espirituales a las corporales y terrenas, al fin de esta escala se halla el hombre dormido? (1). ¿No ves que cualquiera cosa que te lleve a tu centro es casa de santidad y puerta del cielo, y que tú lo ignoras?

Ni debes extrañar con temor cobarde las palabras suaves, dulces y regaladas que el alma recibe, en lo escondido de su Dios y su centro. Si el amor humano, fingido y terreno, cuyo fin es la muerte, ha hecho cosas increíbles; ¿qué hará mi amor inmenso? Dime, ¿alguna vez viste el fuego de mi pecho? Sabe, pues, que es infinito el fuego de mi amor, y con avenidas inmensas alegra la ciudad de Dios (2), y se comunica a los pobrecitos. Sabe, pues, que es mi amor infinito, déjate arder en este inmenso fuego. Culpa a tu amor ratero para conmigo, y no dudes del mío: fino, fuerte, eficaz, inmenso.

Díme: ¿todo el universo no arde en llamas del amor que tengo al alma? ¿Qué son los cielos, sus astros y sus luces? ¿Qué son las nubes, sus lluvias y sus aguas? ¿Qué es la tierra, el mar y los ríos, y todo cuanto en ellos nace y vive? ¿No son voces que da mi amor al hombre? ¿Entiendes que alguna cosa

(1) Genes., 28, 12. — (2) Ps., 45, 5.

hice sin amor?; pues no lo entiendas, que no pueden separarse entre sí mis perfecciones. Aún tus mismas culpas, ingratitudes, y males, ¿qué otra cosa son que voces que te da mi amor? Pues, ¿quién mejor sufre, espera y perdona, que el que mucho ama? ¿No es más fuerte muestra de amor mi palabra hecha carne, y hecha pan? ¿Y Cristo puesto en una cruz, no pareció a unos estulticia, y a otros escándalo? (1). ¿Y esto no fue por la ignorancia y malicia del corazón del hombre? Los unos por adorar dioses de piedra, no admitieron ni creyeron mi dádiva, grande, inmensa, infinita. ¿No vino al mundo como luz inefable, y los suyos no le recibieron (2), porque amaron y quisieron más las tinieblas que la luz?

AFECTO 99º

EL FIEL AMIGO QUE PARA LLEVARNOS HASTA VER A DIOS, DEFIENDE DEL MAL ESPIRITU. ESTE SE REPRESENTA EN VARIAS FIGURAS Y MANIFIESTA SU RABIA CONTRA ESTOS ESCRITOS.

¿Cuándo vendré y apareceré ante la faz del Señor? (3). También entendí: ¿por qué has de extrañar que el nombre del ángel se diga admirable, aunque se le dé ese nombre al Señor mismo?; pues las obras de sus manos son admirables; ¿y cómo no se hará su ciencia admirable en las luces del cielo, siendo admirable en el mar y en la tierra? Admirables son los espíritus que envía a la guarda del hombre, en su grandeza, hermosura y nobleza; y admirables en sus ocupaciones, obras y fortaleza; y admirable ha sido para ti esta guarda y custodio tuyo, desde los primeros pasos de la vida mortal, etc.

(1) I. Ad. Corinth., 1, 23. — (2) Joann, 1, 11. — (3) Ps., 41, 3.

Y espantable es la ingratitud del hombre a este gran beneficio, por donde se conoce el descuido que tiene de su salvación, y el poco caso que hace de ganar o perder el reino eterno, pues a su maestro, custodio y guía, tan poco atiende en el camino que hace para la eternidad. Tan poco le escucha, tan poco le obliga, tan poco le consulta, ni agradece; y viéndose en el camino peligroso, y grande contingencia de errarlo, y no aportar a la patria, con riesgo de caer en el barranco del infierno y en su despeñadero, no sigue ni mira a su guía, no le clama ni ruega, antes le ofende y destierra con el hedor de las culpas. Y cuando tánto necesita del poder y valor de su santo compañero para no ser tragado del dragón grande que se desvela en su perdición, antes da oídos a su contrario, que a su fiel amigo y poderoso custodio.

Pondera y agradece la perseverancia, paciencia y humildad que te enseña en ejecutar la voluntad del Altísimo, y llora tu olvido y desperdicio de este tesoro; y más las veces que ofendiste su presencia con tus culpas. Consuela con él tu destierro y ofrécele tus lágrimas y afectos para que los ponga en la presencia del Señor, y cobra aliento para proseguir tu camino y salir bien de tu destierro con tan poderosa guarda, y fiel amigo. Con él llora, con él habla, y a él descubre tu corazón, y a él escucha y sigue, que es amigo fiel del esposo, y te ama y cuida como a esposa de su Señor y esclava suya. El curará cuando convenga tus enfermedades; él remediará tus necesidades; él te acompañará en tus soledades, y siendo excelentísimo príncipe de la corte de Dios, cuidará y atenderá al gusanillo vil, y mujer despreciada. Está, pues, alma mía contenta con este favor.

Conocí ser grande el furor del enemigo contra mi alma, y extraordinario el desvelo que ha puesto en procurar mi mal de todos modos, solicitando que más y más cayera en culpas; que no conociera los beneficios del Señor y atormentándome con espantos interiores y exteriores, armándome lazos en todo. Y cierto veo yo que si en algo pudiera hacer bien es en abo-

rrecerme, pues ve a una criatura vil, mala, asquerosa y viciosa, y que con todo eso el gran Señor y Dios no me desampara, ni la protección de mi señora y madre María Santísima, y así son indecibles los modos y tormentos interiores y exteriores con que por espacio de treinta años me ha fatigado y afligido, embarazado y turbado. Conocí tiene mucha rabia de que diga estas cosas, porque *si en algún tiempo* pudieran venir a noticia de alguna alma, pudiera alentarse a amar a tan benignísimo Dios, que no deja de enviar sus santas inspiraciones a ninguna criatura, por vil y desechada que sea, ni se niega en ningún tiempo ni lugar, sea el que fuere. Muchas veces la amenazó en sueños, poniéndose en la figura de alguna persona, y señalando el día y lugar, en que decía se había de vengar; y llegando aquel día, movía por la misma persona cuya figura había tomado, alguna tribulación extraordinaria (1).

Mas he entendido que el santo ángel de la guarda le hacía que se mostrara, para que el alma se halle prevenida y vea de dónde nace que las criaturas talvez causen trabajos y penas, y no las culpe a ellas, y se acoja al amparo y favor del Todopoderoso, de la Virgen María Nuestra Señora, y vea lo que necesita de Dios para que esta bestia infernal y león hambriento no le pueda empecer o dañar; y esté sobria el alma, no apeteciendo desordenadamente los bienes de esta vida, que es por donde este adversario tiene entrada; ni se duerma, pues vela y se desvela su contrario.

Y pues es su guerra con el que mueve las tinieblas, lléguese continuo, más y más al Señor, que la ilumine para que su rostro no sea confundido. Y pues él pelea desnudo, no haga el alma su lucha vestida de afectos terrenos, porque agarrando de allí, no la haga caer. Unas veces se muestra feroz, como armado de bronce, otras se finge débil y sin fuerzas, otras se dis-

---

(1) Se omiten algunos espantos del demonio, que ya están referidos en la *Vida de la V. M.* (Nota del copista Castillo y Alarcón.)

fraza con hábito y capa de religión, y siempre arma redes y tiende lazos. ¿Cómo pues se librará el dormido y descuidado? Mas estas sus redes en vano las tiende ante los ojos de los que toman plumas para volar y no descaecer a vista del sol de justicia, fiando sólo en la sombra de sus alas, hasta que pase la iniquidad, que tendrá fin cuando muera la carne, y el alma entre en el gozo de su Señor.

Y mientras dura su peregrinación, no le tema, teniendo el amparo y protección del Altísimo; y que estos esclavos rebeldes, este Leviatán y ballena grande, aunque parezca tragar con trabajos, tentaciones y asombros, sobre sus mismos lazos, y pisando al áspid y al basilisco, y hollando al león y al dragón (1), sacará el Señor al alma a la playa, y se gloriará de que el pobrecito vence en su virtud; y que con moscas y cosas pequeñas triunfa su brazo poderoso del soberbio Faraón endurecido, y en el mar de tribulaciones con que pensaba anegar el alma, quedará él sumergido, y sus ejércitos.

AFECTO 100º

VISION INTELECTUAL DE LA PERFECCION EMPAÑADA CON PASIONES. Y OTRA DE SUS AFECTOS EXHALADOS AL CIELO: ARRULLOS DEL ESPOSO.

El día del triunfo de la santa cruz, se hallaba en sueños en una profundísima y vivísima oración, que parecía deshacérsele todas las entrañas y los huesos, conociendo muchas verdades del ser de Dios, poderoso, amable, fiel, etc.; de su ser propio, vil, oscuro, inconstante, etc., de la brevedad y preciosidad del tiempo, etc.; del valor y peso de la eternidad, etc. Hallose en un templo dorado precioso y adornado; pero vía que había allí algunos hornos que continuamente echaban humo oscuro; y luégo vio que lo más

(1) Ps., 90, 13.

de aquel templo estaba denegrido, sin cubierta y lleno de hollín, etc. Habían precedido en aquella parte muchas inquietudes, culpas, y faltas de caridad, etc.

Después de haber recebido a Nuestro Señor Sacramentado, el mismo día del triunfo de la santa cruz, sintió su real presencia, tan amable, amorosa y dulce, como suele el palomo, que es símbolo del amor arrullar a su querida paloma, tierna y dulcemente. Luégo vio que de sí misma salían unas llamas que subían en alto, al modo que cuando se quema algún poco de olor y llega al cielo. Entendió: que cuando se acabara de consumir con aquel fuego, *morirá y subirá al Señor* (1).

Oh Señor, quién tuviera unas palabras en lo íntimo de su corazón, alma y entrañas, tan vivas, tan verdaderas, tan eficaces, tan comprehensivas de tu grandeza, y mi vileza propia, que en cada respiración te enviara el alma, el corazón, las entrañas, abrasada toda en tu divino amor, y con él te diera todas las alabanzas, gusto y agrado, que se comprehenden en todas las cosas posibles con que eres eternamente alabado, amado, y conocido, servido y adorado; y que fueran tales que deshaciéndome a mí misma, que soy abismo de todos los males, me llevaran a Ti, centro de todos los bienes, y penetraran tu dulcísimo corazón, moviéndolo a compasión de mi miseria, y el de tu purísima Madre para interceder por esta vil criatura; y asimismo el de su purísimo esposo, mi señor san José (2).

---

(1) Dice al margen. Febro. de 22. (Nota del copista, señor de Castillo y Alarcón.)

(2) En la copia hecha por don Antonio María de Castillo y Alarcón, en 1816, se encuentra al final del *Afecto 100* la siguiente anotación: "En la foja 17, se halla de otra letra la carta siguiente, que copio por no omitir cosa, y por lo que pueda importar: 'J. M. J.—H. m. El Niño Dios te dé felices Pascuas con muchos aumentos de gracia, virtudes y amor suyo, y te haga profundamente humilde de corazón, purificándolo de toda falta y de todo lo que desagrada, y despegue de todo lo que no

AFECTO 101º

LECCION QUE LE DA N. P. S. FRANCISCO PARA NO IR AL INFIERNO. NOTICIA DE FELIZ ARRIBADA AL PUERTO. SUAVIDAD Y AMOR EN LAS FALTAS AJENAS.

Estando en ejercicios pensando en las penas del infierno, le parecía que N. P. S. Francisco la cubría con su manto, y así sintió gran alivio en la congoja con que meditaba aquellas penas. Después conoció que había sido enseñarla, que el camino para no ir allá es la humildad y guarda de la regla. Meditando en el juicio final, le parecía encontrarse con aquella lega pobre, simple y despreciada, que murió aquí, y

---

es Dios. Envío al Niño la corona. Dígnese el Señor de recebirla con el afecto que se la ofrezco, y dígnese de coronarlo en el cielo y en la tierra con la corona y círculo de su divina voluntad, para que no salgamos un punto de ella, si siempre hagamos lo que únicamente fuere de su agrado. Y si toda la voluntad de Dios es hacernos humildísimos de corazón, dígnese de concedernos esta divina virtud: humilde, H. m., humilde, y venga lo que viniere, que al humilde nada le daña, nada le altera, nada le sobresalta, nada le hace novedad, porque son muy dilatados los campos que abraza la humildad e inmensa profundidad; y por mucho que suceda, aún le parece al humilde que todo es poco para lo que merece, y se admira de que no le venga más. Cúmplase en todo su voluntad.

'Yo quedo bueno, gracias a Dios. Ya recebiría la petaquita y piedrecitas. Si la corona estuviera ancha para la cabeza, con una cabellerita o casquito se puede ajustar. Yo me holgaré esté buena. Es cuanto se ofrece. El Señor te haga suya. Santafé, diciembre 26 de 716.—Va un cajoncito aforrado, t. p. f.'

"Al margen de esta carta, dice en letra de la V. M.: 'Cuanto hiciere y padeciere, todo quiero que sea en servicio y obsequio de la pureza virginal de la Santísima Virgen Madre de Dios, y señora y reina de todos los bienaventurados, ángeles y hombres, porque es Madre de Dios, santísima, purísima, piadosísima y poderosa; y todo sea por la salvación de las almas, para que no pierdan a Dios, y descanso de las que están en el purgatorio.' "

que con inefable alegría la abrazaba, como cuando después de mucho tiempo se ven dos que salieron bien de un gran trabajo a puerto feliz y se dan los parabienes. Sintió grandísimo consuelo.

Esto entendí: no seas lince para ver los defectos de tus hermanas, porque de la caridad se dice que cubre multitud de pecados (1); antes debes ser como el toro, que ciega para las acciones ajenas (que no te tocan), sólo cabes en tu tierra, y propia vileza y culpas; y cuando te tocare remediar las ajenas, o el curar las llagas de tus hermanas (que llagas son del alma las culpas), lo has de hacer con aquel amor y tiento que cura la madre a su tierno y querido hijo, aplicando la medicina, más para la sanidad que para el dolor. Antes, en cuanto puede, tomará en sí el dolor para no causarlo a quien ama, mas el que no puede excusar, lo aplica con compasión y cuidado, y toma en sí la mayor parte, y, si pudiera, todo. Cuánto más cuidado se ha de tener con el alma y sus enfermedades que con el cuerpo y las suyas; cuánto se estima más, cuánto vale más, cuánto se arriesga más.

Cuando enfermo, entonces soy poderoso, decía el Apóstol (2), porque las enfermedades del cuerpo no quitan, antes suelen dar valor al espíritu y perfeccionarse en ellas la virtud; mas las enfermedades del alma pesan tánto, que por ellas y por nuestra salud, se hizo Dios hombre, y derramó toda su sangre, y dio su vida, y se quedó en comida y manjar. Así pues, que

---

Con este *Afecto* termina la 1ª edición de los *Sentimientos Espirituales,* hecha en Bogotá, en 1843, y en este punto el editor puso la siguiente nota: "De las 251 fojas que contiene el original, se han incluído en esta edición 116, y así resta por imprimir más de la mitad de los escritos de la V. M. Francisca Josefa de la Concepción." Esta parte inédita es la que se publica en las páginas siguientes de este volumen y en el tomo II de las *Obras Completas* de la ilustre monja clarisa de Tunja. Véase la nota con que termina este primer volumen de los *Afectos Espirituales.* (Nota de la presente edición.)

(1) I. Petr., 4, 8. — (2) Ad. Corinth., 12, 10.

no imagine la soberbia humana hacer a fuerzas lo que la sabiduría divina hizo con tánta costa suya, suavidad y amor, y después de eso se mueren muchos con la muerte eterna. Teme, pues, y tiembla ¡oh polvo y lodo!

AFECTO 102º

FORTIFICADA EL ALMA CON EL ROCIO DE GRACIA EN EL SANTISIMO SACRAMENTO, SALEN DE ELLA MISTICAMENTE LOS CUATRO RIOS DEL PARAISO. SEIS DOCUMENTOS PARA VIVIR CON NUESTROS HERMANOS EN ESTA CASA DEL SEÑOR DEL UNIVERSO.

Este día se le representó, o conoció estar su alma en una quietud pacífica ante la humanidad de Nuestro Señor, en el Santísimo Sacramento, el cual le enviaba sus influencias como un cielo hermoso y lleno de lúcidas estrellas, en una noche serena y apacible; y que ella, como la tierra, recebía el rocío en alguas florecitas, que le parecía ver, y entendió: En el tiempo de esta vida mortal, está el alma como en noche, y aunque es iluminada y goza de delicias, es como de noche, hasta que le amanezca el día claro y calor del sol increado. Esto preguntaba mi Esposa, y quería gustar, dónde me apaciento en el mediodía; y recibió mi respuesta: que es todavía tiempo de andar en la peregrinación, conociéndose a sí misma, siguiendo las pisadas y huellas de los rebaños que apacentan los pastores, y apacentando ella sus sentidos y potencias en santas y pías consideraciones, siguiendo mis ejemplos y doctrinas, como de verdadero pastor, y las que enseño por mis siervos y ministros; no saliendo tras sus pasiones a apacentarlas como los hijos del siglo, que cuanto más las engordan y dejan pacer en los vicios, están más contentos, hasta que ellas les quitan la vida del alma, y los echan a ser cebo y pasto del fuego eterno, etc.

También conocí en el Santísimo Sacramento aquel sagrado y divino paraíso, de donde salen, para el alma, cuatro caudalosos y copiosos ríos en que le comunica sus divinas grandezas. Y entendí encerrarse esto en aquella antífona, que dice: *Oh Sagrado convite en que se recibe Cristo* (1). Y este es el primer río, o mar inmenso, pues recibe el alma la humanidad y divinidad, la sangre, el cuerpo, el alma de Cristo, la sangre y leche de María Santísima, etc. ¡Oh mar inmenso, cómo viniendo a mí me quedo seca!, etc.

En que se hace memoria de su pasión (2). Este segundo río, es mar de sangre, mar Rojo, en que quedan ahogados los contrarios, y el alma pase victoriosa. ¡Oh, cuánto puede extenderse y anegarse en los tormentos y dolores de su amado, en sus injurias, afrentas y desprecios, y dolores de María Santísima, etc.!

El alma se llena de gracia (3). Este tercero río es mar inmenso, donde la omnipotencia de Dios, por los méritos de su Unigénito, puede engolfar más y más al alma, etc.

Y de la futura gloria se nos dan prendas (4). Este es el río cuarto y mar océano, donde será el alma saciada y llena, viendo a Dios en su gloria.

Conocí que con las criaturas de Dios, que habitan esta casa del Señor del universo, y más con sus esposas en la casa de la religión, debía portarme y estimarme como una pobrecita, vil y desnuda, a quien un gran señor, por pura piedad, entró a su casa, a que morase en la compañía de sus hijos y siervos: 1º Atendería solícita y diligente a hacer lo que le mandaban y a dar gusto, en lo que alcanzaba, a los hijos y siervos de su Señor. 2º No se entrometería en los negocios ni querría adular ni sobresalir. 3º Se contentaría con cualquiera cosa que le dieran, sin quejarse de olvidos o desprecios. 4º Miraría a todos con estimación;

---

(1) Antífona ad Magnificat. Corpus Christi — (2) Ibidem. (3) Ib. — (4) Ib.

sólo a sí misma hallaría despreciable. 5º Haría con cuidado lo que se le mandaba. 6º Sufriría las injurias sin dar ocasión a ellas, pues todo pasa a vista de su Señor.

Oyendo leer de los dotes de gloria que Dios da a los cuerpos gloriosos, los deseaba el alma, si pudiera, para andar por este universo mundo, diciendo a todos las verdades eternas, y clamando y pregonando la santa ley de Dios, y procurando ayudar a sus criaturas en las necesidades de alma y cuerpo. Mas ya que yo no puedo nada, porque soy gusano podrido y vil, podía pedir a mi Señor y a sus santos ángeles, esos bienes para sus criaturas.

AFECTO 103º

SED DEL ALMA, SACIABLE SOLO EN LOS TABERNACULOS DE DIOS. INTELIGENCIA Y ASPIRACIONES SUBLIMES AL SACRAMENTO.

Habiendo caído en algunas faltas por mi tibieza, y ser yo barro y lodo, pesado, asqueroso y desabrido, hallaba en mi alma una grande congoja y turbación que no podía entenderme ni entrar en razón. Viendo a Nuestro Señor Sacramentado, entendí esto: ¿Si basta la presencia del Señor, padre y esposo, o amigo verdadero, para serenar el corazón turbado y alegrar el corazón triste del siervo, amigo, hijo o esposa; por qué no basta mi presencia para alegrar, alentar y que respire el alma? Si ella me amara, si fiara en mí de veras, si tuviera una fe viva y actuada de mi amor y poder, y de mi condición, dulce, apacible y amorosa, se hallara entonces alentada y firme, sosegada y alegre en mi presencia, etc.

Luego empezó a arder el alma y el corazón, sintiendo unas ansias tales de hallar a su bien y darle gusto, que parecía expirar y arrancarse del cuerpo, aun con dolores sensibles, etc. Entendí todo el salmo que em-

pieza: *Del modo que desea el ciervo las fuentes de las aguas,* etc. (1). Entendíalo de modo que nunca lo sabré explicar, porque me parecía que era experimentar en mí aquellas cosas, de tal suerte que no cabe en términos humanos. Parecíame que el alma, buscando su Dios con aquella sed y ansia, se subía y hallaba sobre todas las cosas criadas, y se le mostraba la grandeza de los cielos, sol, luna, estrellas, elementos, etc.; y pasando estos tabernáculos admirables, aún no llegaba a la admiración de su Dios, donde sentía un gemido, un ¡ay!, un desfallecer, *haec recordatus sum, et effudi in me animam meam* (2). Todas las cosas le parecía le daban a entender: no somos nosotras a quien buscas, más alto sube, más escondido está. Con voces mudas, y en su silencio más vivas y eficaces que toda la elocuencia, le decían el sol y el cielo: más grande es, más claro, más hermoso, más alto, más firme. Las fragancias, las flores, las fuentes: más dulce es, más amable, más amoroso, más suave. El fuego en su esfera: más poderoso es, más eficaz, más activo, etc.

Pues, ¿a dónde se halla esa dulce sabiduría? El mar y los abismos dijeron: no está en nosotros. Rodeando las calles y las plazas de todo lo criado, no se encuentra. Un abismo llama a otro en la voz de su obscuridad (3). Oh Dios escondido ¿no decís vos, Dios mío: yo estoy a la puerta y llamo? (4). ¿No sois aquella sabiduría que hallan los que la buscan, y que les sale alegre al encuentro? ¿No sois el dulce esposo que llama a las puertas del alma, y que espera en los rigores de la noche, a que entre la amada, y hace estremecer sus entrañas? ¿Cómo así declináis, pasáis y te escondéis? ¿Por qué, mi bien, llamáis y hacéis arder, y herís? ¿Y por qué no rompéis las velas y los lazos que dividen y apartan el alma de su alma? ¿A dónde te escondéis, a dónde te ocultáis? ¿Dejáis para mí todo el mundo hecho cárcel, destierro, horror y sombra? ¿Oculto, escondido y declinando, dejáis una vida

---

(1) Ps., 41, 2. — (2) Ib., v. 5. — (3) Ib., v. 8. — (4) Apoc., 3, 20.

muerta que esté muriendo todo el tiempo que vive, sin su alma? ¿Dejáis una alma sin vida, presa en las sombras de la muerte? ¿Dejáis un corazón herido, sólo con el consuelo de su dolor, porque la mano que lo hirió es su vida? ¡Oh Dios!, ¡oh amor!, ¡oh centro! Herís al heno, y halláis un corazón seco como paja. ¿A dónde estáis Vos, fuente de la vida? ¡Oh, todos los que pasáis por el camino de la vida mortal, atended y ved si hay dolor como mi dolor! (1). ¿De qué bien carecéis, y por qué bien lloráis, que pueda compararse al bien por quien yo lloro?

Entre otras muchas cosas con que hallaba satisfacción a sus quejas, entendía como si dijera: Esta alteza que buscas, el amor la allanó, y abrevió tánto, que anda por las puertas llamando al alma, para darla aliento y alentar su esperanza; y aún, debajo los pies de los hijos de las tinieblas, estuvo hecho gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo, clavado en un madero, desnudo y afrentado, anegado en dolores y desprecios, y el amor que así lo hirió y hizo bajar, le hace que levante al alma a buscar la alteza de su conocimiento, cuando para esto la llama y la hiere.

Y que no descanse en ninguna cosa criada, sino que, trascendiendo y pasando esta gran máquina, busque, sobre todo, al amado de su corazón, y arda con una llama más superior que la que habita en las esferas del fuego, después que haya estado sentada comiendo pan de dolor, a la sombra del árbol de la cruz, donde, haciéndole sombra El que deseaba, guste en su garganta los frutos del amar y padecer (2).

¿Qué piensas que es andar la Esposa del monte de la mirra al collado del incienso? ¿No es andar de los dolores y desprecios del calvario a la alteza de la contemplación del ser inmenso, infinito, de su Dios? Y este Esposo que llama a sus puertas para buscarla

(1) Jerem., Thren., 1, 12. — (2) Ps., 21, 7.

y que lo busque, ¿qué otra cosa es que convidarla a que ande de los montes a los collados, donde El se manifiesta a veces con la ligereza de los hijos de los ciervos?

Mas estos pasos del alma los ha de dar *la imitación, la obediencia, el amor, el dolor, el deseo, la esperanza,* estribando en su amado, cuando suba desierta de sí misma y de todo lo criado. Así que la voz de su querido es *amor, dolor, obediencia y imitación, deseo, esperanza, despojo y olvido de todo, de todo lo criado;* y en cualquier cosa de estas, bien puede decir al alma, si no es tibia, floja y cobarde, ni fía en sus flacas fuerzas: *vox dilecti mei, ecce iste venit* (1).

AFECTO 104º

QUERER VIVIR PADECIENDO Y AMANDO, ES QUERER SEGUIR CAMINANDO CON CRISTO. DELIQUIOS DE AMOR. ES COMPELIDA Y DESTINADA A ESCREBIR LAS MISERICORDIAS DEL SEÑOR.

Padre mío (2); no sé lo que son las cosas que en mi alma pasan, y así, por hacer lo que me manda, venciendo mi temor, repugnancia y desvergüenza, porque entiendo que así conviene, etc., y que así lo quiere Nuestro Señor, que me parece lo he entendido así muchas veces, en particular hoy, rezando las horas, y estando pensando en esto y en mi muerte en aquel *non moriar, sed narrabo opera Domini* (3), me parece entendí: que antes de morirme, quería Nuestro Señor que dijera sus misericordias que usa con la más asquerosa y mala criatura. Pues habiendo pasado con la turbación que le escrebí, por las cosas que se ofrecieron, que se me hacían muy pesadas de llevar, y llegando a Nuestro Señor con mucha confusión por las faltas en que había caído,

(1) Cant., 2, 8. — (2) Dice al margen: "Año de 16.". — (3) Ps., 117, 17.

después que lo recebí sacramentado, me parecía arderse mi alma con unas ansias que la revolvían toda entre sí, y se deshacía con la presencia del divino amor.

Pensaba yo cómo otras veces esta presencia sosiega al alma, y la tiene como quien descansa y duerme; y otras, se arde con una ansia que no trae consigo aquel sosiego, y entendí: como la esposa, que estaba al lado de su querido esposo, y con el mirar de sus amorosos ojos, es herida de la saeta de su amor, arde y se abrasa, deseando más y más estrecharse y unirse con él, y arrojarse en su pecho y en sus brazos, y entrarse a su corazón, así te pasa. Mas, cuando el Señor y esposo, vencido de su amor, la llega a sí, la recoge en su pecho, entonces descansa y no hay cosa que le dé cuidado. Sentía aquel abrazo íntimo y estrecho del fuego del amor tan fuerte y poderoso, que la hacía desfallecer, etc. Y después de una hora que pasé así, dudaba: ¿Cómo, Dios mío, esto será posible en una criatura tan mala y vil, que sólo Vos lo sabéis, cuando tántas te sirven con virtudes verdaderas, y que lo vemos en sus obras, y no escriben ni..., etc.? Entendí: Ya está respondido a esa duda, que tanto tiempo y siempre te ha confundido, con lo que respondí a mi apóstol, cuando le decía su camino y fin de él; y cuando me preguntó por el otro, que le respondí: *¿qué te va a ti?, sígueme tú a Mí* (1).

Muchas veces te di a entender que en la variedad de mis criaturas, aun irracionales, crié a cada una para ciertos fines, y tienen su ocupación propia; unas aves sólo cantan, otras sirven al gusto, etc. Pues ya tu camino te lo manifesté de muchos modos: con palabras, con castigos, con voces sensibles, con halagos, por medio de mis siervos muchas veces, porque así no dudaras con timidez.

(1) Joann., 21, 22.

Acordéme de todos los consejos y direcciones, en particular de V. P. p. m., del Padre Francisco de Herrera, del Padre Juan de Tovar, Juan Martínez y del Padre Juan Romero, que todos habían dícho-me una misma cosa, y los modos casi milagrosos con que dispuso el que comunicara a algunos de estos padres. También me hizo presente cuanto escribí, desde que el Padre Francisco de Herrera me lo mandó, y cuanto hasta la hora presente pone en mi corazón, que todo se encamina a un mismo fin; y que quería pasara mi vida amando, padeciendo, obedeciendo, en retiro y olvido de todo lo criado, sin negarle parte de mi corazón, etc.

Después sentía como si dijera: ¿Hasta cuándo has de estar dudando? ¿Hasta cuándo has de querer ocultar, con la tierra y lodo de tu vileza y culpas, el oro de mi amor y misericordias? Cuando caes, esa eres tú; cuando te levanto y andas, ese soy Yo. ¿No sabrás separar lo precioso de lo vil? ¿Y esas caídas tuyas no harán crecer mi amor, viendo que la bondad sólo es mía, y el andar, y estar en pie? ¿No te hará conocer para amar mi poder y misericordia, que levanto de la tierra al pobre y del estiércol al misericordioso?, etc.

Estando así el alma con su querido Bien y Señor, le parecía que se ponía en pie, y ceñía sus vestiduras como para caminar, y le preguntaba: *Francisca, ¿quieres venir conmigo?* Y como el alma estaba tan fortalecida con el amor, respondía: sí Señor, sí Señor y Bien mío, iré donde fueres, y estaré donde estuvieres, que sólo eso quiero y deseo, etc. Entonces, con aquella brevedad que pasan en el entendimiento estas cosas, se le hacía presente un dilatado campo en que no vía ningún camino, antes estaba compuesto de alguna variedad de altos y bajos, hacia todos lados cubierto de árboles y yerbas, y no distinguía si había flores, espinas, piedras o ríos.

AFECTO 105º

SEÑALES POR DONDE CONOCE EL ALMA SI SIGUE O DECLINA DEL CAMINO DE CRISTO.

Con una ocasión de mortificación, que se ofreció otro día, entendí: ¿quiéres ver si sigues los pasos del mansísimo Cordero Jesús? Míra si en tus acciones y afectos resplandece la benignidad y mansedumbre; y todas las veces que hallares en ti cosa contraria a esto, sabe que declinas del camino y no sigues sus pasos. La esposa le pide la atraiga con el olor de sus ungüentos, para andar y correr (1), y no hay cosa que así atraiga el corazón como la blandura y misericordia. Lejos está del espíritu de Dios la aspereza, ferocidad de ánimo y rigor. El que ha de dominar la tierra es cordero manso y humilde, y sus ojos son como de paloma (2), bañados en leche de suavidad y blandura, que dulcemente miran las corrientes de las aguas. El es el pastor que carga a la oveja pesada, cura a la flaca, sustenta al corderillo, en su seno abriga lo necesitado de calor y esfuerzo; y El es el que no quiebra la caña cascada, ni el vino que humea.

La condición de mansísimo Jesús no vendrá bien, ni tendrá por esposa a la que fuere contraria a su dulce y amorosa condición. La vid, la higuera ni el olivo, que tienen sus frutos dulces y comunicativos, no querrán mandar ni dominar en nada; mas el espíritu áspero y cruel se vestirá de codicia y ambición, aún en cosas muy menudas. El viento suave del Espíritu Santo se muestra y percibe como silbo suave, blando y amoroso, y así penetra aún los peñascos durísimos, haciéndoles dar óleo de caridad y amor. El Espíritu Santo es benigno, bueno, manso, suave y dulce.

Mas has de entender que el Señor que mandó principalmente honrar padre y madre, ese mismo dijo:

(1) Cant., 1, 3. — (2) Ib., 14.

el que no aborrece a su padre y madre, no puede ser mi discípulo (1), esto es, cuando nos son de estorbo para los caminos del Señor, si en ellos fueren nuestros adversarios, si nos impidieren el llegar al Señor, aborreciendo y huyendo, los desconozcamos. Pues esto se ha de entender y ha de observar con todas las demás criaturas racionales: ámalas, súfrelas, ajústate a sus condiciones, mortificando y quebrantando la tuya para ser buen olor de Cristo, y no seas de escándalo ni al más pequeñuelo; considerando que un príncipe soberano de la corte del gran rey es tu ayo y custodio. Quiebra, para no faltar a la mansedumbre y humildad, tu condición; y písala, azótala, para que produzca rosas de fragancia. Písala como a la uva, para que dé su vino de calidad, que cubre los defectos. Cócela con el fuego de la mortificación, para que sea suave manjar al gusto de Dios vivo. Golpéala una y otra vez, para que parezca más blanca que la nieve a los ojos de tu esposo celestial. Quémala en el fuego del sufrimiento, para que pueda servir como humo oloroso a la presencia de Dios vivo, donde el santo ángel tuyo la ofrezca en el incensario de la caridad.

Mas advierte que peses fielmente cuáles criaturas y cuáles cosas te son adversas para el camino de Dios. No llames amiga a la honra vana, a la adulación o lisonja, que éste es el peso injusto con que son necios en sus pesos los hijos de los hombres. Esto es lo que has de huír de las criaturas: la que te alaba, la que te lisonjea, la que te hace perder tiempo. Mas ten por amigas, la que te ejercita, la que te humilla, la que te advierte. Enemigos son de la cruz de Cristo, los que tienen por Dios al vientre, a las delicias, a los placeres, etc. Los amigos y compañeros de Cristo son los dolores, afrentas y pobrezas. Pues, míra luégo para amar, admitir y abrazar en cualquiera cosa y ocasión, lo que trae señas de tu querido esposo, y cómo en cualquiera cosa puedas seguir

(1) Luc., 14, 26.

sus pasos, *pues no hay cosa que no pueda llevarte a tu fin, y con que no puedas caminar a Dios, o haciendo o padeciendo* (1).

Si se estima el cirujano, aunque corte, porque sana; y se agradece al que quita las manchas del vestido, ¿por qué no se recibe y se aprecia al que trabaja y mortifica? Si tuvieras culebras en el cuerpo, o gusanos, ¿no estimaras que te las quitaran, y sacaran con dolor?; pues ¿por qué no estimas que mortifiquen y te adviertan las faltas y manchas del alma?

Si el cuerpo tuviera un ojo menos, fuera de grande agradecimiento si por imposible alguno pudiera restituírlo; pues míra que si tú quisieres, cualquiera ocasión o persona que te mortifique, le añadirá grande hermosura a tu alma. Por ventura, ¿no es ésta la que deseas para agradar a tu divino amante?, pues no huyas los medios.

Las piedras preciosas las labra el lapidario, y así se ponen en las coronas de los reyes; mas los maderos que se han de echar al fuego, no se repara que estén comidos de carcoma. Ayuda, pues, a mortificarte, consiente con tu adversario en el camino de esta vida mortal, que es camino y es breve, y se va a la patria, donde más feliz llega el que lleva mayores riquezas, que no las ha de comer la polilla ni han de tener fin.

AFECTO 106º

EN LA VARIEDAD DULCE DE TRABAJOS DE AMOR, CONSISTE EL AGRADO DE DIOS.

Teniendo duda por los varios accidentes y afectos que el alma siente en sí misma, entendí esto. La esposa que está y vive en la casa de su querido esposo, unas veces se emplea en componer las joyas con que ha de agradar a su querido; otras, en corregir y gobernar sus domésticos; otras, en regalar a su

(1) Santa Teresa, *Moradas.*

esposo; y otras es regalada y acariciada de él, y talvez reposa y duerme descuidando de todo, porque de esto gusta su querido esposo, y él mismo le guarda el reposo y sueño, gustando más, talvez, de verla dormir y descansar que de que se ocupe, con turbada solicitud, en otras ocupaciones, aunque santas.

Del labrador es trabajar siempre en la misma tierra; mas talvez llega su tiempo de reposar con quietud.

Todo aquel coloquio entre la esposa y su querido esposo, en aquel cantar de amor, ¿no ves cómo está tejido de admirable variedad? Ya vela y busca a su amado; ya duerme y es buscada de su querido; ya padece desmayos y siente derretirse su alma como cera a la voz de mi dueño; ya le halla, y animosa promete no dejarle más hasta la bienaventuranza; ya se le esconde, y se halla como la noche en sus sombras; ya pregunta por él; ya da sus señas; ya el amor la saca de sí y pide el sagrado ósculo; ya quiere correr tras su querido; ya le ama y considera como el hermoso lirio de los valles; ya le quiere seguir como al cabritillo y ciervo de los campos; ya atiende a sus adornos que le ha dado su esposo; ya se ocupa toda en amar y ponderar las perfecciones de su querido dueño; ya ve los cedros y cipreses de que es hecha su casa; ya lo convida al campo, y a ver las viñas y morar en las villas.

¿Y no ves cómo, sin entenderlo ella, se halla a veces conturbada por sí misma, por los ejércitos de Aminadab, porque con ella se porta su querido ejercitándola en varias cosas, mezclando la mirra con aromas, y dándole talvez a gustar el panal con la miel? ¿Y no ves cómo, abrigado en sus pechos, talvez, se muestra manojito de mirra; y otras veces hace que, ejercitándose su esposa en el trabajo y sus dedos apretando el huso, destilen mirra escogida a sus manos? ¿No la ves herida de las guardas, despojada de sus vestiduras; y otras veces no ves cómo la predican por bienaventurada, viéndola estribar en su querido, etc.? Mas en todo esto no hay más que aquel

amor y dolor por su querido, aquel *yo soy suya y él es mío, mi amado para mí y yo para él* (1).

Ausente, lo llora; presente, lo abraza; caminando, lo sigue descuidada; despierta en la noche, lo busca; en el día lo considera; su amor la enferma, la hiere y la sana, la alienta y la desmaya, y la derrite. Por él vela y por él reposa. ¿Y no ves cómo su amante y dulce esposo la llama, la ronda, la vela, ejercitando su fe, fortaleciendo su esperanza, soplando y haciendo arder la llama de su pecho, en el lecho, en los montes, en los collados, en las puertas, en los canceles y ventanas, en las viñas y villas, en los campos y huertas, en las corrientes de las aguas, en los árboles y frutos, etc.?

En el día y su calor, en la noche y su nieve, el amor no descansa, y en todo se ejercita. Y quiere ejercitar a su querida esposa, y llamarla paloma, por la mansedumbre; hermana, por la imitación; amiga; por la fidelidad en sus ausencias, etc. ¿Y no ves que ella no quiere otra cosa que a su amado; y si guarda sus frutas nuevas o antiguas, son para su querido? ¿No ves cómo da todas las cosas por la dilección, y las reputa en nada, por hallar su tesoro?

Si habla, es preguntando por su amado; si camina, es a buscarlo; si reposa, es porque él le guarda el sueño; y si vela, es porque él la despierta tocando sus entrañas. Si gusta, son los frutos de su amor dulces a su garganta; y si percibe olores y fragancias, son las de su querido. ¿No ves cómo el amor la dilata por los campos, la cierra como fuente, y como huerto cerrado y sellado? ¿No ves cómo la fortalece como muro; y cómo sobre ella pone torres; y para su silencio puertas y cerraduras? ¿Cómo la cerca de espinas como lirio, y en todo esto sólo tiene: *mi amado para mí y yo para él; él es todo mío y yo soy toda suya?* (2).

Pues mira cómo con dolorosa ansiedad se le castiga la tardanza en responder a su amor, aun cuando

(1) Cant., 2, 16. — (2) Cant, 2 et 1.

miraba la limpieza de sus pies, y este extremado cuidado, y la negligencia en levantarse, y el reparo en la túnica, lo halla culpable el amor poderoso; porque el amor es presto, eficaz, ardiente, no repara en estorbos, no admite tardanzas, todas las cosas deja, todo lo superfluo consume como el fuego, y su condición es transformar en sí todo lo que encuentra, y hacer de dos cosas una.

Pues míra, este igualarse el cielo con el suelo, Dios con la criatura, el Altísimo con el polvo, el Creador con la hechura de sus manos. Y míra, ¿qué darás por este bien que te parezca mucho? Advierte la firmeza de aquella promesa: vosotros que dejásteis todas las cosas, y me seguísteis, recibiréis cien doblado, y poseeréis la vida eterna (1). ¡Oh, alma!, ¡ámame! ¿Amasme? ¿Amasme?

AFECTO 107º

EL PANAL DE VIRTUDES QUE SE LABRA ESCONDIDO, TAMBIEN SE HA DE OCULTAR COMO EL SECRETO DEL REY. SIETE MOTIVOS DE CALLAR, OTROS TANTOS DE ANDAR, SEIS DE HABLAR, Y SEIS DE ALEGRARSE.

Otro día entendí esto: Yo alabé las perfecciones de mi esposa; mas sobre todo me enamoró el mirar sus ojos; y más el escondido valor de sus obras. Pues míra, las virtudes pueden tener más y más perfección en su ejercicio; si en todas las cosas entrares a lo interior, y como solícita abeja labrares tu panal en lo escondido para que tu dueño lo coma con su miel. En las cosas bajas y despreciables, suelen estar escondidas las altas y preciosas. Muchas veces te mostró cómo con pequeñas acciones, podías ganar mucho, y andar mucho camino.

Hermosos son los labios de mi esposa cuando tienen la ley de mi caridad y clemencia; mas al silencio

(1) Matth., 19, 27.

con que se atan y ciñen, puede añadirles valor la interior intención con que se calla. Calla por imitar a tu esposo, de quien se dice: no abrió sus labios. Calla por un interior conocimiento de tu bajeza e indignidad para alzar la voz, ni abrir los labios en la casa del gran rey, y entre sus criaturas y esposas. Calla por una adversión y divorcio que hayas hecho con la vida temporal y sus negocios no necesarios. Calla por tener más tiempo para hablar y tratar con tu señor y esposo. Calla por castigar las faltas y culpas que cometiste hablando. Calla, porque el Señor gusta de ello, pues muchas veces oíste y leíste cuánto le agrada el silencio. Y calla para ejercitar la paciencia, no volviendo por ti la caridad, no dando ruido, etc. Estos son los tiempos de callar, porque quien de veras ama, sólo gusta le hablen en su amor y amando. Mas tus tiempos de hablar sean por el amor con humildad, por el amor con gusto y sosiego, y por el amor con ansia de arder más y más en él. Habla cuando sea necesario ejercitar la caridad, humillándote a toda criatura, procurando aliviar o servir, aunque sea en cosas muy leves, a las criaturas de Dios hasta la más mínima, viendo en ellas a Cristo, y el santo Angel que las guarda y acompaña.

Cuando el cuerpo padece, está contenta, pues deseando la cruz la hallaste cerca. Gózate, que padece tu enemigo que te estorba el llegar a tu bien. Alégrate, que el que se gozó en lo injusto, justamente es atormentado y afligido. Gózate de que todo cuanto tu Señor dispone, lo hace con suma tranquilidad y gusto; y pues El gusta de tu dolor, ¿qué mayor gusto, qué mayor descanso? Estate contenta y consolada en la cruz de tu esposo, lecho pequeño y florido de tu querido amante. Aliéntate en la esperanza de que en esta carne y huesos humillados, verás al fin a tu Redentor y Salvador, y es bien que vaya labrada con el fuego de la enfermedad y tribulación.

Si anduvieres puntual a las obligaciones de tu estado, guíe tus pasos el amor y serán hermosos. Anda por obedecer, anda por humillarte, anda por alabar

a tu Señor, anda por mortificar el cuerpo, anda por dar buen ejemplo, anda por ejercitar la caridad, y anda porque no descaezca por tu lado la religión y observancia. Así, en toda cosa y ocasión, éntra a lo interior; mas guárdate de la demasiada solicitud y congoja. No quieras turbarte a ti misma, pues aunque pueda uno tocar varios instrumentos, no ha de querer tañerlos todos juntos.

Pues ésta sea tu regla: que no te halle el día ociosa ni turbada; suene tu voz en los oídos de tu amado: suave, quieta y sosegada; y cuando su gracia, su soplo y su rocío, hicieren aparecer estas flores en la tierra, ofrécelas, con un suave mirar, a tu querido. Poda y limpia tu viña para tu amado, llámalo siempre con los gemidos de la tórtola: ven austro dulce, apacible, amoroso, amigable, sopla en el huertecillo tuyo. Haz ausentar los vientos de la turbación y congoja, envía tu rocío vivífico para que no me quede seca y estéril. Haz que en el desierto de todo lo criado, crezcan los frutos de que tú gustas. Cércame con tu amor y temor, porque no me quede como aquella viña, sin cerca y llena de hortigas, que no fue podada, ni se criaron sus plantas, ni sus frutos. Ven, amor vivífico, cría, conserva y guarda para Ti los frutos del corazón, y clama: ¡ven amoroso bien, suave, dulce, apacible!

AFECTO 108º

LA ALMA CON ORACION, SEÑORA; SIN ELLA, ESCLAVA. ORACION ILUMINATIVA, INTELECTUAL, DEPRECIATIVA Y CONFIADA.

Después de unas grandes tribulaciones de alma y cuerpo, que no podría explicar, tuvo luz en aquellas palabras que dicen: *Bendito el Señor Dios mío que no apartó de mí mi oración, ni su misericordia* (1). Y entendió cuán grave es la tribulación, trabajo y ca-

(1) Ps., 27, 6 et 30, 22.

lamidad que el alma pasa cuando el Señor aparta de ella la oración, y cómo entonces parece se halla como apartada de la misericordia. De esto se quejaba el que decía: ¿por qué, Señor, te pusiste lejos, y desprecias en la oportunidad de la tribulación; por qué, Señor, repeles o arrojas mi oración, y vuelves de mí tu rostro?, etc. (1).

Es el alma con oración, como una ciudad llena de riquezas y de pueblos, que domina las gentes, porque como señora gobierna las pasiones y apetitos, y aun se sirve de todas las cosas que están fuera de ella, tributándole todas: la tribulación, mérito; el consuelo, aliento; la enfermedad, virtud; la salud, vigor para el ejercicio de obras buenas; la soledad, tiempo para la contemplación; la compañía, ejercicio para la caridad; y todo le sirve, hasta las faltas y tentaciones para la fortaleza y humildad, etc.

Mas desamparada de la oración, y de aquella luz misericordiosa que lucía sobre su cabeza, queda sola y desolada, y a todas las cosas parece que les paga tributo; la alegría (si acaso la puede tener) o la máscara de ella, la distrae; la tristeza, la turba; la soledad, la hastía; la conversación, la ocupa inútil y dañosamente; las tentaciones, la derriban; las faltas, la hacen cobarde, etc. Y todas las cosas la señorean, y cobran de ella su tributo, como dejada a que la azoten con daño y infamia. Sus príncipes van cautivos, porque la razón se obscurece y ata; sus afectos se lamentan, desnudos de la hermosura antigua; los pequeñuelos deseos piden y mueren de hambre, porque no hay quién les parta el pan, etc.

Es la oración para el alma como *el sol para el mundo:* con él se ven los colores, las plantas crecen, dan sus flores y frutos; las aves cantan y se alegran, los hombres comercian y trabajan, y no hay quién se esconda a su calor, etc. Así, en rayando en el alma la luz, que por la oración comunica la misericordia, toda está alegre, vive en su calor y se mantiene. To-

(1) Ps., 87, 15.

das sus potencias y facultades florecen y dan frutos. En todos sus afectos y sentidos de ella, se oye voz de alegría y salud: los arroyos alegran, las flores dan fragancia; y con la compañía de su sol y esposo, ve y goza de unos campos fértiles y abundantes, de viñas florecidas, de manzanos y árboles frutales, etc. Mas, escondiéndose este sol, apartando de ella esta su misericordia en la oración, queda como la noche, robado el calor que el sol le daba, queda triste y escura, fría y helada. Todo para ella se viste de luto, y la vista más hermosa que con él le daba contento, ya es sombra que la aflige y espanta. *Pusiste las tinieblas, y se hizo la noche, en ella pasaron todas las bestias de las selvas* (1). Las pasiones como bestias braman a sombras de la escuridad, y los demonios, bestias crueles, atormentan con los temores nocturnos, etc. (2). Pues esta es la tribulación del alma.

Es la oración para el alma, en cuanto es meditación, como *el entendimiento que la alumbra,* como la luz de los ojos. Míra, pues, cuánta calamidad y miseria sería para un hombre, si en camino dilatado y áspero le faltase la luz y cegaren sus ojos: cuántos desconsuelos y asombros, cuántos miedos y tristes temores cercarán su corazón. Y si de la falta de la vista corporal, decía el otro: ¿qué gusto puedo tener, si estoy en tinieblas y no veo la luz del cielo? ¿Cuánta será la confusión y pena que el alma siente sin esta lumbre de sus ojos? Decía uno: "desamparado me ha mi virtud, y la lumbre de mis ojos, y El no está conmigo; parece que ha apartado de mí mi oración y su misericordia." (3). Semejante, pues, y sin comparación, es mayor la calamidad y pena que el alma siente cuando se ponen estas tinieblas sobre la cara del abismo, porque ella queda como hecha un abismo de confusiones, y toda la tierra la cubre en tinieblas, porque por ningún lado ve luz, y hasta la esperanza de verla se aleja y esconde como en un seno secreto y cerrado.

---

(1) Ps., 103, 20. — (2) Ps., 90, 5. — (3) Ps., 23, 9.

Es la oración para el alma, en cuanto *es deprecación* que entiende o siente ser oída, como la lengua y la voz que explica y dice sus necesidades y menesteres a aquel Padre piadoso, que manda que llamen, busquen, y pidan (1). Y cuando tántas necesidades combaten al alma, tántos trabajos la cercan, qué congoja, pena y dolor; y hallarse como sin lengua y sin voz para ser oída. Y parece que se aparta de ella su oración, porque aun no puede clamar; y la misericordia, porque no entiende ser oída. Así rogaba el que decía: "Percibe, Señor, mis palabras en tus oídos. Señor, oye mi oración, entiende mi clamor (2). Yo enmudecí y callé en los bienes, y mi rostro se cubrió de confusión." (3). Pero en esta calamidad y miseria del alma, pone en el polvo su boca, por si acaso hay esperanza. Pues si fuera gran calamidad y trabajo para un hombre, verse desnudo, dolorido y necesitado, y no poder llamar y rogar con voz libre y confiada: cuánto trabajo y tribulación es para el alma, en medio de tantos riesgos y necesidades que la cercan, hallarse como sin voz para pedir remedio, y como secas sus fauces y enronquecida de clamar, porque está como metida en un limo o barro profundo. Y no hay en ella substancia, porque parece que se apartó de ella la oración y la misericordia.

Es la oración una llave que abre los tesoros de Dios, y cuanto más *confiada* y humilde, llega hasta su divino pecho, y saca de él tesoros divinos, y riquezas inefables, con que remedia su pobreza, sana sus enfermedades, y se viste de honor y hermosura. Pues cuando se aparta de ella esta oración y misericordia, se halla pobre, desnuda y enferma, falta de bienes, y abundante de males, que la cercan como muchos novillos y toros gruesos que por todas partes la amenazan y combaten. Sobre mí se confirmó su furor, y todas sus avenidas enviaste sobre mí. Yo clamé, y no me oíste. Y en esta noche se ha hecho una ignorancia para mí,

---

(1) Matth., 7, 7; Lucæ, 9, 9 et Marc., 11, 24. — (2) Ps., 85, 6. — (3) Ps., 43, 16.

que como una nube negra, escura y pesada, se me ha cerrado el cielo; y mis caminos, como con piedras cuadradas están cerrados; aquellos caminos míos, porque en algún tiempo me los dísteis y franqueásteis, y los andaba como corriendo; porque dilataste mi corazón, están cerrados, y desbaratados en mi desolación, angustia y trabajo (1).

---

(1) En la primera copia del manuscrito de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción, hecha por su sobrino don Antonio María de Castillo y Alarcón, copia de propiedad de don Antonio Gómez Restrepo y sobre la cual se ha hecho la presente edición, aparecen las siguientes anotaciones:

(a) Dice al margen: "'Hasta aquí el año de 16, ahora es el de 24."

(b) "Divido aquí, en seguida, parte de estos *Sentimientos Espirituales,* pues es exactamente la mitad de los originales que se contienen en 251 fojas, y hasta aquí van copiadas 125, y también compone el volumen exactamente necesario para que. impresa esta primera parte, forme un tomo igual al de la *Vida* de la autora, impreso en Filadelfia, en agosto del año de 1817."

(c) "En 26 de diciembre de 1837, envié a las religisoas de la señora santa Clara, de la ciudad de Tunja, una copia de esta primera parte de los *Sentimientos Espirituales,* en un libro en folio, que consta de 132 fojas, siendo abadesa la Reverenda Madre Feliciana de San José, sobrina, en el mismo grado que yo, de la autora de estos escritos."

FIN DEL TOMO PRIMERO

APENDICE DEL I VOLUMEN DE LOS *AFECTOS*

A MI HIJA

Bogotá, junio de 1843.

Amada hija de mi corazón: me es muy halagüeña la idea de asociar tu nombre y memoria al de nuestra venerable tía, Francisca Josefa de la Concepción Castillo; tu virtud naciente, a la heroica suya. Por el honor de estos objetos tan gratos a mi corazón, me he tomado el agradable trabajo de dar a luz los *Afectos Espirituales* que van en este volumen trasuntados fiel y exactamente, compuestos de sentencias, aspiraciones, visiones y documentos importantes, que en abundancia contienen los copiosos escritos que de nuestra venerable tía poseo originales, cuyo trabajo compondrá esta primera parte; y me prometo dar la segunda, si ésta tiene aceptación, y a Dios place. En esta lectura reflexiva hallarás, hija mía, rumbo seguro en el curso escabroso y dudoso de esta vida; depáretela la providencia, tranquila o borrascosa; para todo caso encontrarás norte, dirección, guía y auxilio en estos sabios documentos, que difícilmente se hallarán reunidos en otra parte tan copiosos, con tánta verdad, sencillez y sublimidad expresados; tántos fervientes afectos, que elevan y encienden el corazón; tántos conceptos sublimes, exquisitos; tan adecuados y persuasivos consuelos, y dirección para los lances más críticos y aflictivos que puedan acaecer en la vida más angustiada y trabajosa; y tánto acopio de luces y desengaños para mirar y apreciar, bajo el verdadero punto de vista, las vanidades transitorias, y formar concepto de la solidez e importancia de lo eterno. Todo este tesoro descubrirás y disfrutarás, hija querida, si lo cavas, meditas y recogitas con atención, codicia y constancia; pues sin esto, es infructuosa toda lectura, y por eso está desolada toda la tierra, porque no hay quien escogite con el corazón. Tú, como tan inmediata a aquella fuente, si cultivas las facultades que te ha

dado el cielo, estableciendo tu mansión cerca de las corrientes de estas aguas puras, darás frutos sazonados a su tiempo, bajo la dirección y tutela de tu tía venerable, a quien te recomiendo para que te dirija e impetre toda felicidad, fomentando tu inocencia y virtudes, como también alcance del cielo protección para toda esta su parentela y paisanaje.

Acaso las virtudes monásticas te intimidarán, o no convendrán a tu estado, hija mía; mas tienes modelos recientes de virtudes seculares que imitar en tus abuelos paterno y materno; el Sr. D. Joaquín de Castillo y Santamaría (1) y el Sr. D. Pantaleón Gutiérrez y Quijano (2); pero, sobre todo, el más análogo a tu sexo y circunstancias, que tienes a la vista y observas con respeto y amor, es tu honorable progenitora, que lleva el mismo nombre de tu tía Francisca y los apellidos de Moreno e Isabella (3), en quien hallarás todas las virtudes domésticas, civiles y religiosas que imitar, con toda la beneficencia de vuestros abuelos.

Dios te guarde en su santa gracia como desea tu amante padre.

A. M. de C. y A.

---

(1) Murió en Tunja el día 7 de junio de 1824, a la edad de 71 años, 8 meses y 18 días.

(2) Murió en la hacienda de *La Herrera,* el día 8 de diciembre de 1827, a la edad de 71 años, 9 meses y once días.

(3) Cumple el día 27 de septiembre de este año 79 años, y gozando de toda robustez física e intelectual, y de la vista de una lucida y numerosa posteridad, hasta la 3ª generación, reside en su hacienda de *La Herrera,* ejercitando las obras de Marta y María, con la providencia de la mujer fuerte, etc.

Surrexerunt filii ejus et beatissimam prædicaverunt. (Prov., 31, 28.)

EL EDITOR

Los que no tengan paladar para gustar lo espiritual, enérgico, patético y sublime, acaso tomarán interés en esta lectura por lo flúido, elegante y correcto del idioma en que se expresa una hija de este país, que existió hace siglo y medio; y que dice en *Su Vida,* que corre impresa (hoja 194), que a la edad de 45 años en que la hicieron abadesa en su convento, "se hallaba ignorante del todo, ni aun el estilo de hablar con los seglares sabía, porque, sacado de sus confesores para buscar remedio en sus aflicciones, y sus hermanos, no había tratado, desde que se entró monja, otras personas". No obstante, sus primeras producciones, contenidas en este libro, marcan la fecha del año 1690, cuando sólo tenía la autora 19 años, y aunque hacía uno que vivía en el convento, aun no había vestido el hábito religioso, y ya le ordenó su director que escribiese, porque ya en tan tierna edad tenía ilustraciones y suficiencia para ello, como lo patentizan bien dichas primeras producciones.

Aun los espíritus orgullosos que presumen de suficiencia para interpretar a su modo las Escrituras Sagradas, hallarán en estos escritos tal verdad, naturalidad y coherencia en la inteligencia e interpretación de tantos textos sagrados, como aduce la autora, que serán compelidos a conformarse con el espíritu e inteligencia de la Iglesia Católica; y más, si profundizando un poco, se convencen de que una mujer simple y sin estudios no habla por sí, sino iluminada por espíritu superior: pues que como dice el cap. 8º de *Su Vida:* "Aun antes de tomar el hábito religioso, asistiendo al coro, allí me hizo Nuestro Señor el beneficio de que entendiera el latín como si lo hubiera estudiado, aunque ni aún lo sabía leer bien; mas eran tan a medida de las aflicciones y desconsuelos que padecía, las cosas que entendía en los salmos, y las imprimían tan dentro de mi alma, que no podía cerrar los ojos a ellas, aunque quisiera." En el mismo impreso se hallan las cartas de sus confesores, varones eminentes en la dirección de espíritus, los que unánimes atri-

buyen estas producciones de la Venerable Madre a inspiración divina; y lo mismo juzga la comisión de teólogos, nombrada por esta curia metropolitana, el año de 1816, para examinar estos escritos; cuyo parecer está al principio de dicha *Vida*. De ella se podrían deducir aquí varios comprobantes al objeto; pero sólo lo haré de lo que dice la venerable madre al cap. 41: "Puso patentes a los ojos de mi alma muchos salmos (en circunstancias angustiadas que refiere) y versos de ellos a este propósito, y otros en que dice (David) la ayuda y favor que Dios le dio en todo, y cómo fue su refugio en todas las tribulaciones que la cercaban; de manera que parecía tener ante los ojos de mi alma mucha parte del salterio, como cuando descubren un lienzo en que están dibujadas vivamente muchas cosas; tanto que lo que en aquel rato entendí, tardara mucho en escribirlo."

No es dado a todos el entender las doctrinas y enseñanza que contienen estos escritos; lo que descifra la venerable madre, concisa y distintamente, en el *Afecto 35º*, diciendo: "Entendí, que el comparar el alma a un instrumento de flautas muy delgadas, se entendía por todo lo que llevo escrito; porque como el aire o aliento del que toca, es el que se oye en aquel instrumento, así lo que ahí hubiere de Dios, sólo es lo que Su Majestad envía de su espíritu, por un instrumento de caña sin virtud para nada. Y que el decir que eran delgadas, es por las doctrinas o enseñanzas que contiene, que ha menester, para entenderla y gustarla, tener el rostro cubierto a todos los afectos desordenados, y los oídos del alma muy desembarazados y atentos, porque no es voz que viene en torbellino, sino en aire y silbo blando; no se gusta en el sonido de los labios, tanto como en los movimientos del corazón, etc." (1).

Desde que tuve la no merecida fortuna de que el cielo depositara en mi poder los preciosos manuscritos de mi venerada tía, que hace 30 años, no he omitido trabajo, diligencia, ni gasto, para hacerlos ostensibles. Y he sacado 3 copias de todos ellos, una para mi uso, otra para las religiosas clarisas de Tunja, y la tercera para esta impresión, que quizá dispondrá Dios la complete, pues aun cuando ha decaído mi vigor, salud y facul-

---

(1) *Afectos Espirituales*, vol. 1, pág. 124. ed. 1942.

tades, me ha excitado fuerte y suavemente a que promulgue esta 1ª parte, sin que me arredren los obstáculos (1).

Lo que va aquí trasuntado lo es literalmente, sin alterar ni una palabra de los escritos originales que poseo, de puño y letra de la venerable madre Francisca Josefa de la Concepción, religiosa del monasterio de señora santa Clara, de la ciudad de Tunja, en esta república neogranadina de Suramérica; y en su citada *Vida* hallará todas las noticias que apetezca el que tome algún interés en esta lectura. Sólo que he dividido en períodos cortos, lo que la autora puso en discursos seguidos; y aunque al principio me propuse entresacar algunas sentencias, aspiraciones, etc., llegando a la práctica, he visto que todo es sentencioso y espirituoso, por lo que sólo he excluído algo de la parte histórica; todo lo demás va íntegro; si algunas pocas palabras he suplido para la inteligencia del contexto, van entre este signo (* *) (2); las proposiciones que se hallan expresadas en tercera persona como: *se lo dio a entender; comprendió,* etc., son originales de la autora, que por modestia se explica así. Las etcs., que se hallan a menudo, son también de la venerable madre. Y como sólo escribía para sus directores, y por su orden, se hallan algunos discursos encabezados con la expresión: *padre mío.* Los títulos con que se compendian los

---

(1) No obstante que solicité a varias personas, para que con utilidad propia me ayudaran al gasto de esta impresión, sólo en el señor Bruno Espinosa de los Monteros hallé cooperación. No quedará defraudada, lo mismo que la que me han prestado con su influjo el señor don Andrés Aguilar, como conocedor del mérito de estos escritos, y el señor José Manuel Groot.

(2) Las palabras que el copista de los manuscritos de la V. M. de Castillo, y primer editor de la *Vida* y primera parte de los *Afectos Espirituales,* suplió para mejor entendimiento del texto, según él, han sido omitidas en esta edición, por no ser siempre ellas necesarias, y para conservar en su integridad los escritos originales, conforme a la copia, que se dice fiel, hecha por el mismo señor Castillo y Alarcón, copia que celosamente se conserva en la biblioteca de don Antonio Gómez Restrepo, y a cuyo texto nos hemos ceñido estrictamente para hacer esta edición de las *Obras Completas* de la V. M. de Castillo. (Nota de la presente edición.)

Afectos, son obra del R. P. Fr. Francisco Antonio Merchán, de grata memoria, que murió en el año próximo pasado, siendo provincial, etc., de su orden de franciscanos (1). Las citas marginales son puestas por el Sr. Dr. Miguel Tovar y Serrate, ministro que ha sido de los tribunales de la república, el que con su notoria suficiencia, perspicacia y devoción a la venerable autora, las ha realizado, lo mismo que la corrección tipográfica de toda esta obra.

Que todo sea para mayor gloria de Dios, provecho del prójimo, honor de su sierva y del monasterio y país donde floreció; que en promover estos objetos, ser su allegado, y nutrir su alma, espíritu y corazón con el pasto de esta doctrina, sólido, suculento, delicioso, tiene su felicidad y recompensa el editor, que a todos desea disfruten estos bienes.—*A. M. C. y A.*

---

(1) Hace cinco años que siendo Comisario de la Venerable Orden Tercera, movido de su gran celo, actividad y política, puso en movimiento el conato y disposición que le manifestó un su hijo de confesión, para emprender la obra de casa para ejercicios espirituales, a cuyo efecto promovió en el Discretorio de la Orden se le comisionase para que pusiese inmediatamente manos a la obra, con los fondos que pudiese erogar de su caudal, los que pudiera dar la Orden, y colectando del público los fondos necesarios, dirigiera y activara la obra hasta su conclusión; autorizándolo con la elección de Ministro de la Orden por tres períodos seguidos. Así es que a la fecha, aunque sin concluir el edificio, han tenido lugar más de 30 reuniones de ejercitantes; y en la última, que costeó el señor Ignacio Morales, hubo 111, y en la que promovió la señora Jacoba Urisarri, entraron 129 mujeres; la costeada en mucha parte por la benefactora de la casa, señora Sixta Pontón de Santander, fue numerosa. Suscitando al efecto la providencia divina para directores, por óbito del nunca bien alabado señor doctor Francisco Margallo, los fervorosos e ilustrados espíritus de nuestro celoso prelado, arzobispo de esta diócesis, Ilustrísimo señor doctor Manuel José Mosquera, y de los señores prebendados Herrán, Riaño, Saavedra y otros. El comisionado no desconfía hallar en la piedad de estos heroicos ciudadanos, los fondos que faltan para perfeccionar la obra. De las limosnas colectadas, su inversión y benefactores que han contribuído, se dará a su tiempo noticia circunstanciada al respetable público.

EPITOME

DE VIDA DE LA VENERABLE MADRE FRANCISCA JOSEFA, QUE SE HALLA AL PIE DE SU RETRATO, QUE POSEO HECHO AL OLEO Y DEL TAMAÑO NATURAL

Dice así:

La V. M. Francisca Josefa de la Concepción, hija legítima de don Francisco Ventura de Castillo y Toledo y doña María de Guevara Niño y Rojas, nació el año de 1671, en la ciudad de Tunja: su nacimiento fue acompañado de circunstancias que indicaban en alto grado su perfección a que había de llegar en el curso de su vida. Puédese considerar como un prodigio en su puericia, pues lejos de las frivolidades e inconstancias de su edad, se le vio a los seis años emplear tres horas diarias en los ejercicios de oración y las más rígidas austeridades. El Señor, que la destinaba para modelo de religiosas, le dio a conocer en esta misma edad, por una visión, los tormentos que están destinados a los que en el siglo corren por el ancho camino de los vicios. Renovó por entonces su fervor, pero llegando a los doce años, se dio incautamente a la lectura de novelas y comedias; y bajo de honestos motivos, pretendió el amor profano introducir en su corazón este mortal veneno. Nuevos auxilios la volvieron de esta distracción perniciosa, y venciendo interiores repugnancias, con todos los obstáculos de la carne y de la sangre, entró en el monasterio de Santa Clara de la misma ciudad de Tunja, el año de 1689.

Es difícil expresar los interiores y exteriores combates que desde este punto tuvo que sufrir: sugestiones del enemigo en forma visible, contradicciones horribles de sus prójimos, molestos escrúpulos, tristes ideas de reprobación, enfermedades agudas y dolorosas, desamparos y desolación interior. Tal es el cuadro que presenta, por una parte su vida religiosa, viéndose por otra, en ella, los admirables efectos de la gracia, su profunda humildad, heroica resignación, abstracción de criaturas. El

hambre de austeridades era insaciable, continuas sus lágrimas, encendidísimo su amor a los prójimos, prodigiosa su pobreza y desprendimiento de todos bienes terrenos, singular su obediencia, purísima y fragante su castidad. Generoso el Dios por cuyo amor ejercitaba estas virtudes, la enriqueció de ciencia tan sublime y divina, como se ve en sus *Sentimientos Espirituales* y *El libro de su vida,* escritos de orden de sus sabios confesores, donde más largamente se contiene todo lo dicho.

Por elecciones conocidamente milagrosas, y contra la intención de las electoras, fue tres veces abadesa en el citado monasterio, al que, siéndolo, enriqueció en lo temporal, y en lo espiritual hizo florecer, más con su ejemplo material que con la autoridad de superiora. Murió en opinión de santidad el año de 1742. Así lo afirman graves documentos que se hallan al fin de sus *Sentimientos Espirituales.* A mitad del siglo pasado se halló su cuerpo incorrupto, y se le dio más decente lugar.

Escribiólo su sobrino José Manuel de Castillo y Santamaría, Presbítero, año de 1813.

*
* *

Igualmente están escritas, en una tarjeta de dicho retrato, las cuatro décimas siguientes, que hizo el presbítero doctor don Juan Manuel García de Tejada y Castillo, sobrino en tercer grado de la venerable madre (1):

De la razón a los años
Francisca apenas llegó,
Cuando reconoció
Del mundo vil los engaños.
A su alma terribles daños

---

(1) Nació en esta ciudad, y fue educado en España, bien conocido aquí por su brillante ingenio poético y vasta erudición sagrada y profana. Obtuvo varios beneficios eclesiásticos. Su prédica y demás producciones fueron lucidísimas. Por las disensiones políticas de este país, emigró el año de 1819 a España, fijó su residencia en Madrid, donde gozaba una renta suficiente, mas por trastornos acaecidos quedó a perecer. Aquí remedió muchas necesidades generosamente, y le hemos enviado socorros hasta el año de 1840, que ignoramos si ha recibido.

Por una incauta lección,
El cielo anuncia en visión,
Huye de ella, y la verdad
Sola busca en soledad,
Y el puerto de salvación.

De Pazis a Magdalena
Se propone por modelo,
Y en el camino del cielo
De penas se encuentra llena;
Una trabada cadena
De sufrimiento es su vida;
Mas por Dios fortalecida,
No llegó a desfallecer,
Y halló siempre en padecer
Toda su gloria escondida.

Nuestra mística doctora
Obtuvo ciencia eminente,
Y como aquella obediente
En escritos atesora.
Por tres veces superiora
Fue de las hijas de Clara,
Y con prudencia muy rara
Las conduce al santo templo
De la virtud, no con vara,
Mas con luz de buen ejemplo.

Por los pasos de humildad
Y camino de amargura,
Llegar supo esta alma pura
A la unión de caridad;
No a fuerza de enfermedad
Terrena perdió la vida,
De santo amor encendida
Víctima se consumió,
Y para siempre partió
A vivir con Dios unida.

CONCESION DE INDULGENCIAS

Bogotá, 29 de marzo de 1843.

Habiendo examinado de nuestra orden, la edición que acaba de hacerse de los *Sentimientos Espirituales* de la R. M. Francisca Josefa de la Concepción, religiosa del Monasterio de Santa Clara, de Tunja, resulta en todo conforme con el manuscrito autógrafo, que por mandato del señor Gobernador de la Arquidiócesis fue revisado por los SS. DD. Nicolás Cuervo, y José Antonio Torres y Peña, en 26 de noviembre de 1816, y en su dictamen, no sólo fueron calificados sanos los escritos de dicha religiosa, sino que los juzgaron "llenos del buen olor de la virtud, edificativos, y que endulzan las amarguras de la cruz". Este es también nuestro juicio; y deseando estimular a las almas piadosas a que se aprovechen de tan buena y saludable doctrina como contienen los *Sentimientos Espirituales,* concedemos ochenta días por cada *Afecto* que leyeren atentamente, y cuando sea en los días de fiesta, por cada período.

El ARZOBISPO.

ORDOÑEZ,
Scrio.

El señor Obispo de Calidonia, auxiliar de este Arzobispado, concede las siguientes indulgencias: 40 días de indulgencia a los que leyeren atentamente cada uno de los períodos de esta obra, y lo mismo por cada uno de los *Afectos* que ella contiene.

El señor delegado apostólico de la Santa Sede concede 100 días de indulgencia a los fieles de uno y otro sexo, que leyeren dicha obrita por un cuarto de hora en los días festivos.

El señor provisor del Arzobispado, doctor Antonio Herrán, en virtud de las facultades que se le han delegado por la Silla Apostólica, concede una cuarentena a los que atenta y devotamente leyeren cada uno de los *Afectos.*

CONCEPTOS SOBRE ESTA OBRA

I

Bogotá, julio 20 de 1843.

Señor Antonio Castillo.

Muy señor mío de mi aprecio.—Insiste usted en creerme apto para abrir concepto sobre el mérito de las producciones místicas de su venerable tía Francisca Josefa de la Concepción, y sin que se entienda que me erijo en censor en esta materia, diré a usted lo que siento en el particular.

Verdaderamente hallo tántas bellezas en ellas, que me asombran, así de erudición sagrada y profana, como de doctrina, conceptos elevados, y dicción pura, elegante y aun poética. Se me figuran un mosaico formado de los más brillantes trozos de la Sagrada Biblia, en cuyo dibujo la venerable madre emplea con la mayor propiedad para su intento las nociones peculiares de las ciencias y artes. No conozco producción literaria del tiempo en que escribió la Venerable Madre que se asemeje a ésta en el cúmulo de cualidades que admiro; y si no viera y palpara sus escritos autógrafos que remueven toda sospecha de suposición, atribuyera esta obra a otra pluma de época más culta y libre de los resabios que afearon la habla castellana, en la de la Venerable Madre. No teniendo ésta a quién copiar, la cuestión queda reducida a la autenticidad del manuscrito, cuya inspección arranca el convencimiento del más escéptico.

Creo que para sabios e ignorantes la lectura de los *Sentimientos Espirituales* de la Venerable Madre, es deliciosa, instructiva y edificante. Por tanto me complazco en que esta producción de nuestro suelo no quede sepultada y relegada al olvido como tántas que han corrido tal suerte, no sé si por incuria o por falta de espíritu nacional en esta línea.

Queda de usted su más afecto y reverente servidor,

MIGUEL TOVAR

II

Bogotá, 18 de julio de 1843.

Honorable señor Antonio de Castillo.

Señor: Con sumo placer he leído los bellísimos opúsculos que bajo el nombre de *Afectos* de la señora María Francisca Josefa de la Concepción Castillo, religiosa de Santa Clara de Tunja se ha dignado enviarme, los que habiendo sucesivamente recibido y visto por el mismo orden, me he sentido penetrado de una admiración que la lectura de muchas obras ascéticas no habían excitado en mi alma: aquí he visto reunidas, como en un escogido epítome, todas las obras de la célebre doctora Santa Teresa de Jesús, lo que me parece suficiente para dar a estos escritos una completa aprobación. No es esto sólo, la señora Castillo ha hecho de las escrituras canónicas un lenguaje propio, y como natural, y si se pretendiera citar todos los textos que allí se hallan esparcidos, y que pronunciaba la señora Castillo sin advertir, se adelantarían los volúmenes hasta equivaler, con muy poca diferencia, a los que componen sus *Afectos*.

No juzgo, sin embargo, que en este siglo tan severo contra cada uno de los objetos que pertenecen a nuestra santa religión, y tan pagado al mismo tiempo de toda especie de frivolidad, sin que tenga por todo esto menos ignorancia de lo mismo que juzga; no creo, repito, que los escritos de la venerable señora Castillo permanezcan siempre libres de los tiros de la orgullosa y siempre imprudente ignorancia; mas desde hoy debe mirarse todo esto con el más alto desprecio, porque nosotros no apreciamos menos la pureza y la dignidad de nuestra santísima religión cuando apreciamos las producciones inocentes de las almas puras, mortificadas y adornadas con la luz celestial, porque sabemos con san Gregorio el Grande que todo instrumento, por débil y despreciable que parezca en sí mismo, es poderoso y grande en las manos de Dios. Sabemos también, que no faltarán "falsos profetas" que vestidos con la piel de oveja para engañar a los que no han levantado el edificio de su virtud sobre la firme piedra de una piedad ilustrada y pura, pronunciarán falsas doctrinas, figurarán milagros, y anunciarán unos futuros incontingentes, que llamarán "profecías"; pero

de nada de esto fue capaz la venerable religiosa Castillo, porque para fraguar este círculo de patrañas no es necesaria una fidelidad a toda prueba, un sufrimiento generoso y sumo, ni una inocencia de paloma, caracteres propios de esta señora, sino todo lo contrario. Ninguno ha tenido mayor interés por la pureza de nuestra religión que su divino fundador, y El nos dejó dicho en su Evangelio: "Estad siempre en vela porque vendrán después de mí falsos profetas." La Iglesia su esposa, avisada por esta voz omnipotente y siempre viva, nunca ha dormitado sobre este importante encargo.

La diferencia que hay entre los incrédulos y nosotros es, que ellos ignoran las verdaderas reglas de un examen serio y sólido para discernir la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, de la que no es sino aparente; y este examen compone una parte de nuestro estudio, como también de nuestra obligación. Vimos en los primeros siglos, según el testimonio de san Atanasio, que san Antonio Abad enseñaba a los solitarios sus discípulos el modo de discernir la aparición de los buenos ángeles de la que hacen los demonios para engañar a los santos. Están llenos de estas sapientísimas reglas los escritos de san Basilio, de san Agustín, de san Gregorio el Grande, de Teodoreto, de Caciano, y de otros muchos sabios antiguos y modernos que compiló el célebre Gersón en el tratado que escribió, hallándose en el concilio de Constanza, con motivo de la canonización que hizo este concilio de santa Brígida, famosa por sus revelaciones. Sabemos también que cuando se pretendió dar a luz pública la colección de escritos de esta santa, desplegó el doctísimo cardenal Torquemada todo su talento y saber para descubrir si esta especie de locuciones venían de Dios, o del espíritu de tinieblas: fijó para desenvolver toda esta materia cinco reglas que sirvieron entonces con buen éxito, y sirven hoy para nivelar los escritos de la *Teresa granadina,* y honor inmortal de la provincia de Tunja, que aunque no hubiera producido más que este divino *Cisne* mereciera ser siempre tan distinguida y recomendable como todas las provincias que dieron a luz las nueve Sibilas.

Ni debe intimidarnos para la publicación y programación de esos célebres escritos su *novedad:* este reparo es ya un argumento muy viejo, y tan atrevido que se presentó a los ojos de aquella inextinguible lumbrera de la Francia, el Ilustrísimo

señor Bossuet, y este grande hombre lo rindió a sus pies, y a los nuéstros, diciendo: *Dios es Señor de disponer de sus criaturas, ya sea para tenerlas sujetas a las leyes universales que ha establecido, ya sea para darles otras leyes, cuando juzga que es necesario despertar con algún suceso prodigioso al género humano dormido (Disc. sobre la Hist. Univ.,* p. 2ª.) Ni se ocultó a la perspicacia del sabio Teodoreto, Obispo de Ciro, cuando escribía la admirable vida del extraordinario varón san Simón Estilita: "Todo el mundo es testigo de los prodigios que voy a referir, dice, y no obstante recelo escribirlos, temiendo entregar la verdad a la crítica de los hombres incrédulos. Estos acostumbran medirlo todo según el curso ordinario de las cosas del mundo, y miran como una fábula lo que les parece exceder los límites de las leyes comunes de la naturaleza." (*Hist. Relig.,* cap. 26.)

"Verdad es, dice en otra parte de sus obras el gran Bossuet, que el mundo no aprueba estas cosas, y comunmente hace de ellas asunto para sus diversiones. Trata a los contemplativos de cerebros débiles y dañados; los raptos, éxtasis, y santas delicadezas del amor divino, de sueños y visiones vanas. El hombre animal, como dice san Pablo, que no quiere entender las maravillas de Dios, se escandaliza de ellas. Las admirables operaciones del Espíritu Santo en las almas, las dichosas comunicaciones, y aquella dulce familiaridad de la sabiduría eterna que pone sus delicias en conversar con los hombres, son un secreto profundísimo de que se pretende discurrir según la fantasía de cada uno. Entre tántos pensamientos que se forman sobre esta materia en todos los espíritus, ¿cómo podré impedir la profanación del misterio de la piedad que el mundo no quiere aprobar? Dios lo sabe, y sabe también el uso que yo debo hacer de las contradicciones que se hallan en su camino sobre una materia en que todo el mundo quiere ser maestro. Mas, ¿qué importan estas oposiciones a quien busca la verdad? Dios conoce a aquellos a quienes quiere hablar: sabe hallarlos, y sabe, a pesar de todos los embarazos, hacer en sus corazones con nuestros débiles discursos, las impresiones que ha determinado." *(Estad. de la orac.)*

Nada nos importan, pues, las inurbanidades de la ignorancia, ni las mofas del orgullo siempre descomedido, ni los sangrientos criterios que puedan en estos, o en los posteriores si-

glos, atreverse contra la verdad, pureza y santidad de los luminosos y devotísimos escritos de la señora Francisca Josefa de la Concepción Castillo, religiosa clarisa del Monasterio de Tunja, a cuya provincia tiene el honor de pertenecer su más humilde capellán y fiel amigo.

Dr. *MARCELINO DE CASTRO*

(Canónigo magistral de esta santa iglesia metropolitana de Santafé de Bogotá.)

INDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN

AFECTOS Págs.

AFECTOS Págs.

AFECTOS Págs.

AFECTOS Págs.

Se imprimió este libro siendo
Ministro de Educación Nacional
El Dr. Gabriel Betancur Mejía,
bajo la dirección de la Revista
"Bolívar".

